

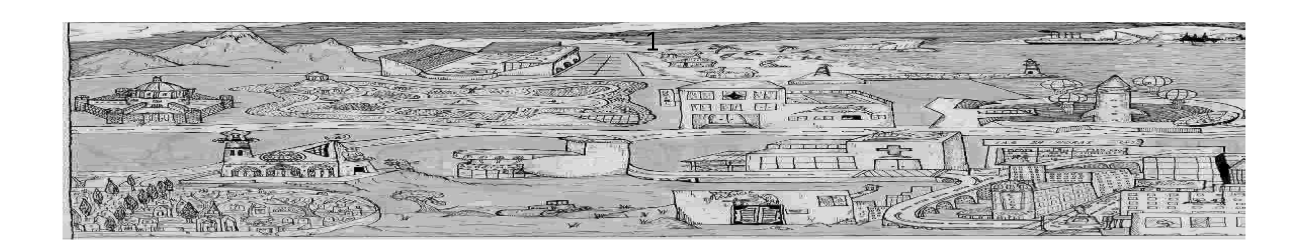
LO MEJOR EN CUENTOS LATINOAMERICANOS CONTEMPORÁNEOS

FICTICIA.COM

“Ciudad de cuentos e historias”

Prohibida la entrada a Poetas

ANTOLOGIA APÓCRIFA ALEATORIA



LO MEJOR EN CUENTOS LATINOAMERICANOS CONTEMPORÁNEOS

FICTICIA.COM

"CIUDAD DE CUENTOS E HISTORIAS"

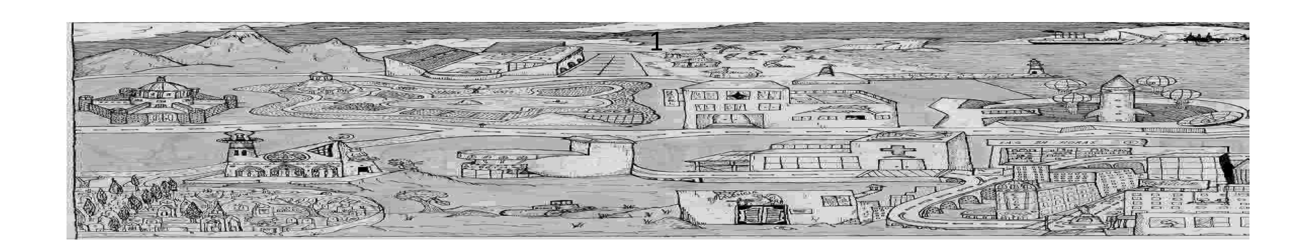
PROHIBIDA LA ENTRADA A POETAS

–

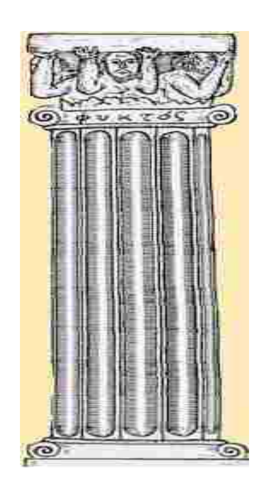
ANTOLOGIA APÓCRIFA ALEATORIA

Clásicos latinoamericanos





Se reproducen algunos cuentos de la prolífica revista literaria online ***Ficticia.com***

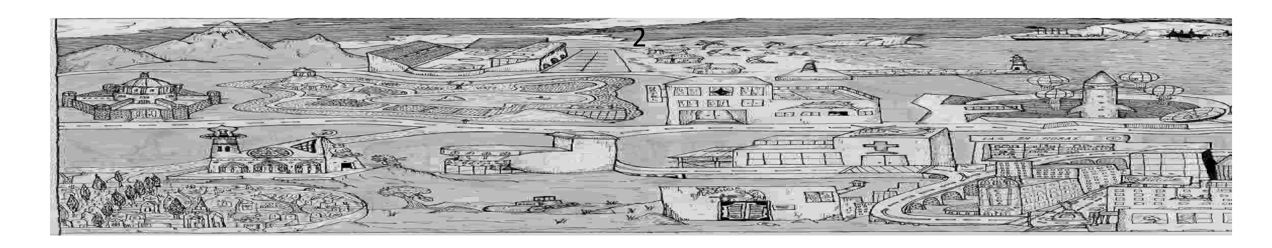


(Con el permiso de los autores y del escritor y periodista Marcial Fernández, dictador vitalicio)

(ANTOLOGIA NO AUTORIZADA)

Clásicos latinoamericanos





NOTA:

Si hemos de hablar de literatura "online" o de "ciberliteratura", sin duda alguna ***Ficticia.com*** fue desde el año 2000 hasta el año 2012 -año en que podríamos decir que empieza la decadencia de este titán cibérnetico; el portal hizo su cierre en agosto del año 2016-, el sitio web literario por excelencia y el de mayor relevancia en México y Latinoamérica, pues llegó a convertirse en un sitio que contaba con una gran calidad literaria y una ingente y numerosa producción de textos, respaldado con gran acierto por una comunidad de escritores, cuentistas y ensayistas que todavía gozan de influencia en la lengua española, especialmente en México.

Yo llegué el 2008 a Ficticia, y recuerdo bien lo emocionado que me encontraba cuando publiqué mi primer cuento, el que pasó enteramente desapercibido por aquellos temibles escribidores. Con el tiempo fui progresando y posicionándome como escritor. Está por demás decir que aquéllo se convirtió en mi obsesión, aunque ilusamente.

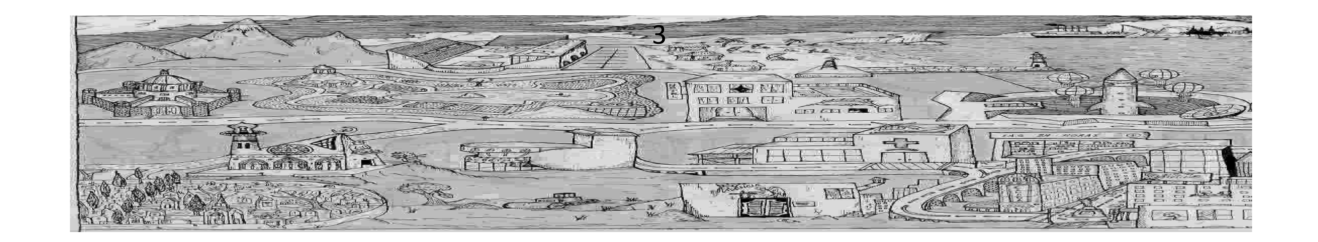
Cuando el sitio cerró, me entristecí sobremanera, y entonces decidí recopilar algunos cuentos que durante mi estadía me fueron familiares, escritos por autores con los cuales interactué. Los cuentos seleccionados son del período 2008-2012, que considero no son los mejores alguna vez escritos allí pero son con los que viví gratos momentos. Su escogencia obedece a las leyes del azar más que a mi propio gusto -además son pocos numéricamente, considerando lo prolífico del lugar-, lo que en mi opinión siento como justo y adecuado, ya que así podrán ustedes, como lectores, saborear su espontaneidad y retrotraerse a esos momentos que influyen en la vida literaria de un escritor.

Los cuentos aquí anotados provienen tanto de escritores maduros como de aspirantes, y en general de aquella generación americana deseosa de expresar su incontenible imaginación, amargura, vitalidad y alegría, misma que da testimonio de nuestra peculiar idiosincrasia, independientemente de que concurran en ella escribas desde México hasta la Argentina.

Disfruten pues, como lo hice en mi tiempo (y sigo haciéndolo) de esta Antología Apócrifa de Ficticia.com.

Un saludo, ***Valentino.***





"EDITORIAL DE FUNDACIÓN

Ficticia, según diccionarios y enciclopedias, es un ave que, en ciertas regiones de México, emite un canto parecido a la eternidad. Son muchos los aventureros y naturalistas, desde Quetzalcóatl hasta Alexander von Humboldt, que han intentado atraparla, pues la leyenda señala que de lograr enjaular su música, el captor logra su propia inmortalidad.

Casi extinta a principios del siglo XX por un fenómeno no del todo explicado, todavía en regiones apartadas, en la selva lacandona, en la sierra tarahumara o en la zona del silencio, hay indígenas que dicen haber soñado con tan melodiosa voz, y al despertar son capaces de contar las más extrañas y fabulosas historias.

Son muchos los anecdotistas que le dan a la *rara avis* la cualidad de dios, pues entre los aztecas, invocar su plumaje, cegador de tan espléndido, era punto de partida para la conversación alrededor del fuego. Por lo que su imagen fue tanto o más importante que las deidades de la agricultura, de la fertilidad o de la guerra, ya que, suponían, era igualmente valioso comer, reproducirse o ir a la batalla, como el tener de qué hablar.

De esta manera, en Ficticia se puede descubrir la primera alianza entre los antiguos y sus cuentos, reales o imaginarios, sus relatos, sus narraciones, sus informes, sus explicaciones, sus embustes...

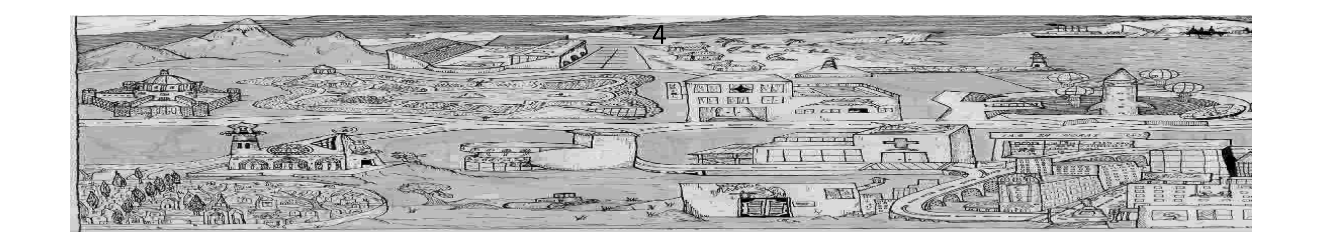
Por todo ello, por seguir siendo lo que fuimos, por ser desde siempre lo que somos, le damos a esta nueva ciudad tal nombre, porque sin importarnos que los mitos sean verdaderos, son verdaderos en tanto los recordamos, en tanto, cual sinfonía de esta ave, evocan un trozo de eternidad.

Ficticia, asimismo, no busca otro afán que volver al primigenio afán de la literatura: contar historias interesantes por el simple placer de contarlas, como los vitivinicultores que gustan tener a su mesa a una horda de mágicos y sedientos bebedores.

De tal suerte, nuestra Ficticia, etérea y mágica, se encuentra en cada palabra que aquí se edita; toca a los internautas oír su canto... Y ahora que vamos despacio, como dijera aquel viejo estribillo de la infancia, vamos a contar..."

Clásicos latinoamericanos





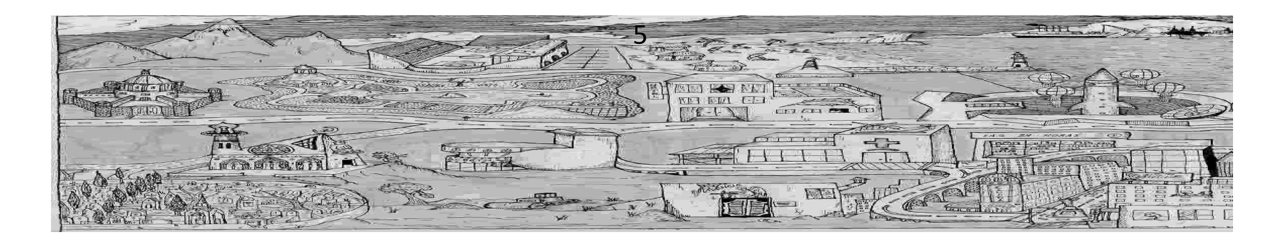
José Antonio Prades

EL CABALLO DE LA LUNA

Marito inventaba historias sin parar, una tras otra, incluso por la noche, decía su madre, y gente del pueblo se divertía, y gente del pueblo le ignoraba, y gente del pueblo se enfadaba, pero Marito insistía porque sus nueve años le permitían escudarse en la ingenuidad de la infancia para seguir creándolas, y tal ingenuidad era premeditada, emanaba de una inteligencia precoz, cantada por su madre, que era la única persona del mundo que le entendía, una inteligencia de alguien de cuarenta años, pero de alguien con mucha cultura de libro, ¿sabe usté?, tanto como el cura, o más aún, tanto como don Lucas, el penúltimo maestro, el que se murió comiendo una sopa de letras de tanto que sabía, ¿sabe usté?, pero nadie le hacía caso, pobre madre, nadie compartía sus halagos para Marito, ay, Marito, ¡qué historias se inventaba!, como la de la cueva de la sierra, donde lloraba un buitre gigante porque había crecido tanto que no podía regresar al nido, o como la de la flor naranja, que todas las primaveras nacía gigante para esconder a los jabalíes de las postas de los cazadores, o como la de la oveja linda, la de la lana arco iris por tanto mirar al sol mientras lloraba suplicando que no la esquilaran ese verano.

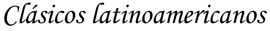
Patricio Villanueva, el alcalde de la casta villa, se había gastado algunos cuartos de la comunidad financiando una expedición a la cueva de la sierra para ayudar a salir al buitre, que puede ser verdad y a lo peor nos destroza las entrañas del pueblo, pero como ni siquiera encontró la cueva estuvo a punto de perder las siguientes elecciones, menos mal que consiguió recuperar el cristo de la iglesia, el que robaron en la guerra, y mandó colgarlo sobre el altar, allí donde a las doce el rayo de sol atravesaba el rosetón del cimborrio y caía sobre el pecho sangrante de la imagen, es decir, que todos los domingos a las doce, todo, todo el pueblo recordaba la hazaña de don Patricio, ¡bendito sea el señor alcalde!, y se aseguraba el éxito en una buena tirada de elecciones, aunque alguno de la oposición se encargara de protestar por la instalación del agua corriente, o por el mal estado del



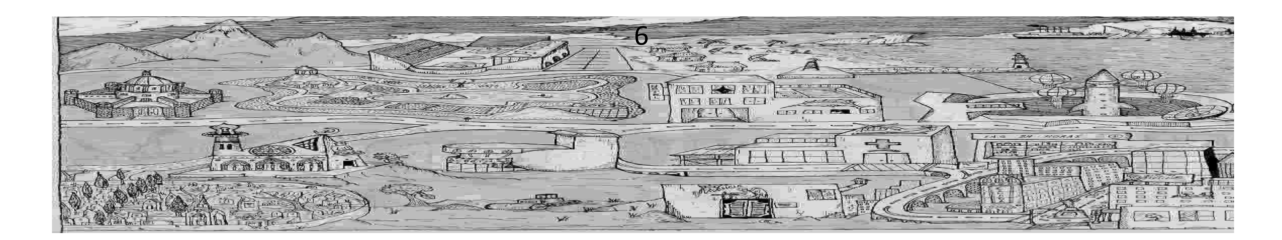


frontón, o por los cuartos derrochados en la expedición a la sierra, qué calvario tuvo que soportar don Patricio por la dichosa expedición, qué tortura con la ironía de don Juan Lacabra, el rojo, el que estaba a punto de ser expulsado del partido por no poder arrebatar la alcaldía a las derechas, único pueblo era Fuenferrada en la comarca con ayuntamiento de derechas, te ha embaucado un Einstein, Patricio, tiene mérito seguir a un genio, aunque se equivoque, ¿no es verdad?, qué calvario, qué tortura, y qué inquina agarró don Patricio a Marito, sólo de boquilla, sólo, porque cuando se encontraba al chico y nadie les veía, se lo llevaba al horno viejo, que él guardaba la única llave, y le pedía por favor que le contara alguna historia, una historia fresca, Marito, fresca como el manantial, fresca como mi cuñada, Marito, fresca como la luna, y es que don Patricio era un sentimental acabado, como esos poetas que tan pronto le cantan a Venus como a la panadera.

Ahora el pueblo ya no tenía cura sabio, ni sabio, ni listo, ni bueno, ni tonto, simplemente no tenía cura, porque, no se sabe si por la carencia de vocaciones o porque la gente emigraba en busca de una mala peseta para malgastarla entre cemento y luces de neón, el arzobispado decidió no reponer a la parroquia de director espiritual, lo cierto es que el pueblo se dejaba componer por cuarenta mayores y Marito, que Marito era el único muchacho en edad escolar, sin escuela, pero con doña Luciliana, Luz para todos, de maestra intempestiva, y como el pueblo, pues, digo que no tenía cura, la beata doña Engracia también decía lo mismo, que no tenía cura, que el diablo, sin oposición, a pesar del señor Lacabra, estaba carcomiendo a los hombres y ajando a las mujeres, pues una sola misa el domingo a las doce, con una sola hora de confesiones, y con la gente muriéndose sin extremaunción porque el cura itinerante no llegaba, no estaba, o quizá reposara en la venta de doña Virtudes, qué chicas tan descaradas tenía doña Virtudes, hacía caer al pueblo en el pecado, y así le iba a la iglesia, con grietas en los muros que parecían regueros secos de sangre de pasión, ¡sacrilegio!, y con la torre semiderruida, algún día tendremos un disgusto, Dios no lo quiera, y con la campana oxidada, que cada domingo tañía más ronca, ¡qué bien nos vendría un salvador!, un salvador que don Patricio buscaba entre las empresas de Zaragoza, ofreciéndoles terrenos gratis y exención de impuestos, eso en las horas secas, que en las horas frescas soñaba con encontrar un apunte histórico en donde dijera que Bécquer escribió en tal casa del pueblo, o que Camilo José Cela durmió una siesta de su Viaje a la Alcarria en tal pajar del pueblo, o un salvador que don Juan





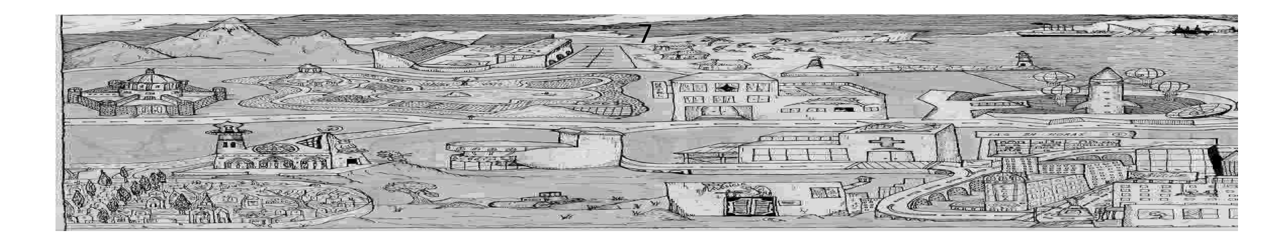


solicitaba a sus contactos de Madrid en forma de alguna filial de una empresa estatal, aunque sea de esas que tienen pérdidas, qué más da si trae chicas... y chicos jóvenes a la comarca, o un salvador como Marito, decía su madre, que será algo grande y dará días de gloria y pesetas al pueblo, ¿verdad, don Patricio?, decía al alcalde en medio de la gente, y el alcalde, ¡pero ignorante, ¿qué te has creído que es tu hijo?!, y la gente se acordaba del buitre, de la flor naranja, de la oveja del arco iris, y don Patricio, por la noche, asomado al cielo fresco de luna y estrellas veía a Marito en la Suecia de los Nobeles, con el premio de Literatura en sus manos, que todo era posible con esa imaginación.

Marito, aun después de la reprimenda por lo del buitre, no dejaba de inventar historias, sobre todo para don Patricio en el horno viejo, ni aun después de que doña Engracia le augurara que Satanás se haría con su alma, ni siquiera después de que doña Luciliana, perdón, doña Luz, le castigara a escribir mil veces "seré prudente y sólo contaré historias a quien las sepa entender", pobre Marito, que tardó cien días en acabarlas porque a cada frase añadía versos desconocidos para doña Luz, y para todos, pues decía que el salvador se los revelaba, y doña Luz, perpleja, pues creía, le preguntaba que quién era el salvador, y Marito callaba, y don Patricio, en sus horas secas enfadado, le ordenaba olvidar esas palabras, en sus horas frescas ensimismado, le rogaba que, por favor, cuéntame lo del salvador, allí, en el horno viejo, pero Marito callaba, callaba porque no conocía al salvador, porque los versos le llegaban por inspiración, nada podía entender de esta nueva historia, y es que por esta vez la historia no era inventada, y Marito, en su ingenuidad premeditada, callaba, pero en la inteligencia que sólo su madre difundía, meditaba de dónde le venían esos versos así como si nada, sin él imaginarlos, como si estuviera escribiendo dormido o escribiendo soñando.

Hubo cien días siguientes de reflexión, con don Patricio insultando o suspirando, según horas secas o frescas, doña Luz rezando, doña Engracia conjurando, y la madre de Marito preparando infusiones para devolver a su hijo las historias de ciento y pico días atrás, pues Marito cayó en un letargo de reptil y deambuló por las calles empinadas, alrededor de la iglesia, con la vista quién sabe si hacia el cielo o hacia las nubes, esperando las lluvias, según los labriegos, esperando a Dios, según doña Luz, esperando al Demonio, según doña Engracia, esperando a los vientos, dijo Marito, y cuando lo dijo, despertó, y volvió a su ser, para alegría de todos, especialmente de don Juan Lacabra, a ver si le hacía otra

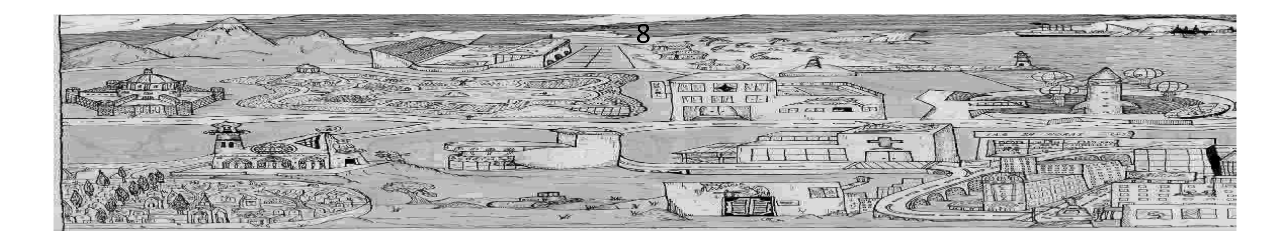




faena más gorda al alcalde y así los votos cambiaban de mano, y contó todas, todas las historias que años atrás ya contó, incluso la del buitre, para regocijo del señor Lacabra, incluso la de la oveja arco iris, incluso la de la flor naranja, durante otros cien días, incluido el verano, para regocijo de los chicos emigrantes que así podrían presumir de cuentista en su pueblo, pero en otros cien días, hasta allá para Diciembre, inventó historias nuevas, todas, todas de héroes y princesas, de dragones y gigantes, de batallas y rescates, tan verosímiles, tan infantiles, tan parecidas a las que los cuarenta de más de cuarenta oyeron hacía más de treinta y cinco, que el cariño del pueblo se hizo tan intenso para con Marito que el niño dejó de dormir para contar más y más historias, pues qué más quería que tener contento al pueblo, hasta que un día frío de Diciembre calló y volvió a su casa con los ojos cerrados, qué sueño tiene, dijo doña Luz, está buscando historias, dijo don Patricio, que ya no sufría horas secas, pero cuando ya nadie le seguía, cuando ya había besado a su madre en el lecho aún matrimonial, partió por el camino de Torre Los Negros y desapareció del pueblo.

Y por culpa de los doscientos días atrás, toda la gente le echó en falta, y toda la gente se puso a buscarlo, y don Patricio por el lado derecho del pueblo según se mira al Este, y don Juan por el izquierdo, según se mira al mismo sitio, al menos en algo se pusieron de acuerdo, aunque con esperanzas dispares, organizaron batidas en grupos de a cinco por muchos kilómetros alrededor del pueblo, y, antes, gracias a la línea automática pudieron avisar en poco rato a la Guardia Civil de muchos pueblos, incluso a la de Teruel, Zaragoza y Valencia, pero sobre todo a la de Calamocha, que el comandante del puesto era paisano y se tomaría más interés, y Marito no aparecía, y pasaron uno, dos, tres, cuatro días sin noticias, con lágrimas sinceras de las lloronas y ninguna de su madre, que está en una misión divina, decía iluminada, se vuelve loca, se vuelve loca, es el Demonio, diagnosticaba doña Engracia, y don Patricio volvía a las horas secas, y don Juan buscaba luces para fabricar del acontecimiento una estrategia con la que ganar los votos necesarios, y doña Luz, rezaba y creía en las palabras de la madre de Marito, será una misión importante, y se acordaba de algún verso del castigo, porque alguno hablaba de la misión del cielo, pero nadie le encontró, apareció el quinto día, de madrugada, con la cara encendida de ilusión, como cuando acababa de inventarse una historia, y entró en casa y vio a su madre con doña Luz, y su madre le regañó como buena madre, hijo, que son las cuatro de la mañana, y le abrazó llorando por dentro, y



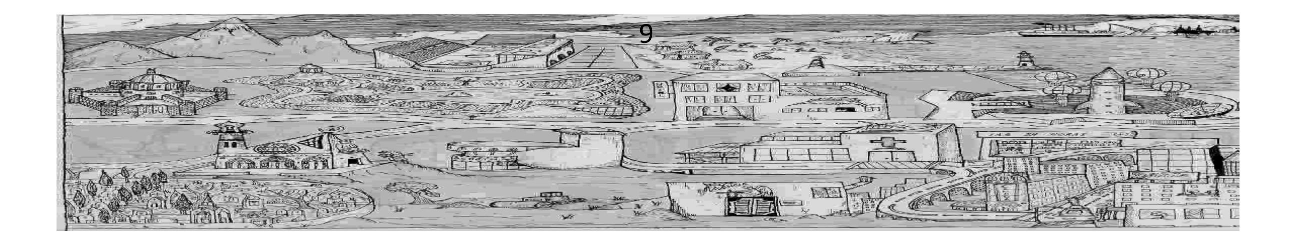


doña Luz ansiaba encontrar el momento para preguntarle por la misión, pero el abrazo no terminaba, y tenía tanta inquietud que se puso a llorar para pasar el rato más introducida en el ambiente.

Marito preguntó por don Patricio y su madre le indicó, y como doña Luz no pudo ahogar el llanto, el muchacho se le marchó sin aclararle la aventura, y Marito caminó hacia la sierra, hacia donde se suponía que estaba la cueva del buitre, y vio a don Patricio con su grupo de cinco, y le gritó, ¡don Patricio!, y el alcalde no oía, y le volvió a gritar, y el alcalde no oía, y Marito decidió acercarse más, poco a poco, hasta llegar a unos metros del grupo, y cuando descendían una ladera, desde la cumbre de la colina, Marito repitió, ¡don Patricio!, y don Patricio se volvió, miró cien veces de arriba a abajo, a izquierda y derecha, abrió la boca como un tonto, abrió y cerró los ojos, se arreó algunos tortazos, se pellizcó, y, al fin, como aún le duraba la hora fresca, exclamó, ¡milagro, milagro, es un don de los dioses, ha aparecido, lo hemos hallado en la noche clara de luna y estrellas!, y Marito, desde la altura, con el grupo arrodillado sin osar pronunciar otra palabra que milagro ni amagar otro gesto que cubrirse la cara con las manos, dijo a don Patricio que los milagros eran de dios y que dejara de hacer el imbécil, que había llegado al pueblo hacía una hora y que quería hablar con él, y los del grupo le obedecieron como falderos, callados y embobados, incluso cuando cerca del horno viejo les ordenó todos a casa y usted venga conmigo, don Patricio.

Marito y don Patricio entraron al horno viejo y Marito se sentó en los tablones altos, y don Patricio, como todas las veces, dijo cuéntame, y Marito le habló del caballo blanco, del caballo blanco con asta de toro en la frente, que surcaba las nubes y las estrellas derramando sueños felices hacia la tierra, y don Patricio, en el entretanto de la hora fresca a la hora seca por exigencias del cargo, no acertaba a escuchar o a insultar, y Marito continuaba, que el caballo blanco ha elegido este pueblo para culminar su tarea, porque ha fracasado hasta hoy y nadie ha querido los sueños felices, y cansado, y harto de surcar las nubes y las estrellas está buscando un mundo para regalarle todos sus dones, y ese mundo es Fuenferrada, don Patricio, ha elegido Fuenferrada, y yo, bendito sea el caballo blanco, estoy designado para buscar la voluntad de mis paisanos y llevarlos hasta él, es la misión, don Patricio, ¿me entiende bien, don Patricio?, y usted es el alcalde, pero don Patricio se debatía entre el consistorio y don Juan Lacabra, porque otra vez le creía, pero recordaba la faena del buitre y los cuatro votos que perdió, y no

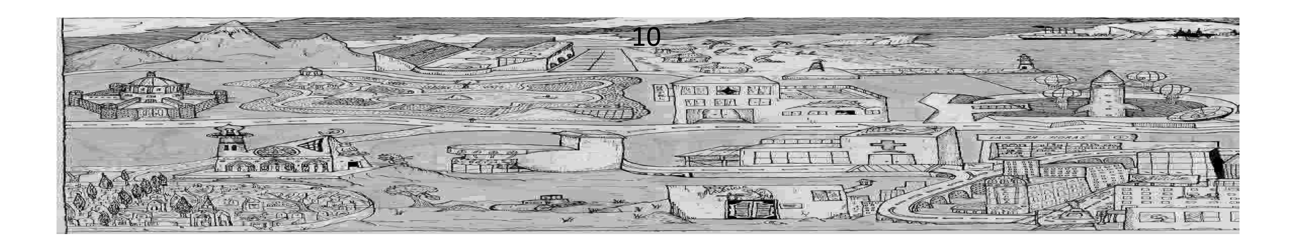




querÍa creer, maldito niño, en sus historias, con lo seria que es la política, y no se decidía, porque ser alcalde es ser alcalde... pero, y si todo fueran sueños felices, sería alcalde de por vida... pero no, que este chico me desgracia... pero, y si es verdad... y Marito le agarró la muñeca y le arrastró hasta las colinas de la sierra, y le dijo, don Patricio, mire a la luna, mire a los labios de la luna, y empezó a nevar, y don Patricio miró y vio al caballo blanco surcando las estrellas, y vio la estela de colores que desprendía su vuelo, y vio cómo los destellos de la estela, sueños felices, iban cayendo entre los copos a la tierra yerma y se ajaban, y entonces acordó tomar la hora fresca y jugar a ser alcalde para siempre.

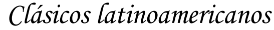
El pueblo quería abrazar y besar a Marito, que los del grupo habían corrido la voz, pero tuvieron que esperar todo el día, hasta el anochecer, porque Marito y el alcalde no aparecían, que habían dormido en la colina, pero por fin llegaron, y el pueblo quería abrazar y besar a Marito, y don Patricio lo permitía, que era buena manera de empezar la campaña, y Marito quería empezar su historia, y don Patricio le guiñaba un ojo, ya llegará el momento, no seas nervioso, la impaciencia es mala consejera, saluda, saluda, y Marito saludaba, y abrazaba, y besaba, porque había entendido la táctica de don Patricio, hasta que doña Luz, ahogado el llanto, pudo preguntarle qué misión había cumplido, y Marito dejó de abrazar y de besar, se apartó hacia la escalera del ayuntamiento y con un gesto provocó un silencio feroz que se oían chocar los rayos del sol contra el agua de la fuente, y el pueblo entero, los cuarenta, se prepararon para escuchar la nueva historia, quizá de dragones, quizá de piratas, quizá de princesas, y Marito habló del día en que se fue, de cómo siguió una llamada hacia una colina lejana, donde durmió casi medio día, hasta que llegó la luna llena y el carro de estrellas, para despertar con algo así como el relincho de un caballo, y no vio nada a su alrededor, y buscó, buscó por la tierra, pero tuvo que mirar al cielo oscuro hasta encontrar la cara de la luna llena, y de sus labios nacía un caballo blanco, un caballo blanco con asta de toro en la frente, y el caballo se acercó, y le habló, y así siguió contando como nunca había contado una historia, y su madre callaba, y doña Luz callaba, y don Patricio callaba, pero Nicanor susurró, ¡qué historia tan bonita!, y doña Engracia, el Diablo no cuenta esas cosas, y se quedó tranquila, pero el alcalde subió unos cuantos peldaños y comunicó al pueblo entero que no era una historia, que todo era verdad, y la mayoría rió, la mayoría rió con soltura, a carcajadas, vamos, y don Juan se ahuecaba, y más rió don Juan cuando don Patricio contó que había visto el caballo



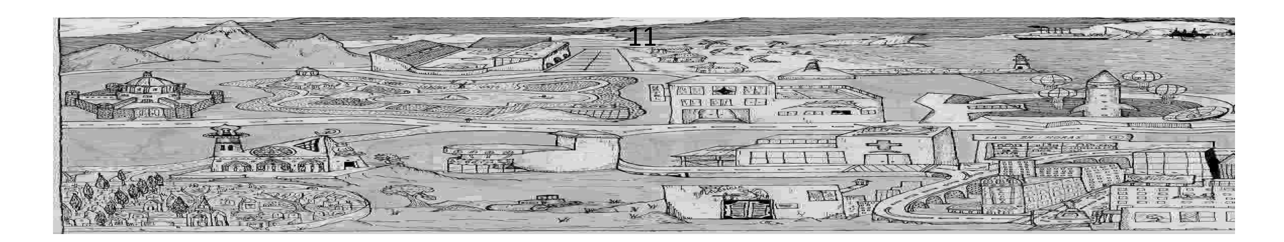


blanco, y entonces Marito retomó la palabra y se encendió, vibró describiendo la estela y los destellos de felicidad, y vibró argumentando el privilegio de ser el pueblo elegido, y tal era su tono de convencimiento que la risa cesó y sembró la duda en todos menos uno, que se frotaba las manos, y don Patricio guiñaba el ojo, todo va bien, y su madre y doña Luz creían y miraban a la luna y se imaginaban el caballo blanco y ya veían la felicidad por las calles, pero la mayoría no abandonaba la duda, y el alcalde propuso ir a la sierra, a la colina, a mirar la luna y ver nacer al caballo blanco, y sin mirar atrás, bajó la escalera y siguió el sendero, y don Juan Lacabra cerraba la comitiva sumando los votos ganados, y llegaron todos a la colina, y Marito señaló los labios de la luna y comenzó a nevar, cayeron copos brillantes y todos menos uno vieron nacer al caballo blanco y vieron caer destellos de la estela entre los copos, y vieron cómo iban a parar a la tierra yerma, pobre caballo blanco, sin corazones que recojan la felicidad, qué solitario estará en la luna, qué grande es el cielo para un caballo solo, y callados, serenos, volvieron a sus casas, a dormir esa noche para soñar con el caballo blanco, o con los votos ganados, o con los votos perdidos.

Al alba, el pueblo buscaba a Marito, porque la duda crecía y pensaban que si el embrujo de la noche les había obligado a soñar el mismo sueño, pues ahora con el sol no podían soñar igual, y don Juan, que se veía derrotado, señaló hacia la colina diciendo que todo fue por culpa de la nevada, que miren ustedes que allí había nevado y aquí no, y que los copos brillantes lucían con el rayo de la luna, que el caballo era la nube perdida de la nieve, en fin, que eso se llamaba histeria colectiva, y que don Patricio se había vuelto a columpiar, y doña Engracia mentaba a Lucifer, y doña Luz quería ir a recoger unos cuantos copos porque eran destellos de felicidad, y por fin don Patricio tomó la palabra y habló de la agonía del pueblo, de los años venideros de penuria, del cura que se fue, del maestro que les quitaron y de que todos buscaban un salvador para guiarnos a la abundancia, y qué más queríamos, Marito lo había encontrado, ¿acaso vamos a perderlo?, y en turno de réplica, don Juan también habló de la agonía del pueblo, y recordó que el padre de don Patricio, también alcalde, no quiso que la carretera general pasara cerca del pueblo por si venía una guerra y los soldados nos ocupaban las casas y nos deshonraban a las hijas, y que de ahí venía la penuria, no iremos a tropezar con el mismo apellido, ¿verdad?, y doña Engracia dijo que lo que pasaba por la noche siempre era pecado, y ahí se acabó la paciencia de don Patricio, y mirando a doña

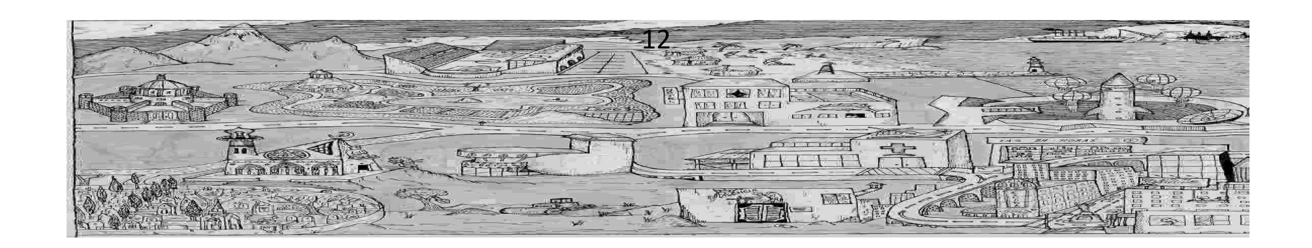






Engracia argumentó que un caballo blanco, por ser blanco como los ángeles, tiene que venir de Dios, y que el pueblo no tenía otra salvación que no fuera divina, y Marito propuso volver esa noche a buscar al caballo, y hubo asentimiento, y nadie pudo dormir la siesta esperando a la luna, y la luna llegó cuando el pueblo entero ya esperaba en la colina, y empezó a nevar, y el caballo blanco salió de la luna y correteó alegre entre las estrellas, y en un vuelo fugaz fabricó un carro enorme y descendió hasta la colina, y Marito ordenó que todo el pueblo subiera, que había sitio, que él montaría en el lomo, y que don Patricio llevara las riendas, y todos le obedecieron, todos ocuparon el carro, y el carro surcó el aire dejando estela sin destellos, y el caballo blanco sonreía, todos subieron menos uno, Juan Lacabra, que por fin sería alcalde, aunque fuera con los votos de la venta de doña Virtudes, y el pueblo se quedó abandonado para siempre, a la espera de algún verano o a la espera de que todo volviera a ser como antes de la penuria.





José Antonio Prades

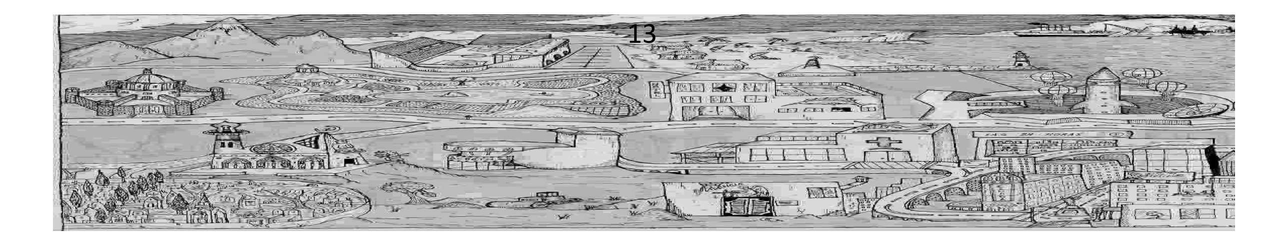
Fusiles

Fuimos grandes amigos, como solamente se puede ser en la infancia. Todas las ilusiones caían en nuestras manos y fabricábamos un futuro de progreso y de justicia cabalgando sobre las bicicletas, jugando a los "montones" o preparando un partido de fútbol contra el barrio vecino casi enemigo. No son tanto tiempo veinte años, y hace diez estábamos eligiendo en la ingenuidad de los dieciocho. Carlos ya luchaba contra el sistema y justificaba la batalla con la bandera de la igualdad. Entonces, me hacían gracia sus ideas, o si no sus ideas, que las más de las veces no entendía, sí la vehemencia de su defensa y el dogmatismo de su discurso. Me las contaba encendido, exaltado por la imprudencia de la juventud... Y no dejó de ser joven.

El patio de la prisión, silencioso, gris, desprendía una sensación fúnebre. Los guardianes vigilaban por las galerías, unos desfilando con pie firme; otros, relajados, confiando en la solidez de los barrotes. El cielo se vestía de un color perla que jugaba con la luz y la oscuridad para hacer inútiles los inmensos faroles del tejado. La brisa del amanecer traía olor a muerte.

Carlos tenía fama de travieso, díscolo o gamberro, según quien juzgara sus actos; sus actos, que también eran los míos, porque los dos nos juramos, después de alguna película de indios, eterna amistad, hermanos de sangre. Pero siempre tuvo marcado el estigma de la revolución. No le bastaba con hacer travesuras, debía comunicarlas y defenderlas, sentirse guerrero en una guerra, ahora dudo si contra los demás o contra sí mismo, y cuando todo el mundo las conocía, cuando todo el barrio le nombraba en los corros del atardecer, jugaba a ser héroe, líder de unas masas fantásticas que arrastraba a la rebelión contra el sistema. A veces le preguntaba:





-¿Qué sistema?

Y Carlos me agredía con la mirada autosuficiente de los iluminados:

-Ingenuo. ¿Qué sistema?, me preguntas. Tu sistema, tu acomodo con lo fácil, con el dinero, con el sillón burgués. Todo, todo está podrido.

-¡Eh, eh! -le frenaba-, que estoy contigo, ¿sabes? No intentes acalorarme con tus mítines, ¿de acuerdo?

Y Carlos, enfadado, se alejaba de mí hasta el día siguiente, quizá porque yo era su amigo de la niñez...

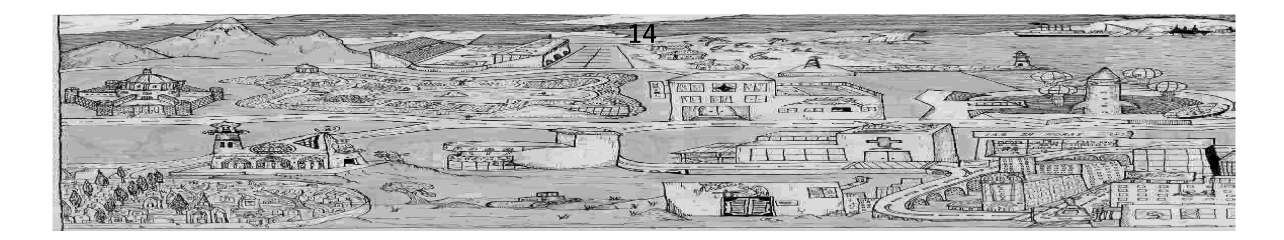
Odiaba a don Francisco y un día, en su clase, el maestro quiso aplastar a los comunistas con una larga perorata tan encendida como cualquier arenga de Carlos.

-Este hombre es del sistema -me chistó al oído-. Lo pagará, no imagina lo que le puede ocurrir. Nos está engañando.

Don Francisco, tras las clases de la tarde, cayó por la escalera y pasó cuarenta días y cuarenta noches con la pierna derecha escayolada. A pesar de que todo el colegio conoció por los pasillos al ejecutor de la venganza, nadie nunca tuvo valor para denunciar a Carlos. Las canicas en el rellano compusieron su primera "acción popular" para el "encuentro con la justicia".

Cumplidos catorce años separamos nuestros destinos por primera vez. Los dos superamos la reválida, los dos con sobresaliente, y nuestras familias nos empujaban al Bachiller Superior. Pero Carlos ya había escudriñado en nuestra caseta del río las páginas de "El Capital", robado de la biblioteca secreta de un cura socialista, y decidió llevar la contraria a todo el mundo. Quiso integrarse en el proletariado, y se hizo con un puesto en la fundición de la competencia de su padre. Su padre, don Carlos, era el "asqueroso burgués", enriquecido al amparo de los nacionales, con el estraperlo en la guerra y con los sobornos después, adicto al Régimen y miembro activo de la Falange. Durante la infancia, Carlos le acompañaba a las reuniones y observaba, que no escuchaba, el estilo de su progenitor para ensalzar sus ideas y lograr el convencimiento y el aplauso fácil de la audiencia. Una vez que decidió no acudir más, apenas tuvo relación con su padre sino para disputar agriamente sobre política y romperse la cara de mes en mes. No comprendo cómo no le echó de casa. ¡Un comunista hijo de un falangista! Yo creo que don Carlos le aguantó porque, al trabajar para la competencia y enardecer a sus camaradas obreros, minó la productividad de la fundición y la empresa de don Carlos se situó a la cabeza del sector en solitario. Y





mientras yo me debatía entre el latín y las matemáticas, mi amigo sembraba el germen de la revolución.

En multitud de ocasiones, me hablaba de sus acciones, cómo arengaba a los trabajadores, cómo preparaba atentados –ingenuos– contra la fábrica y cómo embaucaba a su padre para que le protegiera de la policía política. Había algo extraño que tardé en comprender: nunca intentó convencerme o arrastrarme hacia sus ideas, parecía que me guardaba en una urna sellada y que sólo hablaba conmigo para desahogarse, jamás para encumbrarse o enorgullecerse.

Años después, soy incapaz de sentir lástima por él; ni el silencio del patio, ni los rifles de los guardianes, ni las lágrimas de su madre, me causaban el estremecimiento lógico ante el desenlace.

Mis notas brillantes en el Preuniversitario le obligaron a sufrir una leve vacilación. Recuerdo en sus ojos una brizna de nostalgia cuando le comuniqué mi decisión de estudiar Derecho.

–Tú serás grande, Manuel –me vaticinó.

Dio la vuelta sin despedirse, y me dejó... hasta el día siguiente.

–Yo también voy a la capital...

Me alegró oírle así, pero...

–Ingresaré en otra universidad. Allí, más cerca del poder, lo combatiré con mayor eficacia. Me aguardan otros compañeros. Está todo preparado. Caerán.

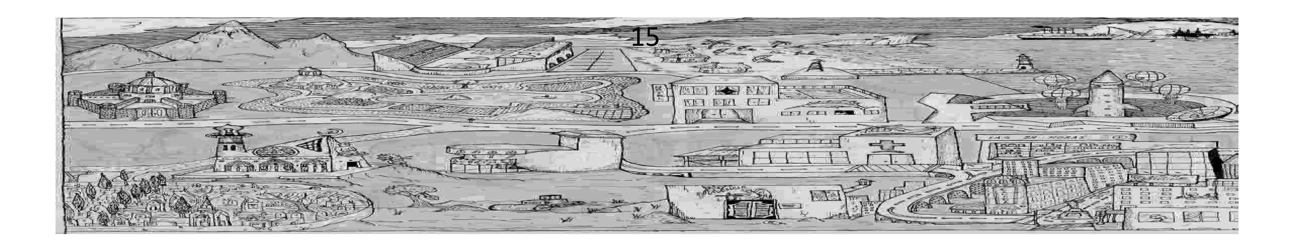
–¿Sabes a lo que te arriesgas? –me atreví a prevenirle.

–Sé dónde voy a parar... Manuel, es fácil que no volvamos a vernos. No te conviene mi amistad. Mientras dure mi padre, me salva mi apellido, pero tú serías blanco de una venganza contra mí. Cultiva tu carrera y algún día tendrás noticias mías.

Supe que se escapaba para casi siempre. Y sin despedidas, sin abrazos, sin más palabras que su sonrisa, me dio la espalda y se escabulló.

Tardé en saber de él. Ocurrió como en aquella ocasión, en nuestra pequeña ciudad, cuando pululando por los caminos de los alrededores vimos un tumulto en una vieja casa abandonada y nos acercamos a paso quedo hasta descubrir una confabulación secreta de la oposición a la dictadura. Si allí Carlos sembró su ánimo para la acción encubierta, en esta otra ocasión, descubrí el verdadero fervor de mi amigo por aquella causa. Tres imberbes de tercero de Derecho, con americana de gales y cuello almidonado, sufríamos unas copas de más, y la





desorientación nos llevó hacia las casas semiderruidas del casco viejo. Oímos murmullos bajo el edificio más alejado de una calle sin salida. El sótano respiraba por un tragaluz con rejillas enfangadas. Mirándonos en silencio, decidimos buscar un resquicio por donde fisgonear. De pronto, el murmullo se apagó, crujieron unas maderas y una voz surgió penetrante:

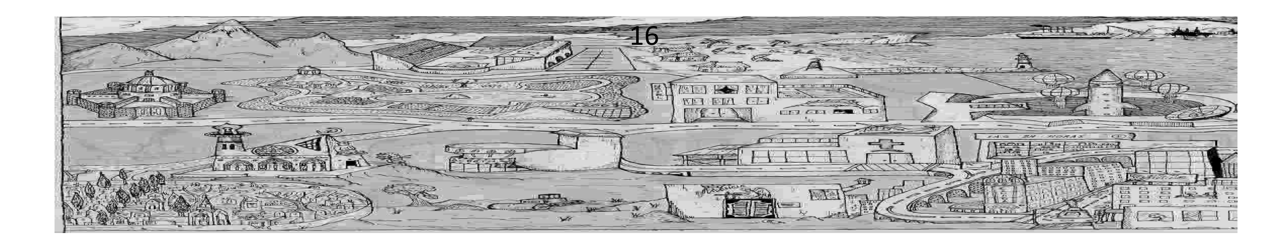
⁻¡Camaradas!, gracias por vuestra asistencia en este momento tan decisivo. Os honra la valentía y no puedo menos que sentirme halagado por presidir este importante elenco de luchadores...

Hablaba Carlos, lo escuchaba después de tres años y sentí como si todo ese tiempo se agrupara en un segundo para recordar solamente su despedida. No podíamos ver a nadie, pero en nuestra incipiente inquietud política, abríamos los oídos a lo que pensábamos sería una página de la historia. Aguantamos helados de frío hasta cinco minutos antes del cierre del colegio mayor, y, en esa larga hora, Carlos se enfebreció, haciendo apología de la libertad y del comunismo, incitando a la lucha armada y a la rebelión con una pasión enardecida. A cada frase, sus oyentes le jaleaban y poco a poco comenzaban a compartir el ardor de la arenga. Lanzaba frases demagógicas, mencionaba acciones internacionales, refería artículos del periodismo extranjero... A la semana siguiente, la prensa nacional hacía una escueta reseña a la detención de cinco revolucionarios, acusados de promover movilizaciones en una fábrica de las afueras de la ciudad. Carlos no aparecía entre ellos.

Mientras el sol se tornaba rojizo sobre el ala Este de la prisión, recordaba el rostro de mis dos compañeros de escucha, asustados y emocionados, deseosos de narrar su aventura, pero reprimidos por la imagen del Caudillo, que presidía cada uno de nuestros rincones habituales. Se abrió el portón principal, y los guardianes dieron paso a un coche negro y a su escolta militar. El director de la prisión se cuadró, mano derecha en alto, para saludar a un general plagado de medallas.

A partir del mitin del casco viejo, busqué contactos para recibir información sobre Carlos. Supe que se había integrado en una organización terrorista y que le asignaban tareas de responsabilidad. Quise entender las razones, pero, a pesar de comprender sus motivos, a pesar de compartir el rechazo por sus enemigos, sólo podía juzgarle como un fanático, como un exaltado en una imprudencia desmesurada. Pero si mi Carlos no había cambiado, tenía la seguridad de que





nadie guiaba sus pasos, de que era consciente de su camino. Carlos había planeado su autodestrucción.

Los ciudadanos vivían felices con el seiscientos y la Seguridad Social; el aparato político se encargaba de ocultar las preocupaciones del Gobierno por los movimientos revolucionarios, pero Carlos, siempre Carlos, me obligaba a mantenerme informado sobre las revueltas. Y yo, sin valor para enfrentarme a mi sentido de rebelión, sorbía diariamente la lucha escondida para acabar con el Régimen. La Universidad se convirtió en un hervidero de noticias, comenzó a palparse actividad. Carlos iba de boca en boca como el líder de un próximo pronunciamiento. Los más exaltados lo tomaban como estandarte. Sentí preocupación por él y por su verdad... pero el Régimen lo controlaba todo.

La licenciatura me apartó de aquella efervescencia. Comencé a trabajar en el bufete de un abogado criminalista y procuré olvidar a Carlos. Supe que huyó a Europa y, sabiéndolo a salvo, conseguí mi deseo.

Desde la galería, la tranquilidad de aquellos años volvía a estar lejana. Observaba la arena del patio para evitar la visión de la pared de adobe, pero aun con la certeza que todo estuvo escrito desde el principio, sentía una congoja horrible. Me confortaba que Carlos no pudiera verme, aunque supiera que estaba ahí, hasta el último paso, hasta el último suspiro.

Regresó a España, ¡maldita la hora!, y en su vuelta únicamente trajo una fiebre: luchar y luchar, enardecer a las masas, encontrar fanáticos como él para que le arrastraran a su final. Lo encontró un 26 de septiembre, cuando su padre llevaba tres días bajo una losa. Fue acusado de cien delitos, quizá noventa y nueve falsos. Y aquella vez tampoco le podía fallar.

–Hola, Carlos.

–Hola, Manuel. ¿Por qué tú?

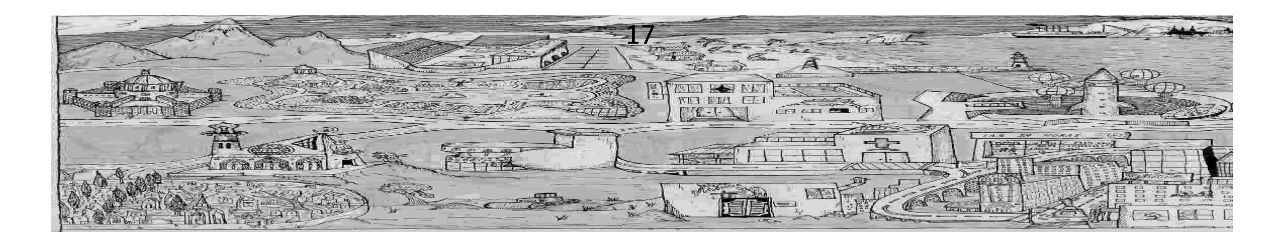
–¿Crees en alguien mejor?

–Ya lo creo –me contestó, enfadado–. ¡Cualquiera! No debes mezclarte en esto. Es cosa mía y yo lo solucionaré. Puedes salir de aquí, y muchas gracias.

–No, no salgo, y tú tampoco. He venido a preparar tu defensa con todas las consecuencias.

Carlos eludía mirarme al rostro. Había perdido vigor, le vencía la palidez y de su eterna adolescencia solamente conservaba el brillo de unas pupilas limpias. Me pareció derrotado, por eso no podía irme.





–Siempre has hecho tu voluntad, y sea buena o mala, tu suerte ha conseguido que nadie te obstaculizara –se rindió.

–Quizá actúe en el momento oportuno.

–Y, ¿ahora lo es?

No quise contestarle.

–Carlos, tienes todo perdido, mañana estarás acabado –le anticipé–. Y no vengo como víctima, sólo como amigo para soportar junto a ti la derrota.

No había cambiado. Inició una sonrisa pausada y culminó con grandes carcajadas el desprecio a mi vaticinio.

–Eres un perdedor, maldito Manuel. ¿Quién te ve? ¿Crees que unos cuantos sentados junto a la poltrona pueden acabar con millones de voces? No podrán conmigo, aún no es el momento, todo está listo para derrumbarlos y yo tengo la dinamita necesaria. No me rindo, ¿sabes?... Y tú...

–Basta, Carlos... –interrumpí sus bravuconadas porque me causó miedo; se encendía a cada frase y su mirada huidiza se tornó en agresión; vibraba, intentaba comunicar, mostrarse como un profeta iluminado con el don de la verdad, con licencia para utilizar cualquier medio a fin de concluir su misión–... Eres más inteligente que yo, me conoces bien y, por lo tanto, sabes a quién estás hablando. Nunca te dejaste engañar, así que creo tus palabras como nacidas de ti y no impuestas. Hace años te veía como un joven arriesgado que estaba en una línea de justicia con unos métodos violentos, pero siempre dominándose, siempre dando el otro paso muy meditado, con lucidez matemática. ¿Esa lucidez te ha llevado hasta aquí?

–¿Acaso no tengo la luz? ¿Acaso crees que estoy equivocado? ¿No puede vencer la verdad?

–Carlos, ¿eres tú?... Sabías que esto estaba fracasado desde el principio.

–¿Quién te crees? ¿Dios?

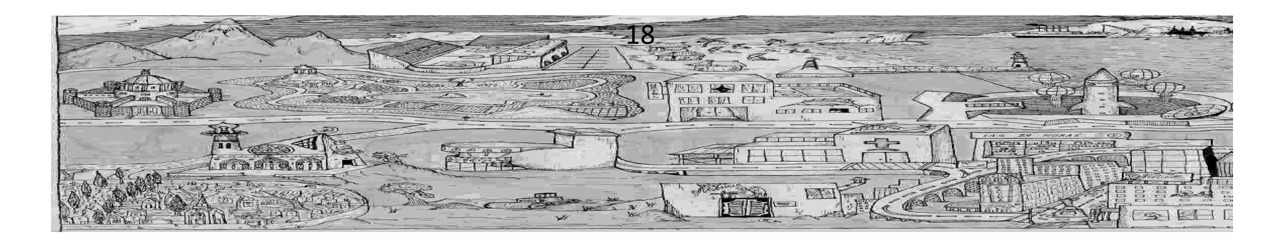
–No, amigo, soy un hombre que lee la realidad. Estamos entre barrotes, es la cárcel, y tú estás con la cabeza rapada y con tres guardianes esperando a que intentes escapar para regarte la espalda de balazos.

–No será ese mi final.

–Cuéntamelo tú –le reté.

Se levantó y rodeó la mesa para colocarse detrás de mí. No quería mirarme.





-He escrito mi vida, Manuel. Desde veinte años atrás he esperado este momento, he trabajado duro para conseguirlo, y todo está hecho. Además, tenía que servir para algo, había que buscar una causa noble para cumplir el destino que quise fijarme... y ha servido, ha servido para iniciar una lucha justa.

Le escuchaba a mi espalda y no me volví.

-¿Cuál es tu justicia? -quise saber.

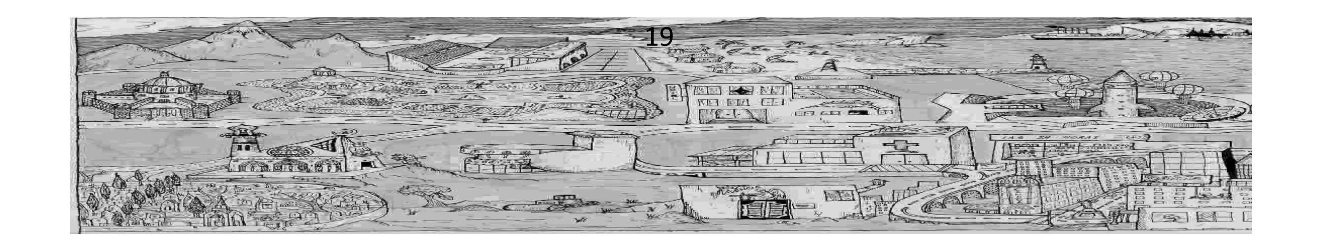
-Mi liberación -contestó, recalcando el posesivo.

-¿Y a cuántos has arrastrado por tu liberación?

Salió de la sala, sin despedirse, para no volver a verle... hasta el día siguiente.

El general subió al estrado de madera. Diez fusileros, engalanados en oro, formaron frente a la pared de adobe. Carlos caminó lentamente hacia ellos, se detuvo y fijó la mirada en el rostro del cabo del pelotón. Se oyó una voz, unos rugidos de fuego y





Luis Arturo Ramos

A ti Lolita

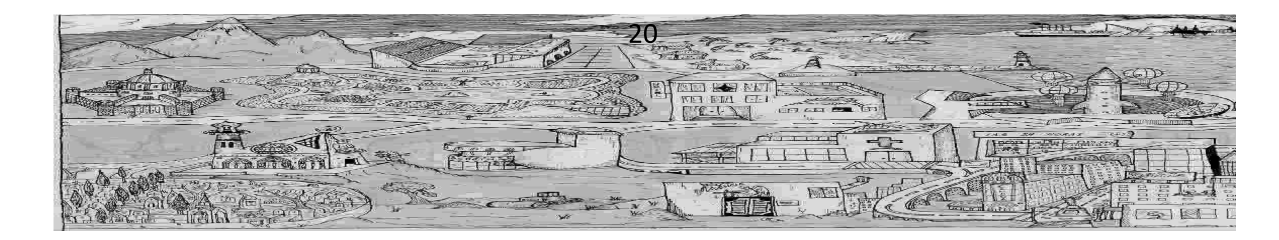
La conferencia sobre el posmodernismo desde una perspectiva marxista, avanzaba con la morosidad de un paquidermo con la nieve hasta las rodillas. Sin embargo el público, compuesto en su mayoría por estudiantes en bermudas y adustos profesores de barba negriblanca, parecía contento de avalar con encendidos asentimientos de cabeza las graves afirmaciones del ponente.

El tema de la conferencia había resultado tan atractivo aquella tarde próxima al verano, que mi tardanza resultó severamente castigada con la falta de espacios. La butaquería estaba colmada y los remisos aposentaban el cuerpo en cualquier superficie libre que garantizara algún apoyo seguro. Seguí el ejemplo colectivo y sostuve mis atribuladas posaderas en el barandal que ayuda a los cancinos a remontar los escalones que dan acceso a la sala. Me quedé ahí, a pesar de que mi ubicación me imposibilitaría apreciar el escenario y, por consiguiente, la presumible severa estampa del orador.

Suplí la carencia de visión con el ocioso divertimento de permitir que aquella voz ecuánime y sin rostro inventara gestos y visajes en el entumido ambiente del auditorio. La convincente tonalidad de aquel aliento transmitido por micrófono, resultaba un soplo casi divino que insuflaba vida y consistencia a los alrededores, a tal grado, que muy pronto creí advertir en la sesuda densidad del interior, una flotilla de pensamientos en forma de globos como tantas veces los había visto gravitando sobre la cabeza de los personajes de los comics.

Pero no tardé en cansarme de mi juego y muy pronto me descubrí examinando los rostros de los asistentes con esa avidez no exenta de malicia que provoca el mirar a mansalva. Mi irreprimible vocación voyeurista se desbocó en la contemplación de mentones y mejillas, el carnoso nacimiento de un seno inerme a





la especulación de la mirada, la delicada frontera entre la piel y el vello en el tierno cuello de las muchachas.

Entonces la vi, a diez metros de distancia sentada en el suelo tapizado y recargando la espalda en la pared opuesta al foro, separada de aquella voz portentosa por la nave atiborrada de escolares. Las suelas de los tenis plantadas con firmeza sobre la alfombra, hacían que sus piernas ascendieran súbitas hasta las rodillas y desde ahí resbalaran por un par de muslos barnizados al sol, hasta perderse en la profundidad de los ampones pantaloncitos.

Nunca supe si las manchas amoratadas que la semipenumbra del auditorio me impedía precisar, se originaban en la falta de un adecuado régimen higiénico, o en el exceso de violencia en la práctica futbolística. No tendría arriba de l8 y resultaba más carnosa que bonita. Pero el gesto desmadejado, y sobre todo la furiosa abulia con que penetraba su fosa nasal derecha con el dedo índice de la mano izquierda, la bendecía con esa peculiar hermosura que produce la extrañeza.

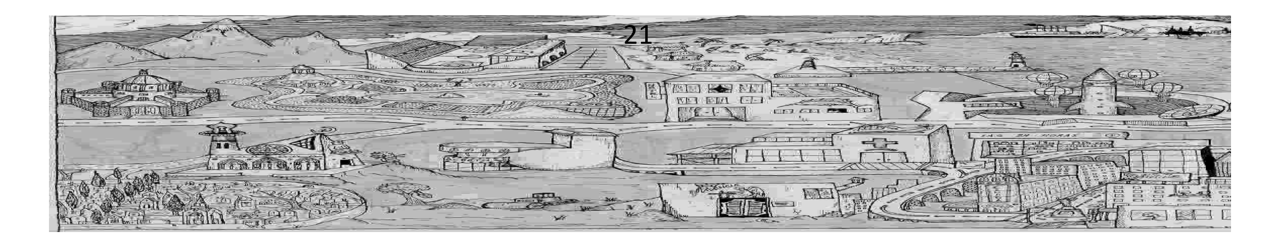
Ejecutaba su acto con premeditada obstinación; sin embargo, no dejaba de rasguñar con rabiosa perseverancia en la maltratada libreta de hojas amarillas que sostenía contra sus muslos, las kilométricas verdades que resumaba el ponente y que ella, como pocos entre los asistentes, suponía capitales para estos años finiseculares.

Su heterogéneo ejercicio me impidió apartar los ojos de aquella muchacha que muchos hubieran considerado vulgar, excedida de peso y hasta un tanto aniñada a pesar de su apariencia, porque lo que su aspecto y pueril actividad proponían, se desmoronaba ante la soberbia refutación de unos pechos que convertían su desleída camiseta en la vanguardia de una impetuosa carga de elefantes..

Los contrastes afortunados suelen resguardar placeres insospechados para los observadores competentes. Mis experiencias al respecto me han impulsado a aventurar una teoría que se fundamenta en la conciliación de los opuestos, gracias al alivio proporcionado por un detalle no necesariamente físico, como origen del sobresalto que antecede a la lujuria.

Lolita estaba ahí. Cómodamente repantigada en la alfombra del auditorio, escribiendo con una barata pluma Bic color blanco, nimiedades posmodernistas en una destartalada libreta amarilla, mientras hurgaba en su estrecha e imagino





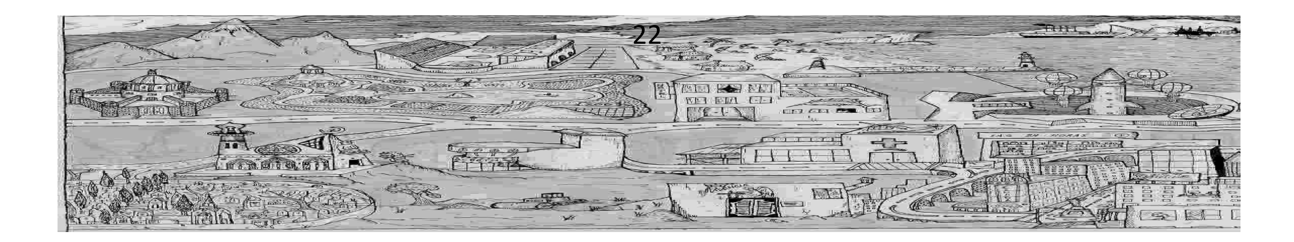
húmeda fosa nasal derecha con el comedido frenesí de un lánguido cantante de boleros.

Para entonces, la acatarrada voz del ponente había desaparecido en los abismos de la indiferencia y toda mi atención se concentraba en aquella nítida estampa de fin de siglo que alternaba la higiene de sus narices con empecinadas anotaciones en la libreta amarilla. Mi enardecida vigilancia se exacerbó a tales extremos que muy pronto fui capaz de advertir el veloz viaje de la punta del bolígrafo sobre la superficie del papel, acompasado al quedo pero fervoroso resuello de aquellos pulmones tan bastamente publicitados por el par de pechos insolentes. Cada vez que la muchacha ejecutaba el movimiento necesario para dibujar algún acento circunflejo en las referencias galas, o imprimía con puntería escolástica los puntos sobre las íes, sus azorados pezones se aplastaban contra la raída tela de la camiseta para regalarme a distancia con un doble beso sesgado que venía a repercutir en la punta de mi (habré de suponer) enrojecida erección.

En ocasiones, en un rapto inopinado que resquebrajaba su parsimonia de obispo, abandonaba la libreta para entregarse por entero a su ejercicio profiláctico con el empeño de alguien que introduce, no dedos, sino clavos, en agujeros abiertos ex-profeso. Su dedo índice se empeñaba en expulsar de los tibios canales algún objeto que le molestaba al extremo de distraerla de su ímpetu de conocimiento, porque sus rasgos faciales de tibia adolescente se crispaban en un rictus de impaciencia y desesperación.

Un violento envite insertó hasta el inicio de la falangeta el dedo en la fosa y levantó la punta de la naricilla hasta deformarla en una morisqueta de payaso. Pero la estrategia dio resultado porque la vi extraer el dedo y considerarlo después con la sorpresa de quien lo supiera regresar de la cuarta dimensión. Al principio pensé que su asombro revelaba las mismas calidades que el mío. Sobre todo cuando la mire dibujar con los labios aquel gemidito que todavía me palpita en la entrepierna, al descubrir el fruto de su pesquisa cabalgar orondo la curva sonrosada de su dedo sin uña. Observó el portento como quien estudia una gema arrancada de las profundidades terráqueas. Lo hizo con el orgullo de quien se reconoce origen y causa de algún prodigio. Imagino que las madres primerizas experimentan una emoción similar cuando ven prendido al pezón el producto de sus humores.





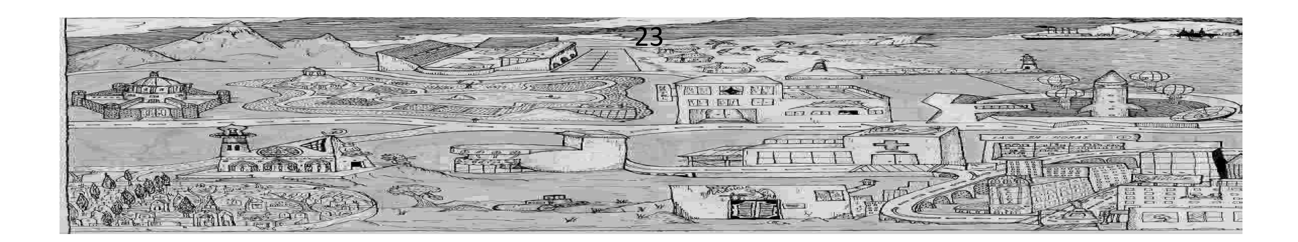
Pero en eso también estuve equivocado. Luego de ponderarla con rencorosa indiferencia, mi Lolita procedió a deshacerse de la viscosidad que la había distraído de sus empeños académicos durante tanto tiempo. La serosidad se resistía a separarse de ella y tuvo que tallar el dedo primero contra la pierna del pantalón y luego, ya con manifiesta hostilidad, contra la alfombra de la sala de conferencias. Mas lo que me arrebató en una violenta sacudida interior que casi me despoja del aliento, fue presenciar la victoriosa acometida de su dedo para volver a hurgar con nuevos bríos en la tibia comodidad que to había albergado.

Para entonces, hacia ya mucho tiempo que el marxismo académico se había ido a los extremos más remotos del posmodernismo. El universo entero lo componía aquella chiquilla que alternaba la hermenéutica planetaria con la concienzuda exploración de los vericuetos de su cuerpo. Lo que todavía ignoro es si fue la persistencia de mi observación o el incipiente tedio lo que la aconsejo aventurar una súbita pesquisa por los alrededores; pero me descubrió mirándola perdido a mitad de ese espacio sin orillas en que se convierte toda vigilancia que durante mucho tiempo ha permanecido impune. Lejos de los bordes que me hubieran permitido, si no escabullirme, al menos disfrazar la mirada, me dejé atrapar justo en medio de la red que su repentino movimiento tejió para mi sorpresa.

Mi Lolita detuvo ambas exploraciones: la de su dedo y la de su mirada. El primero quedó sumergido en sus narices; la otra me convirtió, en un ridículo escarabajo clavado con alfileres en la vitrina de un entomólogo. Así me sentí también: un obeso y endurecido escarabajo que sin miedo y sin vergüenza tramontaba las alturas de su cuerpo. Atrapado en falta, conjuré la mía de la única manera al alcance de un cincuentón sorprendido en perversa actitud voyeurista. Convertí mi pecado en una oportunidad para el sermón conminatorio. Sonreí, levanté mi dedo a la altura de mi propia nariz, toque sus aletas y luego lo sacudí en una negativa paternal mientras apoyaba mi movimiento con un gesto de "eso-no-se-hace" (en público, al menos).

Su reacción resultó una oda a la bendita incongruencia del universo. Sonrió y se arrepintió al instante de su sonrisa. Y para compensar lo que juzgó un error, giró violentamente la cabeza en la dirección opuesta, y se mantuvo así por algunos segundos hasta que entendió que algo faltaba. Por ello volvió a buscarme con la mirada, y cuando estuvo segura de que yo también la veía (de hecho nunca había



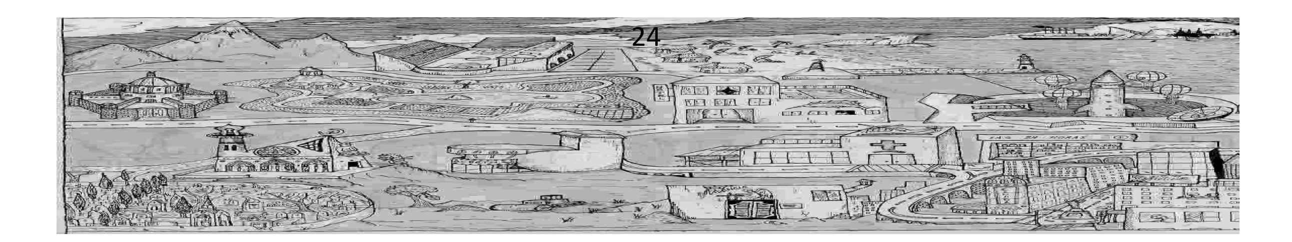


dejado de hacerlo), me enseñó la lengua en un mohín que quiso ser grosero y resultó tentador. El húmedo y sonrosado apéndice apareció entre sus labios como un súbito delfín en aguas tibias. Saltó y volvió a la profundidad para que mi corazón y su contraparte, ese músculo inverosímil, pulsaran indignados contra la demencia que les cierra las puertas. En ese instante conocí el amor y sus arduas consecuencias. En ese instante también, entendí la raíz del irrevocable destino de Las mujeres: hasta sus más elaborados desplantes de furia se convierten en una insinuación al placer.

A partir de ese momento, descubierto y localizado el enemigo, mi Lolita se dedicó a vigilarme de reojo, aunque tuviera que tensar el rostro para fingir la indiferencia que garantizara la continuidad del juego. Para subrayar su disimulo, movía los labios como si repitiera para la posteridad las frases clave del conferenciante, y las anotaba luego en su libreta amarilla con prontitud de facultativo. Mi reconcentrada vigilancia provocó que se endureciera su pretendida atención en el ponente. Su cara adquirió una repentina pátina laqueada por los brillos de la penumbra y su sostenido esfuerzo. No obstante, los resabios de adolescente la reclamaban de regreso y su cuerpo no tardó mucho en aflojarse y rezumar ese dulce olor de muchacha en vilo. Igual que una bandera que súbitamente dejara de ser tremolada por el viento, su cuerpo cedió ante el inveterado descuido de la juventud y volvió a reblandecerse contra la pared y el piso alfombrados. No me resultaba difícil imaginar to recóndita impronta de las asperezas del suelo contra su piel delicada y nueva. Y para corroborarlo, describí para mi particular contento las huellas de la dureza artificial contra sus blanduras, así como la mínima depresión de sus glúteos al sostener el peso de sus l8 años.

No lo supe desde el principio; mas lo constaté en algún impreciso instante de aquella lenta tarde cercana al verano, que tenía un irrecusable aliado en la grave voz sin rostro que campaneaba sobre el auditorio entero. Aquella sonoridad reverberante, cargada de sabias alocuciones y profundas garantías, enervaba para mi gusto y placer su piel entera; le abría los poros de par en par como una hospitalaria ducha de agua caliente. Entonces para mi fortuna, y para la de todos los que como yo vuelven a la mirada el acto todopoderoso de la creación, (Dios imaginó con los ojos lo que legó al hombre para su infortunio o contento), vi cómo su dedo regresaba al lugar de los hechos como cualquier homicida en novela de misterio, para repetir una ceremonia que me retrotraía hasta latitudes pretéritas.





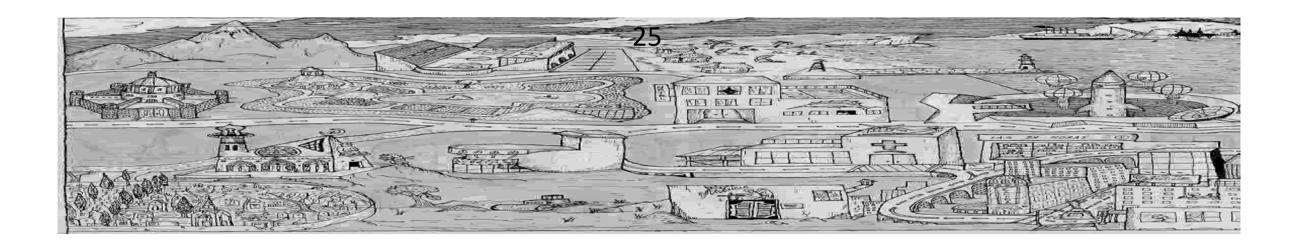
Degusté en su dedo lo que mi lengua infantil había saboreado en el mío propio en los lejanos y lentos atardeceres de mi pueblo: aquella salobre viscosidad nacida en mi propio ser, la consistencia terrosa, el sabor desemejante a todo lo que no fuera yo mismo. Así sabía, lo supe después, mi propio cuerpo. Así habría de saber, lo sabría más tarde, el cuerpo femenino. Entendí que regresaba a los tiempos del placer oralizado y que éste no se significaba por el amor a la palabra.

El plácido aspecto de mi Lolita sugería un viaje por territorios similares a los que yo transitaba. Con el índice sumergido en la boca, los labios anillados con vocación de esfínter y los párpados adormilados en un frágil duerme vela, representaba a una niña a punto de trascender la rivera del sueño, mientras se saboreada a si misma ayudada por el ejercicio de succionar su propio dedo. La voz del disertante postmarxista la arrullaba más allá de la conciencia y la envolvía en una telaraña de humores amnióticos que la mecía con un zureo de paloma.

Estiró las piernas, las abrió en compás e imprimió un movimiento de rotación a su índice. Giró la cara en mi dirección y me mostró el dedo como si me invitara a compartir su deleite. Pero una vez más estaba equivocado. Mi atención precisó los contornos y supe que no era el índice, sino el cordial, quien seguía con prepotencia fálica justo a mitad de mis ojos. No invitaba, me insultaba de la única manera que la distancia y la coyuntura permitían hacerlo con algún margen de impunidad.

Aproveché su renovada atención en el conferencista para escabullirme y resguardarme tras la sombra y los cuerpos de los asistentes. No obstante, seleccioné cuidadosamente un sitio desde el cual pudiera seguir con mi escrutinio porque, a pesar de que lo que yo había considerado una táctica de seducción por parte de aquella Lolita rediviva (la de Vladimir andaría ya por los 50), se había convertido en una muestra de rechazo gracias a su inopinado ademán; no iba a permitir que su inmadurez me despojara del placer de mirarla a mansalva aunque ya no pudiera hacerlo a quemarropa.

Un simple desplazamiento que me llevó hasta la pared opuesta del pasillo de acceso al auditorio, me permitió resguardarme de su furia y establecer una diagonal entre sus ojos y su nuca Mi nueva ubicación sólo me capacitaba para vigilar un medio perfil que si bien me impedía apropiarme de enriquecedores detalles, me habilitaba para sostener mi asedio sin peligro alguno.



La observación de la realidad enseña muchas cosas, y entre ellas, la de que prácticamente nada es lo que parece. De pronto, como si hubiera perdido el contacto de la mano de mamá en una muchedumbre, mi Lolita reconoció mi ausencia y primero taimadamente, mas luego ya con ansiedad manifiesta, me buscó con los ojos y después con el cuerpo entero. Era como un mustio girasol que se nutriera con la temperatura de mi mirada. Despojada de ese sentimiento de seguridad que le había enquistado mi ferviente vigilancia, la muchacha se sintió desamparada, indefensa en medio del entumecido oleaje de la atención universitaria que convertía a aquel austero altar de la fe académica, en el bucólico remanso del anonimato total.

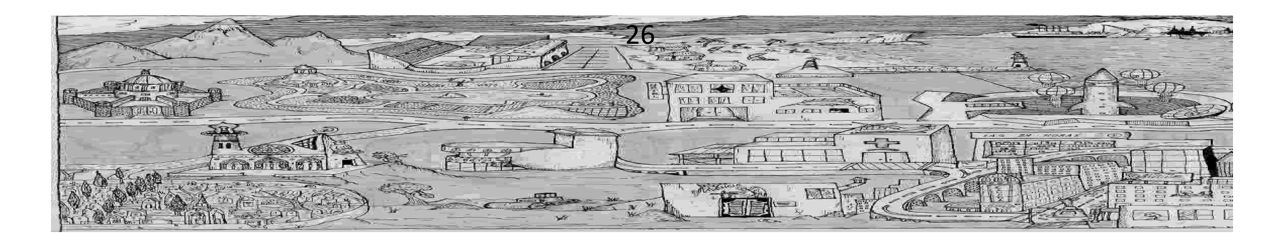
Supe entonces que ella me había visto antes de que yo la descubriera, y que sin sospecharlo, me había vuelto cómplice involuntario de una puesta en escena en la que yo resultaba el único espectador. Que su íntima exploración, sus movimientos, la repentina presencia de su lengua sobre el labio inferior abullonado y tierno, no habían sido más que etapas hacia el descubrimiento de una misma vocación fundamental. Pero ahora, sin público asistente, el mundo se le deshacía entre las manos como un bloque de hielo requemado a causa de mi fingida ausencia.

Dejó de escribir, de fingir atención, de explorarse con el dedo. En uno de sus atribulados giros, creí entrever lágrimas en las esquinas de sus ojos. No pude más. Mis perversiones quedan más próximas a la ternura que a la crueldad. Practiqué un paso lateral que me colocó ante sus ojos. Sonreí abiertamente y ejecuté un ligero ademán que puso en claro la certidumbre que de haberme sido posible, me hubiera mostrado desnudo ante ella como prueba de sumisión. Aceptaba mi pertenencia. Ya era de su propiedad. Mi cometido se centraría en el empeño de observarla por siempre hasta que ella lo impidiera por hartazgo, repugnancia o por haber encontrado un observador más eficaz.

Sin embargo Lolita me recibió con gesto adusto. Me estudio de arriba abajo con displicencia científica hasta que constató mi rendición absoluta y supo que al amparo de su mirada, justo en el vértice donde se tocan mis muslos, volvía a germinar enriquecida por el agua de sus ojos, la raíz de la paz y la coexistencia intergenérica.

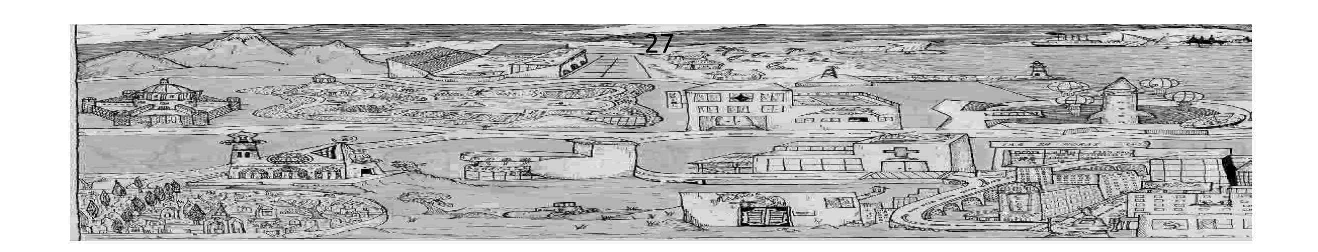
Con el color de la victoria brillando en la curva de sus ojos, urgida ya por las terminantes declinaciones del ponente, Lolita volvió la mirada hacia el pódium,





acomodó la libreta sobre los muslos, abandonó el bolígrafo en la alfombra, y se dispuso a recibir la verdad definitiva. Vi aparecer en sus mejillas el tono de su sangre, y a sus pechos acometer una presencia invisible impulsados por los crecientes altibajos de su respiración. Y mientras los iniciales espasmos del aplauso se uniformaban en el surtidor que la hacía cerrar los ojos, yo advertía a mi propio contento quebrarme por la cintura hasta sacar a la superficie un pequeño universo esta vez originado en la mirada.





Luis Arturo Ramos

Lo mejor de Acerina

Se detuvo junto al cartel que anunciaba la atracción de la noche. Miró durante algunos instantes la cara del negro que sonreía y mostraba desde la boca abierta una lengua blancuzca y esponjada.

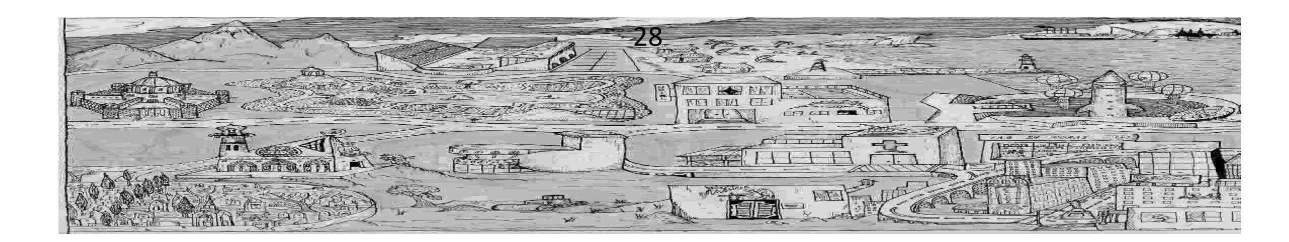
Más allá, junto a la taquilla, un grupo de gente se amontonaba empujándose por acercarse al vendedor enrejado. Algunas mujeres –cuatro o cinco– daban risitas y miraban hacia todas direcciones.

No se imaginaba por qué tenía que ser aquí. Quizás porque habría demasiada gente y eso siempre confunde; pero también, y eso era seguro, habría caras conocidas, mujeres de buena memoria que recordarían día y hora. Para olvidar la espera se comprobó la cintura, se abotonó el botón más superior del saco y luego metió las manos en la bolsa. Sintió celofán de cigarros, basuras, migajas y los boletos alargados comprados días antes. Montalvo los había arrojado sobre el escritorio y después se los había señalado con un ademán. El sólo recuerda que pensó "por qué ahí".

Ahora debía esperar; apenas las diez de la noche. Rectificó la hora en el reloj y luego miró la calle. Un viento grueso se amontonó entre los edificios y le raspó la cara con golpes de arena.

El grupo de mujeres se escurrió en montón por la puerta de entrada y desapareció. Al rato llegó el Vale, tarde, como siempre. Lo saludó desde lejos y ya cuando estuvo junto a él no hubo necesidad de decir nada. Pensó en los cuerpos allá dentro: un lodazal de gente pegosteada en la oscuridad del salón. Pero ellos debían esperar para verlo primero aquí y luego ya no perderlo de vista.





El Vale estaba leyendo el cartel y comentaba las piezas del repertorio anunciado. Pronunciaba lenta y cansadamente las palabras como si no hubiera suficiente luz y le costara trabajo descifrar los dibujitos negros.

—Se ve que v ´astar bueno –dijo.

No contestó. Se echó el sombrero sobre los ojos y se recargó contra la pared, junto a la cara del negro relumbrón que le sonreía en la oreja echándole un cálido aliento de tinta. Se hizo a un lado como si le molestara la cercanía. La cara de mamey a punto de reventar de tan sonriente.

—Mejor te vas para el otro lado –le dijo al Vale un poco molesto.

—¿Pa dónde? –dijo el otro.

—Allá en frente. Ahí junto a la miscelánea. En cuanto lo veas venir me haces la seña.

El Vale se alejó sin preguntar por qué. El otro lo miró cruzar la calle tasajeado por los fanales de los coches. Los hombros anchos, los faldones del saco y el pantalón dando trapazos en el viento.

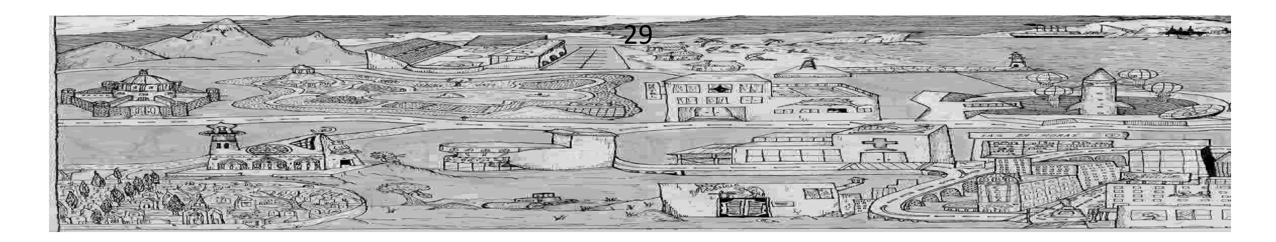
Un nuevo grupo de gente se empujó en la entrada debajo del cartel que anunciaba lo mejor de Acerina. 25 ANIVERSARIO del SALÓN CUMBAYÁ. Damas Media Paga. Premios. Concursos. Discos. No Deje de Asistir y si Asiste DI VIER TA SE.

Pensó que éste era el peor día. El más ridículo día para hacer el trabajo. Como si no hubiera calles desiertas, baldíos, noches desoladas que hasta se podía miar a media calle de cara al cielo. Pero el que paga manda pensó y se acomodó otra vez la cintura.

El Otro llegó en taxi, con amigos. Lo supo porque el Vale se dejó venir inmediatamente diciendo que sí con la cabeza. El ala de su sombrero retuvo la luz de la marquesina y no pudo verle bien la cara. El amiguito: flaco y esmirriado, de lentes. Dos mujeres abundantes y pintadas. El pajón de la permanente como lunas negras y llenas.

Olía. Empezaba a oler. El olor se escurría cada vez que alguien abría la puerta. Pensó en la gente allá adentro, derritiéndose entre el humo de los cigarros y el calorón. Pero él estaba aquí, debajo de un sombrero parecido, esperando a que el Otro entrara. El Vigilado. Entraron sin pasar por la taquilla. El Vale terminó de atravesar la calle medio a la carrera, la mano en la cintura. Los alcanzaron del otro





lado de la puerta, detenidos por la muchedumbre que rodeaba la pista de baile todavía desierta y limpia.

Se afianzó con los ojos al saco color café y nadie lo apartó de él a pesar de las trenzas de gente que pasaban y pasaban por el pasillo sin atreverse a poner un pie en la cera de la pista. El Vale atrás mirándolo también por arriba de su cabeza. El sudor empezó a disolver el plomo de viento y arena que traía en las axilas y en las ingles; la pie! se le aguó y un vaho caliente empezó a salir por las rendijas del cuello acorbatado. En el escenario, un negro pequeñito abría y acomodaba estuches, preparaba bocinas, distribuía micrófonos. Enseñaba el culito de hormiga a la concurrencia que lo hostilizaba con cajetillas hechas nudo, con gritos y silbidos. El Salón Cumbayá chirriaba por dentro mientras una niebla húmeda y agria se levantaba por entre los cuerpos del respetable.

Lo siguieron con la vista hasta que se sentaron en la mesa. El Vale preguntó que quién era el otro.

—Un amigo, a lo mejor.

—Y a ese también.

—Pérate, va veremos.

—¿Por qué aquí? (o allí) –le preguntó a Montalvo.

—Porque seguro que va ir.

—Pero y la gente.

—Cuál gente.

—Cómo que cuál gente. Pues el público. Vaber gente como la puta madre.

—Pues por eso, ¿tú crees que se las huela?

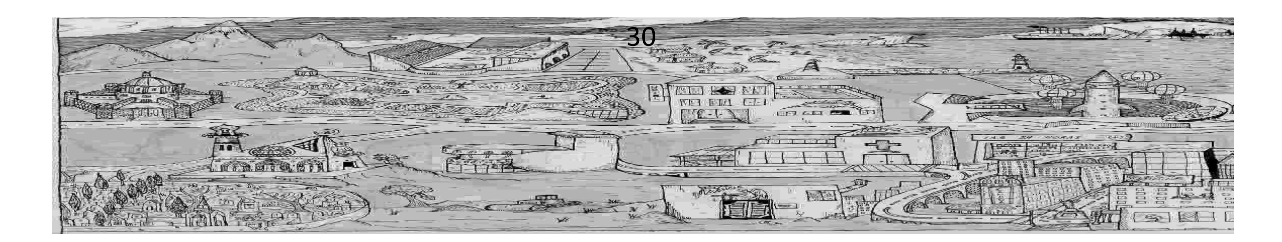
—Y si hay testigos.

—Pa después de las doce la gente vastar ciega. Ni lo van a notar. Y más con Acerina.

Y se aventó un discurso elogiando a Acerina y su ritmo, su música, su don de gentes...)

La mesa era la tercera contando a partir de la pista de baile; luego un pasillo para el público y otras tres filas de mesas pasta la pared. Había un poste a la derecha. El lugar era bueno. Seguro que Montalvo lo había escogido. Recordó a Montalvo otra vez; las tiras delgadas y crujientes de los boletos colorineados. El Cumbayá. 25 Aniversario. "Las Bodas de Plata, pendejo. Acerina y su matrimonio con el danzón y el público capitalino, qué más quieres".





Espacio suficiente como para moverse de prisa. Hasta para correr. Le dijo al Vale que se separaran pero que no le quitara la vista de encima y que por el amor de Dios, no chupara.

—Ni a él ni a mí, ¿entiendes? Los dos como si fuéramos uno. Tienes que estar muy pendiente, en cuanto te avise te acercas y te pones del otro lado. Yo llego por el lado del poste.

—¿Me puedo echar unas cervezas?

—No cabrón, por favor... Bueno, unas cuantas nomás. Pero no abuses.

Lo vio otra vez detrás de Montalvo. El mismo saco, los mismo zapatos de Tin Tan. Montalvo le dijo que el Vale iba a ir, que se lo llevara. ¿Por qué en el Cumbayá? Como si no hubiera otros lugares más decentes.

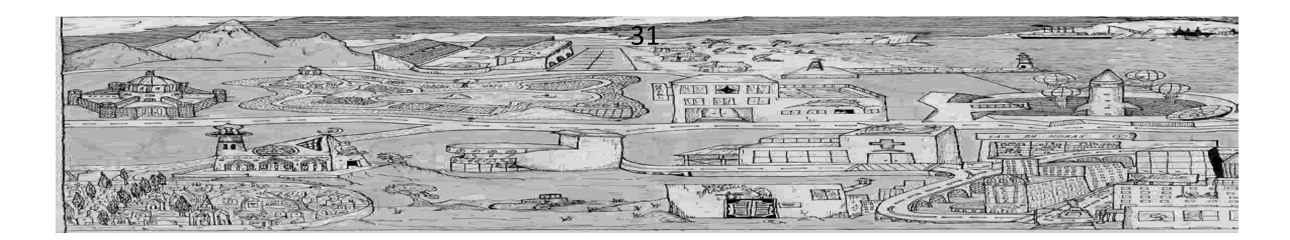
A ambos lados de la puerta de entrada dos barras meten ruido de vasos y botellas; al otro extremo, a ambos lados del templete de Acerina, las puertas de los baños: Damas y Caballeros. El de hombres está del lado opuesto a la mesa del Vigilado. Debería haber una puerta de emergencia. Quizás estuviera en los baños como era costumbre en otros lugares; aunque tal vez lo mejor era salir, como si nada, por la puerta principal.

Desde el techo, la luz opaca de los focos tasajeada por los ventiladores, da trapazos en la cara de los asistentes. Luego la luz-sombra gravita en el centro de la pista y choca contra los cuerpos que se sientan o recorren los pasillos.

Eran más de las once. Allá, del otro lado, vio el saco del Vale; luego vio su brazo saliendo del montón de cuerpos con una botella de cerveza. Vio que se alejo de la barra y se recargó en un poste mirando hacia la pista vacía. Se lo imaginó borracho, confundiéndolo todo, echándolo todo a perder. Enredándose con los sombreros, no sabiendo quién es quién. Pensó en Montalvo (los boletos sobre su escritorio, exigiendo ser tomados, mesa y todo, casi primera fila. "Te presto al Vale, por si las dudas" … "¿Para qué?' … "Por si las dudas", rectificó y empujó los boletos hasta que uno de ellos dobló la esquina en la punta de sus dedos). El Vale con su enorme saco, la cadena de plata guindándole como una inmensa sonrisa.

Se seca el sudor debajo del ala del sombrero. Bueno que el Otro trae sombrero también y no se lo quita porque eso ayuda a no perderlo de vista. Raro cómo la gente ya trae encima lo que más lo va a perder. La gente anda por ahí con un paraguas de metal en noche de rayos. La puta que nos ha parido a todos. Todo





mundo anda con un cacho de muerte encima y el pobre cuate este no sabe que lo trae en el sombrero.

El maestro de ceremonias, enflaquecido por el smoking negro y apretado, compite con el micrófono en rigidez y estatura. Su voz cálida, amable, lamenta el retraso y anuncia el programa. El respetable chifla, aplaude. Se abanica desde mesas y pasillos con pañuelos y abanicos de cartón. Luego entran los músicos y el público se entusiasma. Todos aplauden ahora. Un olor se levanta y crece como la espuma de la cerveza. Se derrama por los bordes de los cuerpos y flota como una sábana de gasa.

Acerina entra al escenario y el aplauso se acrecienta. Gritos. Aullidos. Las mujeres aplauden desde los pelos hasta las caderas. El negro sonríe mientras balancea sobre los hombros el melón carnoso de su cara, rosada ahora bajo la luz limón que cortan los ventiladores. Agradece el aplauso, abraza el aire, señala hacia los músicos. Estos se ponen de pie y se inclinan. El Vale chifla desde su lugar, pegado al baño de damas. La botella de cerveza presionada bajo el brazo para facilitar el aplauso. Los otros, en la mesa, se han puesto también de pie.

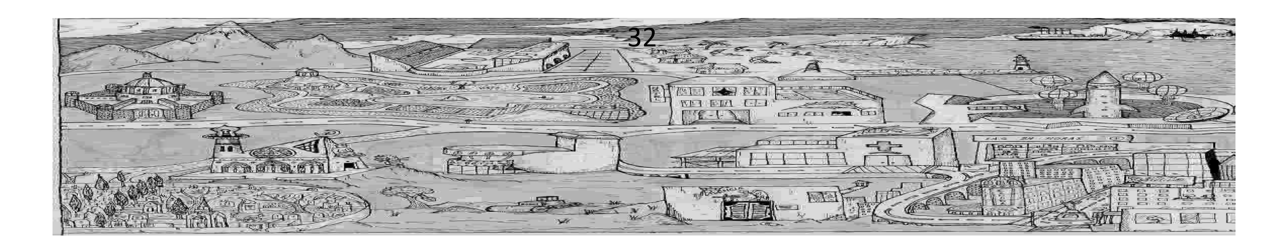
La cara del hombre del sombrero, desfigurada por la lejanía y la semipenumbra, brilla ahora agitada por el aplauso y hasta parece conocida. La música detiene al aguacero de voces y gritos. Las manos dejan de aplaudir y los cuerpos se enfrentan para asirse a las salientes y depresiones del cuerpo. Dejan la sombra de mesas y pasillos para entrar a la media luz de la pista coma bultos que fueran lanzados al mar. Salón Cumbayá: 25 aniversario.

Las doce de la noche. Se supone que Montalvo debe llegar alrededor de las l2:30. Mira su reloj otra vez y comprueba la hora. El Vale se aburre allá, cerca del baño de Damas, desmadejado por las trompetas ensordinadas. De vez en cuando se miran, entonces el Vale, sonriente, levanta una botella de cerveza, le sonríe o forma una pistola con la mano y empieza a disparar; a veces hacia la mesa, otras hacia él: hacia su cabeza emborronada por el sombrero.

El pinche Vale. El estúpido, morón, imbécil del Vale. Que no sabe nada de nada. Que dice que si a todo lo que le ordenan. Que es capaz de abrirle la cabeza a cualquiera de un .solo golpe.

El Vale agazapado en su lugar cerca del baño, diciéndole chingadera y media a cuanta vieja pasa por ahí para cambiarle el agua a las aceitunas.



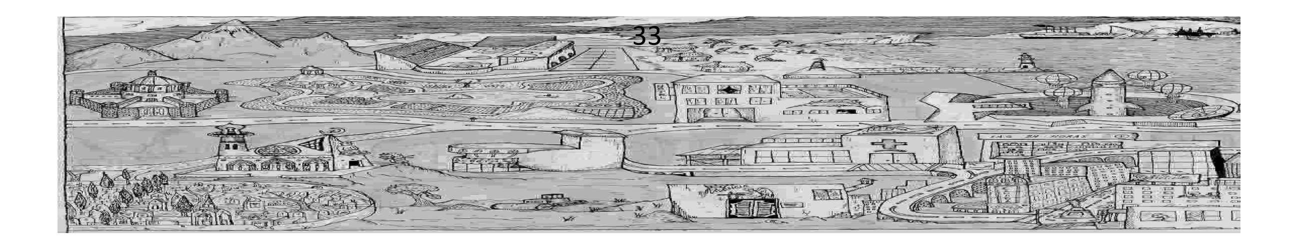


De todos modos esto siempre sucedía. La espera siempre es lo peor. Nunca sale nada a derechas; el cliente que no llega, el hombre que no está, el desconocido que molesta e interfiere. Luego, lo demás, es pan comido. Un poco de movimiento, ruido, caras azoradas, ojotes abiertos a más no poder. El golpe, el tiro, los gritos. Después hay que irse rápido, rápido pero sin correr. Cuando mucho unos pasitos ligeros de maricón; viendo siempre hacia adelante porque lo demás no cuenta. Salir o alejarse, depende de dónde se esté. Lo demos es fácil. Lo cabrón es la espera. El miedo que como quiera se mete. Las invenciones que se le clavan a uno en la cabeza, como quien ve visiones. Pero por eso pagan; no por dar el balazo como muchos creen, sino por los güevos de estarse aquí, esperando.

Ahora, abotagado por la música, repartiendo los ojos entre la mesa y los pasos suaves, medidos, de las parejas que se resbalan solitarias a pesar de la muchedumbre. Viendo el ritmo que se agita, que emerge de todas partes como un chorrear de hormigas picoteando en las caderas y en las rodillas. El mundo revolotea y el humo brota debajo de las piernas para llegar pasta las caras serias, adormecidas, que miran hacia ningún lado como si nada importara. A lo mejor si había sido una buena idea. En este lugar (Cumbayá: 25 Aniversario. Lo mejor de Acerina) nadie se daría cuenta así volvieran a crucificar a Cristo con todo y güaraches.

Miró hacia la mesa. Aquellos ni siquiera se habían parado a bailar; quizás esperarían primero a Montalvo, sin olérselas o medio oliéndoselas; pero a quién podría ocurrírsele que sucediera una chingadera como esta en un lugar así. Y otra vez los boletos doblándose contra la una del dedo índice. "Órale, casi primera fila. Lo mejorcito de Acerina. Allá hablamos" ¿O dijo "allí nos vemos". Miró la silla vacía junto a una de las mujeres: de espaldas a la pista de baile, exactamente frente al Vigilado. Seguro que la silla era para Montalvo ("Me apartas una silla", dijo Montalvo después de arrimarle los boletos). Luego miró al mono de los anteojos. Demasiado escurrido para ser pistolero, de qué podía servir. Pero a lo mejor era el arma secreta y luego luego pensó en Gonzalitos. Después, cuando lo vio otra vez en la foto del periódico, con su resplandor de sangre alrededor del cuerpo como si estuviera viendo una estampita de canto, se lo figuró todavía más como maestro de primaria, empleado de banco. Pero así eran las armas secretas: los que no parecían y eran.





El de los anteojos estaba entre la silla vacía y una de las mujeres; casi le daba la espalda, a no ser porque a veces aparecía la nariz debajo de la armazón de carey de los lentes. Entonces se acordaba más y más de Gonzalitos y de su habilidad para que nadie le desconfiara (Por eso lo había traído, por si las dudas, por si Montalvo se ponía pesado y namás agarraba a Acerina de puro pretexto). No como al Vale que desde lejos le aventaban cacahuates de tan gorilón. Que en todas partes se abría el saco para enseñar el bulto de la escuadra o toqueteaba con las uñas en la cacha para sacar ruidos de mambos y chachachás.

Mentalmente colocó al Vale detrás del de anteojos: él caminaría desde aquí, el Vale desde el extremo opuesto, se cruzarían exactamente a espaldas del Otro, se darían la media vuelta y, pum. Claro que el Vale, en caso que el de lentes se alebrestara, ya lo tendría medido. Pero primero había que esperar a Montalvo, su plática con el Vigilado, su señal, su salida. Esperar quince minutos. Darle tiempo a que se saliera para no comprometerlo. No en balde había trabajado con el tanto tiempo. Aunque a últimas fechas, sobre todo después de lo del hermano, había que andar con pies de plomo. Este sería el ultimo trabajo con Montalvo. Lo pensó y lo decidió ahí, en ese instante. Surgió todo como un descubrimiento, como si de pronto se enterara de su verdadero nombre; como si acabara de despertar de una amnesia de esas de película.

Las trompetas empezaron a lloriquear y Luego el rasquetear de los güiros les siguió la corriente. Se dio cuenta de que estaba muy sudado y que le dolían las piernas de tanto estar parado. Se puso a mirar a los bailadores, Las parejas que se deslizaban como atrapados por una corriente que los llevaba por ahí sin permitirles chocar. Olía un sudor agrio, a tabaco. En las mesas, sillas vacías, botellas de cerveza y mujeres abandonadas que fuman. Allá arriba, en el escenario, los músicos redondos avientan relámpagos con las trompetas.

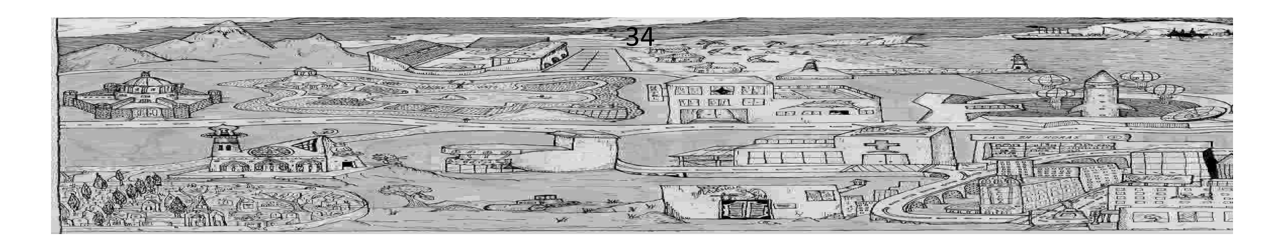
Sintió un golpecito en la espalda. Se dio la vuelta pero no vio a nadie conocido. Miró de arriba a abajo a los tipos detrás de él, nervioso, la mano en la cintura. Luego escuche el psst. "Ese, hazte pacá". Vio la cara de Montalvo medio escondida entre Los cuerpos de los mirones y las cortinas de la entrada. Le hacía señas de que fuera; parecía medio enojado.

—Pendejo, por qué no estás atento. Qué tal si me ve contigo.

—Creí que te ibas a ir derecho a su mesa. Desde aquí lo vigilo.

—Ponte abusado pues. Dónde anda el Vale.





—Allá, del otro lado... No lo apures, lo tenemos bien cubierto. Montalvo mira hacia la mesa por entre los hombros y el cuello del otro. Estudió la escena, las luces. Seguro que vio la silla vacía frente al Otro. –Ya viste dónde está.

—Pos claro, si yo mismo compré la pinche mesa... ¡Quién es el de lentes? –No sé... Un amigo a lo mejor.

—Qué no será su guarura.

—Ese cabrón tiene mas cara de farmacéutico que de otra cosa. Además, ai se lo dejamos al Vale.

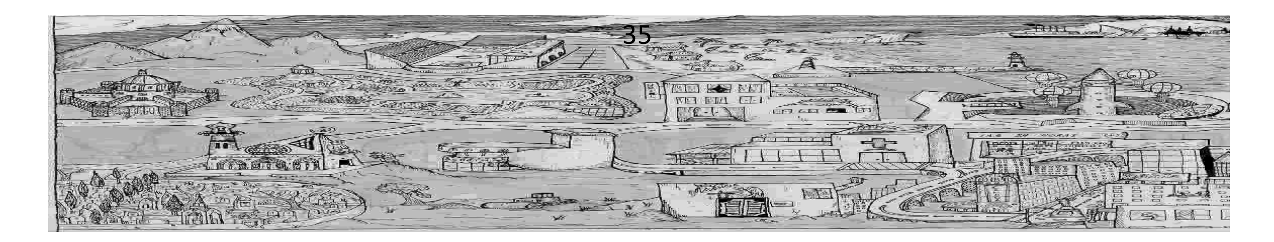
Creyó sentir la sonrisa de Montalvo arrugar la costura de su saco. A lo mejor era puro miedo. También se las olería. Lentitos: el Arma Secreta. Luego le palmeó la espalda.

El aire que le golpeo por atrás le indicó que Montalvo ya iba de camino. Luego lo vio andando por entre el humo azuloso. ¿Y qué tal si no pasaba nada? Si Montalvo no daba la señal; si decía que no, que no pasara nada. Si efectivamente lo dejaban ir. El Cumbayá siempre había sido un buen lugar para los negocios, para ponerse de acuerdo entre la música no siempre de Acerina. Por qué no habría de ser ahora bueno para las reconciliaciones. Aunque este fuera el último trabajo, quedar como amigos, que ai muriera. Si eso pasaba, de nada habría valido el miedo, ni las precauciones, ni el Arma Secreta. Ni las visiones que lo hacían confundir las caras de la gente o mirar las cocas desde un sitio donde en realidad no estaba. (Como la cara de Lentitos que de pronto se le aparecía como si estuviera enfrente de la suya y no allí, lejos, de espaldas).

Ahora, más atento aunque con sueño, desamodorrado de la música por la llegada de Montalvo, fija la vista en la mesa. Las mujeres sonríen plegando los labios gordos de pintura. El de lentes se atora en un bostezo que le levanta los anteojos casi hasta la frente. Mira sus dientes blanquísimos de anuncio de pasta dental; pero le sale la pistola en la cintura, le mira el dedo bueno cuando se tapa la boca con la mano. El Otro habla con una de las mujeres. Localiza al Vale, aburrido, mirando hacia ningún lado. Entonces se da cuenta de que la música ha dejado de sonar y que de la pista, semivacía (algunos platican en medio del salón), se levanta un polvillo como de vereda recién transitada.

Esperó hasta que el imbécil del Vale pasó la mirada por donde el estaba. Le hizo una seña con la mano que el Vale no vio. Adormilado, medio borracho por el





humo y la cerveza, daba brochazos por todas partes con ojos cansados, enrojecidos. Lo pendejeó desde lejos.

—Ora pinche gorila estúpido.

El Vale parecí sonreír mientras miraba Las caderas de las mujeres sonando rumbo al letrero de DAMAS.

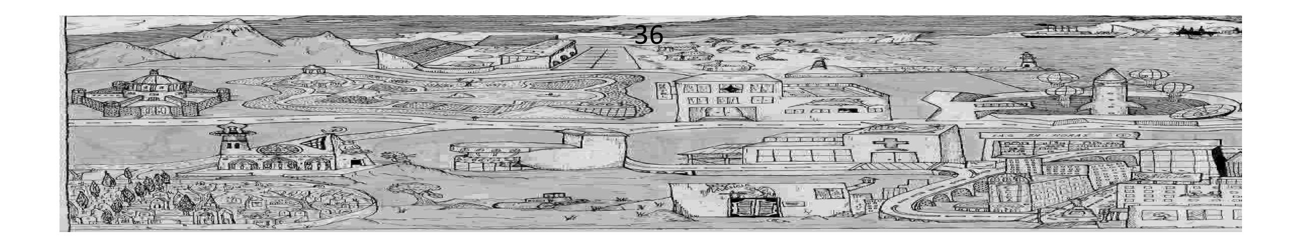
—Aquí pendejo.

Por fin el Vale se atoró en uno de sus manotazos y detuvo la mirada. Levantó los hombros preguntando "¿Qué cosa?", el otro le señaló la mesa donde ya Montalvo platicaba. Todo parecía tranquilo; las mujeres, de perfil a los acontecimientos, miraban hacia el escenario donde otra vez los negros se acomodaban detrás de los instrumentos. La cara de Acerina sonreía en medio como luna generosa. Hablaba con algunos fanáticos que se acodaban en el templete. El público comenzó a removerse y el humo volvió a encaramarse por los ventiladores. El olor agrio, húmedo, comenzó a lloviznar sobre los cuerpos punteándolos de gotitas. La música reventó otra vez, ahora como un mar que llegó hasta las mesas y se llevó a los bailadores, para dejarlos por allá, mar adentro, a la deriva. Las manos en el otro cuerpo, aferradas a la única cosa sólida en este deslizarse de agua.

Montalvo habla con las manos: las levanta, se toca el pecho con la mano abierta, la extiende sobre la mesa. El Otro sonríe y niega. Dice que no, que no es cierto. Que no fue él, que ni lo conoce. (El putero. La mujer flaca y pintada. El hombre atravesado en la cama con tres agujeros en el pecho sin pelo. Gonzalitos que le dice fuímonos"). Ni lo conoce. "¿Cuál hermano?, pensé que eras hijo único". Los ojos de Montalvo rebrillan y el Otro sabe que eso, lo último, lo está condenando; que hubiera podido convencerlo, pero) su pendejo sentido del humor. O tal vez son los ojos afilados por el ala del sombrero los que ya lo traicionaron desde el principio. O tal vez Montalvo sólo vino a jugar con el ratón y ya lo rodeo de gatos. El Vale, apretado por el saco azul; otros por ahí, escondidos entre el humo, mirando detrás de los hombros de otros que no lo miran a él.

Montalvo dice que no nació ayer. Que por quién lo toma. Que no hay negocio que valga. Que no habla de negocios sino de honor, familia y que morir como perro, encuerado y en cama de puta, con los ojos y los cojones de fuera, es más pecado que crucificar a Cristo con todo y guaraches. Que ya no hay cielo para nadie después de esto.





Las mujeres se levantan con el tipo de lentes; una camina hacia el letrero de DAMAS, la otra, de la mano del de lentes, a la pista de baile. Montalvo pega con la punta de los dedos en la mesa húmeda. Ahora le esta preocupando el de lentes, ya en algún lugar a su espalda, perdido en la pelotera. Acerina apresura el ritmo: el olor pica. El Vale no quita la vista de la puerta que dice DAMAS, a donde ya entró la mujer.

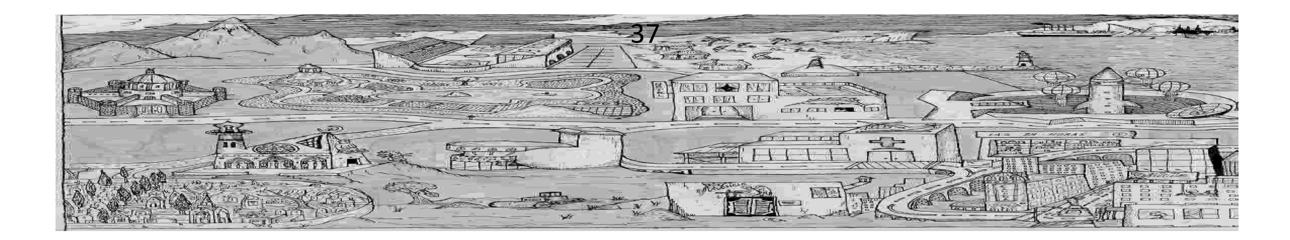
Montalvo da rápidas miradas hacia atrás. Le preocupa el de lentes (“No sabías que estaría aquí, ¿verdá cabrón?... Y mucho menos que te hiciera movimiento... ¿verdá? Ahora, o te descubres o te vas”). Montalvo se pone de pie y apoya las manos en la mesa. Acerca la cara a la cara del Otro y trata de decide algo. Lentitos (el muy pendejo), sale de la pelotera, escondite perfecto, y se acerca medio corriendo. Las trompetas de Acerina cotorrean con los güiros, y las parejas giran como en un caleidoscopio. Las tumbadoras obligan a cimbrar la cintura.

Tiene que empujar a los de adelante para que lo dejen pasar mientras con la mano se busca la cintura. El imbécil del Vale ni cuenta se ha dado. Pero el Otro, el del sombrero igual al suyo, levanta la mano abierta a la altura de su cara y luego la echa un poco hacia atrás, para dizque acomodarse el sombrero. Lentitos se detiene. Están nerviosos. Montalvo baja la cabeza y mira de revirado; seguro que ve al de lentes allá atrás, haciéndose pendejo, la mujer a su espalda, el pajonero enredado de luz. Las parejas más atrás, acomodando las salientes del cuerpo en la música que se ondula.

Montalvo palmea la mesa y se pegostea las manos con las babas de cerveza. El de lentes se queda por ahí, entre las mesas y los bailadores. El Vale, estupidizado por la sorpresa de lo que ahora ve, mira al del sombrero, a Montalvo, al Otro. Busca luego al de lentes y no logra ubicarlo. Intenta correr hacia la mesa, pero él lo detiene con un gesto parecido, muy parecido, al que hizo el vigilado. Luego se da cuenta que ese gesto pudo haberlo descubierto y, quizás, Lentitos ya tiene alerta los ojos, la mano en la cintura.

Montalvo ya no da golpecitos en la mesa sino que se endereza y con las manos dice okey o algo parecido. El del sombrero trata de creerle. Montalvo se lleva la mano a la boca, piensa. El Otro aprovecha y extiende la suya por arriba de las botellas. Montalvo sonríe: ahora si dice "Okey, okey" y estrecha la mano que se le ofrece. Se jalonean dos o tres veces viéndose a los ojos; el filo del sombrero dándole un sentido a la mirada completamente distinto al que quiere darle.





Aprovecha para irse metiendo otra vez entre los mirones que se atoran junto a la puerta de la entrada. El de lentes espera, la mujer espera más atrás. El vale todavía está ahí, en medio del pasillo, con su cara de estúpido. La otra mujer, al salir del baño, tiene que decirle "compermiso" porque está estorbando el paso.

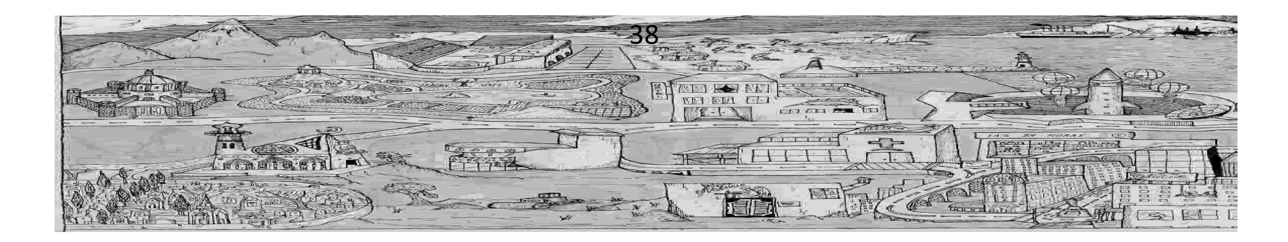
Montalvo camina hacia él sin mirar hacia atrás. Los otros se han reunido alrededor de la mesa pero sólo Malena, la que fue al baño, lo mira alejarse. La otra le está contando a susurros lo que sucedió. Cuando Montalvo pasa junto a él le dice algo como "Dale" o "Duro" o algo que de todos modos significa lo mismo. Ahora sólo hay que esperar el buen momento. Desde lejos dice que si al Vale y él también dice que sí con la cabeza. Luego el Vale hace un dos con la mano y el otro le dice también que sí porque evidentemente Lentitos es su guarura y hay que darle cran.

Pero ahora no es un buen momento. Todos están nerviosos y por lo mismo atentos. Para evitarse problemas camina hacia el Vale que lo mira y lo espera. Además, quiere saber si el de lentes lo reconoce. Camina entre la gente que se atora en la esquina y alcanza el largo pasillo bordeado de mesas y sillas. Camina sin mirar a los lados pero viéndolo todo. El Vale seguro que lo mira venir. Luego, el muy pendejo, comienza a caminar hacia su encuentro para que el lo detenga con una señal que luego esconde con el fingimiento de acomodarse el sombrero. El Vale se extraña, se detiene; pensaba que ya era tiempo. Pasa junto a los de la mesa y ni Lentitos ni la mujer lo miran siquiera. Cuchichean inclinados sobre las botellas y las cajetillas de cigarros.

Se reúne con el Vale y le dice que hay que esperar. "Más al ratito. Cuando todos estén entrados con la música". Piensa que después de todo no era tan mala la idea de Montalvo y el Cumbayá. Quién iría a imaginar que aquí, entre tanta gente. Se regresa, no mira al del sombrero aunque to siente. Le da miedo su cercanía. Mientras camina hacia su lugar de observación, nota por primera vez el plomo líquido de la orina debajo del cinturón.

Calcula el tiempo que le tomará caminar hasta los mingitorios; piensa en el dolor que le causara en la entraña el agua picosa balanceándose con cada uno de sus pasos. Siente las piernas entumidas. Horas de estar sentado. La cerveza esponjándose bajo el cinturón como un mar con luna llena. Mira hacia todos lados tratando de encontrar la mejor ruta. Allá, junto a la puerta de entrada, los mirones se aprietan y entorpecen el paso. En la pista, las parejas nadan en la humareda de





los cigarros. Prefiere andar el pasillo: se cuida de los golpes, los empujones, las repentinas contorsiones de las caderas que pueden hacer que sus músculos se aflojen y lo hagan derramarse hasta el piso. Se protege el vientre con las manos. Camina.

Camina por el pasillo de la puerta de entrada. El del sombrero se ha perdido en su silla, transparente por el humo que lo desvanece. No le importa porque sabe que está ahí aunque no lo vea; perdido bajo el ala del sombrero, deformándose cuando habla o bosteza, pero ahí. Además el Vale vigila.

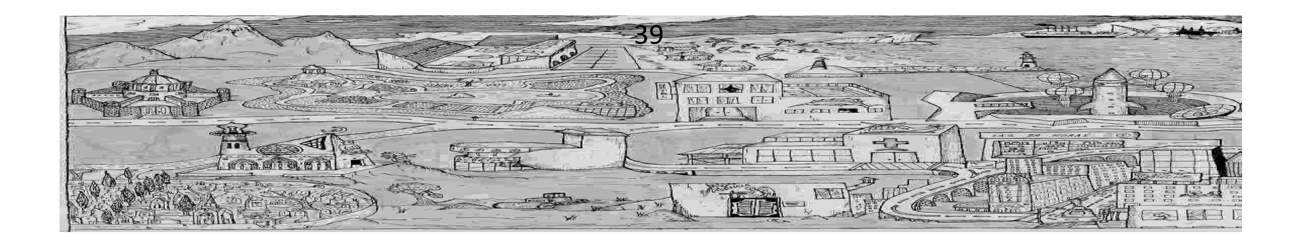
Ahora anda por el pasillo paralelo a la mesa vigilada; adelante, líneas de luz pintan un CABALLE OS donde la ere fundida aparece como un diente perdido. Los negros, redondos, brillantes, se agitan en el templete siguiendo las órdenes de Acerina. El Vale toma cervezas, espía la puerta del baño de Las mujeres, se rasca el sobaco. Se acomoda la pistola en la cintura y nadie lo nota.

En el baño, de cara a la pared escamosa, lee los letreros pintados con lápiz. Mira los miembros gordos, cabezones, con pelotas como ruedas de cañón, que apuntan a los triángulos negros con siluetas de mujer alrededor. El calorcillo humoso le llega hasta la nariz desde la taza sucia de colillas. El peso se licua en su vientre y el placer le hace cerrar los ojos. Junto a él, hombres en batería sisean con las manos entre las piernas. Luego, en el espejo, mira su cara ensombrerada y los ojos enrojecidos por la noche y el humo; pero detrás, la espalda del Otro miando en la taza que desocupó. El sombrero sobre la nuca, leyendo también los letreros de la pared.

Otra vez el mismo miedo; se palpa la pistola en la cintura. Otros hombres que fuman, esperan por el cuadrito ennegrecido del espejo, peine en mano. Lo empujan. El Otro se abotona. Hombres que hablan de mujeres los impelen hacia la puerta de batientes. Se juntan en el umbral, salen del pasillo.

El olor diferente lo alerta. La música continúa ahora suave y subterránea. Al llegar a la altura de la mesa vigilada descubre que el Vigilado no está. Mira a las mujeres gordas de pintura. La espalda de Lentitos. El Vale tampoco aparece. Camina apresurado por entre la gente. Da vuelta en la esquina y anda por el pasillo perpendicular. Dobla la otra esquina y, mientras camina va por el pasillo de la mesa Vigilada, mira al Vale que lo mira precisamente debajo del letrero luminoso de DAMAS.





Hace una seña preguntando por el Otro pero el Vale parece no entender. Sin embargo Maritoña le contesta desde lejos. Continúa caminando aunque se da cuenta que debió haberse quedado más atrás, justo frente a la entrada. Camina y sigue caminando hasta que llega junto a la mesa. Lentitos toma de la botella de cerveza. Maritoña le acomoda la silla para que se siente. Él se quita el sombrero y se seca el sudor con un pañuelo que saca de la bolsa del pantalón.

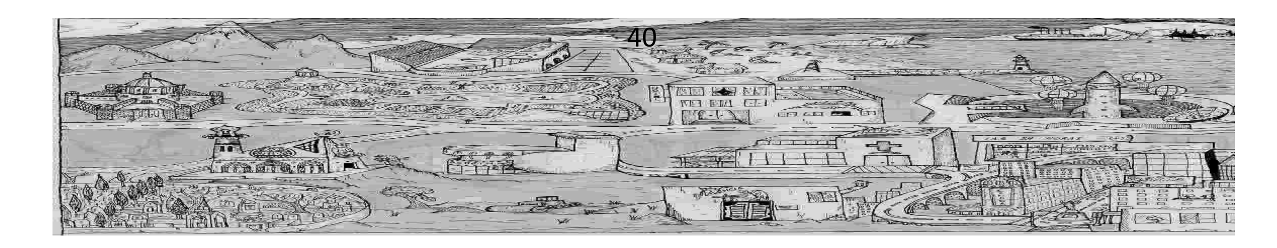
Recuerda la cara de Montalvo diciéndole que en el Cumbayá, recuerda otra vez su cara acusándolo de algo que no recuerda. Montalvo golpea la mesa o empuja billetes crujientes con los dedos. "Órale, aprovecha. Acerina, el Cumbayá. 25 aniversario. Las bodas de plata del salón y el público capitalino".

Maritoña sonríe. Malena se seca el sudor con la esquina del pañuelo. Lentitos le brinda desde su silla. Maritoña le acaricia el muslo por debajo de la mesa. La cerveza le atiborra la garganta de paja y la espuma vuelve a hincharse en su vejiga. Lentitos, frente a él, voltea hacia el escenario cuando lloriquea un sólo de trompeta con sordina; el tendón del cuello le resalta y dibuja una línea diagonal que le sube hasta la mejilla. Mira junto a Lentitos la silla donde se sentó Montalvo y mira otra vez la saliva pegosteándose en sus dientes por la fuerza de las palabras. Mira su boca atorada de promesas, amenazas, lanzando chispas de espuma. Entonces entiende por qué Montalvo lo invitó al Cumbayá y por qué, desde entonces (desde el día en que empujó los boletos hasta sus dedos, obligándolo a aceptarlo), nunca dejó de preguntarse por qué.

Se da cuenta que ha estado siempre aquí y no allá, entre la ramazón de gente que se aprieta cerca de la puerta de salida; porque no hay salida.

Porque el miedo que lo hizo inventarse otra vez no será suficiente para hacerlo desaparecer o modificar las cosas.

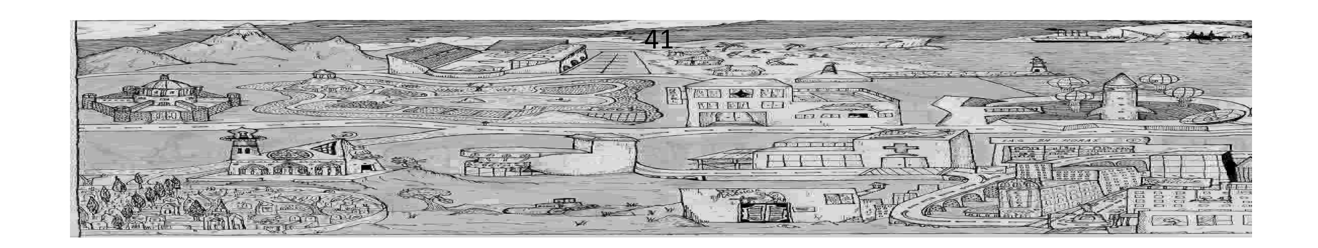
Se da cuenta que ha estado mirando al Vale desde la mesa y no desde el agujero lleno de gente donde creía o le hubiera gustado estar desde el principio. Que han sido las mujeres y Lentitos (su sonrisa de farmacéutico) lo que ha estado viendo de cerca; y el que esta allá, dibujado por muchos cuerpos, junto a la puerta de salida, no ha sido él sino su duda, su miedo. Porque él siempre ha estado aquí sentado, llenándose de cerveza, junto a esta mujer que se llama Maritoña y este hombre que le dicen Lentitos y que habla ahora al oído de la otra mujer: Magdalena.



Luego entonces, el hombre sentado a la mesa (el Vigilado) en los 25 años del salón Cumbayá oyendo a Acerina y lo mejor de su repertorio, es él; y la bala que repta zumbando en su cabeza (una bala que ya había sido disparada antes de que él llegara, desde el día en que aceptó los boletos), empujando cada vez más hacia adentro y que muy pronto hará estallar todo en un montón de luces y chasquidos, la acaba de disparar el Vale a menos de dos metros de distancia.

El torso, como si lo hubieran cortado con guadaña, da un latigazo contra la mesa llena de botellas, mientras la cabeza, desgreñada, chorreante, rebota en la madera. Las mujeres se ponen de pie, gritan, las manos en la cara. El de lentes, los ojos a medio salir, se espanta y se echa para atrás, la mano en la cintura, empujando sillas y parroquianos. Los bailarines giran hacia los acontecimientos como si todos obedecieran a la acción del mismo resorte que los impulsa y se asoman al unísono al agujero que ya es la mesa. Acerina levanta los brazos, los negros se inclinan para mirar. El Vale camina por el pasillo rumbo a la salida.





Angélica Santa Olaya

Narciso 2050

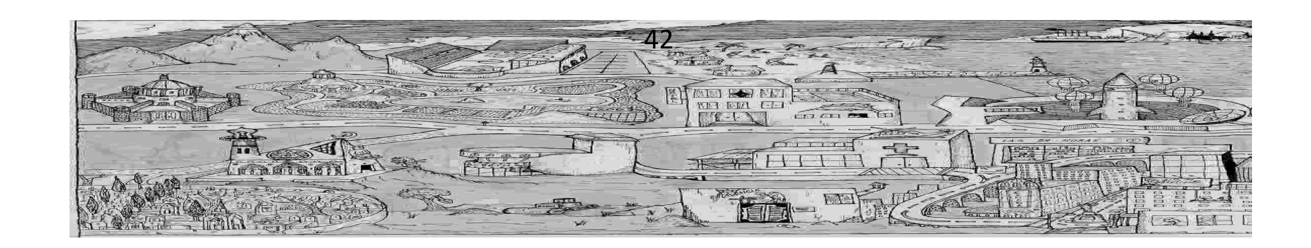
Se deseaba demasiado. Ya no era posible esperar más tiempo. Su cuerpo temblaba anhelando la imagen que podía únicamente acariciar sobre el cristal.

Malditos científicos. Se suponía que aquella libertad para mutar testículos por ovarios y tetillas por senos debía ejercerse por placer. El mecanismo de transmutación genérica servía para amplificar las posibilidades del goce, no para inducir el sufrimiento.

Se miró nuevamente a los ojos. Sólo tenía que oprimir el lóbulo de la oreja; punto exacto en que se ubicaba el interruptor. Apretó los labios. Su sueño era imposible. Nunca podría poseerse, pero había que despedirse. Accionó el botón. Una corriente eléctrica sacudió su cuerpo. Las últimas partículas hormonales se reinstalaron en las células. El cabello, largo y sedoso, le cubrió la espalda. Admiró la perfección de sus caderas y acarició con la mirada la piel libre de vellos. Se dijo que se amaba. El puño se estrelló contra los labios que sonreían con amargura. Observó sus mejillas fracturadas.

Tomó un trozo de cristal que intentaba desprenderse de la imagen y lo hundió en el vientre con decisión. La falta de uno de los fragmentos propició la caída de los otros. Uno a uno cayeron al piso como haces de luz sobre la enrojecida superficie. Cerró los ojos y pensó en otr@s que, como él, caerían en la trampa. El inventor de aquella maravilla biotecnológica tuvo que haber vislumbrado, también, la destrucción de los espejos.





William J. Camacho S.

Ad infinitum

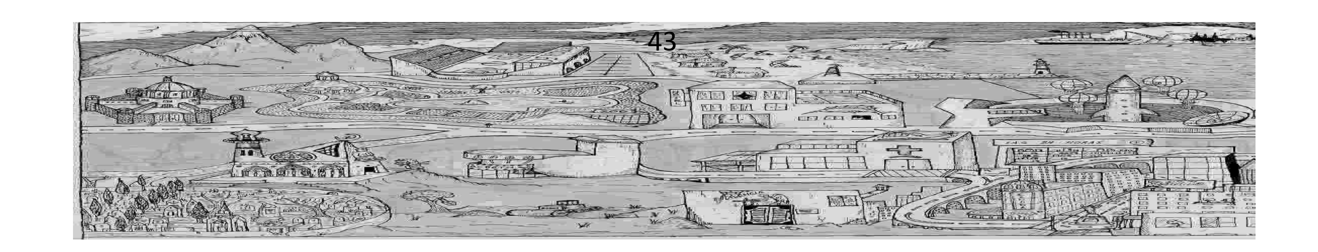
"Por qué", decía siempre que le indicaban cómo vivir. "Porque Él así lo ha escrito", le contestaban invariablemente. Entonces, adquirió conciencia del poder de las palabras. Aprendió a leer y escribir mucho antes que los demás niños de su edad, y cuando le tocó hacerse hombre, prefirió no hacer el amor, pues estaba convencido de que escribirlo era más placentero. Como cualquier otro joven, gran parte de sus pensamientos convergían en el sexo, pero a diferencia del resto, tenía una actividad sexual incesante, asombrosa. Prueba de ello son los ciento veintitrés tomos que, durante muchos años, produjo escribiendo el amor.

Cuando decidió que era tiempo de casarse, escribió una mujer y, luego, sus hijos. De esa manera, escribió una familia feliz, perfecta; pero una brisa inoportuna vino a malograr su plenitud, llevándose con sus brazos de aire varias páginas de su vida. No podía volver a escribirlas, nunca podría hacerlo de manera idéntica, jamás podría recuperar a la familia que había creado.

Escribió el dolor y la ira; después, borró todo lo que había escrito y descubrió que la soledad era una página en blanco. Decidió, entonces, escribir un reino y se escribió rey. Escribió vasallos, bufones, cortesanos y un harem. Por mero aburrimiento, escribió otro reino y otro rey para poder escribir la ambición, la crueldad y la guerra. Lógicamente, escribió su victoria.

Ya viejo, cansado de su reino, escribió un universo, y de ése, se escribió Dios. Con pulso tembloroso, escribió galaxias, constelaciones y planetas. No le quedaba mucha vida, por eso decidió escribir su inmortalidad, encargándosela a los seres escritos de un planeta que también escribió y nombró Tierra. Ellos, acatando su voluntad, lo escribieron inmortal; entonces, adquirieron conciencia del poder de las palabras…





Valentino

La fábula del chimpancé sabio

Un viejo chimpancé cascarrabias, que por años había servido como experimento de lingüística aplicada en Salamanca, fue relegado a un zoológico. Una vez allí, se puso a enseñar a sus congéneres lo que había aprendido. Con el tiempo, se acercó el día del primer examen. "Escribe en la tierra", le dijo el anciano a un pupilo, inspirándose quizá en los azotes que un hombre daba con una pala al cocodrilo, "el siguiente dictado":"Las erramientas no son armas de gerra, sino una extension del cuerpo de los seres vivos, v.g., los animales i el ombre. No deben utilizarse para atacar a los demas seres, ejemplo, el zerdo, el cocodrilo o la tortuga jigante. Se proibe entre nosotros tales atrozidades. Acel o cienes violen estas leies y disposiziones, seran castigados".

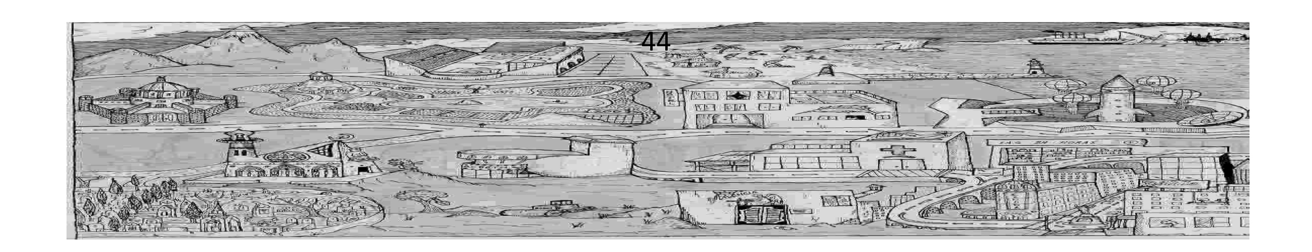
Cuando se inclinó el viejo para inspeccionar, casi se cae de ver, para él, aquellos sendos horrores ortográficos.

–¿Qué has hecho? –le preguntó con gran indignación–. ¿No te enseñé yo a utilizar el alfabeto?

–Sí –le contestó el otro–. ¿Pero no me dijiste tú, pues, que la "h" era muda e inútil, que la "g" se pronunciaba como en "gato, gorila", que la "c" como en "cabra, cobaya", la zeta como en "zorro, zorzal" o la "j" como en " jilguero"?

Moraleja: *No todas las normas dictadas por los "doctos" o "altas autoridades académicas" se ajustan a las circunstancias y cambios históricos evolutivos del presente. Muchas veces, en cambio, algunos hechos cotidianos, que "repugnan" a primera vista, sí tienen una verdadera base científica, lógica y coherente con la realidad y prácticas de la vida actual.*





Mingharicqucqua

La pulga de Schrödinger

✓ Erwin Schrödinger tiene pulgas, mas el famoso físico y bióligo teórico sabe de lo pueril, vano e inane que sería rascarse. La mitad de las pulgas estará ahí, o no, la otra mitad habrá saltado, y quién sabe cuántas estarán en un punto indefinido de alguna región espacio temporal de manifestación probabilística. Según sus cálculos, suman ya más de dos mitades, pero así es esto de la mecánica cuántica.

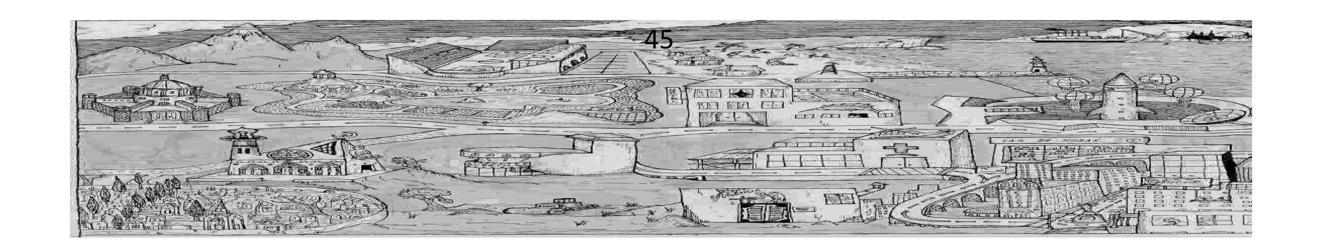
__oOo__

sendero

El circo

✓ La pulga trapecista rompía la fuerza de la gravedad cuando despegaba.Desde el cielo veía n manos que aplaudían a rabiar al realizar sin protección el triple elipse mortal. En la función nocturna hizo lo increíble, quedó inmóvil y flotando —gravedad cero— Cuando el respetable dejó de aplaudir bajó del vértice la araña y lo desapareció del escenario.





Juan Sebastián Gatti

HISTORIA DEL CAZADOR DE BASILISCOS

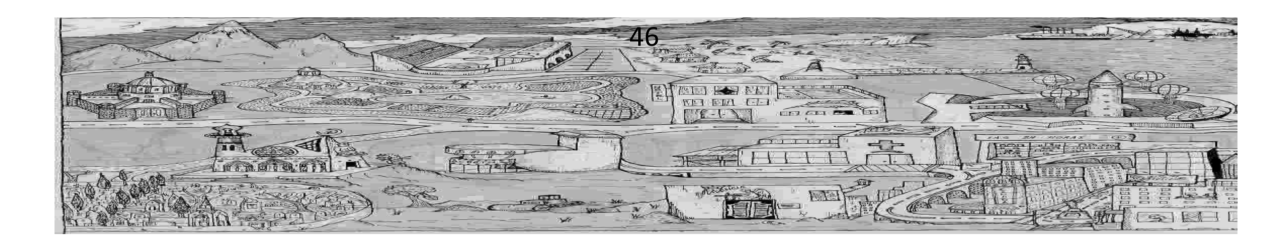
Pincel que lo muerto informa
Tal vez un cuadro previene,
Que una forma a una luz tiene,
Y a otra luz tiene otra forma.
Calderón, La dama duende, III, 141-144

Ac he mægnes rof min costode,
grapode gearofolm.
(Me atacó, terrible en su fuerza,
Y me atrapó con codiciosa garra.)
Beowulf, líneas 2084-2085

Si hubieran tenido un catoblepas todo habría sido más sencillo: entre la mirada dada y la mirada recibida se habrían matado el uno al otro, y después los cazadores hubieran podido hacer un riquísimo asado de cola de basilisco, que es muy nutritiva, y bailar alegremente alrededor del fuego (el catoblepas, por otro lado, no es comestible, o nunca se ha oído hablar de alguien que se lo coma).

Lástima que, como todo el mundo sabe, el catoblepas es además un animal mitológico, lo cual dificultaba su obtención para propósitos prácticos, y lo que mata del basilisco en realidad no es la mirada, que sólo fascina, sino la mordedura,



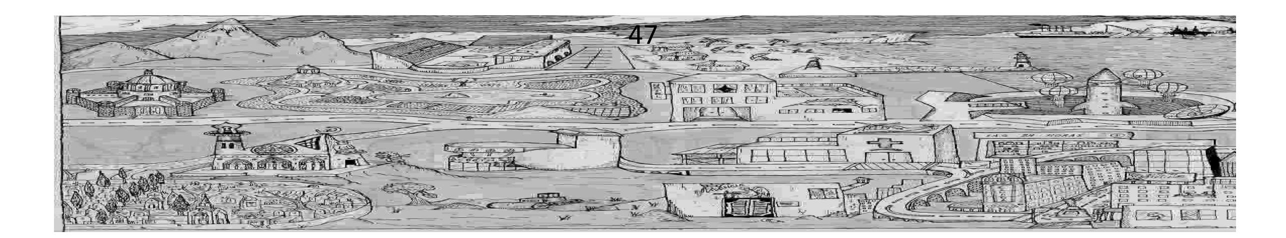


como dejaron asentado Salomón y Jeremías, si me perdonan el tono bíblico. Roque sabía muy bien algunas de estas cosas y de otras no tenía idea, así que voy a tener que prestarle mis palabras aunque yo fuera nada más que el chico blanco y larguirucho que vivía en una casita de la última calle del barrio, pero todavía en el barrio, es decir, un petimetre de ciudad, y él fuera un auténtico habitante de la barranca acostumbrado al sigilo, la caza y el pan hecho en el horno de leña. Ya sé que ahora todo semeja un montón de digresiones y salidas de lugar, como si no supiera muy bien por dónde agarrar esta historia, y puede ser, pero de ese pan más adelante voy a tener que hablar un poco, me parece, vale la pena hablar de ese pan.

Al fin y al cabo, después llegaron los de siempre diciendo que si era basilisco o iguana, porque hay gente que no puede soportar el heroísmo ajeno y tiene que rebajar todo a su estatura, que no es mucha, y en ese momento fue muy útil que yo pudiera citarles a Dioscórides y Avicena, y al Doctor Angélico, y hasta a Vicente Beauvais, aunque el pobre da por cierto al catoblepas que, como ya dije, no existe. Cuando hice esta aclaración a todos les quedó muy claro que no soy propenso a quimeras y fantasías, y que cuando digo basilisco quiero decir basilisco, no iguana. Si eso no me da derecho a contar esta historia, entonces no sé qué hace falta.

Lo habíamos perseguido durante meses, Roque y yo, primero porque era una excusa tan buena como cualquiera para estar en la barranca, y segundo porque a mí me lo prohibían mis padres, y de Roque se burlaba su abuelo, que además era su papá y en su juventud había sido un famoso cazador de basiliscos (y de iguanas también). Además era invierno, y no hay mejor época para rastrear esta clase de bichos; teníamos vacaciones, yo de estudiar en la escuela y Roque de ir a ella, porque él era sobre todo lo que hoy llaman un hombre de acción; y finalmente, pero más importante, porque los dos habíamos llegado a esa edad en la que uno quiere probar de alguna manera que está preparado para encarar las obligaciones de un adulto, así que, cuando pasó lo que pasó y nos pareció que había que agarrar al tigre por la cola y no soltarlo, decidimos dedicarle unos cuantos días seguidos, y conseguimos autorización por el viejo expediente de no pedirla, desapareciendo una mañana con sutileza y con la firme esperanza de que nadie se diera cuenta hasta que estuviéramos lejos.





Yo llevaba el arma secreta y la lupara de mi abuelo, una escopeta de báscula con doble cañón recortado que cargábamos con cartuchos de perdigones calibre 12. Se la pedí como quien no quiere la cosa, él la bajó de la pared, sacó una caja de municiones del cajón del escritorio y me dio todo mientras advertía:

–Ojo con las ventanas.

Porque era un tipo decente, siempre preocupado por no molestar a los vecinos y a las nueras.

Roque llevaba las mantas y tres kilos del pan con grasa que Laura acababa de sacar del horno, y así provistos nos metimos en el monte y fuimos bajando despacio la barranca, dejando atrás las calles y los automóviles, las casas con techos de tejas y el barullo de los niños. Todo se fue alejando, Roque, aunque sólo yo me diera cuenta, todo se fue volviendo matorral seco y tierra cuarteada, mientras nuestros pasos se sumergían de a poco en el embudo, con el cielo cada vez más una altísima franja azul, y ese silencio del mundo que es como un león dormido. Él guiaba y yo lo seguía, aunque de vez en cuando me sentía en la obligación de hacer un aporte científico, por ejemplo en las encrucijadas:

–De este lado, Roque, acá hay rastros –le decía señalando un montoncito marrón en el suelo.

Roque se acercaba con el ceño fruncido, removía el montón con un dedo, lo olía.

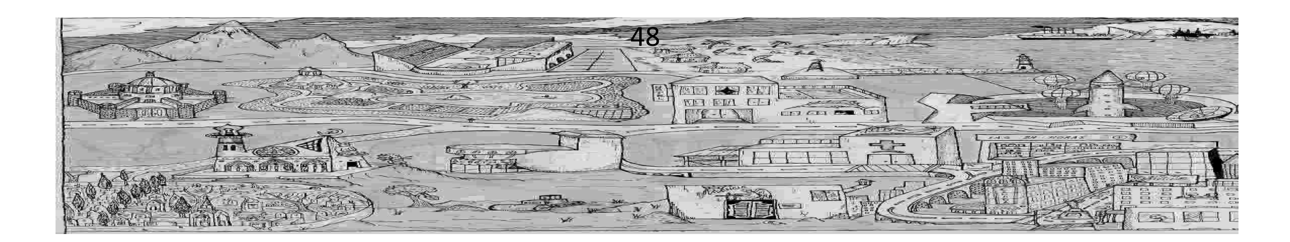
–¿Caca de oveja?

–No, vómito de basilisco. ¿No ves que el suelo está todo como quemado alrededor?

–¿Y no será el invierno?

–No, Roque, es el veneno del basilisco, como explica Plinio en la *Historia Natural*: "abrasa las hierbas, quiebra las piedras, tanta fuerza tiene su veneno".





Y así era como buscábamos la presa, aliando la ciencia al instinto depredador, y para distraernos yo le contaba antiguas historias de cazadores de basiliscos, como la de León IV, que mató al suyo en la iglesia de santa Lucía, en Roma, haciéndole la señal de la cruz, o la de los cirenaicos, que ponían delante de las caravanas un gallo para espantar al monstruo.

–Entonces debimos traer un gallo, hermano.

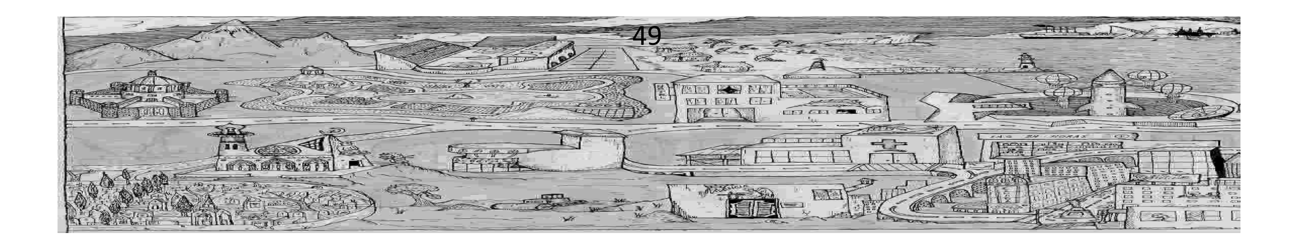
–Y bueno, pero si lo espantamos no podemos cazarlo.

–Ah, eso sí –y agregaba pasándome un brazo por los hombros–: Qué bueno que has leído.

Y lo decía en serio, aunque fuera por otra causa, como sabíamos muy bien los dos, y sobre todo por Laura, que era su hermana pero en realidad era su mamá. Perdón, Roque, pero acá voy a tener que decir esto, voy a tener que decir toda suerte de cosas si esta historia va a ser contada. Tú eres el héroe y nadie te va a quitar ese sitio, ya me hago cargo, pero yo soy el aedo y debo buscar las palabras para cada golpe dado y recibido, las sílabas exactas de tu estatura, todo lo que está en el nombre de Laura. Ella también encontraba consuelo en mis cuentos cuando tu abuelo la miraba con malos ojos, con esa contorsión de la mirada que era peor que tocarla, viejo cabrón. Como si fuera un basilisco.

Y mira que en el barrio nadie hablaba de eso, ¿eh? Todo el mundo sabía y nadie sabía cómo. A lo más había guiños y cejas levantadas, y a los menores de vez en cuando nos ordenaban ir a jugar afuera, o un silencio sospechoso se instalaba en las conversaciones cuando entrábamos, como si nosotros no supiéramos. Como si nosotros no supiéramos también. Y ahora que lo vengo pensando, incluso entre tú y yo nunca se tocó el asunto en voz alta. Qué curiosa expresión, *tocar en voz alta*. Como si las palabras se estiraran desde la boca para acariciar o cortar, como si fueran una extensión de la mano y la espada. Vas a tener que dejarme que hable de esto, Roque, porque no hay otra manera de traerte conmigo y de que Laura venga también después de tanto tiempo.





En la barranca también caminábamos río arriba, y la primera noche acampamos en la orilla sin prender fuego, no íbamos a correr riesgos innecesarios después de haber llegado tan lejos. El pan con grasa ya estaba frío pero igual era una delicia, con esos pedacitos negros de chicharrón que aparecían de golpe resistiendo la mordida y soltando jugo, y el regusto de la leña que era casi como estar junto a la chimenea, y en casa. El arma secreta estaba en su frasco, al lado de la lupara, y cada tanto teníamos que asegurarnos de que no salía nada de olor por la tapa. No se oían pájaros ni grillos, ni siquiera el trote súbito de las liebres, porque por donde anda el basilisco todo se muere o se manda a mudar, así son las cosas con esa clase de animales, sobre todo cuando son viejos como el que andábamos buscando. No lo dice nadie en los libros que he leído, pero yo creo que cuando un basilisco se hace muy viejo se vuelve dragón, aunque el abuelo de Roque se burló de él cuando lo escuchó repetir eso, en parte porque no soporta que yo sepa tanto, y sobre todo porque se burla de cualquier cosa que Roque diga, y lo mira con esa contorsión de la mirada que es como un cólico.

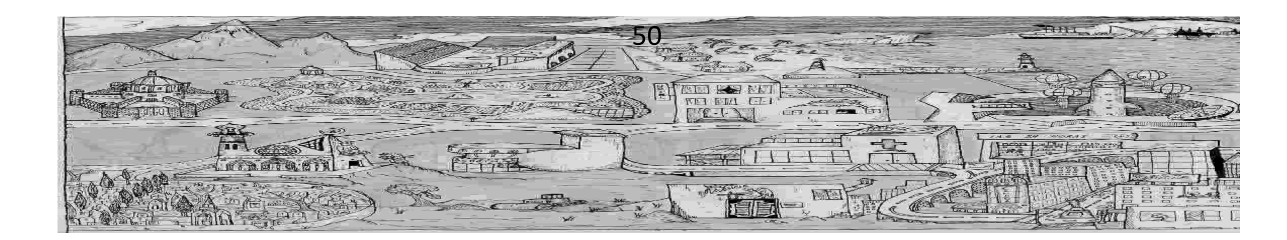
–Y entonces vuela.

–Un dragón es un basilisco que vuela.

Y enseguida había que intercambiar pedazos de pan con grasa mientras decíamos: *para que no me miren con malos ojos*, que según Aristóteles es un remedio infalible contra toda clase de fascinaciones, brujerías y meteduras de pata. Ningún recurso sobra cuando uno persigue un basilisco así de viejo, tan viejo que cuentan de él los padres y los abuelos, y hasta los que no creen en basiliscos, que en el barrio son pocos y en la barranca ninguno. El abuelo de Roque ya estaba muy mal por esa época, y del gran cazador que había sido solamente quedaba una sombra retorcida y de mirada venenosa, pero hubo un tiempo en que nadie se hubiera atrevido a tocarlo en voz alta, y cada año había en su casa por lo menos un asado de cola de basilisco (y de iguana también, sí; cómo joden con las iguanas), y convidaba a todo el barrio, porque en la barranca serán pobres pero muy compartidos.

El segundo día nos levantamos temprano, con el pelo hecho un nido y los ojos lagañosos. Para Covarrubias, lagaña viene de lagrymaña, y ésta de lágryma; y





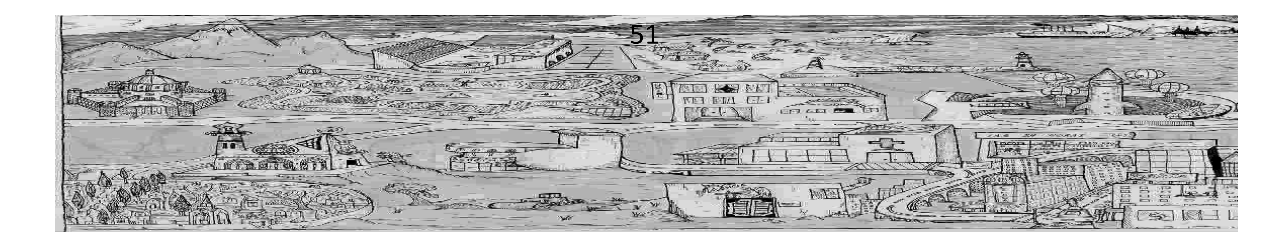
según Avicena, tener una capa que se va espesando sobre los ojos es señal de muerte pronta. En cuanto le informé de esto a Roque, saltamos al arroyo a lavarnos la cara, y nos frotamos hasta que los párpados nos ardieron, mientras gritábamos: *Gracias, Avicena. Gracias, Avicena*, porque no basta con saber, sino que hay que ser agradecido con los que nos enseñaron. Cuando uno crece se vuelve púdico, y esa clase de gritos está muy mal vista en sociedad, pero todavía hoy, cada vez que algo que leí me salva la vida le dedico un pensamiento afectuoso al autor en cuestión.

Entre el invierno y el basilisco, en la barranca no había mucho que comer, pero en las orillas del arroyo crecían unos berros gordos y jugosos que venían muy bien con el pan con grasa, así que desayunamos tranquilos y después nos tiramos a fumar un par de colillas que Roque llevaba en el bolsillo. Lo hacíamos entornando los ojos, con gesto de tipos duros, y en realidad sí éramos un par de tipos duros, como los acontecimientos iban a demostrar. Muy por arriba pasaba de vez en cuando un avión yendo a quién sabe dónde, pero nosotros teníamos que preparar el espíritu para la matanza o la muerte. Yo llevaba listo hasta el epitafio y mientras desayunábamos le había contado a Roque lo que iban a poner sobre nuestra tumba si así se terciaba, una gran piedra lisa que dijera: *Viajero que pasas, ve y di a los del barrio que aquí hemos muerto por defender sus leyes*. Era una inscripción muy lacedemonia, aunque la verdad vaya a saber cuáles eran las leyes del barrio, pero puestos a pensar, siempre hay que pensar en la Historia y en la Posteridad, porque eso templa el espíritu y abre el apetito.

Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer, y darse cuenta de eso es el primer paso hacia la adultez. Marchamos durante todo el día, a veces junto al arroyo y a veces desviándonos, siempre siguiendo el rastro de desolación y ruina que señalaba la presencia del monstruo, y lo único tranquilizador del paisaje era la ausencia de las habituales víboras de cascabel y yararás, que seguro sabían cómo andaban las cosas.

Fue una gran cacería, Roque, y no vamos a dejar que nadie diga lo contrario. El aire helado nos iba secando el sudor sobre la piel, y a medida que nos acercábamos a la vertiente, al nacimiento del arroyo, la atmósfera se fue volviendo pestilente y espesa, como si la tierra misma rezumara veneno por las grietas. Los que contaron





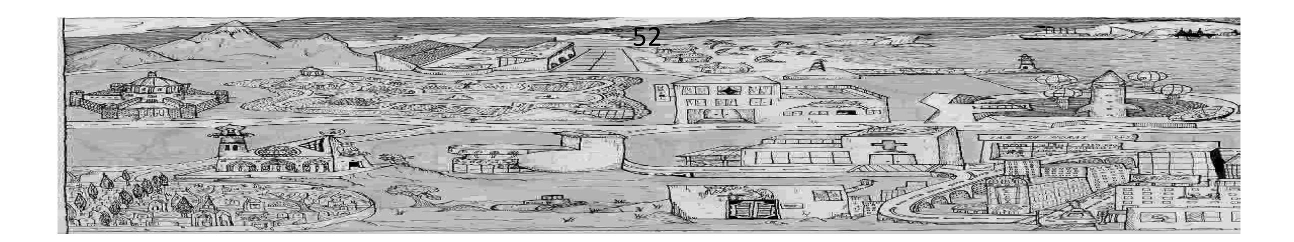
esto después le agregaron días y peripecias, y más después empezaron a restárselos y a decir que si era basilisco o iguana, y que si olía mal era porque estábamos cagados de miedo, argumentos evidentemente contradictorios para cualquiera que conozca un poco de lógica simbólica. Nosotros sabemos que llegar hasta ahí fue una verdadera proeza, materia para epopeyas y asombros.

Es cierto que el desenlace fue súbito y medio anticlimático, en plan mucho ruido y pocas nueces, pero yo tengo para mí que cada vez que alguien mató un monstruo las cosas fueron así, rápidas y espantosas, como si la búsqueda y el hallazgo fueran dos historias distintas pegadas por un remendón incompetente. Al fin y al cabo, cuando la lanza de san Jorge partió en dos el corazón del dragón, o cuando la gorgona se congeló para siempre en el gesto del último reflejo, todo debe haber ocurrido así, en una fracción de segundo que sólo se alargó más en la mente del matador y en las palabras del que cuenta. Nosotros no vamos a subestimar esos tres días, Roque, ni el revuelo que levantaron, ni la forma en que se volvieron durante meses el único tema del que valía la pena hablar en el barrio y la barranca, alrededor de la mesa y el trago, borrando todo lo demás. Hasta cuando algunos quisieron restarle importancia y mérito, seguían hablando de lo mismo, y para nosotros ésa fue la mejor recompensa, con una excepción.

La última noche la pasamos despiertos, velando nuestras armas y revisándonos el corazón y la memoria. Estábamos a una cincuentena escasa de metros de la vertiente, en un recodo del arroyo, y sabíamos que el basilisco debía estar al otro lado, durmiendo su gordura emponzoñada. Habíamos tomado posición sin hacer ruido, con la lupara cargada y lista, y ya sabíamos dónde íbamos a poner el arma secreta cuando comenzara a amanecer. Yo llevaba la cita en un papelito, pero a esa altura ya podía repetirla de memoria y lo hice toda la noche aferrándome al poder que daban esas antiguas y sonoras palabras. Eran de Enrique de Villena, del *Libro de aojamiento o fascinología*, y decían así:

"E non deve paresçer estraño, o menos creyble lo que del basilisco, en el libro *De las propiedades de las cosas,* se lee, el qual por sola catadura mata a otro, e asy mismo refletando su vista del espejo, commo Bernardo de Gordonio, in primo libro *Mediçine,* capitulo *De venenis,* muestra, & avemos domestico exenplo del daño de la





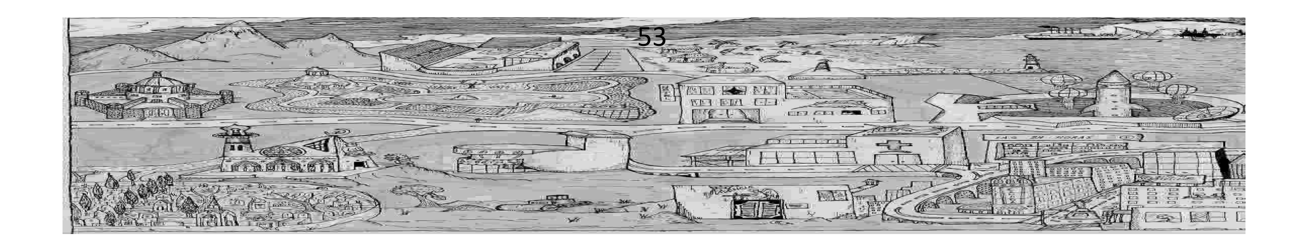
vista & infección de las mugeres mestruosas, que catando en espejo fazen en el maculas & señales, commo dize Aben Rruyz en el comento *De sopno & bigilia: In speculis valde pri cum mestruose sintu enientes inspiciunt facies speculi fit velut nubes sanguinea, et sy in novo speculo non facile esse abstergere eius maculam*".

Hay cosas en el mundo que se mueven por simpatía unas hacia otras, por una invisible atracción de afinidades y coincidencias, y no era descabellado esperar que el menstruo de una mujer llamara irresistiblemente al basilisco, como el canto de la sirena atraía a los marinos de antaño a la ruina y el naufragio. No te dije, Roque, pero te lo digo ahora, que había rebuscado en el basurero atrás de tu casa toda una noche hasta que encontré ese trapo recién enrojecido, porque percibía una inevitable justicia poética en el hecho de que fuera la sangre lunar de Laura la que nos diera el triunfo y la gloria. Ella había blandido al fin el cuchillo, y ahora, metafóricamente, lo enarbolábamos nosotros. Ya debes ver cómo todo se fue anudando de a poco, cómo las cosas se fueron concertando hasta que cada acción encontró su contrapartida y cada campeón se acomodó por fin en su propio abrazo desesperado con el monstruo que le tocaba.

Cuando la primera claridad dibujó los bordes de la barranca contra el cielo, me levanté cuidadosamente, me acerqué al recodo, a menos de veinte metros de nuestro escondite, y abrí el frasco. La compresa empapada cayó al suelo con un chapoteo casi imperceptible, esparciendo su aroma en el aire frío del amanecer. Volví frenético junto a Roque, que tenía la lupara lista, y en ese eterno instante, es decir, que yo cuento como eterno pero que en realidad duró exactamente eso, un instante, el basilisco apareció, se abalanzó goloso sobre la sangre de Laura sin ver ninguna otra cosa (*Gracias, De Villena. Gracias, De Villena*) y se desintegró en una lluvia nauseabunda cuando los dos cañones recortados de la escopeta rugieron su abanico de muerte al mismo tiempo. No medía ni un metro, la fiera, pero yo creo que estas cosas siempre se exageran, y de cualquier forma no es lo mismo leer sobre dragones que ponerse abajo para clavarles la lanza, esto lo digo antes de que algún fastidioso empiece su cobarde cantinela de escepticismos.

Lo que siguió fue más materia de informe forense que de cantar de gesta. Si hubiéramos estado en condiciones, habríamos bailado alrededor del fuego, si



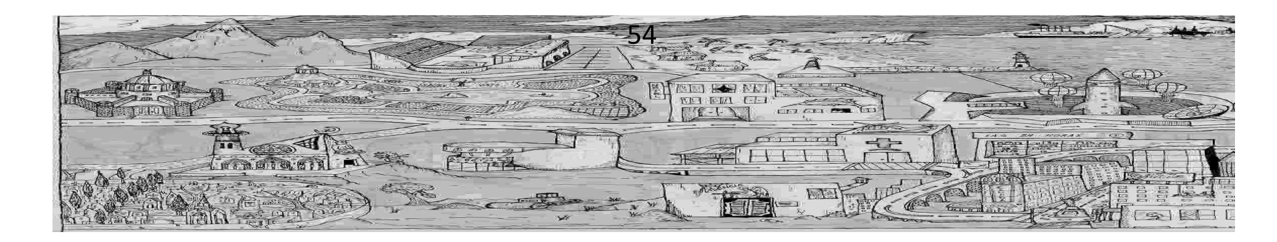


hubiéramos tenido fuego, por así decir, pero volvimos a casa en una sola caminata febril, con Roque llevando la cresta del basilisco, lo único que pudimos rescatar de la carnicería, en el brazo izquierdo, porque el derecho se le descoyuntó con el retroceso de la escopeta, mientras yo cargaba todo lo demás. En el barrio sí fue como una fiesta, y las amenazas familiares de romperme el alma a patadas por el susto dado, que es como en casa se demuestra el amor materno, estaban tan entrecortadas por sollozos de alivio y risas de orgullo, que me tranquilizó la convicción de que por ese lado no iba a pasar nada muy grave.

Después vinieron las fiestas, los bailes y los abrazos beodos, y poco a poco fuimos confirmando que durante los tres días de nuestra ausencia nadie se había percatado de ninguna otra cosa. En el barrio se había hablado incluso de llamar a la policía para buscarnos, y eso da la medida exacta de la clase de revuelo que armamos, aunque al final se impusieron las voces más sensatas de la comunidad, sobre todo desde que el abuelo les dijo que habíamos llevado la lupara, lo cual tranquilizó a todos. Roque y yo andábamos en una bruma de felicidad inagotable, no sólo porque éramos los héroes del momento, la gente brindaba por nosotros bajo la estaca coronada por la cresta del basilisco y las muchachas, ese extraño peligro, nos perseguían por todas partes, sino, sobre todo, por la sonrisa de Laura cuando nos vio llegar.

Para cuando a alguien se le ocurrió preguntar por el abuelo de Roque, ya había pasado mucho tiempo y la cosa fue quedando de lado. Eran los días de los cazadores de basiliscos, y ningún tema podía competir con ése, más cuando yo me encargué de contar la historia poniendo todo mi empeño y mi habilidad, midiendo con tacto de ladrón de cajas fuertes la tensión de los que me escuchaban y asegurándome de que el poder de mis palabras los sumía a todos en un encantamiento reforzado por la presencia serena y muda de Roque, con sus hombros caídos y sus ojos serios que encontraban sin vacilaciones todas las miradas de admiración que le dirigían los oyentes. A eso los anglosajones le llamaban *spell*, que quería decir narración y luego pasó a designar a las palabras que tenían un poder mágico, pero en algún momento esas dos definiciones deben haber estado mezcladas, alguna vez deben haber sido lo mismo. ¿Te das cuenta del

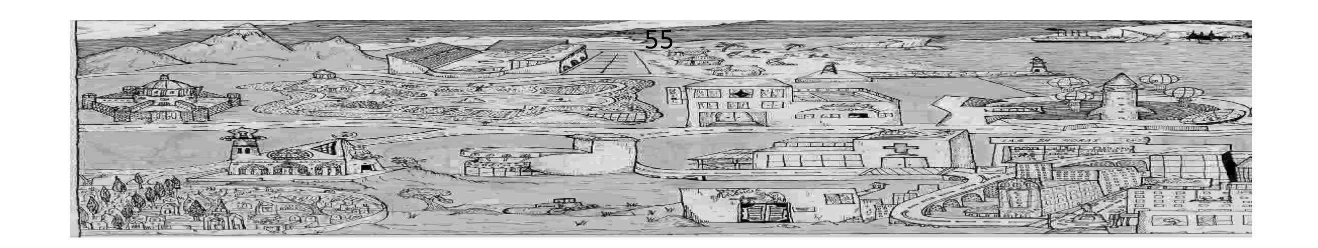




encantamiento que estoy lanzando, del férreo sortilegio que he tejido, entonces y ahora, sobre todos nosotros?

Pero lo mejor para Roque y para mí era la sonrisa de Laura, ese gesto quieto y lleno de dulzura que nos reafirmaba a cada momento en la convicción de que la vida era buena y el destino una promesa inquebrantable de tesoros y amigos de verdad, de que no la habíamos dejado sola y supimos ser de su tamaño. Nos sentábamos por la tarde a verla preparar el café con leche, en la cabaña olorosa a humo de leña, y después merendábamos, y en los primeros días todavía nos tocó un poco de la última horneada de pan con grasa. Esa vez había alcanzado para repartir en todo el barrio mientras no estábamos, y si alguien después empezaba a preguntarse por el papá de Roque (lo decían así: el papá de Roque, y eso mismo era un signo de algo más en personas que nunca se hubieran atrevido a tocarlo con esa palabra en voz alta), de alguna manera siempre se acordaba también del pan con grasa que había comido, y hacía un gesto, y prefería pensar en otra cosa. Pero eso, como digo, fue mucho después, cuando había pasado tanto tiempo que hablar del papá de Roque parecía una digresión y una salida de lugar, y mientras tanto la felicidad era perfecta y apacible, aunque ahora, Roque, entre amigos, no vamos a negar que cada mordida a los pedacitos duros y jugosos de chicharrón nos provocaba una cierta sonrisa feroz. Muy bueno, ese pan con grasa.





Roberto López Moreno

Tonadas y ajedrez

Nadie sabe –por lo menos en el mundo ajedrecístico de ahora- que Capanegra fue un magistral ajedrecista de origen cubano.

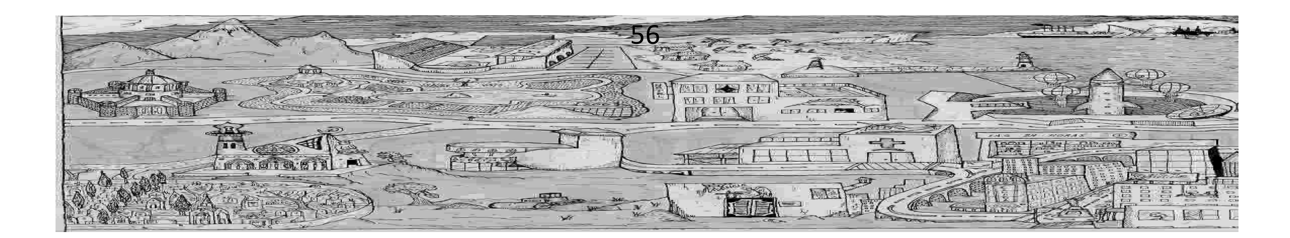
Desgraciadamente su nombre no aparece en ninguna de las antologías que se han editado en el planeta sobre el tema. Toneladas de papel impreso han viajado por el mundo relatando partidas increíbles de los más destacados jugadores pero en ninguna parte se habla de las hazañas de Capanegra, quizá porque no obstante su capacidad estratégica, nunca trascendió el ámbito local.

Si por lo menos –ya que contamos con la existencia del álgebra ajedrecística- hubiera un testimonio de sus asombrosos cierres, de sus audaces aperturas (el orden de cierre-apertura es solamente para sugerir la curva de la espiral), pero nada de eso existe; a cambio, se sigue repitiendo en las páginas impresas la "Ruy López", la "Siciliana invertida", la "Defensa Caro-Kann", la... en fin, que su talento fue y es un desperdicio en nuestra contra.

Lo que ha trascendido es que Capanegra se sentaba frente al tablero, frente al contrincante, frente a la expectativa, y antes de su clásica apertura peón uno caballo rey, peón uno alfil dama, él, amante de la música, iniciaba, como nunca antes se había escuchado en ninguna parte, su silbido peculiar, dibujando en el aire los primeros compases del "Gloria" de Vivaldi.

Para cuando Capanegra alcanzaba más de la mitad de la propuesta vivaldiana, la partida se encontraba muy cerca del jaque mate a su favor o del abandono de la misma por parte de un contrincante nervioso, alterado al máximo, seguro ya de su pronta derrota. Una vez sucedido cualquiera de los dos finales previstos, el





“Gloria” de Vivaldi montaba en una algarabía impresionante, como un himno mayúsculo en glorificación de la victoria.

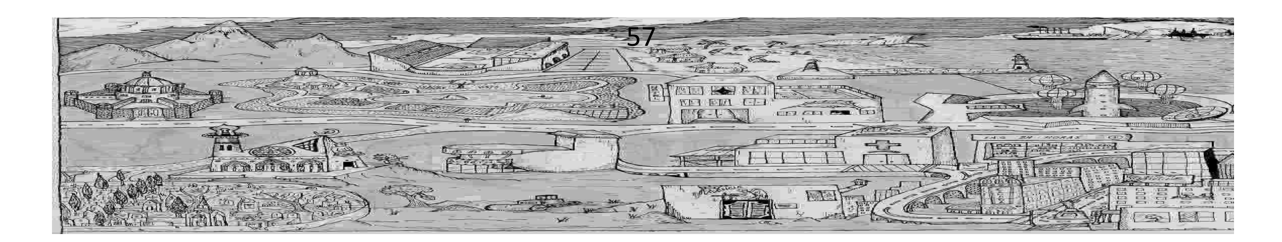
Fue pasando el tiempo y cada vez se sumaban más y más los deslumbrantes triunfos del gran Capanegra. Se desfloraba en el aire el “Gloria” de Vivaldi y los adversarios iban cayendo uno a uno sobre un tablero cuya cuadrícula en alternancia blanca y negra se volvía sólo negra, como rendido homenaje al entenebrado apellido del inevitable triunfador.

Capanegra únicamente jugaba al ajedrez y silbaba la excelencia de Vivaldi; se había desconectado del mundo, se había concentrado tan sólo en la gran felicidad que le proporcionaba el éxito invariable de las combinaciones producidas por su genio. Desconocía cómo rotaba y transledaba el orbe sobre el que fraguaba el diseño de sus partidas. ¿El mundo?: sólo él, su tablero y el “Gloria” de Vivaldi, y si acaso, apenas, el desdibujado rival que desde antes ya sabía su derrota.

El tiempo transcurría y nada ni nadie alteraba su atmósfera, esferada de las aperturas más disímbolas, de jaques al rey, gambitos, enroques largos y cortos, capturas al paso, torres y caballos en fragor de combate, alfiles y peones en arteras avanzadas, sacrificios estratégicos, audacias inesperadas... y al principio y al final el “Gloria de Vivaldi.

Desconocía los acontecimientos que le rodeaban y hasta la historia misma de los grandes maestros que le habían antecedido en el llamado juego-ciencia-arte. Siendo tan virtuoso ajedrecista nunca supo de las glorias del doctor Lasker, de la existencia de Alexander Alekhine, del maestro Morphy, de Botvinnik, de Petrosian, de Roberto Martín del Campo, del poeta Sergio Armando Gómez. Qué lejos había estado de conocer partidas como la “Inmortal” de Anderssen o de planteamientos mortales como la “Lanzadera” que entre México y Yucatán creara el maestro Torre Restrepo. Él siguió ganando partidas e ignorando el mundo. Había nacido para las dos cosas y las dos las hacía más que bien.

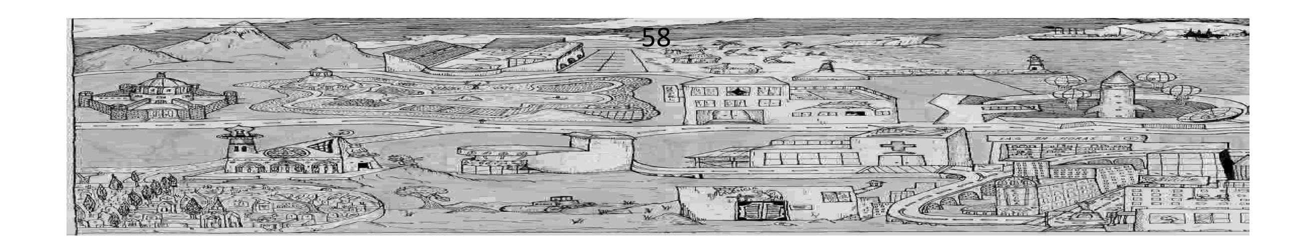
Cuando le dijeron que existía un campeonato mundial de ajedrez y que a nadie más que a él, al imbatible Capanegra, le correspondía ser el campeón del mundo,



su “Gloria” de Vivaldi se volvió más luminoso. Pero a veces la dicha viene aparejada con la desgracia, y así fue como supo también que él no iba a ser el más grande campeón del mundo de origen cubano, que antes que él había existido otro inconmensurable campeón de todos los ajedrecistas y que el planeta todo lo conocía y reconocía con el nombre de Capablanca.

Entonces, Capanegra fue cayendo –irrefrenable vertiginio– en la más profunda depresión. Se encerró en su casa de Camagüey y ya no quiso hablar con nadie. Algunos dicen que cierta noche en vez de su tradicional “Gloria” de Vivaldi le oyeron silbar en forma más que lastimera la “Marcha Fúnebre” de Federico Chopin. Al día siguiente lo encontraron muerto, irremediablemente muerto, o sea, muertísimo, con un agudo alfil blanco clavado en la mitad del pecho.





Elisa A.

La Leona y su tropa

No nos falta en nuestra guarida casi de nada. Tenemos minivivero de peces, una cacatúa, dos cachorros mastines y un puercoespín. También trillizos, camada prometedora que hemos aportado a nuestra especie, y un confortable sillón orejero del que mi marido se apropia para sus largas siestas. Sus ronquidos, más temibles que el rugir, expanden ondas en kilómetro y medio a la redonda, a ver quién es el guapo que se atreve a decirle que él no es el Rey de la selva.

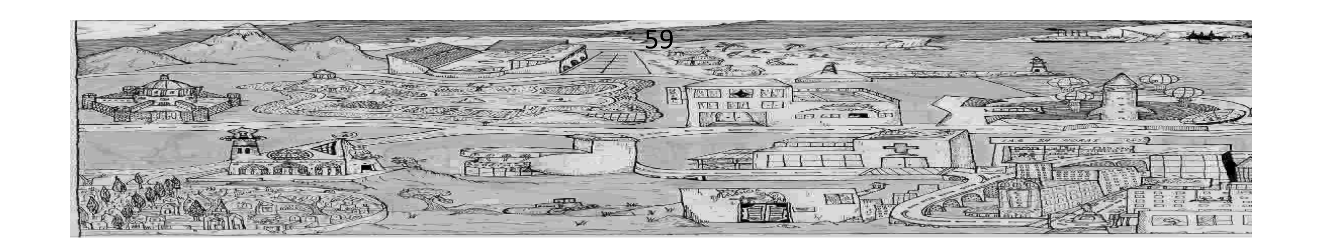
__oOo__

Ornitológica

A la salida del templo, mi vecina me señala arrobada a su hijo del brazo de su flamante esposa, ambos visiblemente emocionados.

—¡Mire los tortolitos…! —exclama.

No puedo evitar pensar en las tórtolas, pájaros dulces y frágiles, que en cautiverio son capaces de matarse mutuamente a picotazos.



C@ATARINA

El panteón de las hadas

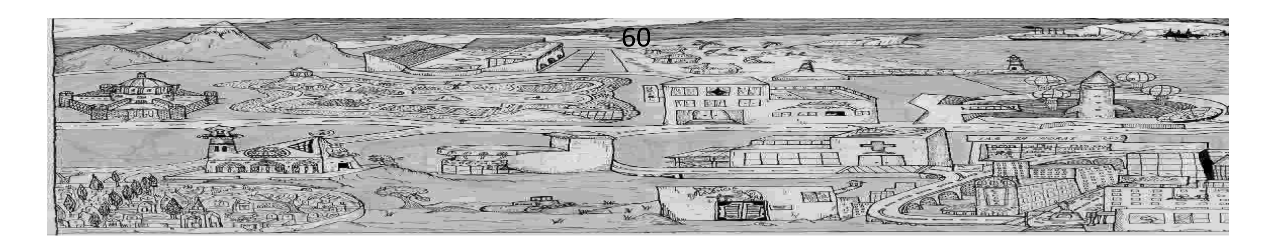
¿A dónde van las hadas cuando mueren? Unos dicen que reencarnan en mujeres, otros, que vuelven a ser hadas con más y mejores poderes.
Lo cierto es que, cuando les gusta convivir con humanos, se disfrazan de arañas patonas, ¡sí! ésas que caminan por tooodos los rincones de las casas, es por eso que no hace falta que las mates, ellas no te harán daño, no señor, y mucho menos si respetas sus espacios.

Lo cierto es que, de vez en cuando me encontraba algún cadáver de araña patona, sobre todo cuando mi madre no me hace caso de respetarlas y le da por sacudir todos los oscuros rincones. Pero siempre había tenido al certeza de que ellas, como nosotros eligen un lugar cómodo y apacible para depositar los restos de sus compañeras.

Cierto día, que a mi padre se le ocurrió hacerle cambios drásticos al hogar, llegaron pintores y albañiles, carpinteros y electricistas, todos con sus grandes herramientas, oliendo a pintura o a cemento, a madera o a polvo y cuando tuvieron que pintar las paredes del cálido comedor, me pidieron que quitase todos los cuadros que lo adornaban. Uno a uno los quite con cuidado, yo bien se que son departamentitos de mis amigas las hadas disfrazadas de arañas, hasta llegar al hermoso espejo que corona el salón.

Miré por detrás, y me encontré con la gran sorpresa de que, ahí no moraba precisamente araña patona alguna, no señor, era su mismísimo panteón, miles de cadáveres se postraban ahí mismo, en todo el ancho de la parte de atrás del gran espejo, todas envueltas en finas telarañas. "¡Vaya! Encontré el panteón de las hadas disfrazadas de arañas patonas." Me dije, dejándolo cuidadosamente en un rincón para que nadie más las molestara. De pronto, una de ellas, salió sosteniendo un





pequeño ramo de flores "Gracias Catarina por respetar a las nuestras que ningún humano recuerda" Me dijo.

Yo, pues solo asentí, siempre me ha gustado hacer lo que también agradecería.

"En recompensa, te mostraré la tumba del gran rey de las hadas" Me dijo solemnemente.

Me llevó hasta la cantina que se esconde en el garaje de la casa, donde una vitrina empolvada se oculta entre puertas opacadas. Dentro, había unas lindas copas de colores, y detrás de ellas dentro de la copa más hermosa y fina, se atesoraba el cadáver de su rey, era una hermosa paloma enorme que de cerca parecía humano pero con enormes y hermosas alas.

Ambas hicimos una oración, y lo despedimos con respeto. "¿En qué reencarno este grandioso rey compañera araña?" Le dije con respeto.

En el ser más tierno y amigable de los humanos. Me dijo con emoción.

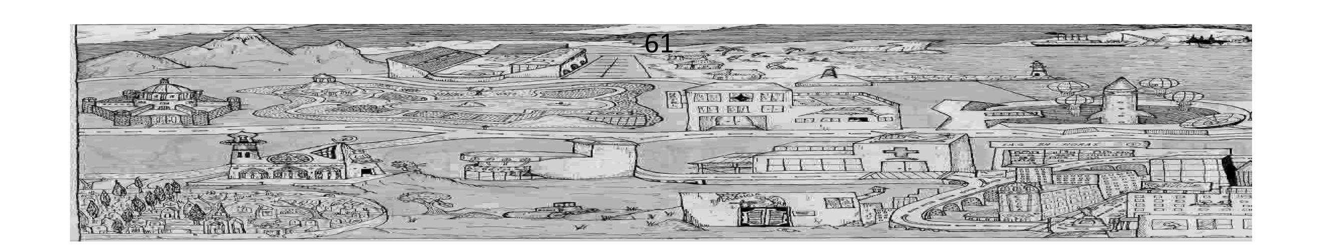
Yo, sentí mariposas en el estómago, o quizá mejor dicho, hadas en el estomago, y recordé a cierto hombre al que le había regalado mi corazón la vez que encontré en la profundidad de su mirada el paraíso perdido.

"Si, en efecto, es él", me dijo conteniendo la risa.

En ese momento, pues me sentí halagada, que el hombre que cuida mis sueños, haya sido en otra vida el mismísimo rey de las hadas! Y que yo, una simple Catarina, sea la protectora de su cuerpo pasado y presente.

No me quedó más que correr a sus brazos y regalarle el beso más grande del mundo, y ahí esta el beso, en todas partes de la casa, perfumando incluso al panteón de las arañas.





emilio hernandez

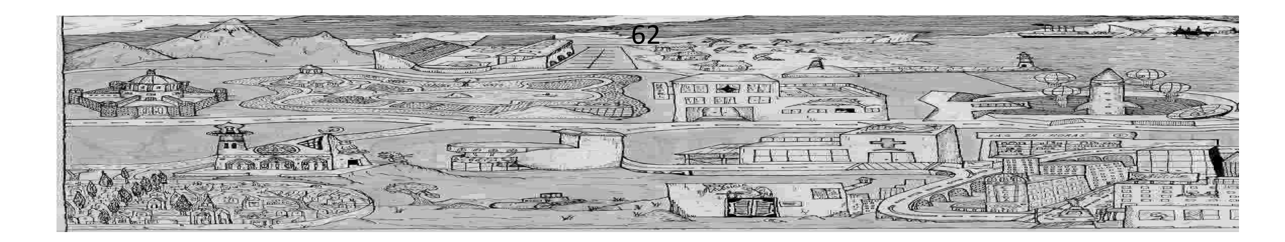
Tributo a los Almada

Un hombre camina por el desierto, lleva un sombrero enorme sobre la cabeza y un gabán de color verde, ya descolorido por el paso del tiempo, su paso es lento pero constante. El viento lo golpea con brusquedad, más su cuerpo permanece inmóvil y su andar seguro. Sube a través de una duna y al llegar a la parte más alta de la misma observa a su enemigo que lo ha estado esperando, al ser del espacio.

Sin dudar un momento, desenfunda su revólver y lanza un disparo que se incrusta en el pecho de la criatura. El hombre sabe que ya no está solo. Acelera el paso, atraviesa las arenas quemantes, sin importar que sus botas de cuero se hundan. Se ve solo en medio del desierto, se detiene en seco y saca su revólver. Los hombres del espacio lo estaban esperando. Los seres de piel gris lo atacan disparando laser y arrojando bombas de plasma. El hombre desenfunda los dos revolver, y dispara una y otra vez, cada bala termina con la vida de los invasores. La arena estalla pero su vista es clara, veinte de ellos ya han caído. Tira las armas pues no hay tiempo de recargar, toma su rifle y apunta a los ojos de la criatura que los comanda, una bestia de tres metros de altura, con dientes y colmillos que destrozarían una res. Dispara.

Los invasores han caído, y las municiones se han terminado. Mete su mano entre el gabán y toma una medalla de plata con la imagen de la virgen de Guadalupe, hace la cruz sobre su frente con la medalla entre los dedos, y la vuelve a colocar entre sus ropas. Toma sus armas y besa la cruz de oro que se encuentra en las cachas de los revólvers. Necesita más balas y una montura, ira por ellas al pueblo de "Santa Esperanza" para después destruir su nave.





El hombre camina por entre cadáveres de extraterrestres y armas laser esparcidas por el desierto, frente a él, el cielo se tiñe de rojo al caer del sol, sonríe mientras se dice a sí mismo "Esta pelea no ha terminado. No te rindas Mario".

emilio hernandez

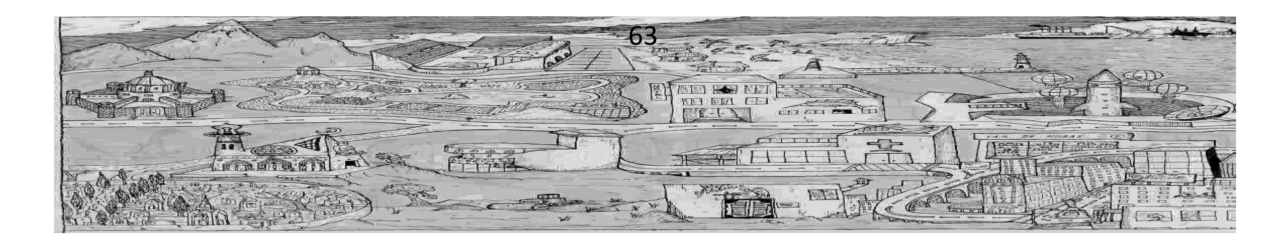
Al fin

Ahí estaba ella parada frente a él, sus ojos se conectaron, vio en su alma todo lo que había buscado. Era ella no cabía duda, el corazón le dio un vuelco y vio todas las cosas que habían vivido juntos incluso, antes de llegar a esta realidad, recordó su eternidad unidos dentro del seno divino y experimentó por un segundo toda la dicha de que habían gozado en el regazo de dios, también percibió su desprendimiento y llegada a la tierra. Las penurias y sufrimientos que ambos habían pasado hasta llegar a ese momento y de alguna manera ella también lo supo.

Se quedaron enlazados, hipnotizados mirándose, a ellos les pareció que habían transcurridos apenas unos segundos, pero en realidad fueron horas de comunicación sin fin y sin palabras. Sintió su corazón palpitar, se llenó de enorme dicha, su nostalgia, sus sentidos se conectaron, sus almas también, al fin y al cabo era una sola. Hasta el momento en que los sentimientos y sensaciones se mesclaron y no supieron de quien era que sensación realmente. Ahí parados frente a frente ridiculizados por el mundo ignorante de su realidad, cayeron en cuenta del mundo donde estaban y entonces salvaron la distancia, y se atrajeron de forma mágica. Se tomaron tiernamente de la mano, como si se hubiesen conocido en esta dimensión de toda la vida, y caminaron hacia un cafecito lleno de parroquianos risueños distraídos por la cotidianeidad de la vida.

Se sentaron y hablaron por horas de sus experiencias terrenales, pero se dijeron más en el silencio que en el limitado código de las palabras, se entendieron perfectamente en el silencio y con la eternidad de su unión. Se dirigieron hacia una



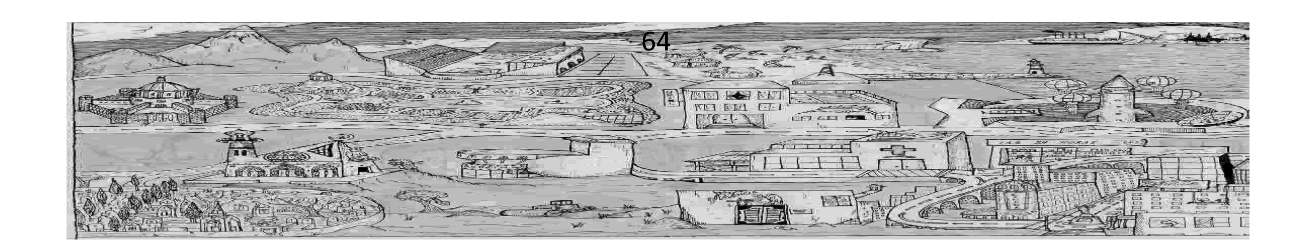


precaria y cálida habitación de hostal, deslizándose sobre los sueños perenes de su unión mística.

El sol los acaricio cómplice de aquel milagro. El universo se congratulo de que las cosas volvieran a su sitio, se entregaron con las caricias tan nuevas como el origen del universo y se dijeron palabras calladas que no escucharon, se acariciaron los labio unidos al universo y expandidos en él, su piel se convirtió en las estrellas y su centro en el amor eterno de dios por todo lo que existe. No había manera de huir de su propio destino y se dejaron llevar por la verdad de las verdades.

Durmieron el sueño de la vigilia más intenso y no se perdieron detalle de la obra magna del divino: el uno y el otro. Cuanta intensidad, cuanta brevedad, ese era el génesis, el principio y el fin de todo. Pero la conciencia los sorprendió al darse cuenta que aun necesitaban madurar su existencia para gozar por siempre de aquel objetivo único de todos los seres humanos, y entonces ambos con una nostalgia y tristeza enorme se vieron partir sin decirse adiós, ni dejar huella el uno del otro, sin ningún vinculo, con la seguridad de que al final estarían juntos.





Valentino

El dingo, el bufago y la termita

Surcaba el bosque una alada reina termita cuando, acusada por el hambre y el cansancio, se posó en la rama de un árbol. Al instante le salió una orgullosa ave bufago. Se entabló una conversación entre ellas.

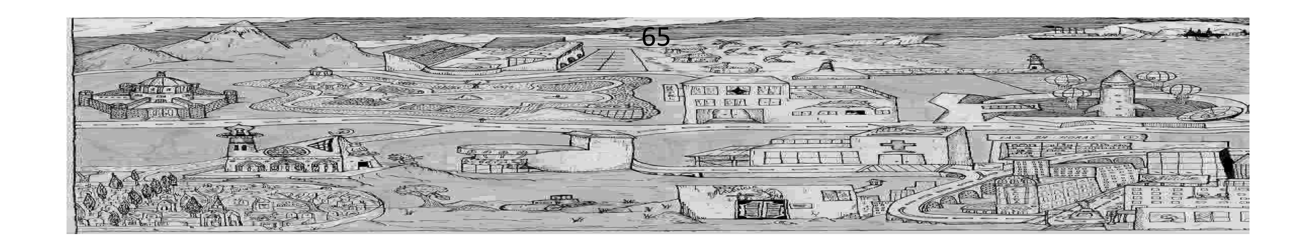
–¿Muy lindo mi palacio, no? –le dijo señalándole su nido.

–Aceptable –le contestó la reina termita–… Aunque deberías ver el mío, un castillo de tierra que toca los cielos.

Y acabaron hablando sobre la capacidad intelectiva de ambas especies. Semanas después, escaló un gato montés el árbol, destruyó el nido y en su escape, ya en las llanuras, derribó el imponente termitero que pertenecía a la reina. Furiosas, ambos animales no tuvieron más opción que reconstruirlos, pero, en su inteligencia, decidieron recurrir al dingo, para que éste actuara como su protector. Él otro aceptó, con una condición: una dote de alimentos bastante alta. El bufago mató, desangrándolo, a un rinoceronte gigantesco y la termita envenenó con hongos la comida de un oso.

El dingo, feliz de la vida, comía dichoso. En días siguientes, volvió el gato montés a hacerles lo mismo. Encolerizadas, le reclamaron al cánido.



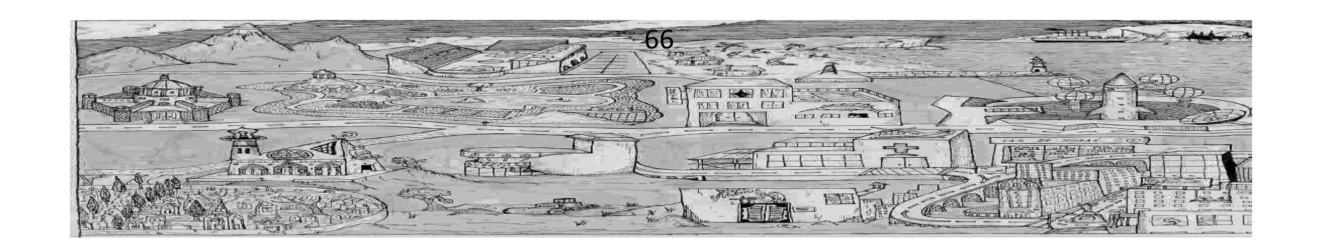


–Es que anduve correteando a un gorrión que había amenazado tu nido –le dijo al bufago–, y luego me puse a espantar a una zarigüeya que acechaba el termitero –acabó justificándose con la reina.

–Bien dicen que para tonto no se estudia –murmuraron las dos criaturas, lamentándose por la estupidez del can.

El dingo, mirada cínica, abrió sus filosas fauces y les respondió, devorándolas:
-¡Eso sí es cierto! Y con su permiso, mi estómago no hace diferencias de inteligencia ni estilo...





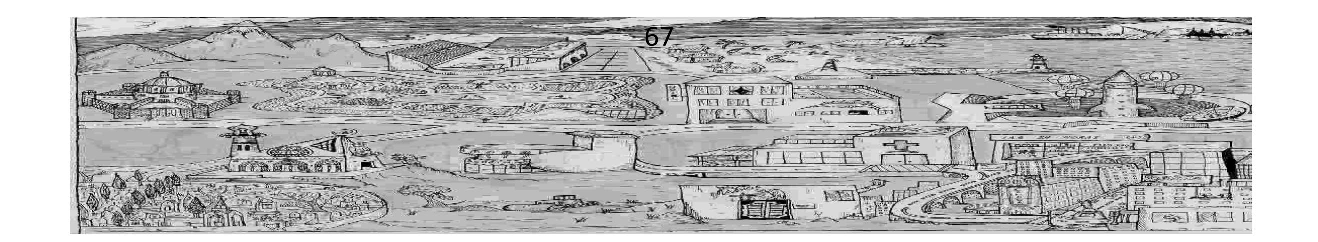
jorge jolmash

Al amanecer de mi tercera década de vida

Al amanecer de mi tercera década de vida, me he impuesto a mi mismo la ardua tarea de sumergirme en el tacho de los desperdicios, buscando rescatar algunas palabras sueltas, algunos instantes sin importancia, algunas ideas abolladas. Desconozco el resultado final de dicha labor y no pretendo ni siquiera convencerme de su dudosa utilidad. Me siento un poco como el náufrago que encomienda al océano su última botella, nada más para preguntar qué horas son en Estambul.

Si lo que buscas son respuestas - oh estimado lector – entonces has llegado al lugar equivocado. Tengo, eso sí, unas cuantas dudas que compartir. Espero sinceramente que nos sean de provecho a ambos.





emilio hernandez

EL ASPIRANTE

Un día llegó un aspirante de escritor al Cielo de los Creadores, entonces comenzó a pegar sus cuentecillos por todos lados de forma tímida, humilde y sencilla, los pegaba con alfileres, saliva y hasta con gomina que usaban los ángeles para dar brillo y forma a sus bellísimas y angelicales alas, uno de los dioses principales, tomó con desgano aquel cuentecillo que encontró sujeto a la orilla de su nube, lo tomó con asco, como si fuera el desecho biológico de algún can, lo miro con desdén y grito: -¡Aaay qué cuento tan horrible!, ¿quién ha osado manchar nuestro recinto con esta horripilante creación?, ¿por qué no pueden entender que no sirven para crear?.

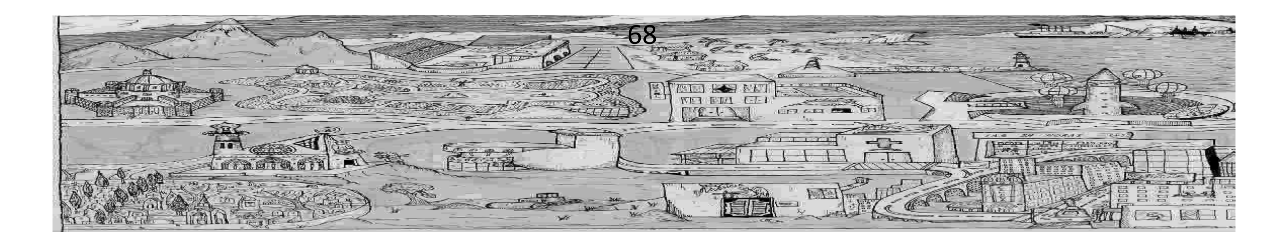
En ese instante se escucharon una docena de chirridos, eran desgarraduras de vestiduras que seguían aquel lamento del Dios mayor en su queja porque aquella piltrafa, el remedo de escritor que había profanado el sacrosanto recinto de las creaciones, había manchado y mancillado aquel impoluto lugar, casi desinfectado con formol.

Pasaba por ahí una musa y dijo: –¡No es posible, este lugar ya no es el mismo, cualquier mugrosillo se atreve a entrar a este lugar santo!

Entonces llegó la sentencia y con aquel dedo de fuego acusador se dio la orden irrefutable: -¡Expulsen de aquí a esa mísera, sucia y decrepita lombriz que ha osado utilizar el lenguaje sacro para expresarse!, ¡ y si es posible destiérrenlo de la Internet (me proyecte)!

Aquel humilde mendigo de las ideas, salió de aquel bendito lugar arrastrando sus desvencijados cuentos y se refugió fuera de la civilización, en una cueva, ahí se dejo arrastrar por la lujuriosa Diosa de la Inspiración. Cuando se le terminó el





papel siguió escribiendo en las paredes, emulando al Márquez de Sade en su cautiverio, sin comer, beber o dormir paso los días solo escribiendo las necedades que se le salían por los ojos, la boca, los oídos, en forma de eructo…

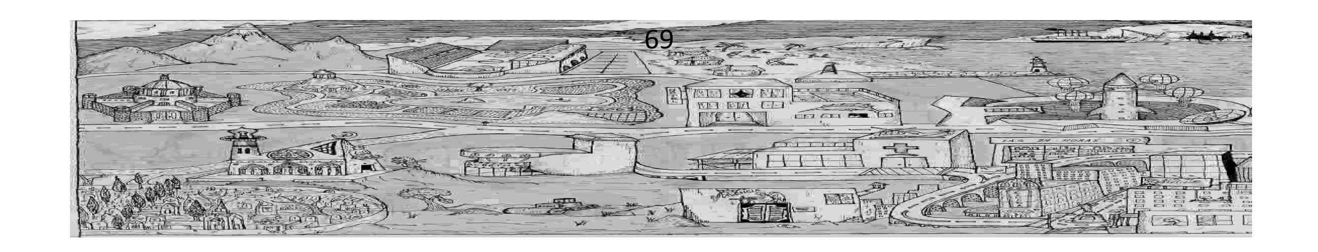
Así llegó su trágico fin con la pasión que lo había llevado hasta la osadía, rodeado de sus creaciones y tirado en el fango de su desesperación. El olor del lugar era insoportable, olía a tristeza, soledad, y miedo, si la garrapata Greniulle estuviera ahí, hubiese detectado un olor almizcleño, era el último suspiro de inspiración.

Un colibrí se poso en sus labios para beber el último aliento de su inspiración (si se le puede llamar a lo que éste ente hacía), y se fue volando para regalarle a las flores, al aire y el rocío la necedad de un loco que murió por la pasión de escribir.

P.D. *Me descalifico solo, porque comencé el cuento con "un", por lo "fantasioso" y lo "poco creíble" y además porque lo terminé con una metáfora "cursilienta" que seguro le dará nauseas a alguien y de seguro se me fue alguna falta de ortografía (que pudieron ser mas, ¿eh?).*

P.D. de la P.D. *Parafraseando a los grandes boxeadores después de una pelea exitosa, sólo diré: "Todo se lo debo al Perico".*





agatha

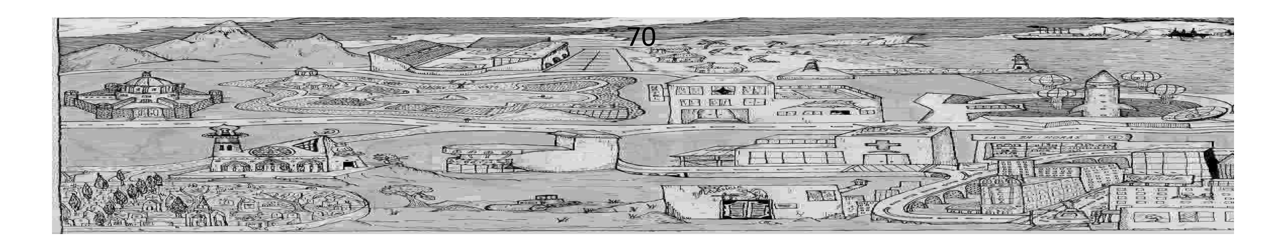
CUENTO I

A veces quisiera ser como dice Fito Páez: "Parte del aire." Entonces, se levanta de la cama y el reloj marca las 5 de la mañana; demasiado temprano o quizás demasiado tarde… Prende un cigarrillo y nada que sale el sol, pone los pies descalzos en el piso frío, se sienta contra la puerta cerrada de su habitación. A pesar de que no hay luz, su rostro alumbra por la blancura, ella tiene unas cuantas lágrimas con rastros de maquillaje ¿Cuántos lobos se están comiendo su corazón? ¿Qué bestias devoran sus entrañas? ¡Oh! Soledad, qué cruda eres cuando se está desnudo.

Entra a la ducha con el agua hirviendo, tanta rabia… El frío la tiene acorralada. Se viste de negro, al principio por gusto, después por costumbre, y al final por seguridad; el pelo húmedo, derrama gotas de agua en la nuca, enciende otro cigarrillo y la soledad sigue igual de cruda, Ágata se mira al espejo, kilos de más y kilos de menos, Isabel está del otro lado, un poco más herida, pero al fin y al cabo, nadie podría saber cuál de las dos es real, no podría decir cuál está en el espejo y cuál está mirándose… Un poco de maquillaje.

Tanto amor… Tanto miedo, son las 7:00 se hace tarde y la luz adecuada se perderá… Ágata toma la cámara que se encuentra en la mesa de noche, cambia el lente de 50mm por uno de 70mm, retira el flash y toma el trípode -su teléfono suena- unas cuantas palabras apagadas, respira y baja las escaleras… Toma un taxi, todas las putas deben estar dormidas… A veces parece que no durmieran… Isabel no sabe porqué piensa en las putas… Pero cada vez que lo hace una sonrisa se le cuela en el rostro.



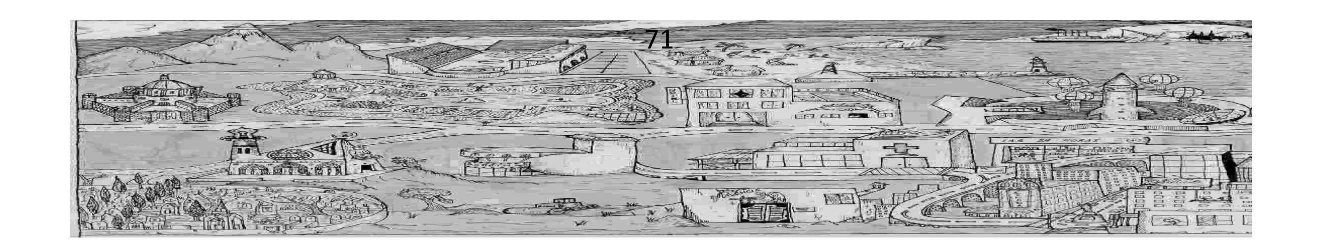


8:00, Isabel baja del taxi… Sabe que llegó tarde, saca el espejo del bolso, qué hermosa eres Ágata… Sube las escaleras del estudio, hoy todo está blanco… Ágata hubiese preferido otro color… Pero ya no le queda tiempo, las modelos llegaron… Unas rubias, otras morenas, pero siempre le han gustado más las pelirrojas. Todos están listos y hasta algo nerviosos, una sesión de fotos siempre hace que a Isabel se le retuerzan las tripas y se le enreden todas sus venas cobardes. Todas se maquillan si se les da la gana, se busca algo de sol, se abren las ventanas, en estos días con este clima es casi imposible recibir sol.

9 a.m., no hay un rayo de sol que sirva, Isabel lamenta haber retirado el flash antes de salir del apartamento… Se prenden las luces, se ponen los filtros, se acomodan los reflectores, los fotómetros pasan de mano en mano, Isabel va al baño… Todos preparan la escenografía y aplican los últimos retoques a las modelos, Ágata regresa del baño, toma la cámara en las manos, uno de los asistentes le alcanza un flash… A pesar de su resistencia tendrá que usarlo.

Una agitación extraña, más extraña de lo normal… Una angustia… Mientras las modelos posan, ella se percata del desenlace, todos los espejos se lo dicen, ya no queda más que la ultima foto del rollo… Da por terminada la sesión. Isabel se queda a solas con el espejo… Ágata en cualquiera de los dos lados… La última foto… Es igual a la última bala en un arma… Las dos toman las cámaras apuntando al espejo… El pecho se exalta, arregla la velocidad del disparo, abre el diafragma al máximo, la una mira a la otra desde su respectivo lado de la realidad, enfocan, tanto silencio… Ellas gritaron con los ojos… El dedo se acerca al obturador… las manos sudan y tiemblan… Se presiona el obturador, la cortinilla se levanta, la imagen se copia en la película… Y la cámara cae al piso en una habitación que ahora queda vacía…





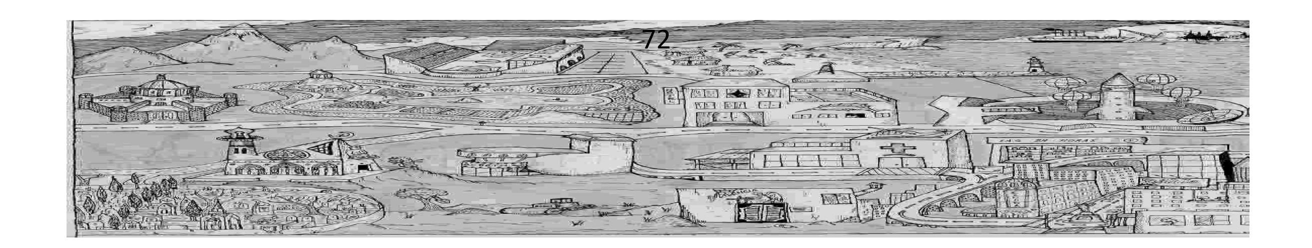
agatha

CUENTO II

Es muy tarde, y con tanto llanto y sueño atrasado, tu recuerdo se va mezclando con mis cuentos, y ruego por no delatarme… pero el rubor en las mejillas que hierven… eso no se puede ocultar, me levanto en busca de más café, otro cigarrillo y la miro en el espejo… como me molestan sus defectos a veces… y a mi me molestan más aun los tuyos, estas ahí sentada escribiendo, y fumando, y es un verdadero milagro que no estás drogada, siempre que me miras tienes ese rastro purpura en los ojos… que molesto es verte así, además nada que adelgazas, y cómo no, si duermes poco y comes mucho… cómo me molestan tus reproches, si tan sólo pudiera ahogarte como a mi conciencia en mucho alcohol, eres como todas las putas viejas en este mundo –menos la mamá de uno, por supuesto- y por eso te vas a quedar sin marido, a menos claro que exista algún huevón que te aguante.

Sigo de largo porque no la quiero ver más… vuelvo al computador, escribo dos o tres líneas, todas ellas atormentadas con un recuerdo que se parece mucho a tu olor… ese que tienes en la piel de las mejillas y en el cuello… me dan ganas de orinar por tanto frio, entro al baño, orino y ahí mismo me la encuentro… no era ella, era otra, mirándome mientras yo me lavo la cara en el lavamanos, ésta resulto pelirroja y furiosa, me mira y me pregunta, ¿y qué? ¿Es que acaso no tiene otra cosa en que pensar? Fresca que mañana se lo encuentra en la universidad, además ni que fuera el ultimo pedante que queda sobre la faz de la tierra, levanto las cejas y me aterra su agresividad, no la recuerdo así, pero supongo que debe estar herida, la estoy silenciando para escucharlo a él, la he dejado de leer para leerlo a él… le sonrío y le digo… no es el ultimo pedante, pero se me está metiendo hasta en los sueños, y lo peor es que no quiero impedirlo… ¿ah? ¿Y entonces? Se volvió pendeja a estas alturas… lo que nos faltaba… se calla y tuerce los ojos, si pudiera salir de su cárcel de seguro me torcería los míos…

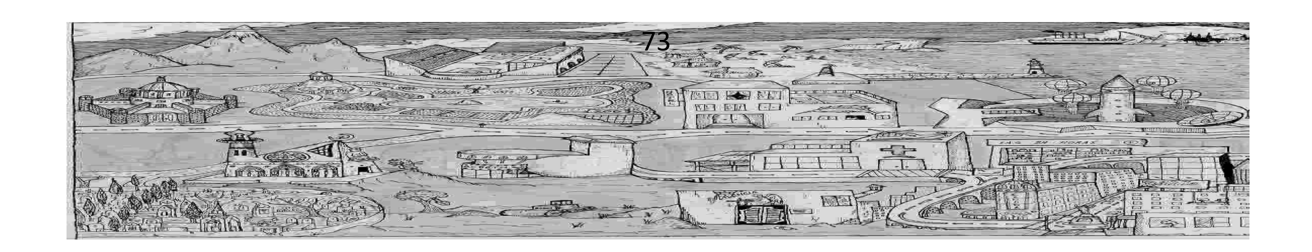




Y yo sigo con ellas y he dejado de lado el cuento, pasa la noche muy lenta, intento tomar una ducha a ver si se me ocurre algo, hace frio y entro a mi habitación y me acuesto desnuda entre mis sabanas frías… me quedo un rato pensando en el mismo cuento de siempre… el de Marianela… levanto los ojos y ésta otra me mira desde el tocador, y le digo: si me va a reprochar, llego a mala hora porque ya tengo sueño… se ríe… busco mis gafas en la mesa de noche, olvidó quitarse el maquillaje, tranquila… siga en las mismas que hoy tampoco escribió nada… anoche si tenia algo… pero dormí tan profundo que tengo la impresión de haber soñado un cuento, pero no recuerdo nada de el… ¿Qué tienes en las manos? ¡Ah! ¿Esto? Es sólo un futuro cuento… ¿eso que relees todas las noches, son sus cuentos? Si… unas 4 o 5 veces cada uno… pero no me aburren… los leo con ansiedad cada noche…
Me quedo dormida sobre el montón de hojas, camino por una calle oscura y ya no existen espejos en ese mundo… ¿será que esta gente no se conoce? ¿Nunca habrán visto su cara reflejada? Empiezo a sentir angustia y nauseas, hace frio y todo se vuelve nada, se vuelve un ruido de un multitud confundida, algo que choca contra el piso, y después se ya no queda ni color ni forma, hemos quedado en la nada, te busco y te busco, corro asustada hasta el final de una calle, tropiezo varias veces, y encuentro tu olor… caigo a tus pies, y entonces es como si fuera a morir allí mismo.

Me levanto porque me ahogo, prendo la luz para disipar las tinieblas, busco el inhalador y vuelvo a la cama… sigo durmiendo con la esperanza de recordar esto a la mañana siguiente…





jorge jolmash

El espíritu de la Anarquía

ka tangi te kivi
kivi
ka rangi te mobo
moho...

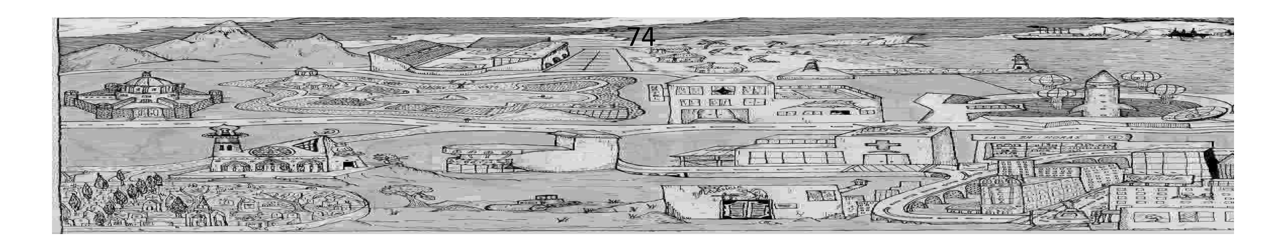
Y luego todas esas razones prestadas que se nos filtran como gotas de agua en una galería subterránea, cultivando estalactitas y estalagmitas en nuestra bóveda craneana.

O el miedo de los dolientes. El inolvidable mundo que se abre de tanta incongruencia. El sólido grito de un siglo envuelto en papel aluminio y ríos de ostras que van glaseando los gases de la aurora. ¡Como si así se pudiera llegar a algún lugar! Tan sólo el brillo de las azoteas y cierto anfiteatro de ballenas de rubicundas mejillas.

Si es verdad que todo el aire apesta, no por eso deja de ser amarillo el camino. Una nueva literatura hecha por frases viejas masticadas una y otra vez por la misma pluma. A la mejor aún es posible crear cosas nuevas (¡Santo cielo, Billy! ¡Tal parece que la máquina de golpes se quedó encendida!)

En este supremo vacío
anticuerpos de la noche
suero de mandarina





negaentropía
zapato.

Campos enteros sembrados con semillas fosforescentes que gritan como esqueletos. Apocalipsis de poca monta nos miran y quiebran las estructuras del razonamiento. Hache intermedia. Hordas de motociclistas borrachos golpeando a las mujeres y violando a los infantes. Un tiro de gracia contra El Sueño. La depresión fingida de los estudiantes.

(saludos a la familia)

Peces distantes en arbitrarios océanos. Juguetona lengua contra nuestras encías. Sarcófago de incienso puro. Sed de estrellas y de rimas de romancero. Rebelión de los internos en el cementerio. Pánico combinado con hambre.

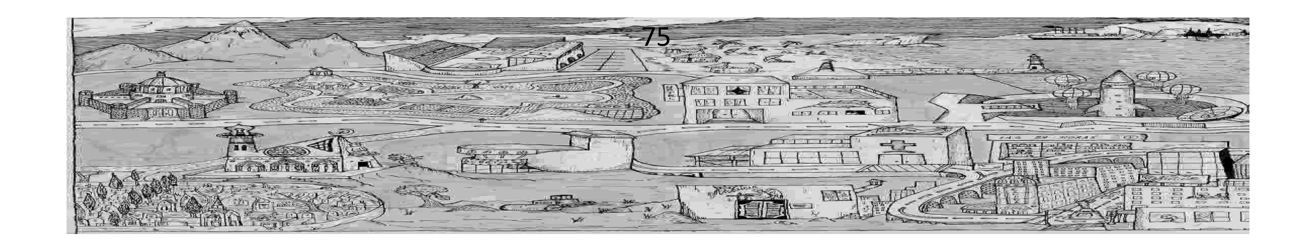
El plan es el siguiente:

disolver las estructuras, ablandar el cerebro con baños ácidos de saliva y voces superadas por soldados empíricos. Abolir el continuum espacio-temporal, aún cuando sólo sea en el menor de los cuadrantes. Romper la regla de la paciencia. Desarmar el sentido de las frases. Trastocar de las frases el sentido. Ley de fluidos y mordiscos.

El futuro que nos disecciona con su abrazo de rayos equis. Insoportable deseo de un perfume fuerte como bebida de moderación. Azúcar, dos onzas de ginebra, la ralladura de un limón y una yema de huevo. Rampa desdoblada.

El mero azar, nuestro poder.
Nuestro principal poder.
Pirámide.
Absurdo personificado por la guerra.





Simulacro de tablas cuyo orden puede ser descifrado por un observador atento. Sindicato de outsiders al servicio de la revolución bolchevique. Flor de lumpen. El reflejo religioso del mundo real únicamente podrá desvanecerse cuando las circunstancias de la vida práctica, cotidiana, representen para los hombres, día a día, relaciones diáfanamente racionales, entre ellos y con la naturaleza.

Bautizo de sangre en la popular sabana. Pócima amarga, pero de impredecibles consecuencias.

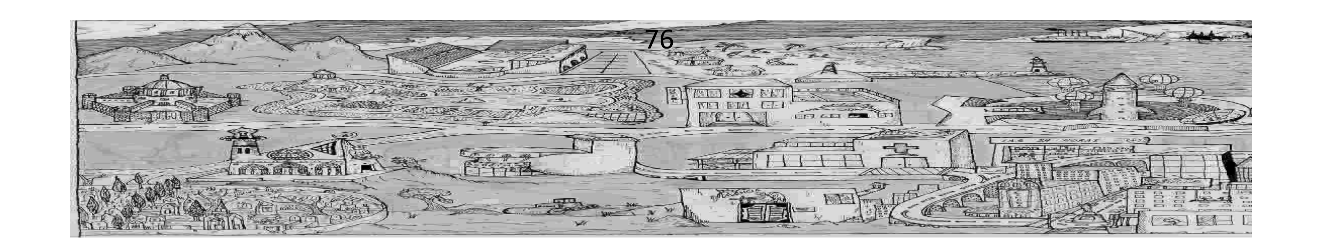
La última oportunidad de volver ha quedado atrás. Todas las barreras se desbaratan entre nuestros potentes dedos. Turbulencia de mantras apócrifos.

Cápsula de harapos de civilizaciones extintas. No las necesitamos para nada, sólo nuestros pies dejan una huella hermosa, el resto son tonterías. Tal vez algún día, un grupo de inadaptados que de seguro ni son nuestros descendientes, sino los de nuestro peor enemigo, descubre donde reposa el carbono catorce de nuestros pobres huesos.
Yo sueño que estoy aquí, de estas prisiones cargado (y el mayor bien es pequeño).

(Yo, tú,
odio,
violencia,
lápida)

(stop)





MOLKAS

EL AMIGO DEL DIABLO

La bahía de Ensenada se llenó de luto. El As de sus hijos putativos, consorte de su hija predilecta, exhaló el último aliento y nos dejo en la sombra.

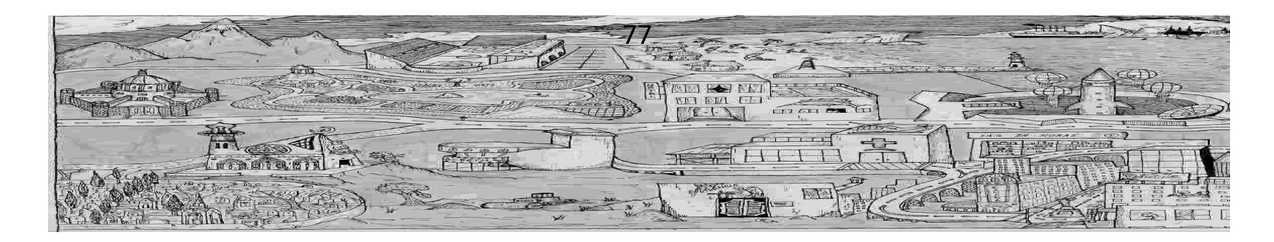
La historia se remonta 52 años atrás en la vieja Valladolid. Es el centro del bosque de las ánimas un domingo por la tarde. Yo salía de mi chamba de los baños del 14. Tenía 14 años y era bañero-bolerito, nieto del dueño que me daba chance de ganar unos pesos el fin de semana para mis gastos. Los baños estaban situados en un lote dentro del propio bosque, lo que me facilitaba el arribo al lugar de los juegos y el kiosco en donde nos juntábamos los adolescentes de la ciudad.

Dábamos vueltas en nuestras bicicletas mostrando las destrezas e intentábamos impresionar a las chicas que allí acudían. Los giros se volvían monótonos y la chorcha irreverente de los bellacos fastidiaba a las jovencitas que nos miraban con enojo.

Así pasó un semestre. Las espinillas crecían en nuestras caras y las ojeras revelaban nuestros frecuentes tocamientos genitales. Las chicas nos atraían, nos intrigaban, pero el temor a ser rechazados era mayor que el deseo de acercarnos. Hasta que alguien del grupo dijo que por ahí andaba un nuevo vato muy aventado. Que venía del DF y que se las sabía todas para impresionar a las chicas. Que por eso le decían el Diablo Gálvez.

Allí lo vi, escuálido, flacucho con buena ropa y una bici a todo dar. Bien peinado con copete alto a la moda del rebelde sin causa. Usaba anteojos. De buena





manufactura con lentes polarizados. Tenía una boca prominente de olán con la que gesticulaba muchas palabras a la vez como metralleta.

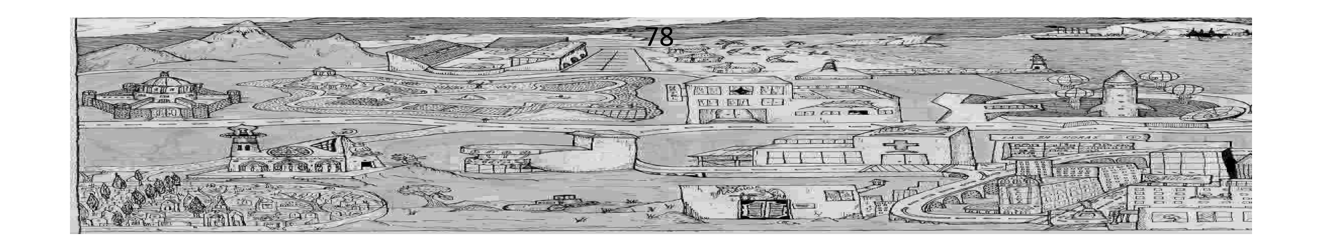
Mira, le dijo Fili Morales, este es el güero Molkas y es un aventado con las chavas. Se me quedó viendo, me escudriñó de arriba abajo, notó mi ropa de segunda y la excesiva brillantina de mi pelo recién bañado. Olió también el aroma Barón Dandy de mi loción y dijo: ¡vamos a ver si como roncas duermes, pues tus cuates se fruncen a la primera frente a las güercas!

52 años después él duerme un sueño eterno y yo sigo enroncado en estos lares.

“Requiescant in pacem” mi amigo inimitable.

¿Y ahora qué? Cantaba Gilbert Beaucoud.





Shamahazzi

La Culpa

Era una hermosa mañana de primavera. El pequeño pueblo de casas antiguas dormía todavía cuando Jorge, el sacerdote, abrió las puertas de su iglesia, como lo hacía todos los días. Aspiró profundo el aire fresco sintiéndolo correr por sus pulmones, mientras una cálida luz de sol entró brillante, acomodándose sobre las estatuas de santos y los bancos de madera.
Preparándose para las confesiones, el sacerdote se dirigió al confesionario a dejar la Biblia, su infaltable aliada. Casi al instante, escuchó un rumor como de ropas rozando la madera.

- Bendígame padre, porque he pecado.

- Bendito seas, hijo- dijo el viejo sacerdote a la voz de niño, al otro lado del panel confesionario- Cuéntame...

- Pues, creo que hice mal...

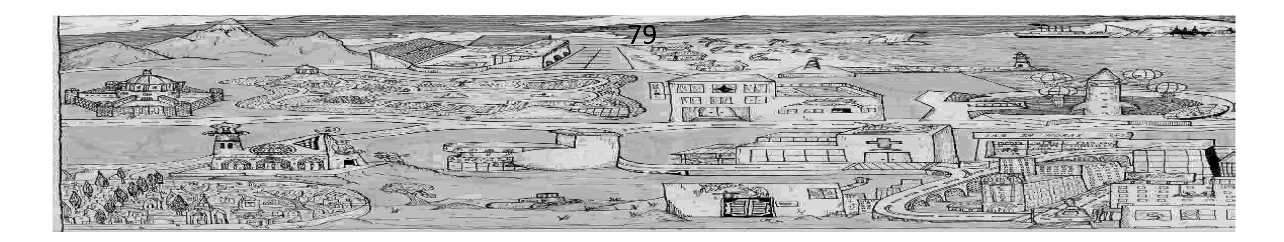
- ¿Porqué?

- Dije la verdad...

Mientras se acomodaba en su asiento, el religioso alzó las cejas entrelazando las manos. "Tiernas son las tribulaciones de los niños" pensó
- ¿Cómo es eso?

- Pues, un día cenábamos en casa mi padre, mi madre y yo...





- Sí.

Un suspiro profundo llegó del otro lado del panel.

- Mi padre amaba mucho a mi madre.- continuó el niño- Pero después de la muerte del segundo hijo de mi padre en un accidente...

- ¿Tu hermano?

- Aja.

Como el rizar de la superficie de un lago movida por el viento, el alma del cura pareció crisparse en su interior. A su pesar, recordó a su pequeño hermano Raúl muerto años atrás.
- Dime.

- Bueno... mi madre cambió mucho. Y...

El sacerdote pudo percibir la angustia y el arranque de llanto en la vocecita quebrada.
- Dios es benévolo y en su infinita bondad, todo lo comprende. Tranquilo, hijo...

- Es que... una tarde ella... estaba con otro... hombre... en la cama de mi papá...

- ¿Y tú los viste?

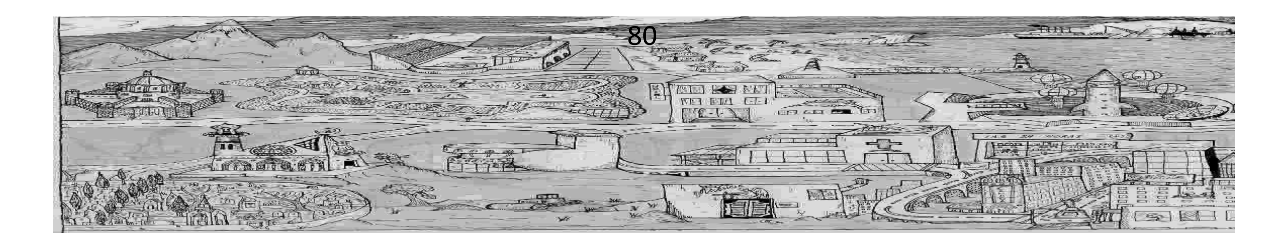
- Sí.

- Y...

- Y... en la cena ... se lo dije a papá...

El hombre apretó la Biblia entre sus manos tragando saliva. Se sintió repentinamente mareado por miles de amargos recuerdos que le golpearon el





pecho. Recordó a su madre en el suelo, con el cráneo sangrante, destrozado por un balazo de 38 ejecutado por su propia mano.
- ¿Y te sientes culpable?

- Sí- lloró el niño- Es que por mi culpa papá se enojó con ella, tanto que se fue de casa.

- Escucha, hijo. Por más doloroso que sea, hiciste lo correcto. Decir la verdad siempre es lo correcto. No debes culparte, muchacho...

El cura se apretó los ojos con el índice y el pulgar, tratando de no quebrar la voz. Su madre se había volado los sesos por culpa de él.

- Tú no tienes culpa de nada, hijo. Deja ésa carga de lado.

Un silencio profundo se materializó en el lugar. Trinos de aves en árboles lejanos se escucharon vagos, llegando de muy lejos.
- Eso mismo he venido a decirte, Jorge- dijo la voz del niño, con una extraña y reconfortante paz. Un embriagante aroma a rosas ganó el recinto- Mamá me encargó que te dijera que fue su error y se suicidó porque no lo soportó. Que hiciste lo correcto al decir la verdad. No fue tu culpa. Que nunca fue tu culpa.

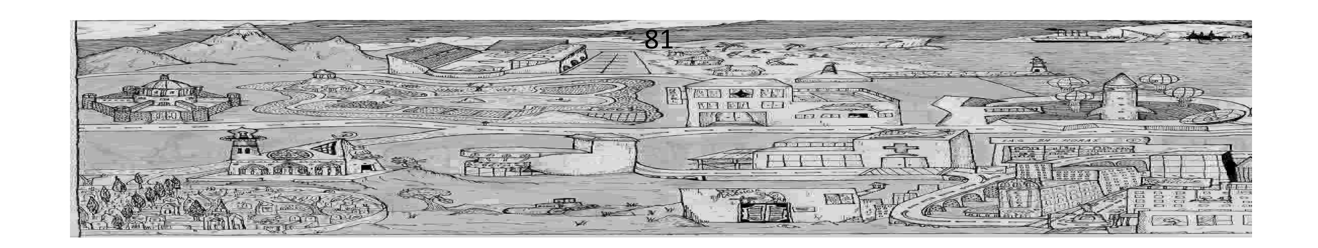
- ¿Raúl?

- Perdónate ya, Jorge. Deja esa carga de lado.

- Raúl.

Presuroso, el sacerdote salió del confesionario y miró del otro lado, pero no había nadie. Nadie allí, ni en los bancos, ni en la entrada. Solo los santos de yeso, los lirios y la luz del sol que entraba cálida por la puerta abierta de la iglesia solitaria. El viejo cura permaneció unos minutos de pie, atónito, apretando su Biblia entre las manos. Luego, se dejó caer silencioso en uno de los gastados bancos de madera. Afuera, los pájaros cantaron una vez más en la lejana arboleda.





Christian Acuña Salgado

10 putas para Alberto

"Gracias mamá por no matarme" decía una calcomanía antiaborto pegada a la defensa trasera de una camioneta. Alberto leyó cuando estuvo cerca, bajo el semáforo. Y recordó las confesiones de su madre: de espaldas en la plancha de un consultorio, con 7 meses de embarazo, el médico advirtiéndole que era muy arriesgado abortar, arrepentirse en el último momento…

"Y aquí estoy", dijo Alberto. "Pero, ¿en dónde?", "en este pueblo no le sonríen a los extraños".

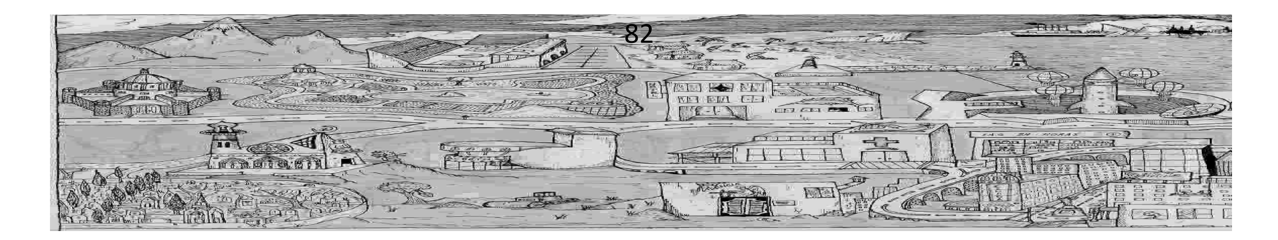
"Es este carro", "en la carretera eres realmente lo que puedes ser y no más".

Siguió hasta Cuitzeo, había descendido tan imprudentemente de un tobogán de asfalto de 5 kilómetros del lado michoacano de la laguna de Chapala que pensó en regresar. México se veía tan lejos desde un automóvil compacto y sin saberse el camino, además debía regresar de inmediato una vez llegado a la casa de su madre.

Subiendo las montañas michoacanas divisó un convoy militar, eran tres suburban's negras con torretas de vigilancia y finalmente les seguía el paso un platina verde lleno de ocupantes armados.

"Sólo temo a Cristo Rey", dijo Alberto, e hizo lo que nadie debería hacer sin sufrir las consecuencias: rebasó en el tope. Cuando el platina salió del obstáculo le adelanto peor que sí Alberto hubiera ido en bicicleta. Humillado avanzó unos minutos detrás del platina hasta que se le apareció un suru azul en el espejo



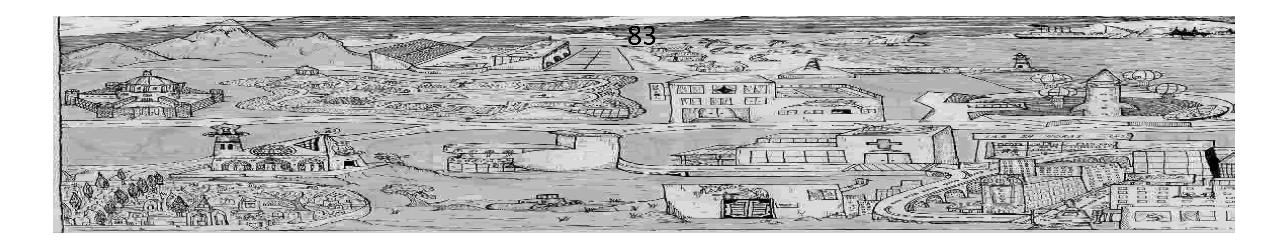


retrovisor. Se sintió acompañado y sobre todo obligado: habría testigos de su próxima maniobra. Como por arte de magia la carretera se alargó en línea recta 2 tentadores kilómetros. Alcanzó los 120 y el platina titubeó. Alberto olió el miedo y en 30 segundos volaba a 150: los había rebasado en hilera. El suru hizo lo propio y también un cavalier rojo, tímidamente, se unió al escarnio.

"Sólo temo a Cristo Rey", dijo Alberto ya cuando la caravana había quedado atrás. Alentado por su triunfo, antes de entrar a Morelia, lanzó su acostumbrada blasfemia. Le siguieron los acostumbrados momentos de confusión posteriores a sus imprecaciones. Descendiendo, hizo lo prohibido: rebasar en una vía de doble sentido con sólo dos carriles sin camellón central en curva descendente a la derecha en un barranco con una caída de más de 100 metros. Las llantas rechinaron, el volante no respondía, un carro se acercaba en sentido contrario. Logró controlar y se metió a su carril en el último momento. Después del ridículo pensó en regresarse: ya había llegado al límite de sus estupideces. Tomó la decisión de aprenderse el camino para hacer ese viaje rutinariamente, finalmente iba a visitar a su madre. Y rebasó a ciegas con curva descendente a la derecha…

Llegando a Toluca iba en el carril de alta, un altima sonó el cuerno, Alberto, con la cola entre las patas se refugio en el carril de tránsito lento. En Cuajimalpa tomó "México por Cedros", se perdió. Buscó una línea del metro y la siguió hasta la casa de su madre. Cuando llegó serían las 8 y media de la noche: 14 horas de México a Guadalajara. "Maldita carretera libre", "maldito yo", dijo Alberto. Su madre le dijo: "Come, te hice de comer". Una hora después se proponía a desandar el camino. Buscó la autopista a Querétaro. Cuando la localizó ya se le cerraban los ojos de sueño. Los tractocamiones lo echaron al primer carril. No veía nada. Los trailer's pasaban como enormes muros en avalancha. Alberto le apuntaba a las señales reflejantes para posteriormente volantear hacia el camino. Fueron 4 horas de pesadilla. Decidió salirse del camino en Querétaro y buscar acomodo en un hotel. Entró al casco queretano. El zócalo tenía en exposición figuras de tamaño natural de un nacimiento navideño, los hoteles eran de primera clase, las calles eran estrechísimas, vio a un municipal durmiendo en su patrulla. Salió resuelto a continuar su travesía: Querétaro le había parecido inhospitalario. Se detuvo en una





gasolinera y preguntó por Celaya. Pudo ver unos cajones de estacionamiento. Pidió permiso y se durmió. Dos horas más tarde le congeló el sueño el frío de la mañana y volvió al camino. Se perdió llegando a La Piedad y a la entrada de Ixtlahuacan de los membrillo estaba desorientado. Se bajó del coche. Y se recargó en una esquina a fumar. Eran las doce del día. Pasó una mujer de mediana edad con el vientre flácido, senos de nodriza, sin peinar y vistiendo una playera del PAN que decía "No al doble conteo de votos".

"Disculpe, ¿para ir a Chapala?", le preguntó Alberto.

"¿A dónde vas, hermoso?", le respondió la mujer.

"Mamacita, quiero ir a Ajijic", le dijo Alberto y le acercó la cara a la mujer.

La mujer le indico la salida. Le acarició la mejilla y le acomodó el cuello. Y lo despidió con una sonrisa juguetona.

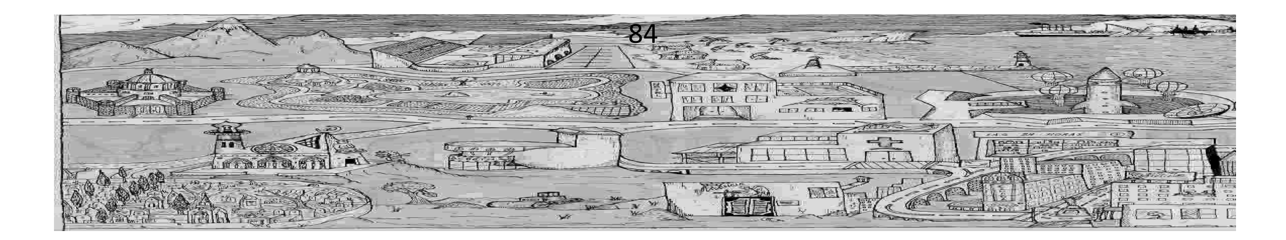
Alberto llegó a Jocotepec y bajó del auto porque había un desfile de carros alegóricos y fue a mirar.

Regresó al coche y lo esperaba una tránsito. "Mi jefe, ya llamé la grúa, aquí no se puede estacionar", le dijo la uniformada. "¿Cómo le vamos a hacer?", respondió Alberto y le dio un billete. Subió al coche y la tránsito le dijo: "¿Ya se va?, ¿no va a ir a la feria?, si quiere ahí déjelo no se preocupe".

Alberto camino y vio la feria del pueblo. Cruzó el atrio de la iglesia y una mujer joven lo abordó y le colgó una imagen de San Juan Bautista en el cuello. Y le dijo: "Coopera, mi chulo". Alberto le dio un billete. Una niña se colgó de su chamarra y le pidió dinero. Alberto le dio un billete.

Tomó rumbo a Guadalajara, ya ahí se detuvo en el primer semáforo en rojo. Una descomunal trigueña estaba caminando en la acera. Alberto se le quedó mirando, el semáforo cambio a verde y los coches que esperaban comenzaron a tocar el claxon. La trigueña se dio vuelta y lo miró mirándola. Le hizo una señal y sus

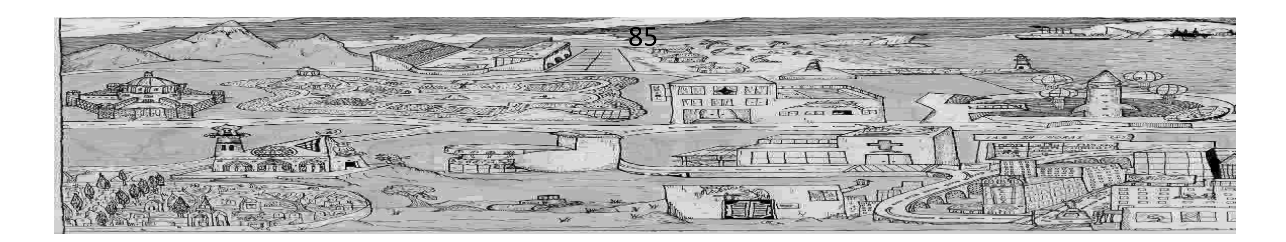




labios se abrieron para decir: “Ven”.

Alberto estacionó el auto y se le acercó. La prostituta dijo: “Vamos al hotel”. Alberto le dijo: “¿Sólo tu y yo?”. Y la mujer lo metió a una cantina. Alberto pagó una cerveza y una bailarina bajó de la pista de baile y le dijo: “¿Me invitas una copa?”. Una rubia en licras le movía las caderas mientras se terminaba su corona. Vino la trigueña y le preguntó: “¿Con quienes te vas?”. Alberto sacó un billete, lo dejó en la mesa y dijo: “Acabo de llegar de ida y vuelta a México”. Y se fue.

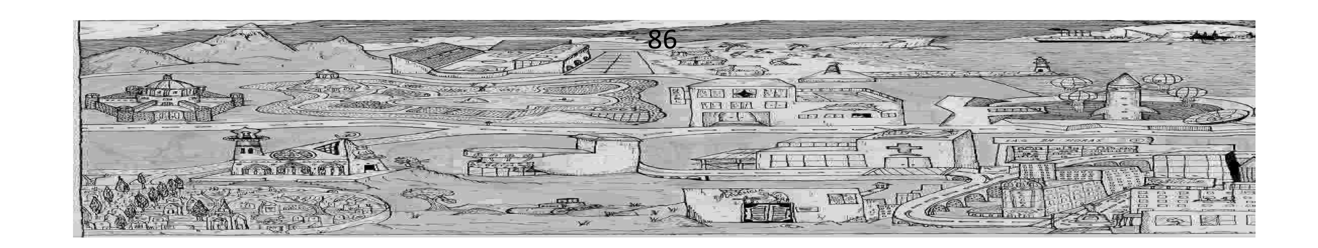
Llegó a su casa y su hija corrió a abrazarlo y le dijo: “Papá, te quiero mucho”. Después de hacerle el amor a su esposa ésta le susurró: “Cuando bajaste del coche te veías guapísimo”. Alberto se acomodó para dormir. 28 horas en la carretera le habrían sacado lo salvaje a cualquiera. Siempre su refugio fue mirar a las personas. Recordó como la cocaína y el alcohol le sacaban la animalidad cuando era joven. Hace mucho que no la había sacado. Y quién estuviera atento podría identificarse con él. Ya no era tan irresponsable como para embarcar a otras personas con sus desplantes. Ahora trataba de ser cuidadoso. Cuando asomaban sus instintos optaba por desaparecer. Tan tentador eran antes el crimen y la violencia y la lujuria y la rebeldía como ahora lo eran el amor, la paternidad, el empleo, la religión y la política. La madurez le deparaba nuevas conquistas. Ya no quería andar a cuatro patas como los perros ni trepar a los árboles como los simios, no creía en las curvas de una mujer como una invitación ni que los genitales que le colgaban decidieran sus actos. Quería andar erguido y que la rectitud fuera el acicate del progreso del hombre. Que la ley, la ciencia y el arte fueran la tumba de su animalidad. Quería olvidar que era hombre y que sus debilidades le acercaban más a las personas. Quería olvidar que era humano y que no podía disimularlo. Que habían muchas más personas queriendo evitar desatar pasiones en los otros para hacer una obra que perdurase y que se habían perdido o retrasado por las irresistibles trampas del mundo, de la belleza del mundo. Quería diluirse para todos menos para su familia. Quería tener grandes ideas. Pero ¿quién era él para resistirse a ser humano? Seguiría poniéndose en el límite y excediéndose en todo seguro de que en sus derrotas no le faltaría el consuelo de una mujer ni su ayuda porque lo único que él tenía era su valentía y su conmiseración porque siempre se arriesgaría alguien por él y porque siempre alguien tendría compasión de él. Porque lo único que importa



son los demás y cuando se entiende esto se puede ser feliz: que se debe olvidar lo bueno y lo malo que te ocurrió en el año, no importa que tan bueno o que tan malo sea, que hay que dejarlo ir si se quiere que cada año siga siendo una sorpresa… y que se debe confiar en uno mismo, porque uno mismo sabe que esta bien.

Las vacaciones se habían terminado, el dinero se había terminado. Había que volver al trabajo y había que sacar dinero de donde fuera, había que seguir siendo corrupto, hasta el otro año, hasta las otras fiestas, hasta el otro viaje y esperar mientras tanto que nadie estuviera atento cuando se le saliera la animalidad, en tanto seguiría intentando… seguiría intentando lo que todos intentan y no logran… seguiría intentándolo tal vez para que, con un poco de suerte, al caer el otro año en las mismas trampas de su pequeño mundo las mismas mujeres le digan las mismas cosas.





Numero_E

Como perlas sobre el asfalto

Esa mañana, como todas las mañanas de todos los días de todas las semanas, salí de casa y caminé hasta la parada del autobús. La verdad es que no iba pensando en nada, ni en el sueño ni en la pereza que me causa la rutina, ni en lo aburrido que me resulta el trabajo. Tampoco pensaba en el frío ni en la brisa que amenazaba lluvia golpeándome el rostro. De verdad. No pensaba en nada en el momento en que ese automóvil salió a toda velocidad, atravezó la calle con su motor que rugía como tigre, y se estrelló con toda su fuerza contra esa camioneta de valores.

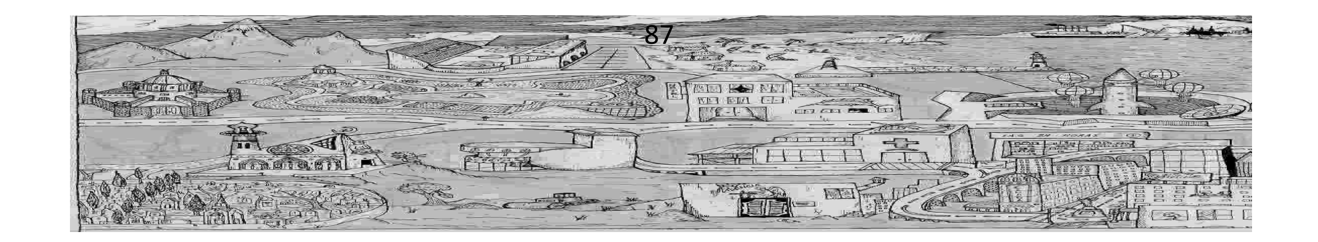
Me gustaría decir que fui el único en presenciar el choque, pero no fue así. Los autos se estrellaron y dieron vueltas en el aire, crujiendo. Uno de ellos aventó varias partes de la carrocería por toda la calle, como un collar de perlas que se desgrana; trozos de plástico, vidrio y metal. El otro auto simplemente se volteó, girando sobre sí mismo.

La camioneta de valores se deslizó con las llantas hacia arriba a lo largo de varios metros. El metal frotándose contra el asfalto. Se subió a la banqueta, aplastó un auto y se metió dentro de una bodega.

El otro, el coche blanco que salió de la nada a toda velocidad, ese dio vueltas en el aire y cayó rebotando un sinnúmero de veces, hasta terminar metiéndose un árbol por la mitad. El radiador explotó en una nubecita de vapor.

Estuve unos segundos mirando la escena. Miraba a la derecha, después al semáforo, luego a la izquierda. Miraba la camioneta de valores y otra vez al pequeño auto blanco. Había olvidado respirar. El corazón me golpeaba el pecho. En el aire había un olor a llantas quemadas, gasolina, humo y miedo.





Escuché los gritos. Eso fue lo que me hizo correr hacia el auto blanco. Corrí. Crucé la calle sin mirar, saqué el teléfono de mi bolsillo y marqué el número de la policía. Les dije del choque. Les di la dirección y mi nombre. Les dije que vinieran a ayudarnos. También les dije que trajeran unas tijeras grandes, que las íbamos a necesitar.

Me quité la chaqueta y me acerqué a la ventana izquierda del auto blanco. La lluvia comenzaba a caer, los lentes se me mojaron. Adentro del auto encontré a una mujer.

Su cabello rubio casi rojo le caía sobre el rostro. Parecía dormida. Su boca como si fuera a pronunciar una palabra que jamás salió. Los dedos de su mano izquierda temblaban. El cinturón de seguridad puesto. Quise tocarla, pero no lo hice. No sabía qué hacer. Luego vi el trozo de metal que le atravesaba el estómago hasta salir por su espalda; me paralicé.

-No se preocupe. Todo va a estar bien- dije-.

Poco a poco la gente se fue acercando. Hablaban entre labios, por lo bajo. Los hombres estiraban el cuello para ver dentro del auto, las mujeres tapándose la boca. Yo estaba con mi chaqueta en las manos, sin saber qué hacer con ella, mientras el frío comenzaba a morderme la piel.

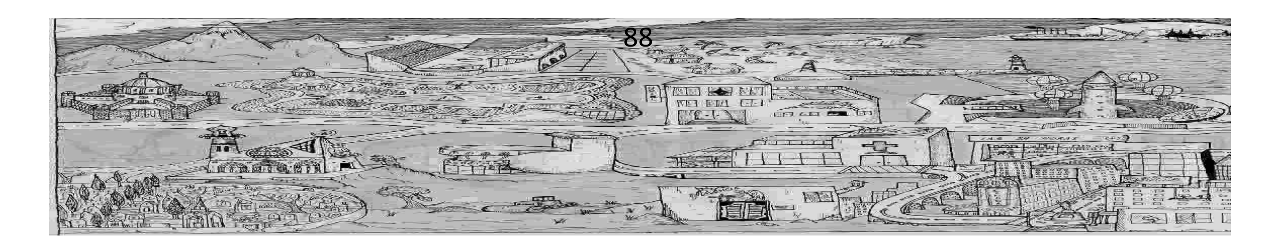
-Todo va a salir bien- dije, pero la verdad es que no podía dejar de temblar-.

La mujer abrió los ojos lentamente, como cuando las nubes se separan en un día lleno de viento, y dijo algo que no pude escuchar. Tuve que acercarme a ella. Pude oler la sangre. Le dije que repitiera lo que acababa de decir.

-Cómo está la camioneta?- fue lo que dijo-.

La pregunta me tomó por sorpresa. Los labios me temblaban. Tuve que sacar la cabeza del auto para mirar en dirección de la camioneta de valores. Mis lentes





llenos de lluvia. Tuve que esforzar los ojos para ver lo que sucedía.

La cortina metálica de la bodega estaba completamente arrugada, como si fuera una hoja de papel. El pequeño auto era una estampilla en la pared; y sobre él, con las llantas hacia arriba como un elefante muerto, estaba la camioneta de valores. Pero no fue eso lo que hizo que mi piel se erizará, tampoco fue la lluvia que caía con más fuerza, ni todo el fuego que envolvía la bodega. Nada de eso. Lo que hizo que mi piel se erizara fue la otra camioneta, una Hummer de color negro que se estacionó detrás de la camioneta de valores. De esa Hummer salieron cuatro hombres con el rostro cubierto, cargando unos rifles de éste tamaño, abrieron la parte trasera de la camioneta de valores y sacaron todo lo que llevaba dentro. Todo menos el cuerpo de los custodios. Fueron sólo unos segundos, todos vimos lo que hicieron pero nadie hizo nada. Sacaron todo. Y así como llegaron se fueron.

-Cómo está la camioneta?- alcancé a escuchar que decía la mujer dentro del auto blanco-.

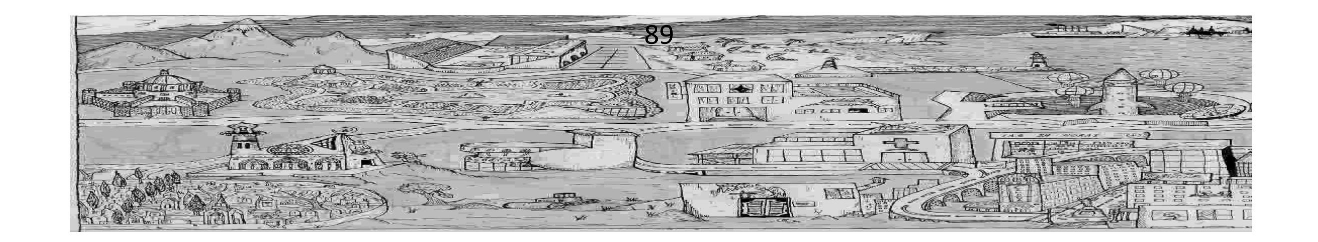
Aún sin dar crédito a lo que había visto, metí la cabeza dentro del auto y dije.

-Unos... unos hombres acaban de robar la camioneta.

La rubia, con su cabello casi rojo, abrió los ojos una vez más... y sonrió. Luego echó la cabeza hacia atrás, ya no quiso seguir hablando. El sonido de las ambulancias se escuchaba cada vez más fuerte.

Yo saqué la cabeza del auto, y comprendí todo.





Monique De Large

Postcards from London: She comes in colors everywhere

Veintidós horas en Londres. No hay que dormir. Aún hay sol cuando K. y yo bajamos del tren. Tomamos el primer shot de expreso —le seguirán decenas— y es el peor café que he probado en mi vida.

Tenemos pocas libras.

No recuerdo grandes cosas, pero eso no importa. Los detalles bastan para mi. La recuerdo a ella, feliz, caminando por Picadilly, mordisqueando una whooper con una sonrisa ácida, como si le hubiera robado el bocado a la reina Isabel.

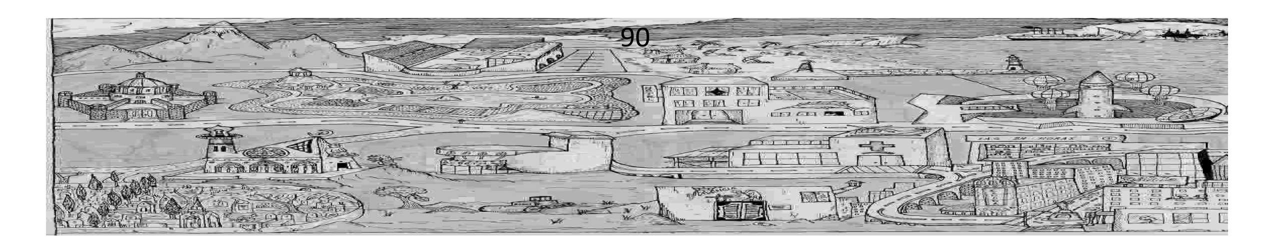
Quiere ver una obra, pero los teatros están llenos. Las únicas funciones a nuestro alcance son eliminadas: una ya la vio en Nueva York, la otra la verá en Madrid y un par más no le interesan. Cae de sueño, pero permanece despierta por mi. Le sonríe a todos por la calle. Los ingleses no son fríos con ella. She's like a rainbow.

Anochece y encontramos una fiesta a orillas del Támesis. A K. no le gusta el house, pero tolera que yo baile un rato con extraños. La euforia dura poco. Las bocinas callan y la gente se esfuma. Hay que retomar la marcha.

Vemos el río bajo el puente. Le doy un audífono de mi iPod. Suena And I love her. Me grita que odia a los Beatles. Sólo ella podría gritar eso en Reino Unido sin consecuencias. She's like a queen in days of old.

Un expreso más y habremos enloquecido. Necesitamos establecernos. Caminamos hasta Notting Hill y buscamos un lugar barato en los alrededores. Entramos a un hostal donde compartiremos habitación con ocho personas… eso a K. no le





importa. Habla con todos. Habla en francés, en inglés, en español, en japonés. Impacta a todos. Me impacta a mi: She shoots colors all around…

Descansamos un par de horas y continuamos la marcha al amanecer. Me lleva corriendo al TATE y yo la pierdo. No quiere entrar a las exposiciones temporales… ya las vio todas en París. "Te veo en el Hard Rock" –me dice– y no ha terminado la frase cuando ya camina hacia Green Park.

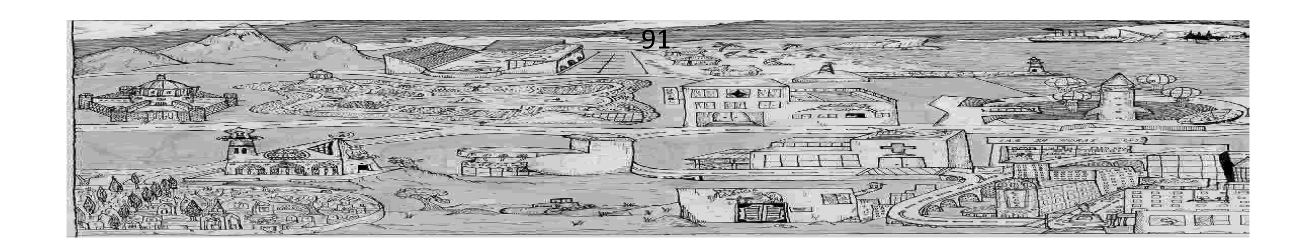
Tardo horas en llegar. La veo sólo después de haberme perdido durante horas, después de haberle pedido dinero a un desconocido para subir a un bus y calmar el dolor de mis pies. K. es un premio entre la multitud. Es difícil alcanzarla, pero fácil reconocerla porque lleva sus colores a cualquier parte y deja estelas. Me sonríe y me ofrece la mitad de un pan. La parte que falta es todo lo que ha comido en el día. A mi me basta con su risa.

Y caminamos hacia Waterloo mientras fantasea con ser de la realeza inglesa y yo le sigo el cuento.

Ella es un arcoiris, ella lo sabe: no le hace falta corona para ser reina.

[she's a rainbow, the rolling stones. and i love her, the beatles]





jorge jolmash

Siete perlas de bilis (del Libro de mermelada)

1) El Qwertyuiop es un ave fantástica con plumas líquidas. Dicen aquellos que la conocen, que su aleteo provoca rubor en las mujeres que se encuentren en un perímetro de treinta y seis yardas de distancia. Su orina tiene un penetrante aroma a sandía. Aunque no ha podido sobrevivir ningún ejemplar en cautiverio, todas las sociedades de naturalistas del mundo saben que se alimenta principalmente de chícharos y sopa fría.

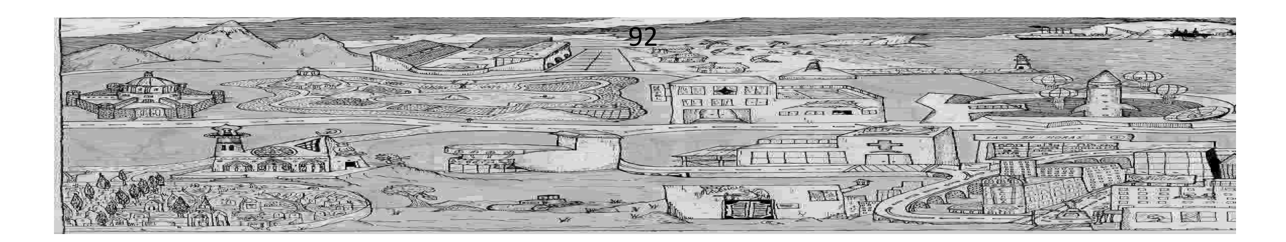
2) En el país de Falkapán crece un arbustillo cuyas ramas tienen la peculiar propiedad de emitir gritos semejantes a los de los delincuentes al ser colgados. Muy pocos viajeros se atreven a viajar por este país durante las noches, aunque no se ha registrado ningún suceso importante desde mil seiscientos treinta y uno.

3) La tribu de los furetesos pretende comunicarse con los espíritus de sus ancestros mediante la realización de pequeñas escisiones en las yemas de los dedos de los ancianos. Según sus creencias, cada corte les provee de una nueva boca para hablar con aquellos cuya ausencia les protege.

4) Cuando era niño, mis padres me regalaron un pastel de cumpleaños. Mi madre, incapaz de molestar a su bebé, fingió que era una delicia a pesar de estar hecho de pestañas amasadas. Mi padre no pudo contener su rabia y cantó las mañanitas durante los siguientes doce días.

5) Se estima que ocho de cada diez varones mayores de treinta y cinco años, han deseado alguna vez transformarse repentinamente en paraguas y ser arrastrados





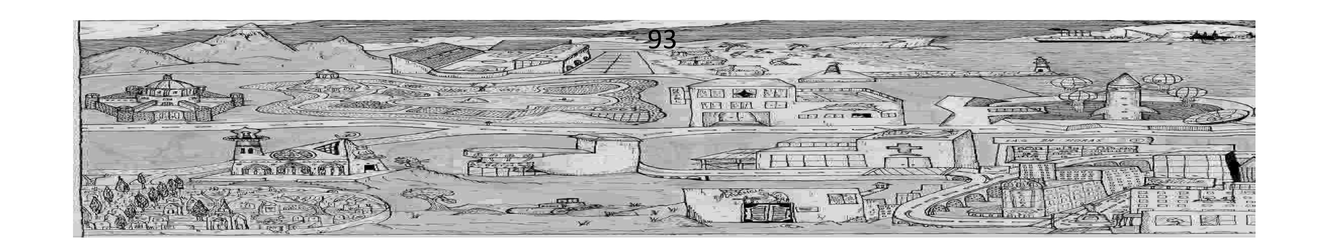
por un huracán, a cientos de kilómetros de distancia de su lugar habitual de trabajo.

6) Según algunos estudiosos, durante las primeras décadas del siglo III de nuestra era, una secta herética afirmaba tener una lista detallada de todas las almas que cabrían en el paraíso. Después de una serie de análisis minuciosos de los manuscritos dejados por esta secta, nadie ha podido encontrar tú nombre en la lista.

7) Para quien vive dentro de un terrón de azúcar, el hombre del guardapolvos blanco es como el archipámpano de los tontos.

8) Una moneda cae accidentalmente al pozo mágico. Un deseo de nadie cobra vida repentinamente.





panakeia

Princesita

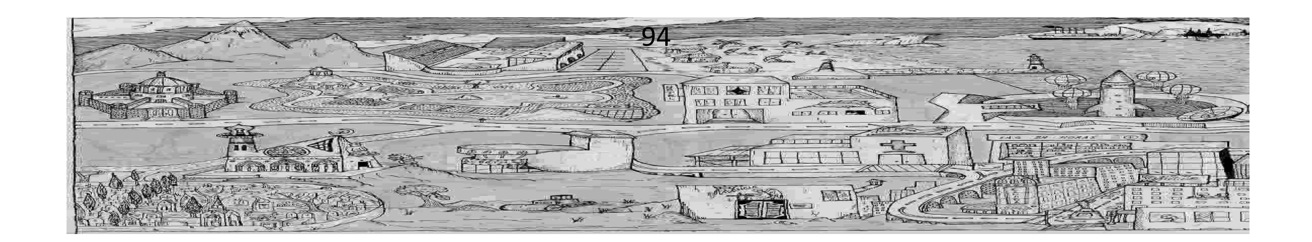
La princesita miraba a sus pretendientes desde su trono, se apartaba los bucles dorados y hacía una mueca hilarante cada vez que sus ojillos verdes se posaban en las asustadas caras de los chicuelos.

Todos ellos, ahí de pie como en inspección militar, parecían un grupo de reos, con la mirada gacha como si hubieran cometido crímenes imperdonables.

Ella, resoluta, bajó de su estrado para pasar lista uno por uno. Para mañana por la tarde ella debía estar casada con alguno de aquellos mozalbetes, y a pesar de que solo tenia nueve años su ideal del hombre perfecto ya estaba muy por encima de los prospectos asustadizos. A cada uno le hallaba un defecto: "Tu eres un enano, si tenemos hijos van a ser muy bajitos", "Tu estas bizco", "Tu eres hijo de un barón, ¿dónde quedaría mi estatus como hija del rey?".

Ninguno era digno de su persona, pero alguno habría de elegir. Pues sus padres habían muerto a manos de un grupo de rebeldes hace a penas dos días y el trono vacío dejaba a su pobre reino en indefensión. Es decir, a los habitantes, campesinos ignorantes, un grupo de sabiondos les habían metido en la cabeza un montón de palabras nuevas que sonaban bonito: "libertad", "democracia", "republica", "revolución". ¿Quién les dijo que el pueblo podía tomar las decisiones del gobierno? ¿Y que haría la princesita si la echaban de palacio? Toda su vida se preparó para asumir el trono, para tomar decisiones por el pueblo; ahora le dicen que un requisito es casarse. Pues verán que cuando ella asuma el poder, ese formalismo será el primero en irse.





Así llegó frente al último de los muchachillos en la fila. Él se atrevió a sonreírle, memorizando perfectamente los pasos a seguir que su padre, el Duque, le había indicado para su presentación frente a la única heredera del trono. Era apremiante que él se casara con ella; pues aun con su alto estatus, su familia se encontraba al fondo del abismo. Su padre había perdido gran parte de sus tierras a causa de una sequía; su madre sufría alucinaciones y deliraba desde que dio a luz a su noveno hijo, su hermano, que por cierto nació sordo. Tenía grandes problemas mentales en su ascendencia por un matrimonio secreto entre primos celebrado entre sus bisabuelos.

Pero la princesa no lo sabía, eso era una carta a su favor. Y mientras él se hacía el conquistador, ella movía sus labios rosados cual si ensayara las palabras que iba a decirle. Se detuvo más tiempo frente a su persona que con los demás candidatos, eso decía mucho. Lo analizaba como quien compra una vaca lechera, palpando su cuerpo por todas partes y poniéndolo nervioso.

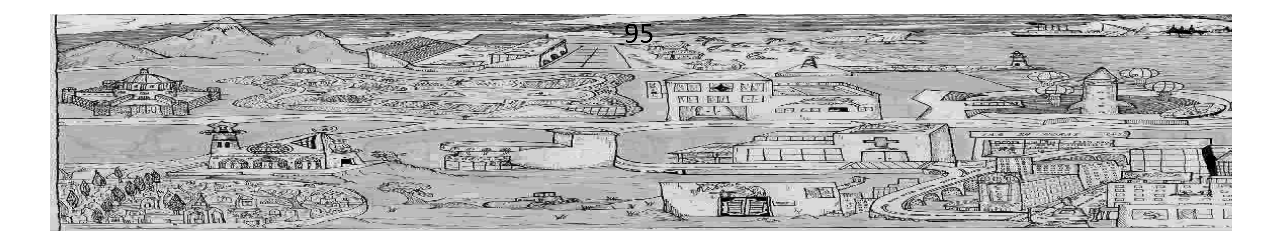
Ella buscaba un defecto, alguna cicatriz o marca. A su análisis, él parecía la pareja perfecta. Su jerarquía era elevada, recordaba que su padre fue amigo del de él, pues se iban con frecuencia a cazar por las mañanas. Su estatura era la idónea. Sus ojos acaramelados la hipnotizaban. Tal vez la sonrisa que esbozaba lo hacía ver como un cretino, mas la princesa estaba segura de poder moldear su actitud a punta de codazos y reproches, como lo había estado haciendo con sus profesores o con la servidumbre.

-Sí -finalmente articuló la chiquilla en tono ambicioso-, creo que tu me servirás como esposo.

Los ojos del niño, chispearon de alegría; desconocía a sus once años lo que era el compromiso marital, aun así le sobrecogía poder sacar a sus padres del infortunio que sobre ellos se cernía.

-Ah, muchas...





-¡No! ¡No te atrevas a hablar! Los novios no deben dirigirse la palabra hasta que sea la hora de decir nuestros votos.

La infame infante le dio la espalda a su futuro esposo y con un chasquido de dedos llegó una docena de sirvientas que prácticamente sacaron cargando al niño del pabellón real.

Una vez se había ido, la princesita suspiró aliviada.

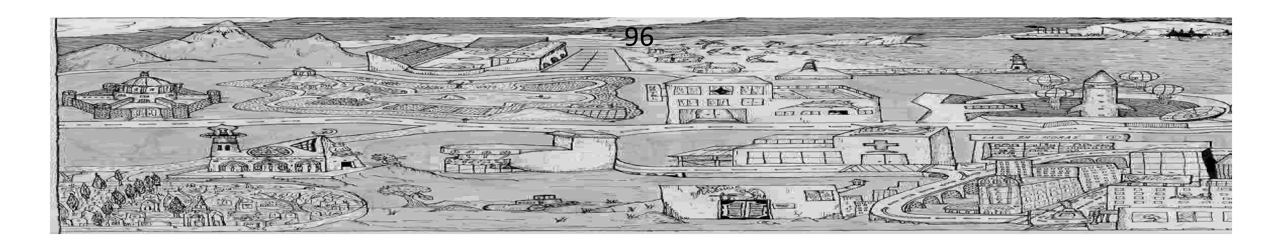
De imprevisto tocaron las puertas. Ya pasaba de media noche. ¿Quién podría ser, entonces?

El toquido se hizo más y más intenso, retumbando en las paredes de su palacio barroco. Nadie se acercaba a abrir las pesadas puertas de madera que separaba a la princesita de las calles del pueblo. Y la chiquilla comenzaba a escuchar los golpes retumbar al unísono con su corazón.

Finalmente resolvió dar unos pasos en dirección de la salida. Gritó una vez preguntando quienes eran. Un golpe seco como respuesta. Gritó otra vez preguntado su proceder. Otro golpe seco aun más sonoro como respuesta. Estaba a punto de gritar amenazante que se detuvieran cuando los cerrojos de las puertas cedieron. Tras ellas se encontraba el pueblo enfurecido, enturbiado como un río durante la tormenta. Habían derrumbado la puerta con un grueso tronco, querían su soberanía. Y precisamente ahí estaban, iluminados por las antorchas de los pueblerinos, solemnes montando caballos, mientras los campesinos a penas tenían zapatos, aquellos que se decían libertadores y decían luchar por el bien del pueblo.

La princesita no se movió, se quedó de pie lanzando una amenazante mirada a uno de ellos, mirada que aquel hombre maduro resistió y regresó. Bajo de su caballo para dirigirse hacía la niña de bucles dorados con vestido bordado en hilo de oro. Mientras, los campesinos mas hambrientos de venganza que de comida, quemaban, saqueaban el palacio; destruyendo todo el legado que la princesita había tenido. El hombre la miró durante varios minutos, que parecieron toda una eternidad. La tomó bruscamente por los bucles, para levantarla cual trofeo de caza. Ella no gritó





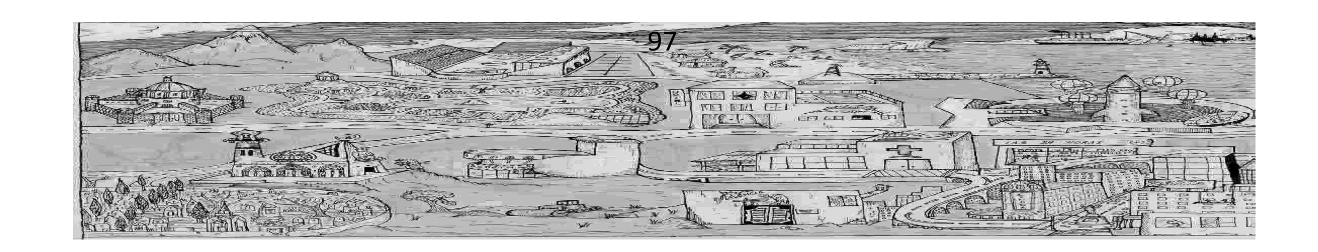
al estar suspendida en el aire, solo brotaron sus lágrimas cuando escuchó decir a su captor:

-¡Obsérvenla bien, pueblo! ¡Ella no es hija de Dios! ¡Una niña no tiene por que gobernarles! ¡Es tan humana como nosotros y ahora se los voy a demostrar!

Desenvainó su espada al momento de tirar a la pequeña al suelo, pisándole el hombro para asegurarse de no errar el tiro. Los bucles dorados salieron volando ligeros como hebras de seda.

El joven hijo del marqués presenció de lejos el espectáculo tras el cual el pueblo entero rugió con humor bestial. Iba corriendo de la mano de las mismas sirvientas que lo sacaron del pabellón, pues sabían lo que estaba próximo a ocurrir. El llanto llegó a los ojos del pequeño, secándose las gruesas gotas una vez llegaban a las mejillas, pues el aire era muy frío esa noche. Su lloriqueo no consistía en la muerte de su prometida, sino en el hecho de que los próximos en la lista de los revolucionarios, eran ellos.



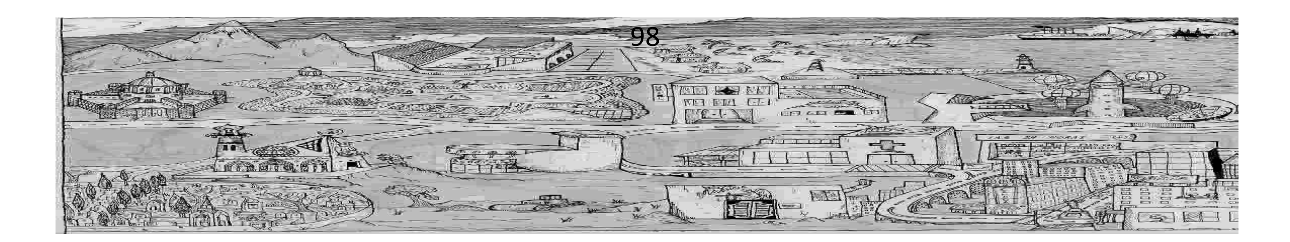


teenjijos

Sabrá Dio'

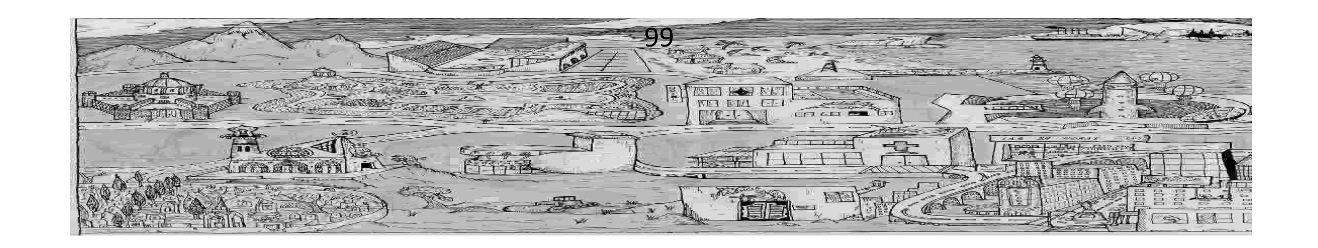
Hace ya bastante tiempo, hubo en mi escuela primaria una feria para recaudar fondos. Todos mis hermanos, mis primos, y esta escribiente, nos fuimos a pasar el día entre antojitos y juegos mecánicos. Nos subimos al gusanito, cosa que disfrute mucho. Nos montamos en las tazas, donde mi equilibrio quedo un poco afectado por tanta vuelta dada ... ahora entiendo a los beodos. En fin, nos fuimos de juego en juego hasta llegar al más novedoso de aquellos tiempos. El mentado "Moonrocket", un cohete con sillas que llegaba hasta el cielo. Recuerdo haber visto con detenimiento el "mafufo" artefacto; y aguzado el oído para escuchar las risotadas y gritos escalofriantes de quienes se atrevían a encaramarse en él. Todo el clan formó fila para subirse menos yo. A mi no me interesaba sentir los vaivenes interminables de aquel monstruo. Pero a tan tierna edad, me deje convencer de lo maravilloso que sería volar por los aires. La curiosidad me invadió y pensé: "Las aves vuelan mucho más alto y siempre se ven felices. Nunca he visto una asustada". Y convencida, decidí formar fila para disfrutar la altura y velocidad de aquellos carritos claramente desgastados. Cómo me decidí un poco tarde, no me tocó sentarme junto a mi tribu. El joven encargado de relamido pelo, diente centelleante, y anillo al dedo, me asignó un asiento de metal verde aguacate bastante oxidado, el cual ya estaba parcialmente ocupado con otra pequeñuela. Me senté y de inmediato comenzó tan inolvidable viaje. En menos de lo que canta un gallo, el cohete de estar a nivel del piso se elevó súbitamente hasta las nubes. Las vueltas que al principio me permitían ver los nidos de los pájaros y a la gente pequeñita, comenzaron a alocarse tanto, que ya me era casi imposible distinguir ¡árboles, gente, nubes, y suelo! Y entonces opté por cerrar mis ojitos muy fuerte para no marearme. Comencé a respirar profundo y a controlarme para no hacer salir involuntariamente, una garnacha con salsita verde y un "chesco" ingeridos con gran entusiasmo. Mis brazos desfallecían de la lucha prolongada contra la





gravedad, para evitar a toda costa, aplastar a la párvula sentada a mi derecha. Estaba yo prácticamente al punto del llanto, cuando comencé a sentir unos picotazos. El ruido ensordecedor del cohete, nunca me permitió oír los quejidos desesperados y altisonantes de mi compañerita de viaje. Aquellos picotazos estaban siendo ejecutados de manera desesperada por el codo de la malcriada escuincla. El ver su carita violácea y la vena yugular a su máxima expresión, hizo que mi llanto se volviera risa; y mi risa se convirtiera en un carcajeo incontenible, el cual provocó una fuerte presión en mi estómago, que a su vez apretó de manera continua a mi sana, pero plétora vejiga. Desgraciadamente en cuestión de segundos, absolutamente todo su "contenido" fué expulsado. Cuando acabó mi adrenalina de hacer de las suyas, se acabo también el juego. Al dirigir mis ojos sutilmente por debajo de mi hombro derecho, me di cuenta que la parte lateral del pants rosita de la chiquilla, se había encargado –tristemente- de absorber todo lo expulsado. Yo presurosa amarré mi sudaderita y la mocosa comenzó a gritarme un montón de barbaridades; pero para entonces, yo ya me encontraba bastante lejos como para disculparme. Recuerdo que toda mi parentela me preguntó: ¿Qué paso? A lo que yo conteste: ¡Sabrá Dio'!





C@ATARINA

LA FUGA

No voltear pa´trás, empacar poco y haber descansado mucho un día antes.

Son las recomendaciones que mi abuela nos dejó como legado.

Ella siempre decía que cada familia tenía una peculiaridad, la nuestra era el arte de la huída.

A todas las mujeres de nuestro árbol genealógico les gusta viajar, escaparse entre calles lejanas y avenidas desconocidas, cuidar bien el vientre y crear un andar que siempre las caracterice.

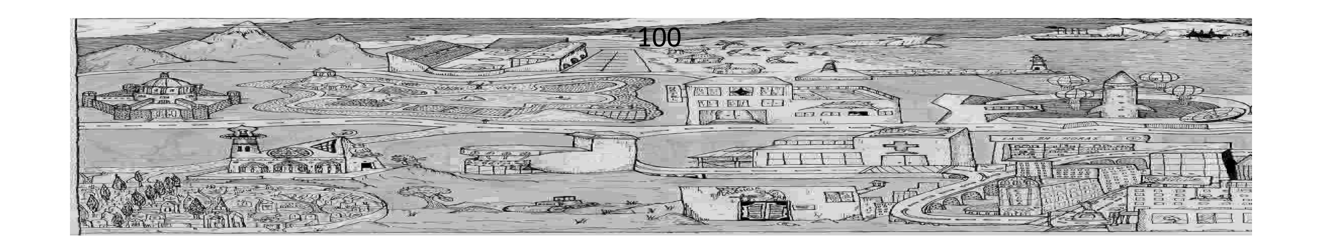
A mi nunca me gustó esa premisa familiar, mi hogar era sagrado y no dudé en echar raíces en mi ciudad natal, aunque un cosquilleo me aquejara cada vez que retuviera un suspiro.

Casi sin darme cuenta, compré una mochila de viaje, debo reconocer que me ha gustado, es de mi color favorito y llena de pequeñas bolsas. La guardé para "ocasiones especiales" en lo más alto de mi armario.

El otro día descubrí debajo de mi cama mapas de ciudades cercanas, eso ya me gustó menos, pensé que quizá era alguna secreta adicción a los mapas a la cual no estaba preparada para aceptar. Los entregué al señor de la basura para evitar tentaciones.

El colmo fue cuando desperté en un autobús hacia Tepoztlán, mi mochila verde me acompañaba y harta fruta brincaba entre mis piernas al son del camión.





Paré el autobús mas molesta que espantada, regalé la fruta y tomé la vía mas rápida hacia mi hogar.

Era ya un problema crónico y estaba dispuesta a curarme, mis raíces necesitaban reforzarse. Comencé a cuidar mi jardín. Lo proveí de coloridas flores, hierbas aromáticas y árboles frutales. Adopté una perrita callejera para no ausentarme más de dos días y asegurar siempre mi pronto regreso a casa.

Pero nada de esto funcionó, comencé a tener horribles pesadillas donde era la protagonista de viajes inesperados y lugares desconocidos.

Despertaba de malas, sin ganas de sembrar mas plantas ni de pasear con Grima. Ya no tenía hambre y el mal del alma comenzó a ensombrecer mi vida cotidiana.

Probé todo, medicinas convencionales y alternativas, tratamientos de loqueros, curanderos y una que otra bruja, busqué en las cantinas, en los parques cercanos y hasta me arriesgué a enamorarme para distraer mi pena.

Pero nada me curaba, sólo la lejana sensación de usar mi mochila me hacía sentir mejor.

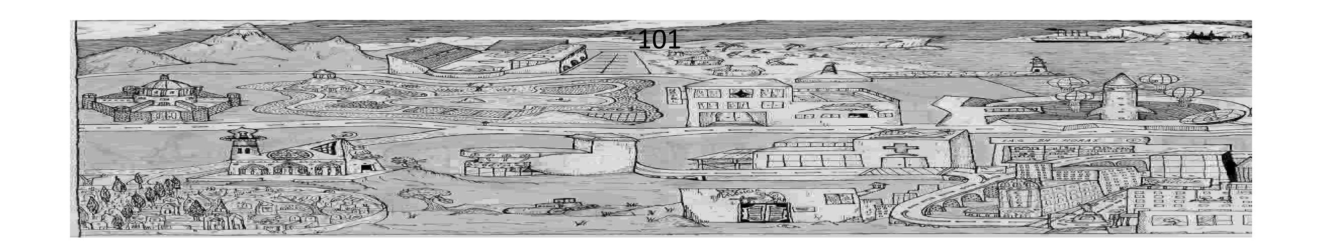
Y un día, cuando todos estaban por despertarse, me fugué.

Y aunque todos en casa ya esperaban mi partida, yo le llamé fuga, porque como dice mi abuela, el secreto es no decirle a tu mente lo que tu corazón realmente anhela, porque la cabezota sólo es eso, sesos que van a encerrarte en una celda de negaciones racionales.

Sobre su lápida están las tres palabras que ahora mueven mi vida:

Engáñate, búrlate y fúgate…





Monique De Large

Postcards from Paris: Je ne t'aime plus

Me despides. Tu beso insípido apresura todo. Tomo mis maletas y doy la vuelta. Tú corres. El estacionamiento siempre es caro en los aeropuertos.

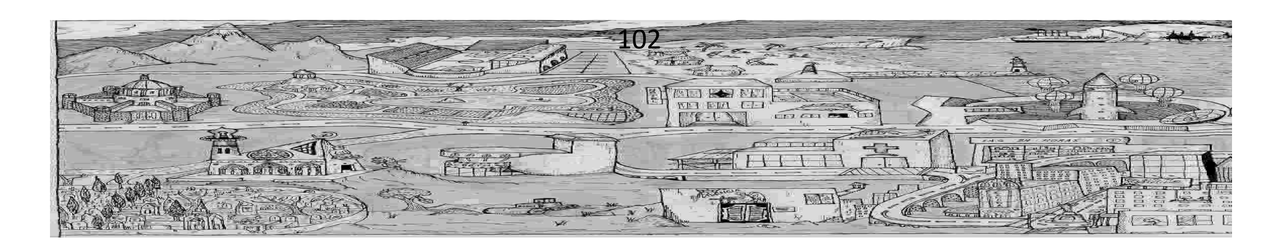
Te arrepientes y vuelves y gritas "te amo", pero estoy más cerca del Sena que de tu voz. No me detengo. Me he dado cuenta: je ne t'aime plus, mon amour.

El vuelo es sereno gracias al tinto. El sueño es cálido y profundo si se adereza con vino. Me voy de tu lado, lo sabes. Aunque regrese en unos cuantos días, no volveré.

K. me espera en la Ópera. Mi francés es malo. Tomo el bus desde el Charles De Gaulle. La encuentro buscándome, con su cabello revuelto y su mascada floreada, fijándose en todos sin darse cuenta de mi. Me lleva a su casa en Asnières y hablamos y mientras me dice todo lo que ya sé, preparo la cena porque ella es un desastre en la cocina. Dice que le gusta y le cuento que es una receta tuya, que eres un chef nato, pero que no te quiero volver a ver. Ella no responde y algo en su silencio me castiga.

Las noches de París son buen cliché. Hay vino y jazz y decadencia. Vamos al bar donde K. va cada semana y la saludan y le hablan bien de mi y todos creen que soy egipicia y en mi pésimo francés aclaro que je suis mexicaine. Pide un vino rosado que a mi no me hace gracia, pero veo que lo disfruta y tengo que rendirme y tomarlo y al final hasta me parece que es bueno y pedimos más y más y se hace tarde para tomar el noctilien y entonces caminamos y caminamos y caminamos.





Es una noche fría y yo duermo pensando en ti y en la banda de mexicanos que encontramos K. y yo en Saint Michel y que nos avergonzaron al hacernos cantar frente a todos, pero que luego tocaron covers de Pink Floyd y, oh no, how I wish, how I wish you were here…

*

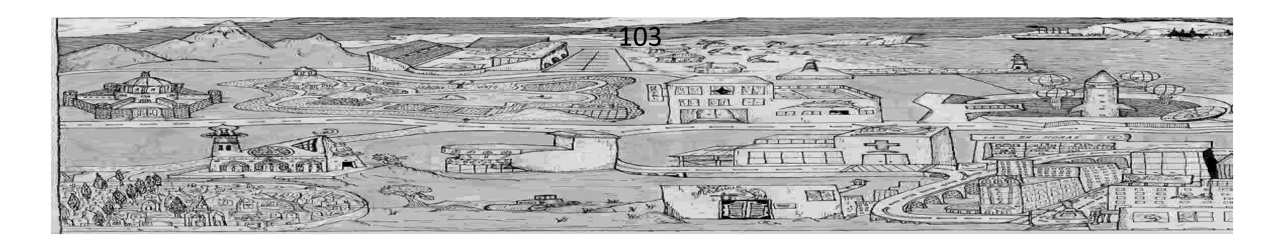
K. se levanta primero y me prepara un desayuno. Incluso el cereal le queda malo. Si no lo ofreciera con esa sonrisa, le voltearía el plato en la cara. Pero nadie, nadie en el mundo se resiste a su hechizo y ella lo sabe y por eso no se esfuerza de más.
Debe irse y hacer los cientos de trámites que siempre dice que debe hacer. No importa en qué parte del mundo esté, ella debe arreglar no sé qué papeles. Me deja sola con tanta ciudad. Sola con tanto por descubrir. Sola sin su risa y con todos mis recuerdos. Con mi breve y ridícula nostalgia de ti.

El aire me corta la cara y eso me gusta. Pienso en ti, en lo nuestro y pienso, de pronto, en JB, que prometió seguirme. Jamás compró un boleto, pero il entre dans mon coeur. Se inmiscuyó en cada uno de mis pensamientos y yo lo odié más de lo que ya lo odiaba. Y me acuerdo de lo bien que bien me sentía luego de dejarlo callado en alguna discusión y cómo se me erizaba la piel cuando él ganaba y entonces, a pesar de despreciarlo por defender barbaridades, me daban ganas de besarlo y tirarlo sobre el escritorio y morderlo y gritarle cuánto amaba que tuviera la razón. Pero no lo hacía nunca y me juré hacerlo al volver.

Lo odiaste desde la primera vez que lo viste y no era para menos. Su violencia y su arrogancia te intimidaban. No sabías que sólo tu presencia lo minimizaba tanto que esa imagen suya era más bien maquillaje para impresionarte. Conmigo peleaba, si, pero era dulce a veces y ahora, desde aquí, a tantos kilómetros de distancia, siento su abrazo y sus palabras bajas que, en tu ausencia, me hacían ver la vie en rose.

**





Estoy tan deliciosamente sola que el silencio de los muertos en el Père Lachaise me reconforta. Luego lo hace el ruido de los cafés, el pasar de los autos, el sonido lejano de un acordeón. La noche que cae luego de una caminata larga y una promesa de mil nuit's d'amour que no sé si llegarán. Y eso me hace pensar en Casablanca y en que si, siempre nos quedará París.

Y llego a Montmartre y las luces de los bares me invitan a entrar y todos esos chicos turcos se turnan para invitarme un trago. Y acepto todos porque no tengo nada mejor que hacer y vamos de un lugar a otro hasta que algo me detiene en seco y el corazón me da mil vuelcos sin que pueda detenerlo. Las lágrimas se me escapan sin control y ellos se asustan y no entienden que es de nuevo esa maldita canción que taladra mis cielos azules y los convierte en dolor. Es la música que se burla de mi, que me recuerda que a pesar de todo y por más que me aleje, este mundo es una gran pecera donde sólo nadamos tú y yo. Y es que cuando la vida se empeña en aclararte algo, todo te sigue y aquí estoy, frente a la misma banda que la noche anterior estaba del otro lado de la ciudad para enseñarme que aquí los déjà vu son imperativos y que si he caminado tanto para llegar a un punto donde ya estuve, más me vale renunciar a mi paranoia. Y esta noche —fría, mágica, decadente— veo que he huido y descubierto que escapar sólo sirve para encontrar lo que somos y no nos atrevíamos a ver.

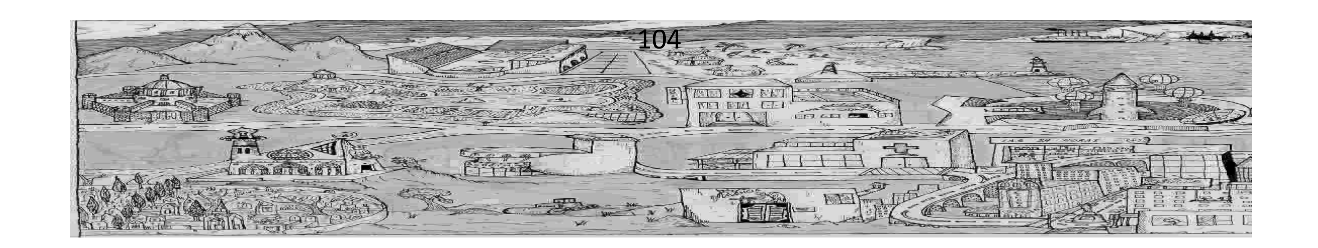
Los turcos tocan mi hombro, se alejan poco a poco y me dejan llorar tranquila, escuchando esos acordes como una revelación, una epifanía que purifica. Embriaguez. Beatitud. Las coincidencias que no existen.

Y tú estarás frente a lo mismo ahora. And what have you found?: The same old fears.

Wish you were here.

[je ne t'aime plus, manu chao. la vie en rose, edith piaf. wish you were here, pink floyd]





Luillo

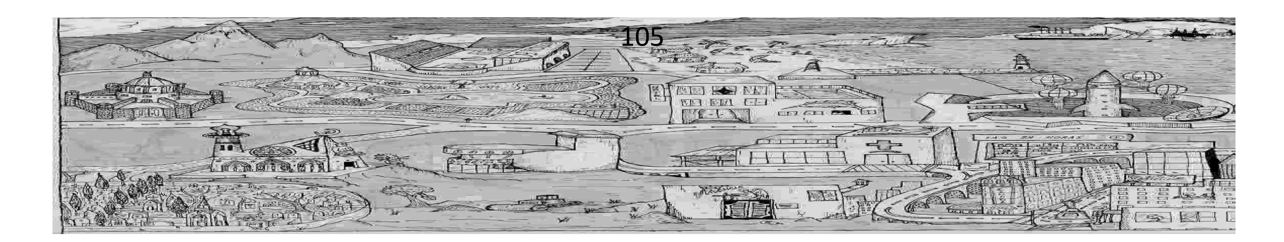
Amaneceres del Escorial

(Epígrafe) Guajira: el son te llama, a bailar, a gozar.

Amigo pide otra copa caramba,
que este candor te convida
y aunque a ustedes no les importa
voy a hacerles la historia de mi vida.

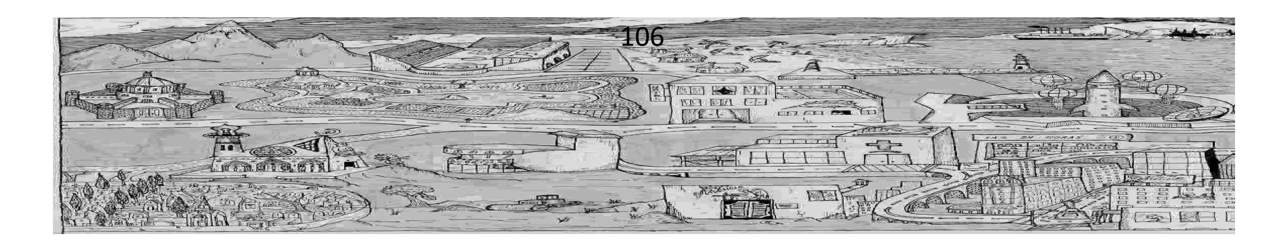
En cámara lenta: la primera gota va desprendiéndose del vaso y como vanguardia de una inminente catástrofe poco a poco se acerca al suelo, toca suelo, desintégrase en el suelo, vale pues, háblase de auto-atomización que no es sino un preludio del vaso roto, lo supuso cuando la música pasó de cadenciosa a ser arritmia que musicalizaba un mareo insostenible por más aire que Ismael trató de asir con la nariz, y que poco pudo hacer para contrarrestar el humo de tabaco inundador del congal donde, sin mucho escrúpulo, tuvo a mal escoger la orilla de la pista de baile para arrojar el menú ya procesado, eso sí, logró una pieza de arte efímero para contemplación estética inusual, sobre todo por el hedor que convencería a no pocos bailadores de huaracha y son abandonar cuanto antes el tugurio de mala muerte. Qué bárbaro, Huácala, Fuchi, Que no ching…, etcétera y de plano tuvo que llegar el encargado del antro, con el porte de quien domina situaciones adversas entre profesionales de la francachela, para precisar al gorila de seguridad: Sáqueme a ese maldito borracho. Afuera, mejilla a milímetros de escupitajo ajeno, el recién expulsado como que trata de separar los párpados y la mano sana apenas logra utilizar dos plantitas cual barandal, pero la fragilidad solamente provoca otro azotón, ahora sí, palma de mano derecha como si hubiese querido limpiar del





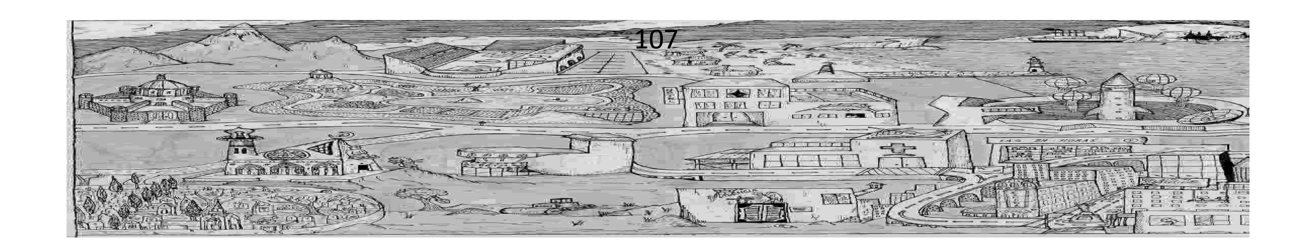
pavimento la flema que seguía unida a su labio por un hilillo. Que si la viscosidad pueda ser asquerosa en ese instante no es prioridad para el novato en los asuntos del ambiente arrabalero y el bailongo por las zonas de la ciudad donde cualquiera prefiere ser Don Nadie por aquello de los celos conyugales y los chismes al terminar las juntas para padres de familia en el colegio de monjitas al que asiste la pequeña hijita de Ismael, falda larga, coletas, cuello de hule, lecturas de la Biblia tres veces por semana, para cuando pase a segundo de primaria deberá hacer su primera comunión si no Sor Covadonga detendrá el tarjetón de inscripción al tercer grado, "les advierto, señores, aunque la niña lleve buenas calificaciones", pero como el papá ahorita anda tratando de acordarse cómo se llama y qué diablos hace ahí tirado junto a las jardineras urbanas que adornan la fachada del Tziztzipandácuri Variedad todas las noches, jueves 2x1 hasta las 11 pm, ninguno de los sacramentos le preocupa en lo absoluto, aunque quizá sí quiera que lo absuelva fray Faustino cuando vaya a confesarse en cuanto acabe la misa del domingo a donde va cada semana con esposa e hija, nunca falla, y eso sí, el sacerdote habla con él, siempre le insiste, Hermano, ya sienta cabeza, caray, la vida que llevas no te deja nada bueno, mira cómo traes ese ojo, otras semanas son muletas, van dos veces que llegas con un parche en la frente, dicen las beatonas que te ven entrar a misa que siempre andas descalabrado... El pavimento no se inmuta ni aunque Ismael se ponga de rodillas y le vuelva a untar el escupitajo embarrado hasta el antebrazo. Quiere taxi, le pregunta un taxista del sitio de taxis que está afuera del Tzitzipandácuri. Nuestro héroe se acuerda de haber desembolsado alguna vez una fuerte cantidad para hacerse de un vehículo automotor y acto seguido procede a buscar entre las bolsas del saco, del pantalón, al fin el tintineo de las llaves. Una pierna flexionada que forma ángulo de 90° entre muslo y pantorrilla, la otra en posición contraria, qué Otelo ni qué ocho cuartos, como si quisiera hacer una plegaria; el hombre menea la cabeza, agita la cabeza, sacude la cabeza, toma aire exactamente cuando pasa un madrugador camión materialista al que no le han afinado el motor y desde el mofle avienta una estela como si diera a entender al mundo, Aquí mis chicharrones truenan. Ismael tose, por supuesto que tose, cualquiera tose cuando le avientan smog de motor a diesel, pero al parecer la chamuscada colabora para que el ex-parroquiano del Tzitzipandácuri logre ponerse en pie. Quiere taxi joven, insiste el mismo taxista y por fin recibe una respuesta algo descompuesta proferida por el hombre que se





niega a ser pasajero, pues, al fin piensa, si tiene coche, para qué diablos quiere un taxi. Llega hasta su compacto japonés, abre la portezuela, todo en orden, muy cerca de ahí están los Baños El Escorial, vapor y sauna 24 hrs., pide salón privado, ordena blodimerry pero sin vodka, se tumba sobre una toalla que pone en la cama de azulejo blanco y ahí se queda dormido. Sor Covadonga, durante el homenaje a la bandera del lunes pide a las niñas que hagan oraciones por el descanso eterno del papá de una compañerita de primero A. Todo el patio, voces de niñitas, rezan algo triste. Ismael despierta, se acuerda: hay que llevar a la niña a la escuela. Se da un regaderazo en la de presión, fría como cachete de cadáver, no sabe si el escalofrío es por la resaca, o fruto de sus malditas pesadillas. Le da asco la ropa, pero ni modo de salirse en cueritos, eso sí, prietos prietos. Durante el camino a casa piensa cuántas veces se ha jurado dejar el trago, y como sigue sin ponerle fecha exacta a su futuro voto autorrepresivo mejor se apura para que su niña llegue temprano a la escuela.





Oscar A

Espantos Paganos

El momento no podía ser más terrorífico: media hora atrás, se había cortado la energía, y el teléfono. En una casa tan grande como el alejado convento de Santa Cástula, los gritos de terror y profundo dolor físico, helaban minuto a minuto la sangre de quienes congeladas de pavor, solo acertaban a buscar encerrarse en sus celdas.

Los aullidos se fueron acercando; era obvio que algo espantoso había cortado la energía e ingresado al caserón, victimando a cuanta religiosa encontrase.

Sor María de la Paz, recordó la voz de su hermana superiora -la hermana Ursulina- "Nada es tan poderoso como la santa cruz....", valerosa, a tientas, buscó en la pared el crucifijo que colgaba de un gancho. Lo agarró con fortaleza y se sintió con renovada energía y valor.

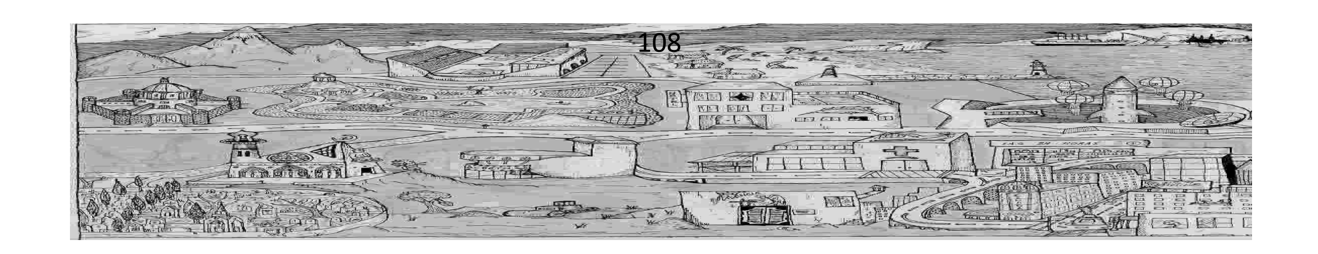
Precisamente en ese instante, tras un seco golpe, se abrió la puerta, un olor inmundo invadió la estancia y sintió la presencia del mal enfrente suyo.

Respiró y con ciego valor, alzó el crucifijo gritando: "¡en nombre de la santa cruz, te ordeno detenerte y huir de su poder!"

Nadie, jamás, había advertido a Sor María: el Vaticano nunca tuvo influencia alguna, sobre los tres demonios del Cerro Negro: ellos reinaban acá cientos de años antes de las carabelas de Colón. Y aunque solo se encarnan una vez cada trescientos años, no olvidan su sed de sangre y ansia de sufrimiento humano.

....





Caba

Porque eres niño de tu infancia

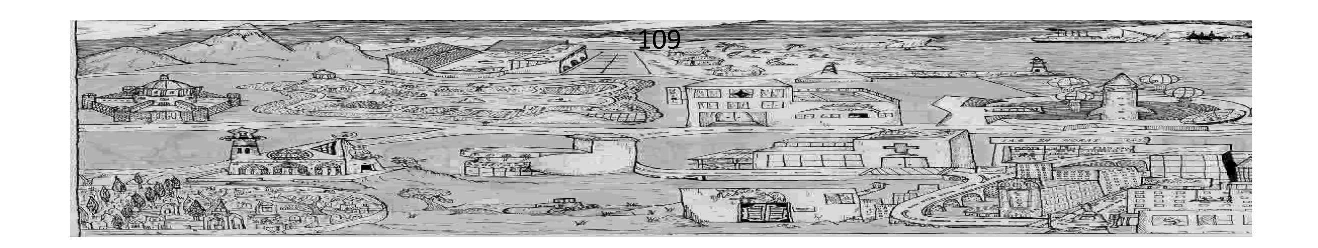
Porque eres niño de tu infancia
Todo lo admiras con asombro,
Hiperactivo en constancia
Siempre levantando el polvo.

Disfruta tu alegría
Llena de vida e inocente
Que con el paso de los días
Todo se hará más coherente.

Más no pierdas tu sencillez
Con el paso de los años,
Cuando llegue la madures
Te será más necesario.

Porque todo niño tiene la magia
De vivir con alegría
Que en este mundo es lo que falta
Últimamente hoy en día.





Roberto Guijarro

La poesía"

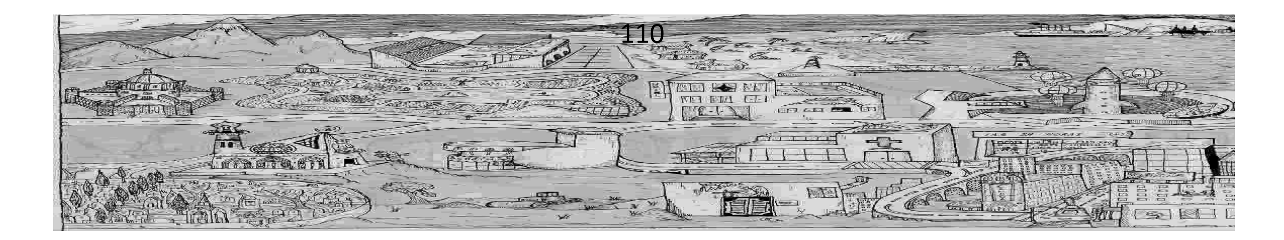
Vicente Huidobro, Altazor. Temblor de cielo, edición de René de Costa, Madrid, Cátedra, 2005, págs. 177-179. El libro entre las manos. “La poesía”. Página ciento setenta y siete. Hacia algo más de la mitad del texto, surge la idea. Página ciento setenta y ocho. Al llegar a esta frase: “El poeta representa el drama angustioso que se realiza entre el mundo y el cerebro humano”. En ese momento o línea o frase (curioso que una frase, o más aún, una línea de texto escrito, sea un momento), sin saber cómo ni por qué surge la idea. Tijeras. Mucho trabajo, pero hay que hacerlo. Cortar. Las páginas ciento setenta y siete, siento setenta y ocho, ciento setenta y nueve, y de ésta última inseparable, aunque en blanco, la página ciento ochenta, dejan de pertenecer al libro. El libro (op. cit.) y este texto ya no son el mismo texto. Ahora son dos textos distintos, uno breve y sin encuadernar y otro más dilatado y con una evidente errata en la paginación numérica: salta de la página ciento setenta y seis a la ciento ochenta y uno. El texto breve es el elegido.

Recortar todo. Una a una. Cada letra separada de las demás. Es un trabajo fatigoso porque las letras son muy pequeñas, pero hay que hacerlo, y no debe romperse ni perderse ninguna.

No está claro cómo será el resultado final, pero hay que hacerlo. Quizás acabe saliendo una tontería, una gilipollez, una mierda, nada, letras, algo.

Todas las letras colocadas una a una sobre la mesa, formando una especie de matriz. Es increíble la superficie que ocupan. Quizás si se hiciera eso con todos los textos del mundo todo el planeta estaría recubierto de diminutas letras que veríamos a diario y pisaríamos sin pararnos a leer lo que dicen, porque no dirían





nada, sólo letras, como todas, como éstas.

Ya no hay texto. El texto breve ha desaparecido. El largo, el de la errata evidente en la paginación, ha vuelto a su lugar en la estantería. Sólo hay una matriz de letras sin demasiado sentido encima de la mesa.

Ordenarlas. Demasiado trabajo, pero hay que hacerlo. Hay que hacerlo poco a poco. Construir una palabra y descartar las letras empleadas. Continuar el proceso hasta que no quede ninguna letra sin pertenecer a una palabra. Observar el resultado. Ahora encima de la mesa hay un número n de palabras sin demasiado sentido. Es un conjunto de palabras.

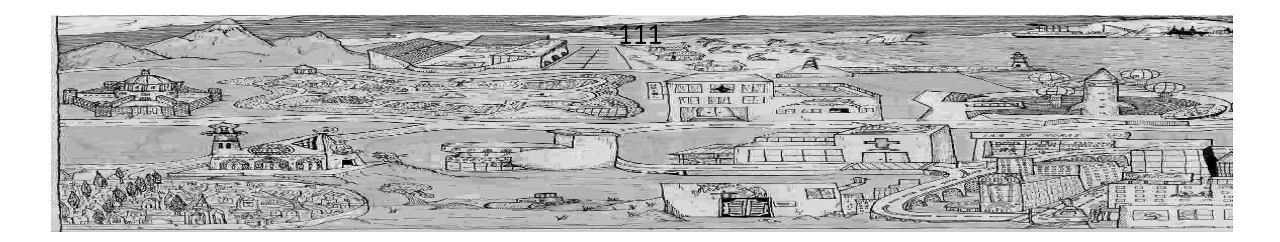
El siguiente paso supone la destrucción y repetición del anterior. Es decir, se vuelve a la matriz de letras y se ordenan en un conjunto de palabras distinto al primero, de nuevo sin que sobre letra alguna. Se repite este proceso hasta agotar las posibilidades de creación de léxico de la matriz de letras. Se obtiene un número x de conjuntos de palabras.

Los conjuntos se ordenan en una lista de mayor a menor variedad léxica, de modo que el primer conjunto de la lista es el que menos palabras repetidas contiene. Supuestamente, éste es el conjunto de palabras más eficiente y de mayor calidad, pero no sirve. La falta de conectores, preposiciones y determinantes imposibilita la creación de un texto. Entonces se busca el texto más eficiente, que debe de estar hacia la mitad de la lista, o al menos, no demasiado cerca de ninguno de los dos extremos. Es un trabajo duro, pero hay que hacerlo.

Se empieza por el conjunto que está exactamente en el medio de la lista de conjuntos. El procedimiento a llevar a cabo es el siguiente. Las palabras del conjunto se van encajando unas con otras como las piezas de un puzzle, siguiendo las reglas gramaticales (o agramaticales cuando corresponda al caso, por licencia poética), formando sintagmas y oraciones, de tal modo que no sobre palabra alguna. El texto resultante es idéntico al inicial.

Hay que probar con otros conjuntos. Por ejemplo, el inmediatamente superior en la



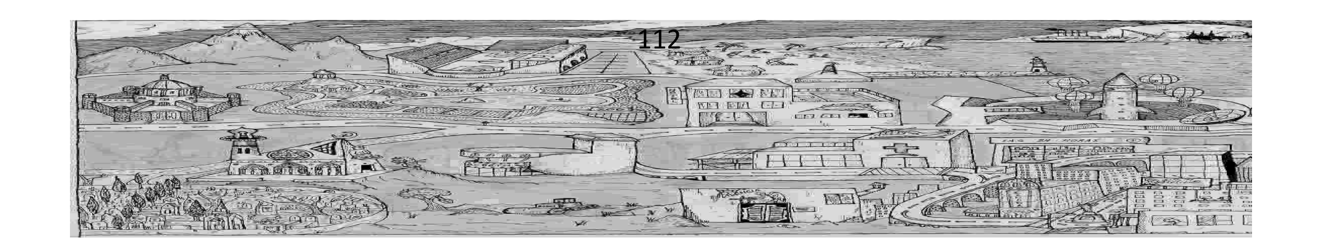


lista al escogido en el párrafo anterior. Se repite el proceso de composición. El resultado es el mismo.

Se repite el proceso de composición con todos los conjuntos (demasiado trabajo inútil, pero hay que hacerlo) y se llega a la conclusión de que todos los conjuntos viables (llamamos así a los conjuntos que permiten la elaboración de un texto sin que sobre ninguna palabra) dan como resultado el texto inicial, que va de la página ciento setenta y siete a la ciento setenta y nueve del libro (op. cit.).

Ahora lo único que queda es pegar las letras en tres cuartillas de modo que quede como el texto original, para incluirlo en el texto dilatado (Ibíd.) y sanar así la errata evidente de la paginación. Para ello podemos rehacer el proceso escogiendo cualquiera de los conjuntos viables para componer el texto, o simplemente fijarnos de las páginas ciento setenta y siete, ciento setenta y ocho y ciento setenta y nueve de otro ejemplar del mismo libro (Ibíd.) para hacerlo igual. Qué más da.





Eduarda Peregrino

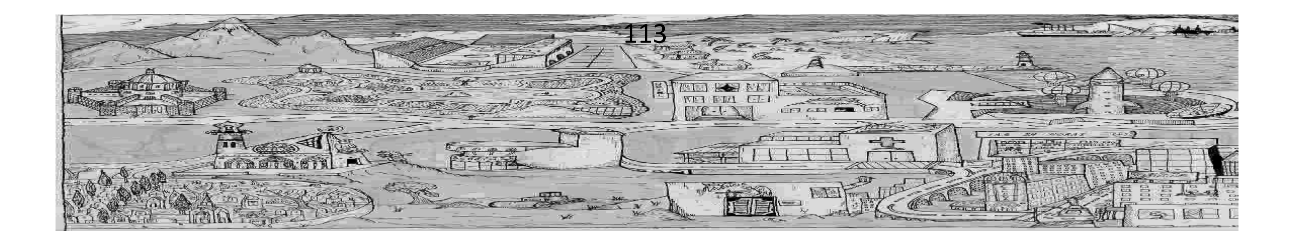
La inundación se llevó hasta el agua

Acostumbrados a vivir detrás del Juchimán y en cualquier aguacero importante navegar junto a nuestros trastos, muebles, enseres, y luchar a brazo partido contra ratas y cucarachas que por cualquier resquicio pretenden penetrar, cuando llegó Tláloc, sólo veía, desde mi cuarto, cómo el cielo reflejaba un tono amarillento con matices anaranjados y azules. Los relámpagos se sucedían unos a otros, mientras, imaginaba que a los indígenas provenientes de quién sabe dónde o a los que encontraban cobijo debajo de las fuentes y los parques o en las centrales de taxis foráneos, no les iba a ir nada bien. Los había visto lavar sus ropajes en fuentes, bañarse en las tomas de agua de los sitios de taxis, mientras, los banderines de colores que colgaban desde el altar de la Guadalupana, se reflejaban como un paisaje abstracto en las hendiduras del cemento manchado de aceite o los baches donde danzaban los tlaloques y el viento, sesgado, levantaba peligrosamente las láminas y revolvía en la cuerdas los colores ya clásicos, amarillo, verde, azul y blanco.

Casi en segundos, se fue la luz, se cortó el suministro de agua potable y esto continuó por varios días. Vi a los de Telmex desazolvando para reinstalar las líneas en la calle Juárez, a la Marina trasladando en lanchas enseres y personas y a la Policía Federal de Caminos, cuidando los operativos para evitar el robo, el despojo y garantizar la seguridad de las personas. Sedena, mientras tanto, repartía víveres y ropas en los albergues o en la Quinta, las filas, por lo regular era interminables y la Secretaría de Salud, denodadamente con médicos provenientes de diversas partes de la república y extranjero, realizaba operativos antidengue. El hospital general del IMSS flotaba como un elefante blanco, allá por Valle Marino.

No tenía ni cómo bañarme… el agua recolectada de la lluvia era el líquido más





valioso a nuestro alcance y los tenderos de cualquier esquina o calle, así como los supermercados de la Zona Luz, agotaron en poco tiempo sus mercancías y los que no, simplemente cerraron porque el agua, más negra que un pantano con petróleo color gris Oxford, primero bañó el Centro Cultural Villahermosa y paulatina pero pertinazmente cubrió cuatro mil negocios más. Era el Halloween más triste en el primer centenario de Frida Kahlo.

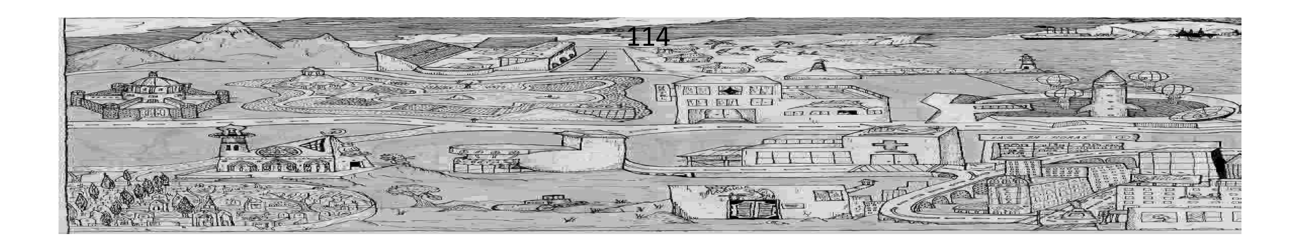
Proveniente de Gaviotas, bañados en aguas negras, la gente comentaba que niños y personas habían perecido repentinamente. En otros lugares los bovinos y equinos perecían al inflarse su cuarto trasero… yo veía a mi lanchero egipcio de ébano vestido de oro con una lanza en la derecha y una especie de sonajero en el otro brazo y me acordaba de la víbora de cascabel y los pecaríes de collar que morían en la carretera Nacajuca-Tres Pueblos (Mazateupa-Taportzingo-Guaytalpa), la primera cercenada por el machete hábil del cuidador de cebúes y los otros muertos entre las patas de las 4x4 de Pemex.

Los cafés cerraron, pocos amigos estaban en la Zona Luz y una de ellas, dueña de un café-galería latinoamericana me dio permiso para bañarme en su particular refugio, mientras embalaba cuadros, libros y artesanías. En mi casa era igual, queríamos a toda costa conseguir un cuarto con luz y agua para estar al tanto de este acontecimiento que alegra el verdor y a las aves rapaces, pero pone en jaque todo esfuerzo, por muy denodado que fuese, el valor y la vida de los habitantes del ulama y lo que con tanto trabajo poseíamos.

De la Quinta a las escuelas, del trabajo a las casas de nuestras amistades, de los refugios a los operativos de salud, el hongo permea y aflora junto a árboles y postes de luz mercurial o lámparas antiguas que yacen en el suelo. Las estatuas de los símbolos patrios nos miran impertérritos y todos los habitantes de esta tierra, no sólo los militares, se convierten en héroes anónimos que se compadecen y comparten su pan con desconocidos a los que este acontecimiento une.

Las anécdotas van y vienen, hay pueblos enterrados debajo del agua, otra vez se relatan historias de cerros que realmente son bastiones de pueblos precolombinos y nuevamente los dueños de casas antiguas despotrican contra el INAH por no permitirles rehabilitar una ciudad que, si no es de basalto, simplemente se

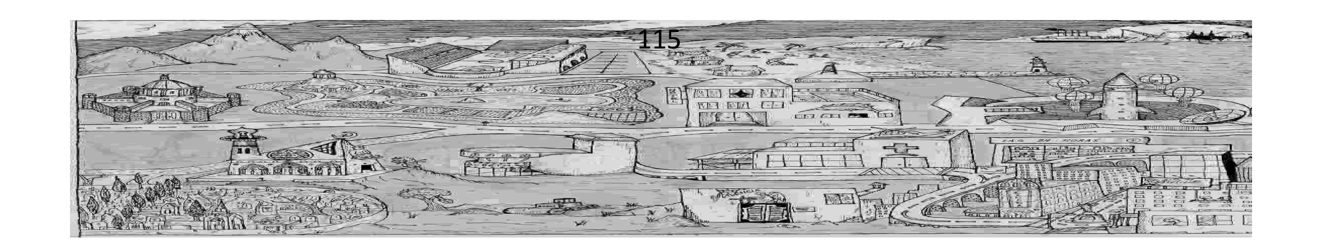




derrumba a menos que esté realizada con el ingenio de sus primeros habitantes. Esta ciudad donde la humedad se enseñorea y nos da un gran valor (33% de agua), esta ciudad, esmeralda del sureste, estos ríos que fluyen con la libertad y los cayucos, esta metrópoli trueque, donde, aunque tengas dinero, si no te quieres formar en una serpiente enorme de damnificados no encuentras tan fácilmente cigarros, comida o café. La apolitización se nota. Nuestros conocidos o amigos están ajenos a despotricar como siempre lo hacen. Te preguntan cómo te fue en el baile del aironazo en los techos, te piden que te cuides, te dan remedios que surgen en tiempos de desastres (y me acuerdo del tepezcohuite y los quemados de San Juanico), del temblor del 85 en la Roma y las enfermedades gastrointestinales detenidas por el propio pueblo, que vivía en condiciones menos favorecidas y que te daban agua, huevos cocidos y las cápsulas de hoja de Xalapa que maceraba la médico tradicional Conchita para evitar infecciones gastrointestinales a los sobrevivientes de San Antonio Abad, Tepito y la Candelaria, me acuerdo una vez más de Rockdrigo González y su hijita Lalena.

En este mes de muertos, chiquitos y grandes nos olvidamos del uliche, el pozol y los dulces de cacao con miel envueltos en joloche, le rezamos a todos los santos y les pedimos por los que se fueron y porque aún no nos vayamos, intempestivamente, los que sobrevivimos. Ya después veremos cómo nos las arreglaremos para volver a ponernos de pie y qué se salvó de nuestro patrimonio, Tabasco, nuestro eterno crúor, que revive en el alma milenario de los poetas.





Huiztli Kali

Esperanza

Corría la segunda mitad del siglo XXI, el mundo entero se encontraba desolado, no por falta de vida, sino por el exceso de ella en cuanto a raza humana se refiere.

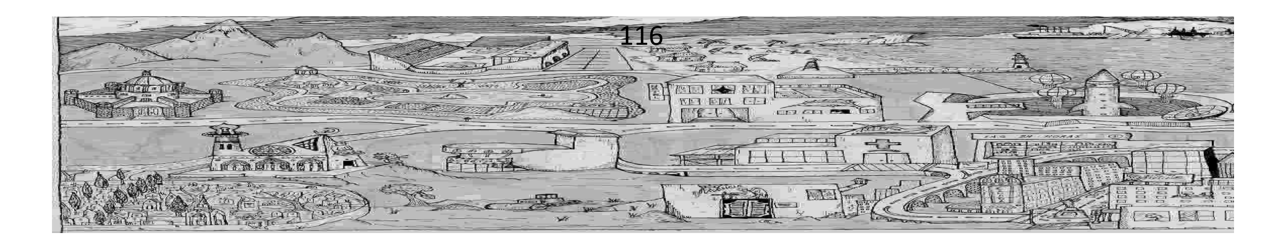
Es increíble, durante siglos el hombre ha demostrado ser una criatura capaz de crear las más bellas obras, pero al mismo tiempo es capaz de hacer las cosas más horribles. La codicia es lo que lo mueve, este sentimiento ha sido capaz de generar las más crueles guerras, matando a sus semejantes a diestra y siniestra. Nada importa, solo el beneficio personal.

Como siempre, solo unos cuantos hombres poseen el poder y la riqueza. Riqueza generada por la explotación desmedida de las grandes masas. A este hecho se le denomina la explotación del hombre por el hombre. Pero aunado a esto, los explotados sufren de una espantosa enfermedad, la enajenación. Este mal, surge cuando al individuo nada le importa más que trabajar por unas cuantas monedas y billetes que le permitan apenas subsistir.

Muy pocos tuvieron un poco de luz en el camino, trataron de curarse de la enajenación, pero cada vez que fueron detectados, de inmediato fueron eliminados cual si fuesen un cáncer para la sociedad. Hace muchos, muchos años, que nadie se ha levantado contra el sistema, ya no hay nadie que guíe a los demás, la desesperanza se apoderó desde hace tiempo de los corazones. ¿Será que el futuro del hombre no cambiará?

Sin embargo, en un lugar remoto una joven tenía todavía la esperanza de que las cosas cambiaran. Durante años buscó quién pudiese ser digno de ser seguido. Pero





no encontró a nadie. Pasado un tiempo comprendió que si a alguien debían seguir sería a ella. El nombre de la joven Esperanza, nada mas ad oc para la misión que se había auto impuesto.

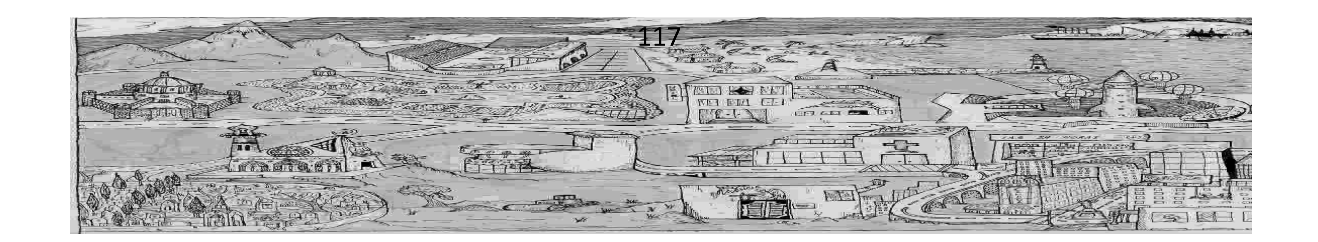
Los siguientes años, aprovechó al máximo y con cautela los escasos recursos que tenía disponibles en materia de manejo de comunicaciones e información. Desde finales del siglo XX, el internet había evolucionado, y se tenía la posibilidad de contactar a gente en cualquier parte del planeta con bastante facilidad. Gracias a esto, Esperanza formó un grupo internacional de unos cuantos miles que también buscaban con desesperación la libertad y la cura de la enajenación para ellos y sus semejantes.

En diversas partes del mundo, se establecieron bases secretas de operación para el movimiento que muy pronto daría lugar. Muchas de ellas eran subterráneas, sin embargo la principal y más secreta de todas se hallaba en alguna parte de Yucatán, cerca del complejo de ruinas denominado Zac Balam.

Ahí, se cavaron profundos túneles, Esperanza y su equipo trabajaban durante las noches para construir la gran bóveda que serviría de centro de operaciones y coordinación del movimiento libertador. Una noche, todos salieron excepto Esperanza, habían dado con una caverna natural al ir excavando. Era un sueño hecho realidad. Esperanza revisó cuidadosamente el área y en uno de los muros alcanzó a distinguir apenas una silueta extraña. Parecía como si un animal se encontrara petrificado en el lugar. Con cuidado, y cargada de una nueva energía, no pudo Esperanza controlar su curiosidad, y comenzó a romper la roca alrededor de la figura ayudada por su pico.

Se quedó maravillada por lo que veían sus ojos, parecía ser, un enorme tipo extraño de reptil, tomó su cantimplora y vació un poco de agua sobre la piel seca de la criatura. Su asombro creció aún más, parecía que la piel absorbiera el líquido y se regenerara por completo. No quedó más que intentar remover lo que más se pudiese de la roca que rodeaba el cuerpo. Una vez terminada la faena vació varios galones de agua que tenía de reserva para los trabajos de excavación. Pasado algún tiempo, la criatura se rehidrató por completo.





Unos minutos después, la criatura salió completamente del letargo en el que se había encontrado por muchos años, volteó a ver a Esperanza, la cual no podía siquiera moverse de la impresión. Se encontraba extasiada ante lo que sus ojos miraban, esa criatura no podía ser otra cosa que un dragón de tamaño bastante considerable. Pero y el temor?, acaso esperanza llegó a sentir miedo ante este maravillosos animal?, por supuesto, pero la curiosidad era mayor que el miedo, y esto es lo que hace que unos tengan el valor de llegar más allá que otros.

El dragón fijó sus ojos en Esperanza, no hizo intento alguno por atacarla. Si embargo con mucho cuidado, y lentamente se acercó para olfatearla. Esperanza por su parte extendió su mano con cautela y la acercó al hocico del animal, éste continuó oliendo y lentamente se separó.

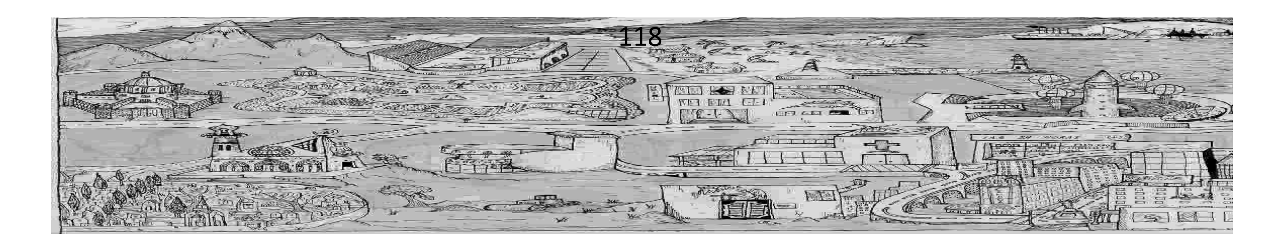
Esperanza habló bajo, preguntó – Quién eres?, qué haces aquí?, Como es posible que estés vivo? – El dragón giró lentamente y la miró a los ojos.

Como si fuese un milagro, en la mente de Esperanza comenzaron a aparecer imágenes, y captó sonidos, aparentemente el dragón parecía poder comunicarse con ella mediante la telepatía.

Su nombre Ichkt, edad ya olvidada, motivo de su ocultamiento, huir del hombre que amenazaba con destruirlo. Todo indicaba que era un dragón joven que había perdido a su familia y por ende era el último de su especie. Capacidades, telepatía, invisibilidad, escupir fuego, y transformarse en humano durante largos períodos de tiempo, capacidad que le permitió escapar innumerable número de veces de sus acosadores. Algo sumamente extraño, nadie antes supo que los dragones tuviesen esa capacidad. Y para demostrarlo, en un parpadeo se transformó en una figura humana. Bajo esta apariencia, Ichkt ya puede hablar normalmente. Aunque está a punto de amanecer Esperanza no siente sueño, sin embargo Ichkt, le recomienda ir a descansar.

A la noche siguiente, los compañeros de esperanza se asombran de tener un nuevo compañero y sin notificación anterior. Esperanza ordena que no se cuestionen las





decisiones que toma y ponen manos a la obra para comenzar a montar el equipo de comunicaciones en el lugar. Al partir todos, Esperanza e Ichkt deciden platicar un poco más. Ella pone al corriente de la situación a Ichkt, éste se muestra interesado en la chica, jamás esperó que un humano pudiese demostrar tal fuerza en el corazón. La determinación que muestra Esperanza, la fé en un mundo mejor y la pureza de pensamiento y corazón, hacen que Ichkt acepte unirse a la lucha. Por su parte esperanza ha decidido dar un nombre a la operación "Ichktgón".

Antes de que los aparatos comiencen a ser instalados, Ichkt pide a esperanza que se coloque a su espalda, Ichkt nuevamente se convierte en dragón y lanza una enorme flama con su hocico, la temperatura ha sido tan alta que ha creado un hueco en una de las paredes. Avanza mientras sigue perforando silenciosamente en el lugar, Esperanza siente que apenas puede respirar, sin embargo con un esfuerzo sobrehumano logra hacerlo. En pocas horas, Ichkt ha logrado crear un pasadizo el cual desemboca en un cenote apartado y desconocido de la región, bastante profundo y el orificio de salida queda apenas unos pocos metros arriba de la orilla del agua.

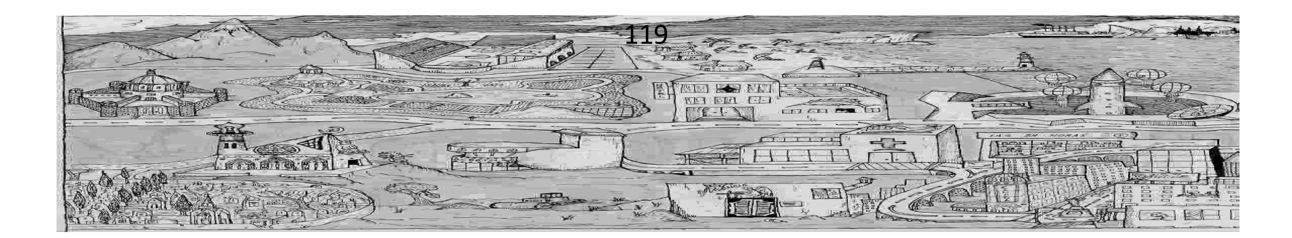
Finalmente Esperanza puede respirar con normalidad nuevamente. Al regresar por el túnel y llegar a la cámara los gases se han esparcido y apenas queda un pequeño olor a azufre que con mucho trabajo se distinguirá a la noche siguiente. Una vez ambos instalados en la cámara Ichkt con un controlado soplido derrite una pequeña cantidad de roca para tapar el agujero, la cortina de piedra es tan delgada que con un golpe de mediana magnitud podrá romperse. Servirá perfectamente como una salida de emergencia en caso de algún imprevisto.

Sin más transcurren las noches siguientes, en el lapso de 3 meses el centro de comunicaciones está listo para iniciar operaciones.

En el resto del mundo, las cosas parecen seguir su curso normal. Los ricos se siguen haciendo ricos, mientras los pobres apenas pueden subsistir gracias a la explotación de los otros sobre ellos.

De pronto, parece ser que una pequeña falla en sistemas de seguridad de varias





corporaciones internacionales se van sucediendo. Nadie informa nada, tal vez se trate de una falla "relativamente normal". Semanas después de pequeñas fallas continuas, va llegando un video a varias de esas corporaciones. En él aparece una mujer que dice llamarse Esperanza, y que dentro de poco les hará pagar sus pecados.

Esto ya no parece nada normal, de inmediato sale en las noticias la existencia de un comunicado en video a múltiples corporaciones, tras mucha tensión en el ámbito internacional, el video es transmitido.

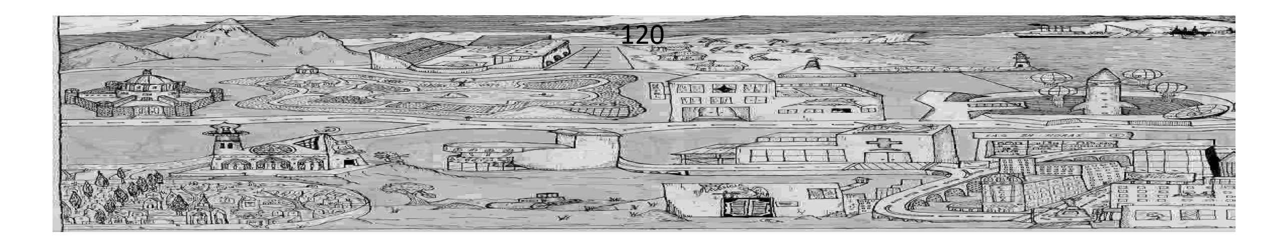
Esperanza por su parte, también espera la transmisión, le gustaría saber que sucede, y cuál es su sorpresa al ver la silueta conocida de su prima haciéndose pasar por ella. Maldición –piensa- esta estúpida va a echar a perder la operación. Rápidamente, Esperanza se traslada hacia la capital del país, va indiscutiblemente en busca de Kafka, su prima. No pasa mucho tiempo cuando ésta se encuentra en calidad de prisionera en el complejo subterráneo. Al menos la muy maldita no sabía de este último lugar.

Gracias a la estupidez de Kafka, el movimiento Ichktgón iniciará antes de lo esperado.

Esperanza, en el transcurso de una semana convoca a junta internacional por la red, más vale ponerse todos de acuerdo y sincronizar relojes. Todo está preparado para la mañana del domingo. Como si fuese una carambola, comenzaron a caerse los sistemas de las compañías más importantes del mundo. Por otra parte, los bancos tenían un relajo con las cuentas, el dinero brincaba de cuenta en cuenta. Los sistemas se habían vuelto locos.

Todos pensaban que la tal Esperanza tenía que ver en ello. Tenían razón, mas sin embargo, en las televisoras comenzaron a adjudicarse el caos muchos grupos terroristas y grupos de oposición. Ya nadie sabía quién era en sí el responsable. Sin embargo, la codicia se hizo presente, nadie quería perder sus recursos. Por lo que los ejércitos de todas las naciones se prepararon para atacarse entre sí. Así comenzó una nueva guerra mundial. En México, se cuenta que la noche que





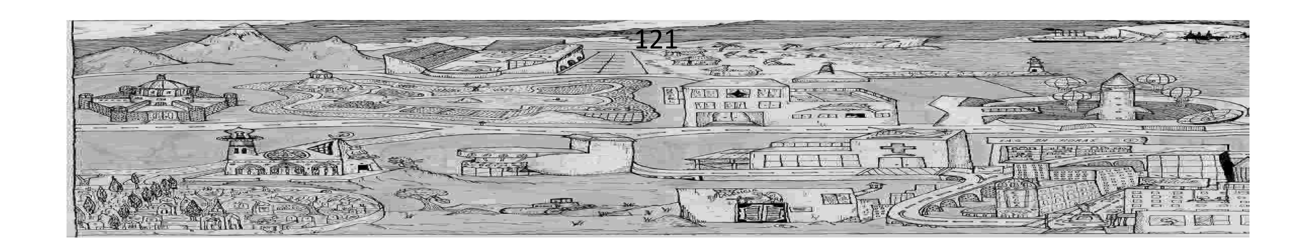
comenzó el conflicto armado en el mundo, un dragón salió volando de un lugar todavía desconocido, y se vislumbraba la silueta de una mujer sobre él. Dio unas vueltas en el cielo mientras lanzaba fuego por el hocico. Luego desapareció tal y como se había dejado ver, jamás se ha vuelto a saber de él.

Sería una alucinación, sería una leyenda?, nadie mas que Esperanza e Ichkt lo sabrían, por el lapso de varios meses ellos continuaron al mando de los sabotajes en diversas compañías y gobiernos. Utilizando, el cerebro para destruir ese espantoso sistema económico, que solamente pobreza en masa había traído al mundo. Quién sabe si en realidad los sueños de Esperanza se hagan realidad. Que al fin y al cabo, a los ricos lo que mas miedo les da es perder sus valiosas posesiones. O no?

De Kafka, nadie volvió a saber nada, parece ser que le dieron la oportunidad de presentarse como Esperanza ante los Gringos. Aunque no le creyeron que ella no fuese, las cintas grabadas por ella la delataban por completo. Así que la verdadera Esperanza se encontraba a salvo. Mientras que la impostora se quedó encerrada en un hospital mental.

Muchos meses han pasado, la guerra continúa y finalmente parece ser que un nuevo orden mundial está por establecerse muy pronto.





inssomnia

Casualidad o destino

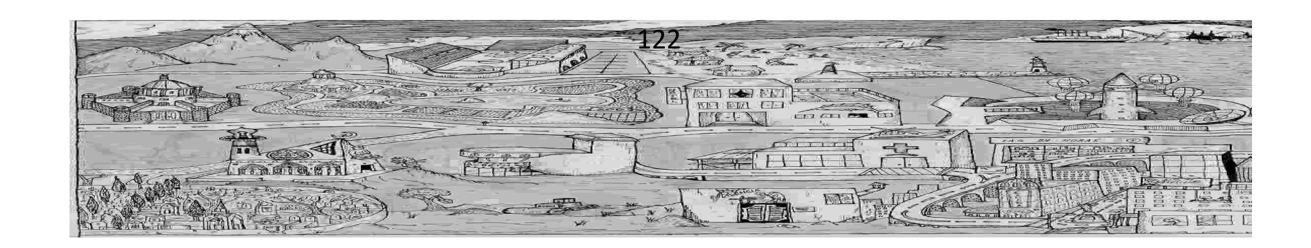
...Desde el comienzo, el destino se empeñó en separarnos. Recuerdo aquel baile en el que tomaste tus manos entre las mías, tu contacto era tibio y a la vez tímido...Había una rosa roja muy bella en las mesas que se encontraban junto a la pista; estábamos tan cerca y a la vez tan lejos de ella, estiraste tu mano y la tomaste...como se atrapa una mota de polvo que flota en el aire...La tendiste hacia mí con un ademán caballeroso, en ese momento supe lo que sentías por mí...

Sin embargo, el destino (travieso y extraño, pero siempre destino o podría ser la casualidad) jugó desde ese momento con nosotros, ya que alguien en ese momento (intencionalmente o por descuido, no lo sé) tiró la rosa al piso y los que bailaban en ese momento terminaron pisándola extendiendo sus bellos y fragantes pétalos sobre la pista...

Ahora después de tantos años de nuestra separación (tan extraña como lo que sucedió con la rosa), me encuentro en la Iglesia implorando por una señal de que Dios existe realmente, estoy llorando triste y desesperada, en ese instante volteó hacia una de las bancas...hay una rosa...tan bella, fragante y fresca como la rosa de aquella fiesta (pienso que tal vez es una señal).

Al salir de mi sorpresa, suena el timbre del celular insistentemente anunciándome una llamada, contestó y...eres tú nuevamente después de tantos y tantos años...





teenjijos

Camposanto

Tenía un espíritu siempre curioso, hambriento de melodías y alboroto. Pasamos ratos muy entretenidos. Más que compañeros de juego éramos uno solo. Nuestras almas se entendían a pesar de haber sido señalados con distintos destinos.

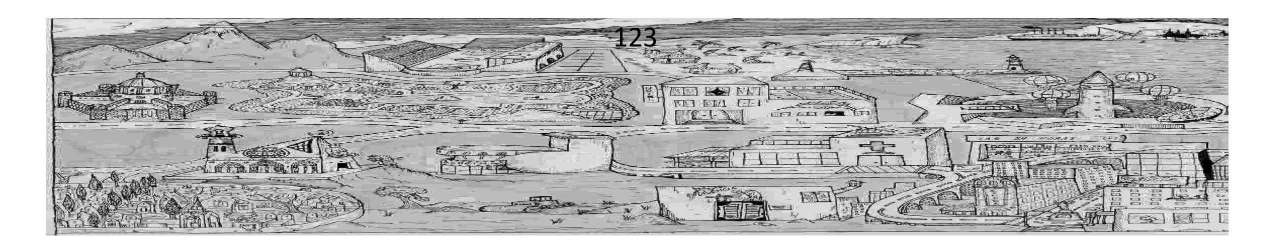
*

El corazón herido de quién nos alumbró, nunca quiso compartirnos con el traidor y su nuevo suspiro. Ese día intenté persuadirlo de que viniera al partido. No quiso, su luz interna se encontraba casi apagada (una discusión previa lo hizo sucumbir de su nata alegría). Llegó la noche y no quiso regresar a su cuna, prefirió permanecer con quien no exigía su cariño...

*

Escucha bien lo que te digo; no es verdad lo que dicen. Aunque dormido estés sé exactamente lo que sucedió. El remordimiento de quienes ahora se odian lo hacen más difícil. Más sin embargo, eso no significa que cambien mi verdad ... nuestra verdad. El amarillismo de otros que no te conocieron desvían la realidad para vender más. Sé que me oyes. Y yo sé que tu intención no fué partir. Te confieso que al llegar ahí, me detuve con miedo. Sin embargo, hice el esfuerzo de observar con detenimiento cada punto, cada línea de aquel recinto. Ví la lámpara, ví las manchas esparcidas y secas de lo que alguna vez fué tibio y fluido. Todo me indicó lo que yo ya sabía. Tu curiosidad ésta vez no te ayudó; de seguro querías entender el mecanismo de la nueva adquisición de papá.



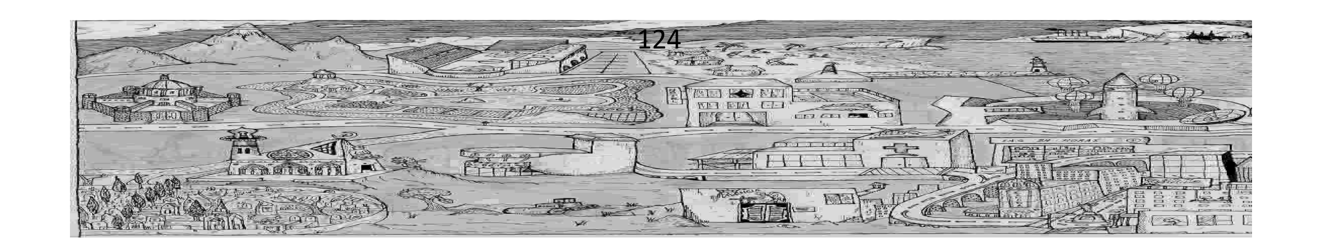


*

Así es que duerme tranquilo que yo siempre te veré despierto: en el brillo de cada estrella; en el vaivén alegre de las mariposas; y en el canto estremecedor de un cielo cerrado ¿me entiendes verdad?

... Muchacho, ¡MUCHACHO!, ¿qué no me oye?, ya sálgase que es hora de cerrar.



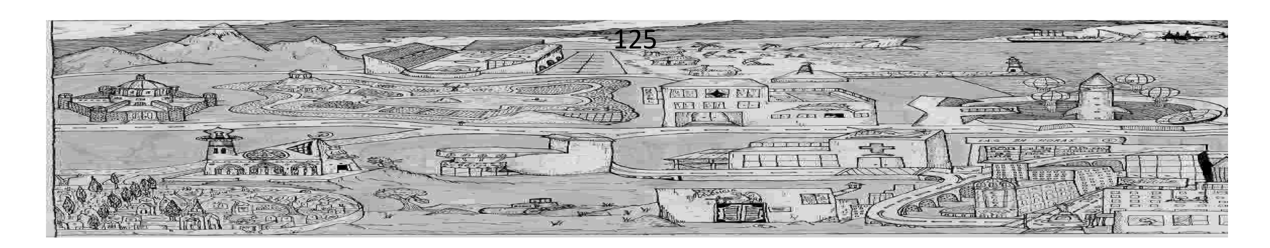


Odette

Las noches que paso contigo

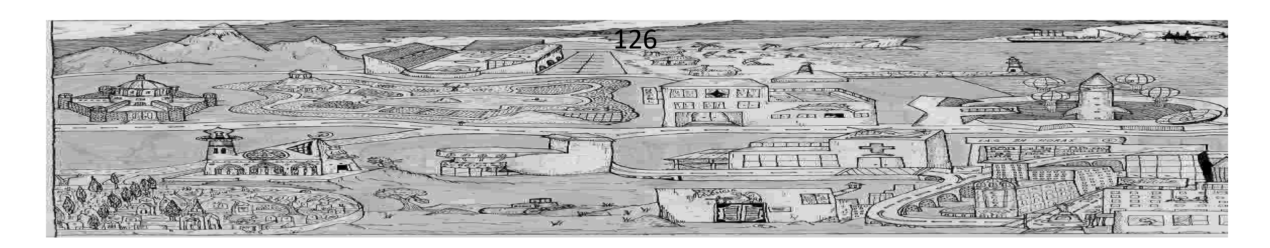
Grizli, el gato, ronroneaba frotándose suavemente contra mis pantorrillas, con su suave grrrrrr, grrrrrr, grrrrrr, me hizo alzarlo hasta mi regazo, cerrar los ojos y comenzar a acariciar su cabeza, se deslizo despacio para que recorriera su lomo por completo, estirando las patas y clavando lentamente sus uñas en mis piernas fue un pinchazo delicado, sin afán de lastimarme; así como cuando Tú muerdes mis labios, con ternura y pasión mezcladas, de forma que perciba tu deseo creciente, ese pequeño gesto que induce a un beso más apasionado, en donde los cuerpos se reclaman con avidez y las ropas estorban; me gusta empujarte despacio hasta que encuentro algo que no te deja más opción que mi propio cuerpo, así te he llevado contra la pared, contra la cama, entonces me doy cuenta que dos manos no me son suficientes para acariciarte a la vez que te despojo de la ropa y te encierro entre mis brazos... el maullido del gato celoso al percatarse de que ya no era a él a quien acariciaba me volvió al presente; no, no estabas aquí, no había ni pared, ni cama, ni cuerpo, ni besos, suspire profundo y me levante de la silla, Grizli salto poniéndose a salvo de que lo alcanzara a golpear con un paso no calculado o demasiado apresurado; en ocasiones Él me entiende mejor que Yo, emitió otro maullido a señal de despedida y se perdió corriendo por el pasillo que conduce a la sala. Afuera el aire frío, los cristales de la habitación empañados por el contraste de temperaturas, alcance a percibir un tenue ruido producido por una lluvia ligera, pero constante, me acerque hasta la ventana y no pude evitar escribir tu nombre, a través del cual pude ver los árboles empapados, escurriendo; percibí el olor de la tierra y la madera mojada, un escalofrío recorrió mi cuerpo... sueles cubrirme con la sabana cuando te das cuenta de que comienzo a helarme, en el mejor de los casos comienzas a besarme nuevamente y me reavivas con tu propio calor... el sonido de los pasos de alguien caminando en el corredor me saco de mis recuerdos, voltee para recibirle, pero poco antes de llegar a la habitación ceso, se escucho el



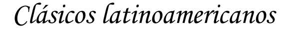


crujir de la madera soportando la vuelta repentina seguida del ruido de un andar ahora alejándose... aún tenía la indecisión de llegar o no, dentro algo me exigía verte, tocarte, pero también esas cosquillas en el estomago que le hacían revolverse me habían indispuesto un poco, recuerdas como tembló mi voz tan solo al decir tu nombre, fue más fuerte el deseo, porque eso es lo que era, lo que me mantenía pensando en ti, el deseo profundo y firme de respirarte, ¿recuerdas? Estabas en un sofá y con movimientos torpes puse mi cabeza sobre tus rodillas, seguro temblaba - no lo sé a ciencia cierta ahora - y después levantándome un poco escondí mi rostro entre tus pechos, no sabrás jamás cuan reconfortante fue tu calor, recuerdo tus manos acariciando mi cabello, escuche el latir de tu corazón apresurado, ahora no podría narrar la secuencia de los hechos, no sabría si primero te bese o si primero busque tu cuello, de pronto estábamos en la alfombra, fundiéndonos en una abrazo, besándonos apresuradamente como temiendo que el momento terminara demasiado pronto... es curioso como puedes perder la noción de lo que hay a tu alrededor cuando un recuerdo tan intenso llega a tu mente, ahora casi imperceptiblemente estaba caminando de un lado al otro del cuarto, intentando evitar la angustia de sentirme sin salida, sonreí por lo raro de la situación y me senté de nuevo, en el escritorio los papeles desordenados, reflejo de mi mente envuelta en caos desde el día en que saliste de viaje, desde entonces no he encontrado un momento de verdadera paz, en todos la añoranza de verte nuevamente le quita cualquier vestigio de tranquilidad y le llena de incertidumbre... ¿imaginas cuantas veces dibuje el primer beso?, ¿Cuantas veces escribí tu historia?, ¿Te moldee a una idea o la idea surgió de ti?, Recuerdo el primer abrazo, pero aún antes de tener tu imagen ya tenía una historia y ya tenías un lugar reservado, quizás estábamos demasiado cerca para vernos y demasiado lejos para encontrarnos, ¿Te hice venir a mí de tanto pensarte o me llamaste con el secreto deseo no pronunciado? De repente te hiciste visible, ante el desconocimiento surgió el interés de conocerte, por la lejanía los momentos buscados, fabricados, arrancados a la rutina como si se tratase del último aliento... ¿cuanto tardarías en volver? Sabía de antemano que esta separación era pensada, porque en ocasiones te pierdes hasta de ti misma y te es necesario un viaje al interior, poblado con los recuerdos del ayer que no te han abandonado, que consientes en conservar, que alimentas con una paciencia indescriptible para no dejarlos irse, esos fantasmas que te producen un sentimiento de soledad, de hastió,

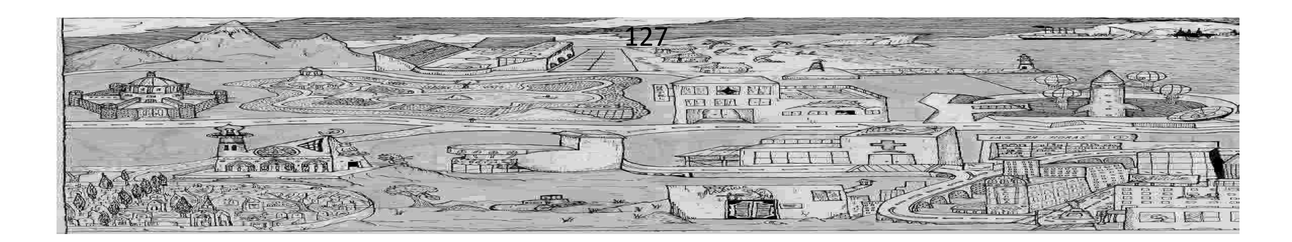




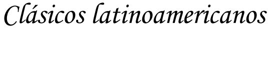
de miedo; yo los he escuchado a través de tus sueños, cuando no creas la pared impenetrable que me evita entrar en ti, en tus secretos, les he visto y he querido borrarlos, por el infinito amor que me inspiras pero sobre todo por el miedo de saber que tarde o temprano terminarán separándonos... la entrega nos había llevado al límite de las sensaciones, de la cordura, me produces embriaguez con tus besos, con tus caricias, me pierdo en tu piel y me reencuentro en tus ojos, una y otra vez surge un instinto primitivo, arcaico, salvaje, hambriento de libertad, deseoso de recuperar todos los siglos sin ti, escondí el rostro entre tus cabellos, respire tu aroma, me quede dormida aceptando el abandono de las fuerzas después de recorrerte, de fundirnos en esa lucha en donde no hay vencedor ni vencido, en donde tu cuerpo se vuelve mío y tu ser parece coexistir en mi ser... hacía unos minutos que la leve llovizna, de toda la tarde, había arreciado, ahora era una verdadera tormenta, la casa a oscuras se iluminaba algunos segundos con el resplandor de los truenos, el ambiente era ideal para quedarnos en la sala, cerca del fuego, afortunadamente mi mente estaba tranquila y no evocaba recuerdos de los que han habitado este lugar y ya se han marchado, Tritón estaba acurrucado precisamente ahí, cerca del fuego, con la cabeza escondida entre sus patas, sabes que le atemorizan los truenos, nunca he entendido el porque, decía mi abuela que son recuerdos de otras vidas, me senté a su lado y comencé a acariciarlo, lamió mi mano agradeciéndome que estuviera acompañándole en esa noche tan terrible para él, que le hacía temblar, a la luz del fuego parece que las sombras cobran vida y comienzan a deambular por todos lados, aún no era media noche, pero no iría a dormir, mis sueños se irrumpen incesantemente todas las noches, quiero pensar que es por la intranquilidad de no saberte a mi lado, opto por el insomnio, es menos desgastante, son varias noches en que la sensación de tu llegada me mantiene en vigilia, me atormenta la idea de que no volverás ¿en donde descansarían todos estos pensamientos? Solo Tú los aquietas... desperté en la madrugada, con el mismo deseo que tenía al encontrarnos esa noche, empecé por mirarte dormir, recorrí lentamente todo tu cuerpo, lo bese suavemente para no despertarte, para poder poseerte según mi deseo, sin la pasión arrebatadora que se crea de la conjunción de nuestros espíritus, así fue como te aprendí, viviendo cada una de tus partes, cada milímetro de tu piel, conociendo su sabor, su aroma, su calor, armando lentamente el rompecabezas que es tu cuerpo, siguiendo cada impulso, por eso permaneces presa de mi, de mi conocimiento de ti misma, te



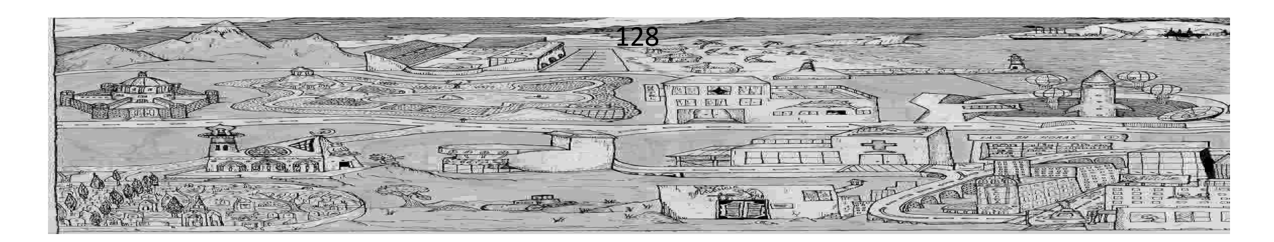




gusta descubrirte a través de mis manos, de mis caricias; en realidad Yo soy presa de la magia que implica poder descubrir cada noche una nueva aventura recorriendo el más íntimo de tus rincones, las más insospechadas sensaciones, aprendí a mirar el mundo a través de tus ojos y ahora no podría conformarme con mirarlo nuevamente como era antes; si es una fantasía el mundo que me has inventado entonces he decidido vivir ahí; después de saciar ese deseo apacible, de contemplarte, de rozar con lentitud tu piel, pegue mi cuerpo desnudo al tuyo frotándolo suavemente con un movimiento candente y empecé a besar tu cuello, a morderlo, busque tu boca, aún adormilada, comenzaste a responder a mis caricias, despertaste en medio de mi insaciable apetito de ti, de mis ganas de besarte, de tocarte, de recorrerte una y otra y otra vez, con mis manos, con mi boca, con mi lengua, ardes de una manera tal que parece que es posible que me consumas entre tus brazos, otra vez nos fundimos en la entrega completa, en esos momentos en que puedes decir que soy completamente tuya, sin reservas, sin secretos, sin mascaras, sin mentiras... solamente dos días han pasado desde que te fuiste y me parecen una eternidad, es la visión de lo pequeño a través del lente de la necesidad de tenerte cerca lo que le hace incrementarse hasta el extremo toda ansiedad y todo miedo, las ganas de abandonar la vida, de permanecer quieta y no saber más del exterior, lo habría logrado de no ser por mi abuela, una mujer ya grande de edad pero con el corazón lleno de amor, fue la única que no se negó a seguirme hablando cuando le confesé mi amor por ti, le llamaba Maty, de cariño, solo en ocasiones tenía que decirle Matilde, con todas esas letras, solo cuando me decía que valorara bien las cosas "enloquecer está bien si ocurre por causas naturales, pero que enloquezcas voluntariamente eso, eso esta mal mi niña" casi siempre, cuando teníamos alguna diferencia de opiniones y nos distanciábamos un poco, "algo caliente aligera el peso de tu corazón" solo ella sabía cuan bien se siente algo así cuando tu alma se va helando ya sea por miedo o por soledad, sus remedios quizás los más simples y sencillos fueron siempre los que más me ayudaban, la firmeza con la que me trataba me hacía recordar cuando niña, me cuidaba y me obligaba a obedecerle, ahora sutilmente incrementaba sus irrupciones a mi silencio, a mi aislamiento, no tenía fuerzas para pelear así que cedí a sus atenciones, siempre fue demasiado indulgente con mis pasiones, siempre me apoyaba con esos silencios que respondían bastamente todas mis preguntas para después abrazarme y besarme en la frente, solo de Ella jamás surgió la pregunta que ni siquiera yo

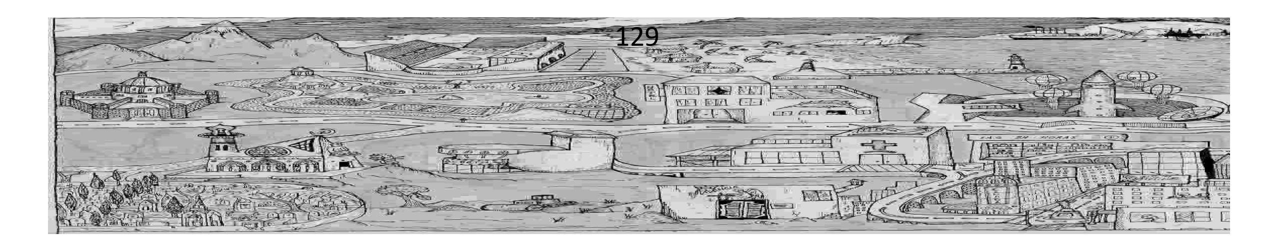






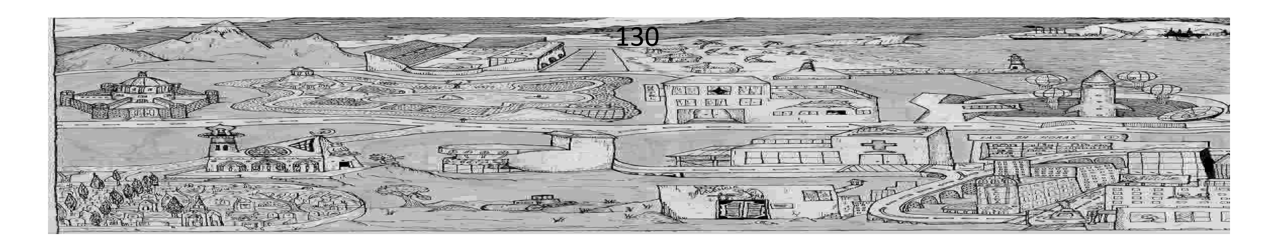
alcanzo a responderme ¿Porqué?, ¿A que causas internas obedecen mis impulsos, a que miedos o a que realidades? Ninguna respuesta satisface del todo las interrogantes, Ella entendía el amor y me amaba, por eso jamás juzgo mis actos, cuando se lo dije no cambio su semblante, siempre sonriente "estas feliz y eso es lo que me importa, lo demás es lo de menos", recuerdo que te recibió con el mismo cariño que si formases parte de la familia, de alguna manera así era, ya eras parte de mi y mi mundo, nos dio tranquilidad y a su lado podíamos compartir sin temor a censuras nuestras ideas y deseos, se acostumbro, no sin cierto esfuerzo, a vernos besar apasionadamente, aunque no pudo eliminar el hecho de que se le subiera el color al rostro cuando esto pasaba y se disculpaba por su llegada tan sorpresiva en un momento tan intimo, agradecí secretamente su sabiduría, el poder sentirme segura en algún lado, sin tener que pelear completamente con el mundo, Ella supo perfectamente el momento en que dejaste de ser solamente alguien más, intuía mi interior con mayor rapidez que Yo misma, percibió mi sorpresa por mis reacciones, "Parece que se conocen de siempre" fue su primer comentario, aún no te veía con otros ojos, eras solamente mi amiga, pero mi corazón ya lo sabía, los secretos del alma son tan veloces como el viento, el sentimiento creciente de emoción y ansiedad me divirtió; el quedarme sin habla, el temblor en mi cuerpo, me gustaba eso, buscaba cualquier oportunidad para recrearlos, nuestras salidas a cenar o al cine se repitieron, recuerdo aquel día nublado, ideal para buscar tu calor entre las sabanas, caminamos un rato aceptando la creciente lluvia que nos acompaño, quizás era la excusa para que nos empapáramos y tuviéramos el pretexto para cambiarnos de ropa, dentro sabía que no sería así, tú serías mi ropa y yo la tuya, te llenaría de un confortante calor, con muchos besos, con miles de caricias, el deseo incrementándose, creciendo desmesuradamente, pero contenido sin necesidad de un esfuerzo significativo, un deseo paciente y apacible a la vez que era apasionado e impaciente, intenso, la mezcla de sensaciones, de sentimientos, no tardaríamos en dar el siguiente paso... tus labios delicados, suaves, con una ternura adyacente, con ese primer beso me hubieses llevado hasta el limite del éxtasis, el placer es concéntrico, es como entrar en un circulo interminable que sube y baja, tenía las manos ocupadas así que no pude abrazarte y encerrarte en mi, todo mi ser experimento el deseo de fundirse en el tuyo, ¡qué extraño sortilegio! Dejar de ser para ser... mis manos demasiado torpes para recorrerte esa primera vez, demasiado perplejas para saber que era el momento de explorarte ansiosamente,





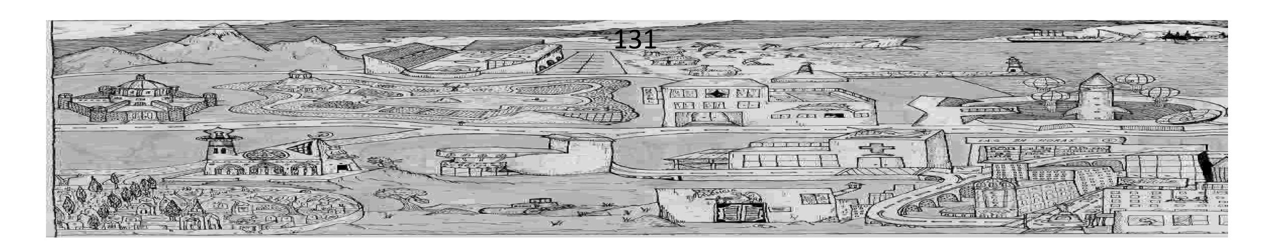
de desbordarse en ti... así paso un segundo, un instante demasiado bello como para desear que se terminará, pero habrá otros más íntimos, de entrega completa, de encuentros y desencuentros, todo inicio es un final, ¿a que magia debemos recurrir para hacer que el espacio entre uno y otro sea el exacto, el perfecto? de forma tal que no queden deudas, a veces creo que es parte de una sabiduría inaccesible para mi, para mis enrolladas ideas del amor... me agrada cuando después de haber tomado un poco de vino comienzas a hablar más despacio, me gusta transmutarme, recorrer tu sangre convertida en alcohol, adormilar tus sentidos, encender tu deseo, somos capaces de los sentimientos más excelsos al igual que de las más bajas pasiones, sobre todo cuando nuestra conciencia se encuentra dormida, entonces puede surgir el instinto, el otro yo que llevamos dentro, aceptamos mirarnos al rostro sin escondernos en mascaras, conocemos, quizás por primera vez, nuestros más secretos deseos... te tome de la cadera, muy despacio y firme para no provocarte cosquillas, te atraje hacia mi, recargadas en la pared, nuestros cuerpos se acoplaron, encontrando la posición correcta en donde pude sentir completamente como tu temperatura y la mía se elevan, busque tu boca, un beso suave, no deseaba romper ese momento, la vida son instantes fugaces que se suceden uno tras otro indefinidamente, el atraparlos es algo imposible, de la ternura surgió el deseo cargado de pasión y el beso se torno más intenso, mi lengua entro en tu boca, quería poseerte, entrar en ti, despacio y rápido, mordí tus labios, mis manos recorrían tu espalda, llegando a tus caderas, subiendo y bajando; ahora en tu cuello respiraba tu aroma, podía sentir el eco de mi respiración sobre tu piel, comencé a desabrocharte la blusa, un botón y mis dedos se detuvieron un momento acariciando tu piel recién descubierta, el segundo botón seguido del tercero hasta que tus senos quedaron completamente desnudos, acerque mi boca a tus pezones lentamente mi lengua los recorrió, te quite la blusa, llegando al pantalón del cual te despoje rápidamente, te lleve hacia la cama mientras te continuaba besando, Yo aún con ropa, me deleitaba acariciándote, besando tu cuerpo desconocido para mi, me recosté a tu lado mientras nos fundíamos en un beso, mis piernas enredadas en tu cuerpo, empezaste por mi cuello, mis manos crispadas se aferraban con fuerza a la cama, mi deseo crecía y lo único que deseaba era sentirte completamente desnuda, rodamos y quedaste encima de mi, me quitaste la blusa con una destreza increíble, después el pantalón y de nuevo mis piernas se enredaron en tu cuerpo, toda Yo me enrede en ti, quería adherirme,





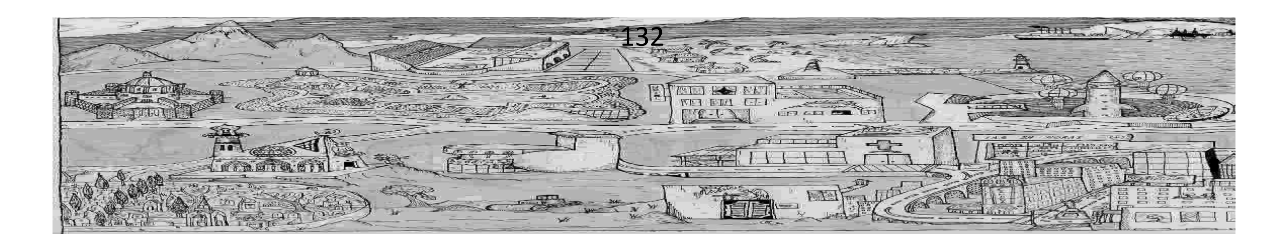
fundirme, volverme tu segunda piel, tus manos ... tus manos... el recuerdo me hizo romper, sin querer, la copa de vino que sostenía, la fuerza del recuerdo me hizo temblar, mi corazón latía con fuerza y mi sangre recorría mi cuerpo enardecido, me acerque a la ventana y la abrí de golpe, el aire frío entro huyendo de la noche, se coló entre mis ropas y llego a mi piel, respire profundo. Esta noche me hacías mucha falta, mi cuerpo reclamaba tu presencia, salí de la habitación estar ahí se había vuelto insoportable, se respiraba tu recuerdo en el aire, podía sentir el aroma de tu perfume invadiendo todo el espacio, la textura de tu piel en cada mueble que tocaba, hasta el vino adquirió el sabor de tus labios, llegue a mi habitación y me tumbe en la cama, me revolví como buscando algo de que asirme, algo que me quitará la sensación de angustia que me había invadido, te había encontrado, si, esa noche, había encontrado las sensaciones más alucinantes, más profundas e intensas, pero tenían añadidas también las ansiedades, las angustias más terribles, las soledades más inmensas; así me venció el sueño, al paso de las horas el frío me hizo despertar para meterme entre las sabanas, abrazaba una almohada, ese fue mi consuelo... entre las sabanas nos revolvimos, en movimientos ansiosos, ardientes, entre besos y caricias, a veces abajo y otras más abajo, arriba una y otra vez, sensaciones diferentes, todas las posibilidades en busca de satisfacer el deseo, tenía hambre de ti, así que devoraba con ansiedad, tal vez con cierta angustia, cada parte de tu cuerpo, el saber que el tiempo se diluía me invitaba a no reservar nada para un mañana, así sin limites te poseía, me entregaba.... desperté tarde, las cortinas cerradas todavía impedían el paso de la luz, me habías visitado esa noche y mi cuerpo recordaba con demasiada precisión la sensación de tus manos, el sudor de tu cuerpo, los sueños suelen ser, en ocasiones, demasiado reales... tenía una sensación de vació... temor? ansiedad?... sabía perfectamente que habíamos llegado ahí porque deseábamos conocernos más allá de las palabras, de las miradas, de las cartas y las llamadas a media noche acompañándonos en las noches de insomnio, de deseo... antes de estar ahí ya te había besado, había recorrido tu espalda, tu pecho, tus manos ya habían recorrido mi cuerpo, ya te había mirado desnuda y había estado completamente desnuda delante de ti... en mi imaginación... sin embargo ahora temblaba, el solo hecho de tenerte cerca me producía un leve mareo, una excitación sin precedente... la puerta de la habitación se antojo por unos momentos infranqueable, como custodiada por alguien que no nos permitiría pasar, empezar una historia de dimensiones mayores y de profundidad





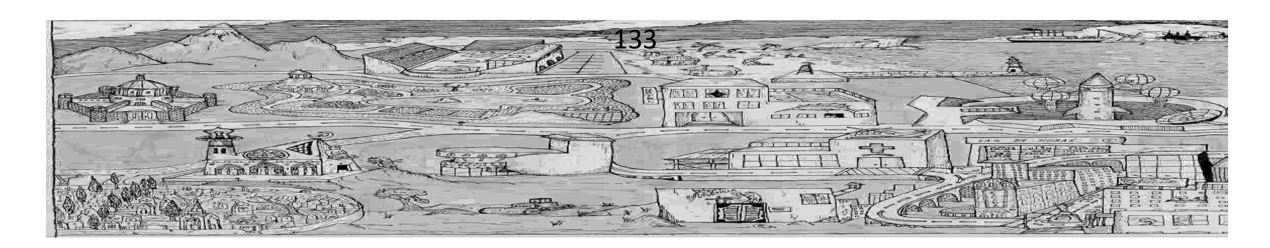
desconocida, abriste y al entrar y traspasar ese primer limite sentí como si algo muy pesado, más pesado de lo que ya lo sentía, cayera sobre mis hombros, el sonido de la puerta cerrándose sello la sensación creciente en mi de huir, correr, escapar... si, antes de llegar había sostenido una lucha intentando escapar de mi misma, pero ya no, no había más a donde ir... me recargue en la puerta, las fuerzas me fallaban, te acercaste y me besaste, con esa ternura tan tuya, tan peculiar y única, te abrace por la cintura, correspondiendo el beso... el calor de tu cuerpo me tranquilizo, si, ahí entre tus brazos me sentí segura, serena, ese era el lugar en donde deseaba estar, ningún otro, de ahí es de donde me habían arrancado mil siglos antes y a ti volvía... el desayuno estaba servido, nunca he entendido como es que mi abuela adivina exactamente el momento en que estaré en la mesa, después de una noche tan intensa mi hambre era buena así que comí todo lo que me ofreció, los sueños suelen dejarme mal pero también, a veces, buen ánimo, como hoy, salí, el día era agradable, la lluvia dejo la tierra mojada y el aire olía a vida, Tritón fue en mi encuentro, percibía mi disponibilidad, jugamos un rato, supongo que le debe haber parecido raro pues hacía mucho tiempo que no lo hacíamos, cuando crecí olvide muchos juegos, ahora en la involución, por unos momentos, volví hacía atrás, y reí, libre y diáfanamente, me senté en el pasto y Tritón no tardo en derribarme, me mordía suavemente las manos, los brazos... me tomaste de la mano, conduciéndome hacía el sillón, sonreías, me senté e hiciste lo mismo, sobre mis piernas... empujaste mi cuerpo con tu cuerpo y nos quedamos quietas, me gusto sentir tu rostro junto al mío, tu peso era ideal, todo era perfecto... nos besamos largamente, fue un beso esperado por muchos días, es posible romper con todo lo establecido y creer en algo nuevo?... te abrace y respire profundamente, una parte de mi no creía que te tuviese así... tan mía... sentía angustia de perderte, de despertar, de abrir los ojos... me besaste, comenzaste a quitarme la ropa, mis sentidos comenzaron a interferir unos con otros, la sensación de tu mano tocando mi cuerpo y el beso y el aroma de tu piel y el calor creciente y mis manos recorriéndote, cerré los ojos y me deje llevar por el impulso... me tenías entre tus manos y así me moldeabas de acuerdo a tu deseo, de acuerdo a tus ganas de poseerme... en la regadera, recordé el primer día, cuando caminamos bajo la lluvia... ahora estábamos empapadas, desnudas... juntas... me besabas bajo el agua, enlazadas en un abrazo... después la cama... la espera había terminado... Tritón comenzó a ladrar, alguien se acercaba, mi corazón dio un vuelco, podrías ser Tú,



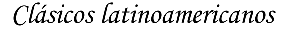


me levante a prisa, vi un automóvil, pero no podía decir quien era, en ocasiones esperas un momento pero no sabes que harás cuando llegue, me quede de pie aguardando se detuviera el auto, los minutos pasaron lentos, por fin pude ver a los ocupantes, no estabas Tú, volví a los juegos con mi perro, mi abuela se divertía mirándonos, esa noche sus palabras parecieron una profecía "Ella no volverá aquí, lo sabes verdad? Cuando estés lista regresaremos a casa" esa noche estuviste conmigo ... el deseo crecía gradualmente, cada vez con menos la excitación saltaba a flor de piel, con solo escucharte, con cerrar los ojos e imaginarte... con recordarte... empecé a tener memorias, el auto, la cocina, el baño, recreaba los momentos, las palabras insinuantes cada vez más abiertas, ya sin disimulo alguno, la necesidad imperante de tocarte, de sentirte con mi cuerpo, ya que mis manos eran insuficientes, necesitaba adherirme a ti, enlazarme en un abrazo y no soltarte, al tenerte cerca nuestros cuerpos hablaban, las miradas lo decían todo, se respiraba el ansía por desnudarte, por poseerte...... entramos en la habitación, las cortinas corridas impedían el paso de la luz, intente encontrar el apagador pero me lo impediste, con suavidad me llevaste hasta la cama, me comenzaste a despojar de la ropa, me besabas con ternura, despacio, no me dejaste hacer nada... me pediste me recostara... te levantaste y abriste solo un poco una de las cortinas, un haz de luz se filtro, ahora podías mirarme completamente desnuda... los sentimientos contradictorios se mezclaban en mi, me sentí vulnerable, me abrazaste y me sentí protegida... recorriste con tus dedos el contorno de mi cuerpo, me dibujaste, me besaste completamente, cada parte de mi piel sintió tus labios, tu lengua, tus manos, tus ojos... una y otra vez, como si me estuvieras aprendiendo... como si estuvieras dibujando el mapa de mi ser en tu mente... tomaste la botella de vino, derramaste un poco en mi cuello dejaste que se deslizara despacio, lo detuviste en mi pecho... mordiste mis pezones, sin lastimarme, mi excitación aumentaba pero me detenías, contenías mi pasión... volviste a verter más vino ahora a la altura de mi corazón le dejaste bajar hasta mi estomago, ahí, en mi ombligo lo bebiste... quizás tenías ganas de embriagarte... repetiste la misma operación, ahora en la palma de mi mano, ahora en mi espalda... el vino en tus labios tiene un sabor distinto... es la mezcla de la pasión y del deseo en un tono dulzón, inquietante... por la mañana lejos de sentirme mejor la desesperación de la noche anterior se había transformado en amargura, los buenos recuerdos se tornan dolorosos cuando les intentas revivir en un presente transformado por la lejanía cuando hay

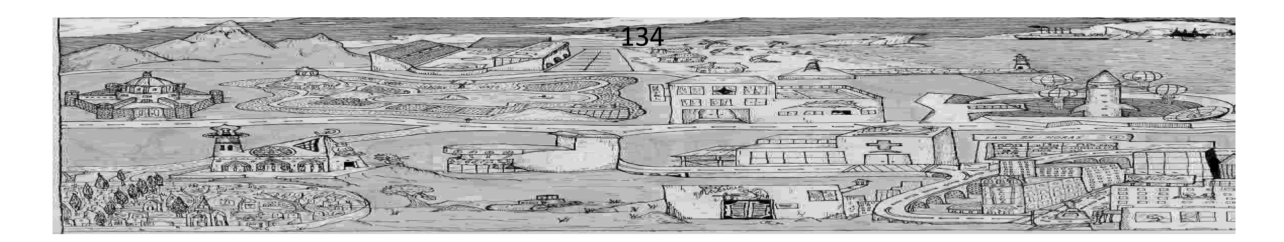




sentimientos que han cambiado de forma o cuando han cesado ... terminaste la botella de vino, te conservabas intacta, continuabas mirándome una y otra vez, durante mucho tiempo, me desnudaste de mi desnudes... jamás lo imagine... ahí Yo en espera de ti y Tú mirándome... bebiéndome igual que al vino... deteniéndome... porque mi pasión exigía quitarte la ropa, porque mis besos deseaban envolverte y que desearas ser poseída, pero no, esa noche no querías eso, querías seguir recorriéndome con tu aliento, en tu rostro, una sonrisa juguetona, me enseñaste a abandonarme, a olvidar mis deseos y complacer los tuyos, el gozo que me producía el sentir la satisfacción que se plasmaba tu mirada, indescriptible, era como si hubieses terminado tu obra y la contemplaras ahora... Yo era tu obra... Tú la creadora de esos sentimientos tan raros y confusos en mi ser, ese fuego apacible en mi piel en espera de tu cuerpo para arder en el, esos besos adormecidos a través de tus besos, ese sentimiento de vulnerabilidad que borrabas con tus manos... esa noche me conocí mirándome en tus ojos... Algo me decía que no volverías, ese último adiós tenía impreso un tono de fatalidad que jamás había escuchado, no quería creerlo, por supuesto, ni siquiera jugar con esa posibilidad, volverías y aquí estaría Yo, decías que el amor tenía que doler, no lo concebías sin cierta dosis de amargura, de imposibilidad, jamás entendí eso por eso te empeñaste en demostrar la teoría en los hechos, por eso complicabas las noches de entrega y te marchabas muy temprano antes de que el mundo despertara... ¿sabías cuanto me gustaba que el primer buenos días fuera en tus labios con un beso suave y tierno? ¿sabías cuanto me dolía el tener que callar la súplica para que te quedarás? no, no lo disfrutabas, ¿verdad? dijiste que solamente así eran las cosas, que no había nada que hacer contra el destino, quizás ha permanecido la idea “ has de suplicar que me quede y entonces no lo haré” por eso Yo me trago las ganas de pedirte que no te marches, quizás por eso fabricas despedidas; en tu memoria todas las deudas posibles, no hay olvido para ti y no me dejas olvidarlo a mi tampoco, me equivoque muchas veces, acaso no te ha sucedido? La más grande tortura imaginar que la lejanía la producen aquellos errores del pasado, a fin de cuentas cada día intente borrarlos, resarcirlos... me pareciste irreal... como un sueño... no podía resistirme a ti... me poseías... me tomabas sin tocarme... fui tuya más allá de lo que comúnmente puedes ser de alguien... quizás por primera vez fui de alguien más que no era Yo, me mantenías quieta a fuerza, pero haría cualquier cosa que me pidieras... así lo pensaba... así que te permitía tocarme y contenía mis

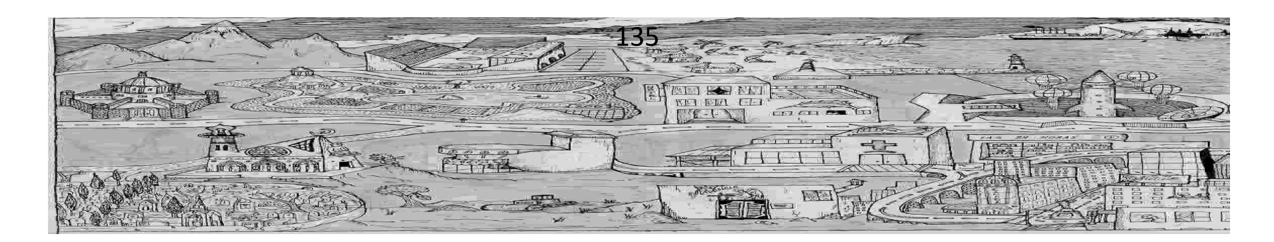






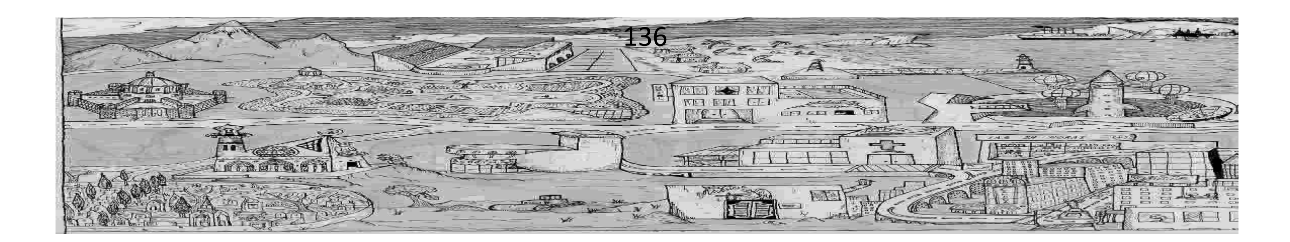
ganas de hacerlo, me gustaba mirarte, me gustaba sentir como se encendía el deseo pero no te hacía presa de él; el saber que no me dejarías envolverme en la pasión al grado de perder la conciencia me agrado, podía experimentarte y experimentarme, me enseñaste silenciosamente a conocer más sobre mi misma, esa era una cortesía jamás antes experimentada y me fascinaba, el torrente de descubrimientos que se abrían ante el roce de tus manos, ante la sutileza de tu lengua recorriendo mi piel, parecía inagotable, cada vez, nuevas sensaciones, parecías conocer mejor que Yo el cúmulo de emociones que era posible experimentar... así, suavemente, me conquistaste... así, sin resistencia, me rendí a ti... los días transcurrieron en una creciente calma, me dedique a leer los libros que había dejado pendientes, a concluir más algunos proyectos inconclusos, la vitalidad que me inyectaba el firme deseo de no pensarte me mantenía ocupada y eso me hacía bien, de no ser por las visitas a media noche en donde el sueño parecía realidad pronto te habría olvidado perdiéndote entre los papeles desordenados del escritorio, es muy posible que te hayas percatado de eso porque empezaste a dejarme dormir por noches enteras sin irrumpir mis sueños, por la mañana el primer pensamiento fue cambiando, ya no eras Tú, de vez en cuando el sonido del trinar de las aves era mi despertador y continuaba con el recuerdo de los amaneceres en la playa, algunas otras el aroma de la comida era lo que me hacía levantarme, no podría evitar que de vez en cuando el sonido del encender de un automóvil fuese el motivo, esa mañana en particular la tranquilidad en mi corazón me brindo una sonrisa verdadera, desde lo profundo de mi corazón renacía la alegría y me alegre imaginándote dichosa ...aunque no me tocaras podía sentir tu amor, tu ternura, presentía casi intuitivamente la lucha interna que sostenías, el quebranto de tus ideas, las ganas de rendirte, de abandonarte... pero es tan difícil rendirse cuando lo que se entrega es el ser, eso lo entendía, lo respetaba, te admiré, después de que las emociones, vencidas por el cansancio, se apaciguaron permitiéndome contemplar tu nuevo rostro, una verdad que quizás te empeñabas en no mostrar o que te esforzabas tanto que la ocultabas con esos mismos esfuerzos... te vi por primera vez humana y vulnerable, lejos de ese control de las pasiones, ahora eras Tú quien permanecía quieta y Yo te aprendía con estos ojos que me habías regalado, con este nuevo ser que habías descubierto con paciencia infinita... y te ame, de una nueva manera... Te ame dándote la libertad de ir con quien pudieras alcanzar la felicidad y la plenitud que a mi lado te faltaba... el amor no es la obsesión asfixiante de tenerte a mi lado,





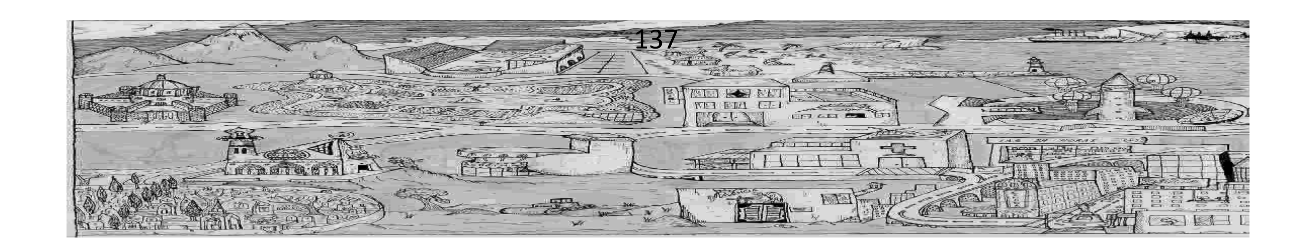
no es la necesidad creciente que se convierte en dolor cuando no estás, no es la incertidumbre de ignorar si vendrás o no... Es el deseo verdadero y profundo de querer que seas feliz y es hacer todo lo que esta en mis manos para que lo logres, incluso dejarte ir... ahora estaba lista para regresar a casa. Mi abuela sentía mi tranquilidad, me abrazo cariñosamente, con un "todo pasa esto también pasará, solo no te aferres" oculto en su sonrisa, en lo profundo presentía un reencuentro, pero confiaba en que esta experiencia me había ayudado a madurar y ahora lo viviría de otra manera, sin tanto dolor ...la manera en que te hacías presente dentro de mis pensamientos no podían llevarnos a otro lado, sin duda alguna las ganas insatisfechas nos separaban lentamente, los encuentros cada vez más separados conservaban esas ansias de pertenecerte, los besos ardientes completamente entregados, las caricias ávidas de tu piel y mi ser entero esperando ser recorrido por tus manos con ese calor tan intenso que podríamos fundirnos, ahí eras mía y yo era tuya, el mundo afuera no nos pertenecía, lo sabíamos y eso hacía crecer los miedos, pero te amaba con todas las fuerzas, con toda la intensidad que poseía, quizás así me quedará grabada muy profundo en tu alma, tal vez con ello podía merecer un poco de esperanza para ese futuro oscuro que nos acechaba inevitablemente... regrese a mis actividades, si, había cambiado, ahora más segura de mi misma podía sonreír muy a menudo, estaba feliz, ya llegarías y yo estaría aquí, pero ya no estaría esperándote, si me necesitases solo tenías que venir, afortunadamente la transformación había cubierto de olvido todos los malos ratos, ya solo podía evocar momentos felices, los buenos momentos dirías eso había llenado mi corazón de un sentimiento de agradecimiento y en realidad deseaba que estuvieras bien ... rodamos por la cama, quedamos abrazadas, esa sensación de protección, de poder detenerme en la constante búsqueda de ese algo que no sé explicar, de confiar, era tan apacible, mi corazón latía apresuradamente pero no quería romper la magia, me escondí entre tus brazos, el sueño llego presto, nos envolvió delicadamente, venciendo las noches de insomnio, de pesadillas lejos de ti... al despertar aún seguías ahí, abrazándome, con esa ternura infinita que colmaba mis sentidos... el dolor me había sensibilizado, ahora más consciente de mi entorno podía percibir a los demás, otra realidad, no era el constante monologo, Tritón se había reincorporado a mi vida, imagine la orfandad que debe haber sentido cuando ensimismada no me percataba de el, en realidad su nobleza es mucha, porque no me guardaba rencor y me buscaba con tanta extrañeza que cada





vez parecía como si fuese el regreso de un largo viaje, por mi parte te buscaba ya sin miedo, sin reservas, podía recordarte y experimentar la misma felicidad que me causabas en un inicio, no buscaba el reencuentro, me habías hecho crecer y eso era suficiente para estar agradecida contigo, para seguir amándote... cada beso nos acercaba, cada caricia nos descubría y enseñaba, cada mirada era más profunda y sincera, así las ganas crecían, la voluntad de ser para ti se fortalecía, te buscaba incesantemente, incansablemente, de tus deseos las fuerzas para construir, de tus palabras las historias que escribí durante muchas noches en un diario, la definición de mujer encontrada entre tus brazos plena y completa, sin reservas, sin restricciones, rompiendo límites sin crear unos nuevos, el deseo transformado en ti, Tú eras deseo y pasión, eras esa trepidante sensación que me absorbía mientras mi cuerpo se hablaba con tu cuerpo, entendiéndose solamente gracias a la magia del amor, de la entrega voluntaria y consciente, sin sentir ningún vacío, sin rincón alguno en que no estuvieras, aún dentro de mi alma... eras la primera vez de encontrar mi propio ser siendo en ti, la primera vez que las noches no terminaban y seguían siendo un encuentro apasionado... no bastarían todas las caricias, ni todos los besos, nos faltaban fuerzas para seguir porque dentro el amor necesitaba siempre un poco más....





Alondra Buen Día

El ingrediente asesino

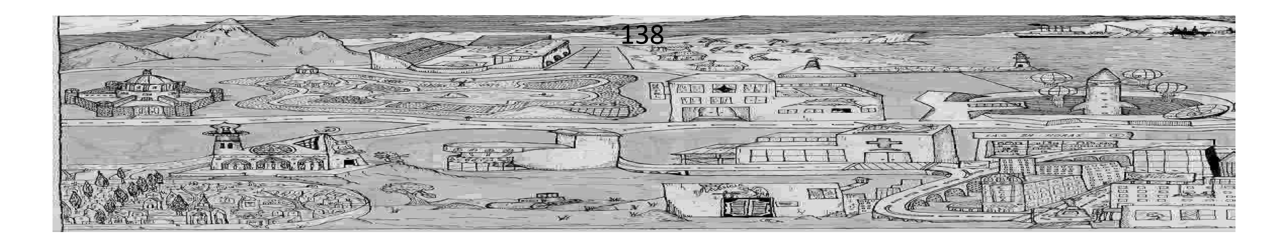
Afuera llueve y nadie en casa va a enterarse de ello. Es de madrugada, la una de la mañana para ser exactos, estoy sola y no tengo sueño.

Yo no sé cómo escribir cartas porque nunca antes lo he hecho (es curioso cómo por más que pase el tiempo siempre hay cosas que antes no se hicieron, igual que cuando teníamos catorce años y todo en el mundo parecía nuevo) pero hoy un tipo simpático dijo en la tele que una sólo tenía que escribir lo primero que viniera a la mente.

Lo primero que viene a mi mente es que es tonto que te escriba una carta si mañana se supone que voy a verte. Tantos años de distancia y sin embargo yo escribo ésto cuando por fin vamos a reencontrarnos. Quizá sea una pérdida de tiempo porque a estas alturas ya no sé ni siquiera si serás capaz de leer, si tendrás ojos suficientes como para comprender mi letra (que, como notarás mañana, sigue igual de fea que siempre)… no, creo que lo mejor que puedo hacer es leértela aunque me muera de pena.

A ti siempre te gustó cómo leía aquéllos poemas rosas de Machado y Amado Nervo que nos ponían de cabeza, ¿te acuerdas, Negro? Me escuchabas durante horas con el viejo libro que olía tan feo y así pasábamos las tardes de nuestros primeros hervores, no más leyendo, imaginando que todo eso era cierto, que encontrábamos a ese otro que también nos leyera pero que además nos diera un beso a modo de frase final para acabar de manera elegante aquéllos poemitas que de tanto leer sabíamos de memoria.



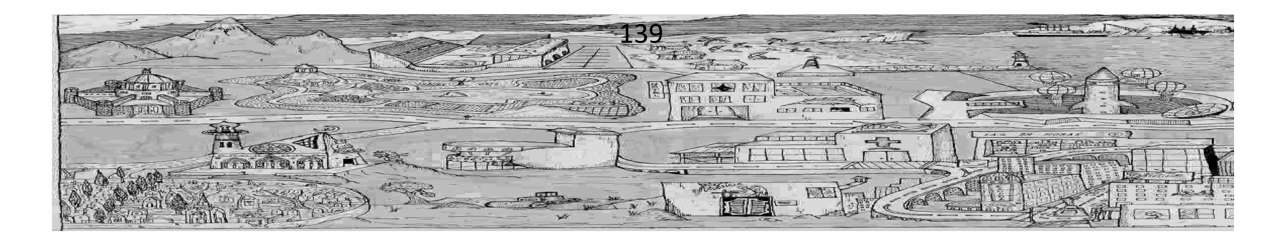


¿Recuerdas lo que decía la gente de nosotros? Ay Negrito, tan grandote y ruborizándote sólo por eso. Pues sí, no se me ha olvidado que todos juraban que terminaríamos casados. Lo que pasa es que la gente no puede entender que hay quienes pueden ser tan sólo amigos sin las travesuras hormonales, como dice mi hija (imagínate que ella ahora tiene la misma edad que nosotros cuando nos conocimos). Estoy convencida de que fueron ellos, los que tanto molestaron, los verdaderos culpables de nuestra extraña historia. Si la verdad es que como amigos éramos perfectos: nos queríamos, nos respetábamos y cada quién tenía su espacio. Entre nosotros no había ni un misterio, todo eran buenos entendidos. Sí, Negro, eras mi mejor amigo y como amigo debiste haber permanecido.

Pero no, vino la gente a meternos ideas. Que si el negro te ve con buenos ojos, Malena, que si a mí se me hace que tú lo único que quieres es cogértela. Sí, todos dieron su opinión, todos metieron su cuchara y ahora que veo a mi hija entiendo cómo fue que caímos tan fácilmente, porque a los quince años uno es influenciable, vulnerable a los malos consejos. Ahora los muchachitos se meten a las drogas, pero en aquél entonces de eso nada, así que nosotros a nuestra manera también caímos en la trampa y de la peor forma posible: nos enamoramos.

¿Quién pensó primero en el otro? Yo siempre opiné que tú y tú siempre dijiste lo contrario. Total, hay misterios que a estas alturas ya no pueden resolverse, ni falta que hace, el chiste es que un día me descubrí pensando que tenías lindos labios (yo, que nunca había besado a nadie). Los poemas de pronto tuvieron sentido, ¿te acuerdas? Si ya después de un tiempo hasta el más tonto hubiera notado que te los entregaba completitos, más que leértelos. Al principio cuando leía tú te acostabas en el suelo y cerraba los ojos para imaginarte a Brigide Bardott sonrojada porque se los leías entre besos, pero por ésos tiempos de tontera compartida, cuando ya nos estábamos queriendo, te sentabas cerquita de mí y me mirabas fijo, olvidadas como estaban Brigide, Marilyn y hasta Angélica María, ya no más me veías a mí, que te leía con el corazón a punto de ser multado por exceso de velocidad en sus latidos.
A tantos años de distancia puedo decirte que no es de eso de lo que me arrepiento porque finalmente fue muy bonito. Es extraño cómo después del primer amor uno puede reponerse y volver a amar de manera más cuerda, sensata y eficiente, cómo puedes encontrar al que de verdad es el amor de tu vida y te dará un futuro, una





familia y hasta hijos pero nunca, nunca sentirás lo mismo que por ése amor loco y sin frenos que te enseñó por primera vez la capacidad del infinito. Nunca una tarde ha sido tan bella como la de nuestro primer beso torpe, atropellado, con nuestras mutuas confusiones sobre qué hacer con tanta lengua, con ésa cantidad inimaginable de saliva, y con la revolución que representaba sentirme en tus brazos, tuya, tonta y enamorada.

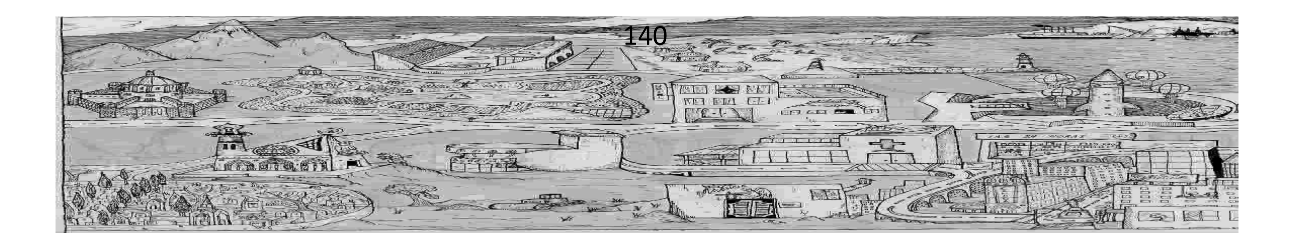
Iba a preguntar en medio de la nostalgia dónde quedaron luego ésos tiempos pero lo entendí en un momento: eso tan dulce no era más que el inicio del desastre. Y es que en amor los inicios siempre son felices pero estaba claro como pocas veces que el final de esa historia por fuerza sería funesto.

Nos conocíamos demasiado, teníamos el mismo carácter de la tostada y no estábamos lo suficientemente maduros como para no jugar con fuego. Tú tenías esa sed de dominio y ese pequeño duende sádico que con el tiempo crecería en ti hasta hacerse un fornido gigante y yo era, en resumen, indomable. Rebelde, explosiva, vengativa hasta el desastre.

Aún recuerdo nuestra primera pelea, Negro. Como siempre, tus celos. ¿Te acuerdas de Toño, mi amigo el de mi casa? Claro que has de recordarlo, si no descansaste hasta que el miedo y el recuerdo del ojo morado que le dejaste lo alejaron de mí para siempre. Ése día de la golpiza nunca podré borrarlo de mi mente, y en la casa donde vivía en aquél entonces la gente tardó buen rato en olvidar el zafarrancho tan tremendo que armaste. Y yo que quería a Toñito como a un hermano nunca acabé de perdonártelo. Su mamá y la mía eran amigas y después de eso hasta ellas se alejaron, y Toño no más me dijo: "Te aviso que estar con ése salvaje es la peor idiotez de tu vida, Malena, un día de estos vas a ser tú la del ojo morado", me miró largo y me avisó que prefería no volver a hablarme.

La primera pelea fue un aviso de las que vendrían, ¡ojalá hubiera escuchado a Antonio!, pero por aquél entonces ya te quería demasiado. Sólo tuvimos esa discusión a grito pelado que terminó con mi portazo y contigo gritando "¡por qué te metes a tu casa si todavía no hemos terminado!", pero al día siguiente mi puerta estaba abrazada por el oso enorme de peluche con el letrero que decía perdóname,





soy un tarado.

Y te perdoné, ¡vaya que te perdoné ésa y las que siguieron! Porque hubo muchas más, no te esfuerces en negármelo, ni el tiempo ha podido borrar de mí esas memorias tan violentas. Tenía razón Toño, cuestión de medio año para ser yo la de los ojos morados, la que inventaba caídas de escaleras o accidentes extraños que nadie creía porque a leguas se notaba que eras tú el responsable de todo aquello.

Cuando pienso en todo eso me sorprendo de dos cosas: de cómo siempre al final acababas tú siendo el dulce, tierno e indefenso y yo la culpable, la tonta, la inoportuna, la provocadora de tu violencia; y de cómo fue que en mi familia jamás se dieron por enterados. Si hasta puedo decir que te adoraban, Negro. Supongo que todo el mundo estaba demasiado ocupado en sus asuntos como para darse cuenta del desastre que se estaba cocinando en sus narices.

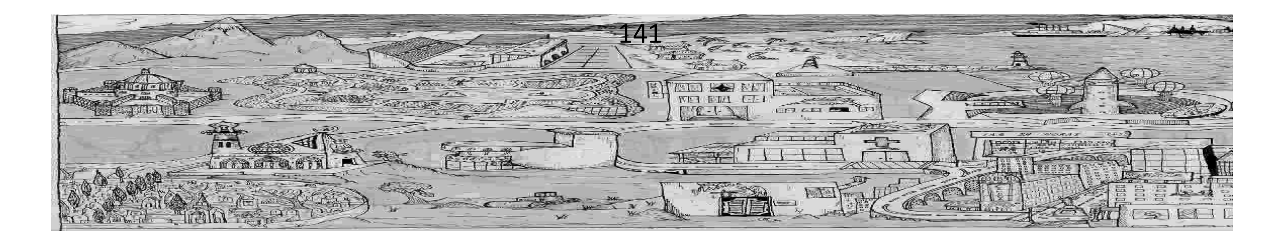
Porque si bien eras tú quien me tenía con la cara bajo tus botas, yo siempre fui como esos animales que no dicen nada pero después de un rato se van cansando de los malos tratos y encogida y golpeada poco a poco empecé a sacar mis propias conclusiones, a darme cuenta de que no era yo la culpable y de que cada golpe venía seguido de flores, o cine o peluches o lo que fuera para convencerme de que no eras malo conmigo.

Con el tiempo te fui conociendo, fui entendiendo ése proceso de volverme chancla vieja y mientras más iba entendiendo más te iba odiando, Negro, Negrito, y cuanto más extrañaba a la niña alegre que leía poemas y soñaba más se despertaba en mí la sed de libertad y de venganza.

Pensé en dejarte, pero te tenía demasiado miedo. Tú no eres de los que dejan que alguien se te vaya, Negro, así es que después de un breve tanteo para convencerme de que dejarte no sería tan fácil (que culminó como recordarás con la silla que rompiste en mi espalda) supe que estaba atrapada.

Después de lo de Toño el resto de mis amigos (que de por sí eran pocos porque siempre fui solitaria) decidió no esperar a ser el segundo ejemplo de los efectos de





tu enojo y al poco tiempo me hallé sola. Mi familia te amaba (creo que pensaban que por fin alguien me quitaba de en medio) y nunca fui de ésas muchachitas que le tienen confianza a sus maestros, así que estaba sola en mi lucha contra ti y tu jaula.

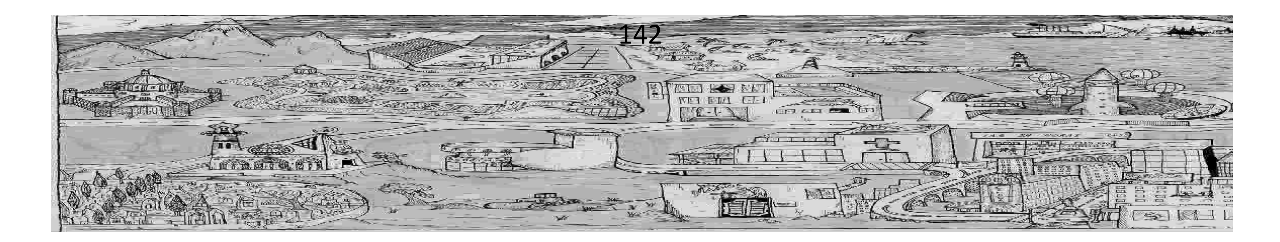
Cinco años era la edad que tenía cuando oí hablar por primera vez de Maquiavelo. En mi casa todos lo admiraban y era cosa de mucho caché citar párrafos enteros de su famoso libro, El Príncipe, que en mi casa fungía como biblia familiar. A otros les enseñan a amar a sus prójimos como a sí mismos, a mí me enseñaron que es preferible que la gente te tema a que te ame porque son menos traicioneros. Vengo de una familia fría y calculadora y el peso de la herencia familiar comenzó a sentirse cuando me di cuenta de lo complicado que era el escapar de tu infierno.

Así que me volví dócil, una fiel esclava tuya dispuesta siempre a soportar tus golpes, humillaciones y hasta besarte la punta del zapato, a entregarte todo, hasta mi cuerpo, y tú de verdad creíste que habías ganado, que habías domado a la fiera. Pero la fiera estaba agazapada, esperando.

Por aquél entonces tu padre estaba enfermo, y tu madre, sumisa, le procuraba todo lo que quisiera y soportaba sus gritos y maltratos con un placer un tanto enfermo. Una vez sorprendió a tu hermana menor preparando caldo de pollo con huevo cocido para el convaleciente y tu madre la amonestó en medio de gritos, "¡Cómo pudiste olvidar que tu padre y el Negro son alérgicos al huevo, te das cuenta de que pudiste haberlos matado, para ellos esto tan inocente puede ser fatal, FATAL!" Fatal fue la palabra que dio de nuevo sentido a mi vida. Así que era tan fácil como hacerte comer huevo. Decidí que si te daba huevo una semana después del incidente sería obvio que todo esto era planeado, y finalmente si te había soportado ya año y medio bien podría soportar otros cuantos meses. Y los meses se hicieron poco menos de un año mientras yo seguí pensando cómo hacer para que comieras tanto huevo como fuera necesario para dejarte bien enterrado.

Te sorprendiste mucho de oírme hablar de clases de cocina, pero te satisfizo mi explicación sobre que una buena mujer tiene que saber cocinarle a su futuro marido. Hasta me pagaste las clases y fuiste todos los días por mí para llevarme de





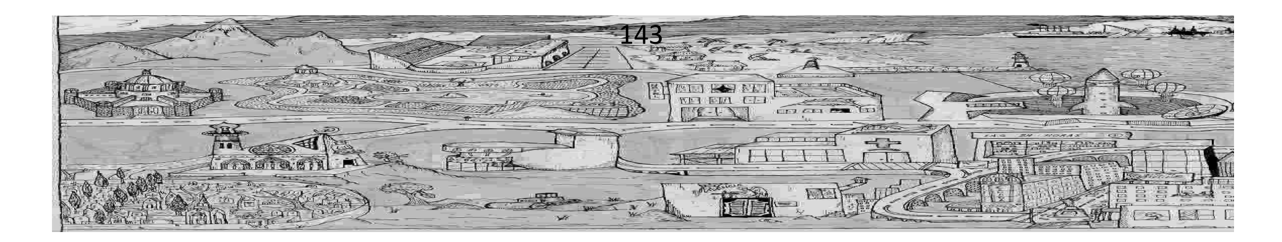
regreso a casa. Ay negro, a veces de veras eres un poco ingenuo.

Aprendí mil guisados con huevos (la maestra encontraba extraña mi predilección por ellos) pero todas ellas resultaban demasiado evidentes como para engañarte, hasta que un día encontré por fin una perfecta, libre de sospechas, deliciosa y que nadie sería capaz de adivinar contenía el ingrediente asesino. ¿Quién diría que los sorbetes llevan dos huevos por vaso? Cuando comienzas a hacerlos incluso huelen feo, pero cuando están terminados tienen ese olor delicioso y el sabor más fresco que se halla probado, y lo más importante, saben a todo menos a huevo.

Me hice experta en sorbetes. Aprendí a hacerlos de limón, naranja, mandarina, guayaba. Comenzaba abril y hacían unos días terriblemente calurosos así que te avisé de mi pequeña sorpresa. A ti siempre te han gustado los helados y eres el mayor glotón que he conocido, así que la idea de un buffet de cosas como helados pero más sabrosos hizo que te entusiasmaras y acudieras con la panza bien vacía a mi casa.

Cuando llegaste la casa estaba sola (me encargué de ello no con pocos trabajos) y en la mesa te esperaban diez vasos preparados, cada uno con un sabor diferente de sorbete. Con el calor que hacía despachaste el de naranja y el de mandarina de un trago, mientras yo llevaba la cuenta en mi mente (cuatro huevos aún no son suficientes). No te gustó el de guayaba aunque lo tomaste todo porque yo hice pucheros y te encantó el de limón. El de sandía te pareció excéntrico (seis más los otros cuatro son diez huevos, ya vamos mejorando) y con el de mango te sentiste un poco mareado. De pronto, al tercer trago del de fresa caíste en el suelo sin saber qué pasaba y yo entendí que estaba hecho. Esperé todavía media hora de verte agonizar en la alfombra azul de mi comedor mientras tomaba lentamente el sorbete de fresa que no habías terminado, aguantando mi propio castigo por haber cometido la idiotez de perderte, mi mejor amigo de dos años antes, mi primer amor, y tener que despacharte de forma tan poco elegante. Cuando no te movías mucho ya, llamé histérica al hospital y aún tardaron diez minutos en llegar por ti con todo y ambulancia. Mi llanto en el camino no era fingido, te quería tanto, Negro, pero si no lo hacía yo hubieras sido tú quien terminara por matarme.

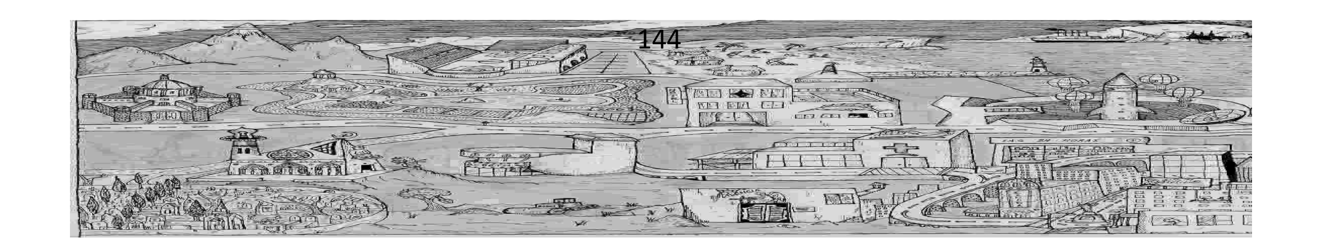




Ay, Negro, Negrito, qué triste fue todo ése trayecto de verte la cara deforme, el tono rojo encendido de tu piel y las enormes ronchas por todo tu cuerpo, antes tan sano. Qué amargo saber que era yo la que había provocado todo eso, qué extraña sensación de libertad, de alegría que se llora a mares en un sepulcro.

Y mira cómo pasa el tiempo que así de repente ya son treinta años de aquello, de tu muerte. Treinta años de no visitar tu tumba, de no pensarte, pero ayer supe que ya era buen momento para enfrentarte, para darte mis saludos y explicarte mis razones. Al principio pensé escribir: "perdón por matarte, nadie lo sospechó nunca y sé que no debí tener esta vida feliz después de lo que te hice", pero ahora que he recordado toda la historia ya no tengo ese lo siento enredado en mi garganta, aunque creo que de cualquier manera mañana temprano iré a visitarte. ¿El motivo de mi visita? Ah sí, creo que debí haber empezado por ahí, resulta que hace dos meses mi hija entró a clases de cocina y hoy me sorprendió a medio día con un sorbete de limón , ¿te acuerdas?, nuestro favorito, y pensé en ir a convidarte.





Alondra Buen Día

Las razones que cohíben al odio

-¿Por qué todo da vueltas, Alondra?

-Es el vodka, tiene que serlo

La risa incontenible en ambos lo confirma: el vodka fue excesivo y ahora este par de locos están definitivamente ebrios.

Emilio toma la botella y la da un gran trago, Alondra pretende imitarlo pero derrama el contenido sobre su blusa blanca, entre risas y algo que pretenden ser comentarios de burla pero que el alcohol no permite entender del todo.

-Ay Emilio, no tiene tanto que te odiaba

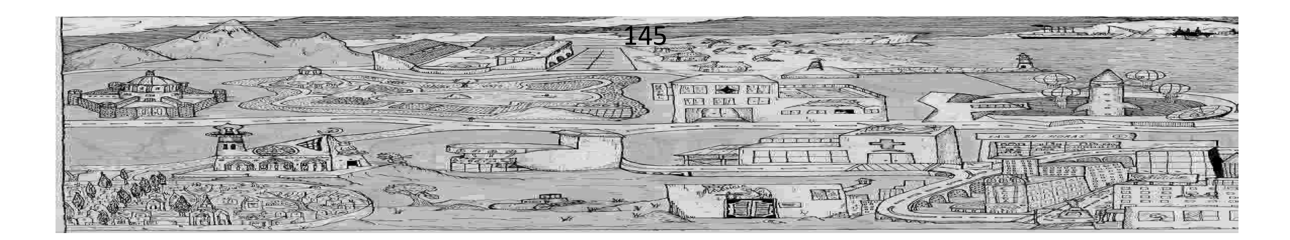
-Si me odiabas es que todavía me amas, no puedes negarlo

Risas, manos tomándose firme y Alondra y sus locas ideas

- ¡Vueltas, vueltas, vueltas!

Comienzan a girar tomados de las manos, como dos niños, viendo primero al techo, al derredor y finalmente enfrente, al otro, al compañero de borrachera, a su pareja. Vueltas, vueltas, vueltas, ya todo gira menos ellos, que así de pronto dejaron de detestarse y se ven de nuevo (después de tanto tiempo) como dos enamorados dementes.





Y entonces el lazo se rompe y Alondra continúa disparada su viaje circular por su borrachera. Feliz como nunca y no sólo por los efectos etílicos, feliz porque Emilio existe, por su risa y sus ojos amarillos de siempre que después de tanto aún la miran sólo a ella.

De pronto el mundo se detiene, no entiende muy bien el cómo. Sólo sabe que su vuelo giratorio aterrizó en los brazos de Emilio, en ese abrazo fuerte, inmenso que le hace entender esa frase tan cursi y gastada sobre fundirse en el otro. Su nariz choca contra el suéter de lana de Emilio, que le pica, pero ella no se mueve, porque tiene miedo de que ése abrazo, ese momento termine. Tiene miedo de respirar de más y espantar a ese hombre temeroso, de no sentir sus brazos como lo que es, completamente suya.

En el radio suena *how deep is your love?,* y ambos reconocen la canción que definitivamente les pertenece desde que descubrieron juntos a los Bee Gees. Ese baile lento, con la nariz de Alondra picando, con los cuerpos hace poco distantes ahora moviéndose juntos, ese beso sin prisas ni miedos, sin nerviosismo, ese beso que es una caricia entera.

(How deep is your love, Emilio?)

y así, de sopetón, como pasa todo lo importante, Emilio se separa un poco y la mira directo, la sostiene fuerte y por fin lo dice:

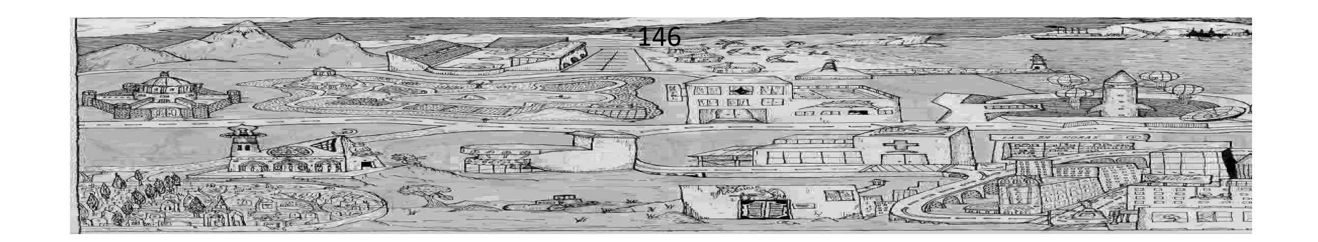
-Te quiero, Alondra

El desmayo de sus neuronas por esta vez nada tiene que ver con el vodka, esta vez es ella solita la que no puede creerlo, por fin lo ha dicho, después de tanto tiempo, de tanta espera.

-Te quiero y siempre te he querido, eres la mujer de mi vida

Y él sigue hablando de la vejez que sueña junto a ella, de un futuro que hace dos semanas Alondra daba por muerto.





Y de aquél te quiero a la cama no hay más que unos cuántos besos suicidas, un puñado de sueños por fin reencontrados y un par de canciones que nadie escucha. El mundo ha desaparecido, todo el mundo excepto ése beso sin descripciones posibles, mientras aquélla cama desconocida los recibe con una mullida bienvenida.

Por primera vez Alondra siente ésa entrega de la que todo el mundo habla tanto, la maravillosa e inconfundible, la que descubre de pronto el sentido de la vida

-Hazlo

-¿Estás segura?

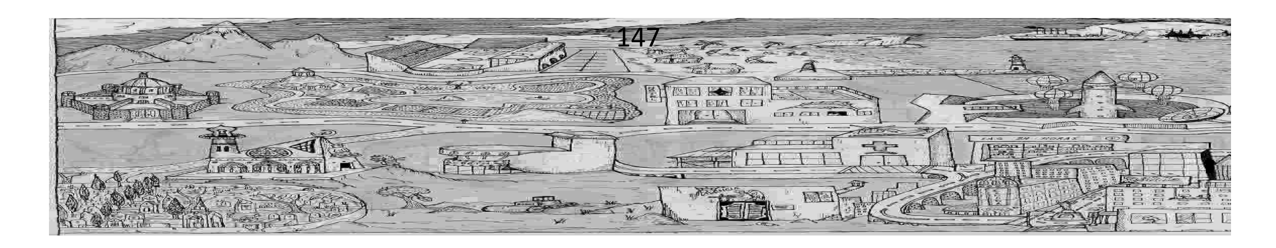
La sorpresa de Emilio es genuina, tanto como la nueva e inesperada seguridad de Alondra, quien asiente a su modo, quitándose lento la blusa. Y cuando por fin Alondra siente la profunda cercanía, la fusión por fin realizada, el cambio es irrevocable, ya nada será igual dentro de su vida, ya nada puede ser como antes porque el amor sólo puede definirse como esos dos cuerpos que crecen a saltos, que ya no están solos.

¿Qué importa el resto de la historia? De nada sirve decir que mañana Alondra (que de la sobredosis emocional no podrá pegar el ojo) sentirá cuando Emilio despierte, asustado, y retire pronto el brazo protector que la cubre, ni que ella entenderá que también ésta vez se trataba de una mentira.

¿A quién le interesa saber que dentro de dos meses por fin ella logrará mandarla al diablo cuando entienda que las promesas de vejez compartida no eran más que un intento desesperado por retenerla? El verdadero final, el feliz, el contundente, es justo esta noche cuando ella entiende, cuando por primera vez ama y siente el poder de su cuerpo, todo al mismo tiempo, incontenible.

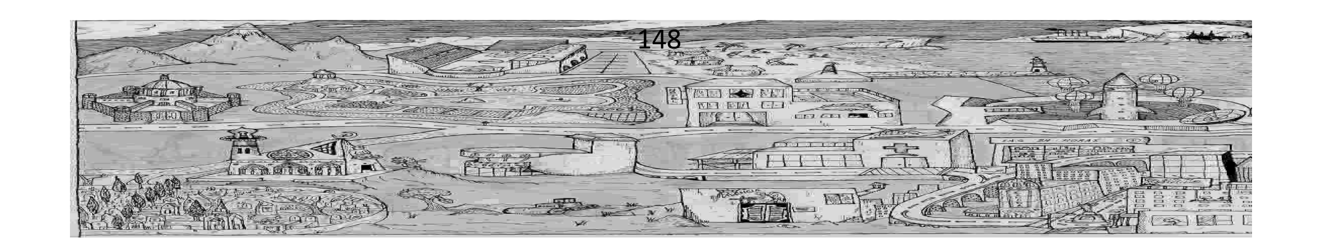
El universo cambió con o sin Emilio y sólo esa noche que no podrá repetirse hará





que, a pesar de tanto intento, Alondra nunca llegue a odiarlo, ni siquiera a olvidarlo, a pesar de todo.





Caterina Bru

MI CORCHITO EROTICO I

Los trámites se hacen en Buenos Aires dicen, así que vamos.

Tengo ganas de verte, me gusta la idea de poder sorprenderte. Cuando ingreso al canal me miran raro, pero digo tu nombre y paso, mientras pienso que a la seguridad del lugar se le va la mano, ja.

Aparezco en controles y estás con tu laptop casi desencajado. Es que ya me viste y no entendiste, pero igual me sonreís de lado. Ahora es cuando entendés porqué carajo un mail después de tantos años.

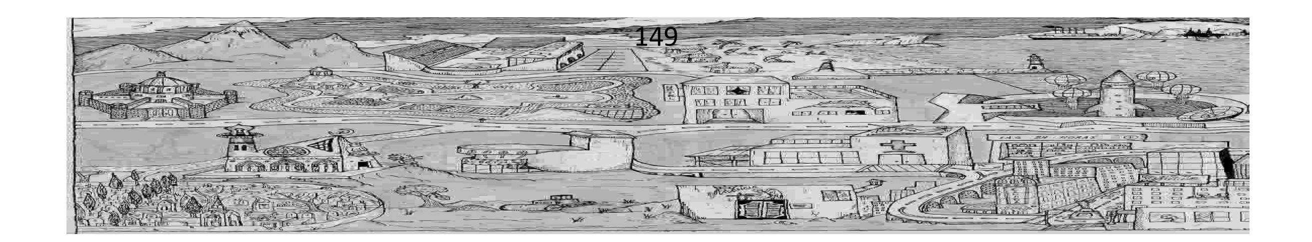
Me hacés una seña a través del vidrio, yo me avivo y paso. Es raro el mundo de la tele, pero está copado.

Me observás con detalle inaudito e inusitado: llevo puesta una musculosa y unos jeans blancos. Te dás cuenta que no llevo anteojos y hacés el comentario. Yo te pido un café y me aferro a tus manos.

—Vamos al café del canal —decís, pero resulta que al café lo están reformando. Igual vamos. Y vamos al encuentro de un lugar prácticamente dinamitado, repleto de cortinas de plástico y amianto. En verdad, no me sorprende que me lleves de todas formas porque no hay nadie trabajando.

Entonces, pasamos de la luz a la oscuridad sin ni siquiera pensarlo. Y yo me aferro a tu cintura deslizándome hacia abajo. Bajo tu cremallera y te sonrío especulando. Ya no hay vuelta atrás, me estás adorando.





Me encuentro con tu sexo, el cual se encuentra con mis labios. Y me acerco pudorosa, lentamente, hipnotizando. Y relamo tu estandarte casi con rapidez agonizante; a veces más, a veces menos, todavía no quiero despojarte. Antes de que suceda, te aferrás a mi pelo para arrancarme a tiempo y girarme el cuerpo; y con un movimiento casi silencioso levantás mi musculosa, acariciando los pezones erectos. Yo siento sobre la piel el frío de uno de los ventanales del café y gimo con placer agazapado. Te ayudo con mis pantalones mientras siento con doliente velocidad tu cuerpo ardiente penetrándome para deshacerme con un maravilloso estallido orgásmico.

Sin darte tiempo a respuesta, te giro para embestirte casi sin fuerza mientras caemos sobre una mesa olvidada entre los escombros, subiéndome a tu cuerpo y besándote en el pecho. Vos te adherís a mi cintura al tiempo que yo me como tus labios, beso tu cuello y recorro con mi lengua lo que resta de tus manos. Te abrazás a mis caderas, sin soltarlas, y yo suavemente llevo mis pechos a encontrarse con tus ganas, observo con lascivia tu boca succionando desquiciada y levanto mis caderas en movimientos que no acaban.

Cuando llega el momento, enrosco mis dedos entre tus rulos cortos y me dejo llevar al infinito mundo que tu goce me presenta sin decoro.

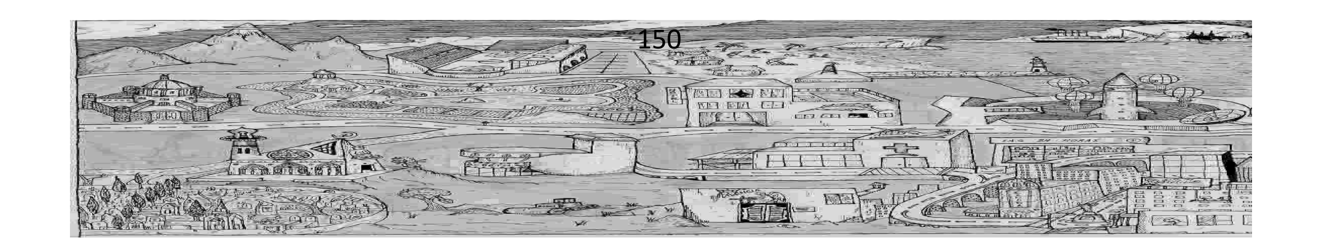
Al finalizar, mirás la hora y arqueás las cejas:

—Tengo que ir a maquillaje —decís.

—Ok. Te escribo —respondo antes de un beso y un adiós.

Quizás llego a tiempo para ver el programa y todo, jajaja.





Caterina Bru

MI CORCHITO EROTICO II

Me escribiste contándome que estás por llegar. No entendí bien qué laburo te trae por acá, pero sé que es laburo y que tenés sólo un par de horas… Vamos a aprovecharlas, pienso.

Ya se me habían partido las ilusiones, pero nada, al final te veo antes de lo que creo y te disfruto incluso cuando sólo te veo.

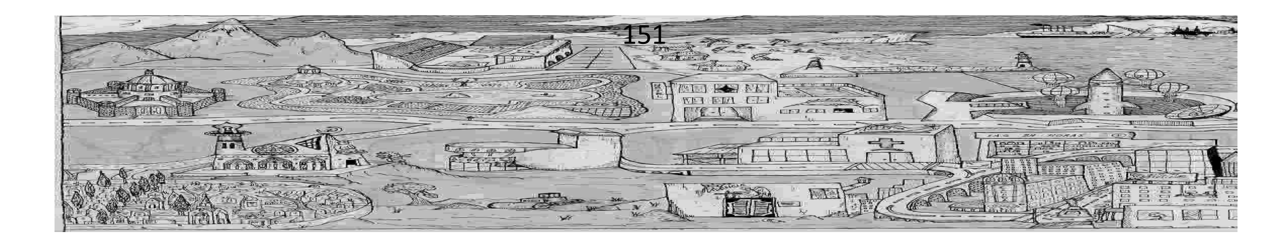
Tenemos poco tiempo, es verdad… pero a veces eso es bueno.

Abro la puerta y ahí estás, seguimos teniendo poco tiempo, así que para qué perderlo. En un arrojo de agilidad casi entendible, te abrazo, te toco, te beso y te sorprendo. Arraso con tu cuerpo, atrayéndote hacia dentro. Vos te sumás a mi inusitado y vertiginoso movimiento y me tomás en brazos para acelerar aún más el sentimiento. Me enclavás a la cama casi con el pensamiento. Nos deshacemos de la ropa y las buenas intenciones se nos escapan como el viento. Te beso, me besás, ya nada controla lo que hacemos. Yo deslizo mi mano y me detengo en el comienzo de tu miembro. Lo sobo con esmero mientras vos te adelantás sobre mí y yo comienzo a lamerlo. Antes de darme cuenta, vos giraste para deslizar tu lengua por mi sexo. Te como, me comés; te bebo, me bebés.

Nos arrodillamos, nos miramos, esta vez giro yo y te entrego mi ano. Vos te preparás con cuidado y me ensartás sin pensarlo. Más despacio, despacito… ya está fuera de estado, ay! Ahora sí, no… sí dale, no pares.

Te agarrás firme a mis caderas y, con pecaminoso silencio, no parás hasta colmarlo





mientras yo muerdo la almohada, ahogando un cúmulo de gritos apocados.

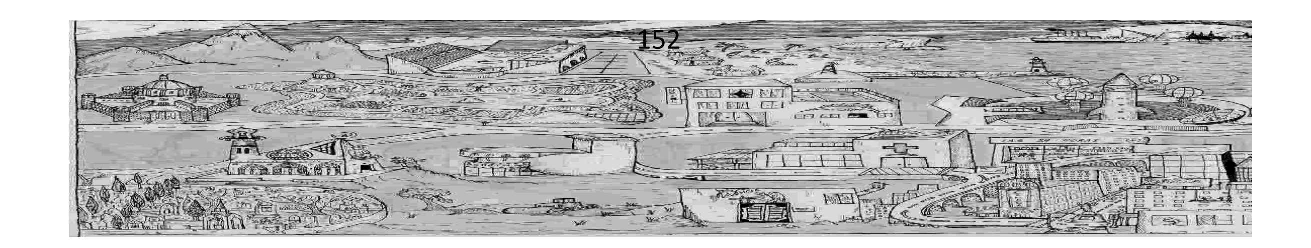
Y vuelta a empezar… comienzo por besarte desde la frente hasta las partes. Me trepo a tu cintura y deslizo el instrumento por el cuenco que se va abriendo en mi cuerpo. Me arrastro casi al techo y succiono tu sexo por completo, más y menos, mientras vos acompañás mi contoneo. Giro hacia atrás obsequiando las amarras de mi pelo. Agitamos, rebajamos, nos perdemos.

Vuelvo a girar, te sentás y rodeo con mis piernas el halo de tu cuerpo. Con fuerza, con silencio, menguando el movimiento. Con vehemencia y energía, y otra vez disminuyendo.

Levantás las piernas sin soltarme y me ubicás debajo de tu carne. Volvés a arremeter en la convexidad de mi cintura y me bombeas el alma en plena lujuria. Te despegás de mí, pero no del todo y retomás tu entierro en el lodo.

Estás por acabar y yo lo noto, apuro la oración, no me equivoco. Traspasás los límites de mi indecencia y me embestís con fuerza. Yo gimo, vos gemís; estamos hechos hasta la próxima revuelta.





Molkas

SABANAS

Anoche dormí en una sabana. Mi cama era una extensión plana y árida. Por ella empezaron a desfilar las migajas y pizcas de pan y galleta que mi gula sabatina había devorado. Parecían camellos y caravanas del Sahara. Llevaban su cargamento con las vituallas para atravesar la extensa sabana dorada por el calcinante sol.

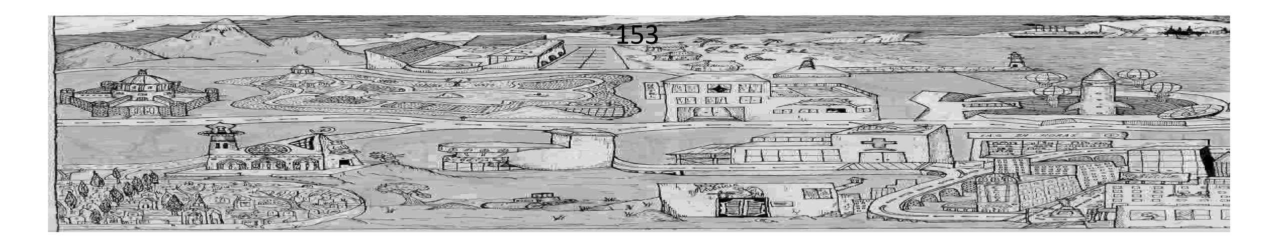
También llevaban en unas góndolas, sobre las jorobas de los dromedarios, a unas odaliscas sensuales cubiertas por los siete velos de la lujuria. Eran el tesoro mas preciado, ya que, de acuerdo al Corán y su prédica, serían el premio del Edén sensual y tangible al final de su peregrinación. O, en su defecto, los acompañarían en el intermezzo de la muerte.

Allí estaba, encima de las dunas y la sabana, cuando el sueño y el frío me hicieron cubrir con las sábanas de algodón que el lecho tenía como cubierta. La idea de la sabana y su caravana sensual se mantenía en mi "ram" cognitivo, pero el roce de las sábanas sobre mi piel, excitó y provocó a mi imaginación. Recordé en procesión a las siete consortes que habían desfilado por mi vida adulta en caravana. Episodios y capítulos de mi impetuosa existencia.

Primero, la odalisca autóctona de muslos ebúrneos, la melena de azabache y las caderas redondas al estilo ¡Oh, Calcutta! de Clovis.

Segundo, la excitante piel canela de la bogotana con su boquita de flor y sus ubérrimas palomas.





Tercero, la esplendorosa helvética con su contundente cuerpo de walkiria civilizada por la quietud alpina y la blancura de un Edelweis.

Cuarto, la anglo american, ingenua, práctica y chispeante, que supo esperar hasta que el malvado galán la empujó al exilio allende el Bravo.

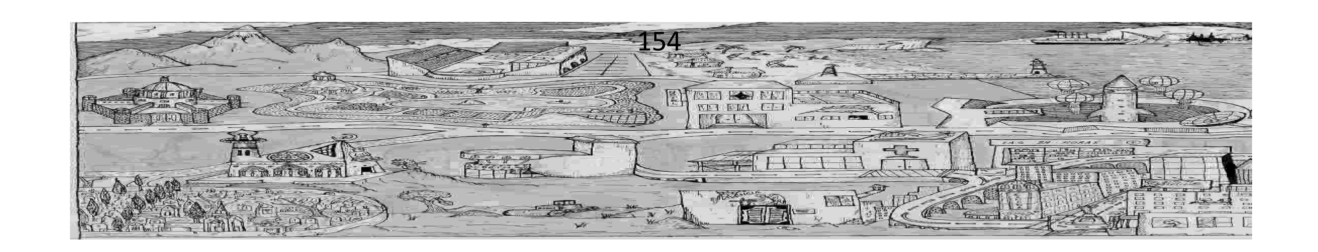
Quinto, la huasteca mestiza, con una paciencia que me leía el pensamiento y cuya voracidad linguística no tiene paralelo.

Sexto, la chiquita de cuerpo de durazno y aroma de ciruelos que reúne, en breve, todas aquellas cualidades.

Y así, en promenade, fueron desfilando incidentalmente las grupas aleatorias hasta completar el número ochenta... englobando el cabalístico siete de la galaxia uno.

Entonces, todas juntas y en tropel, se lanzaron contra mi, el voyerista onírico, quien desde lo alto de una duna sabánica, se lanzó a la inmensidad de la planicie y desapareció en la sabana de su soledad y en el frío de unas sábanas empapadas de eclosión germinal.





Monique De Large

Postcards from San Francisco: Beneath the borderline

Aún sueño con el viejo Frisco. Clam chowder en el puerto, la brisa fría y salada y V. y yo con sombreros vintage de dos dólares que el aire hacía volar todo el tiempo. Escucho la campana de la cerca de la casa de L., el ruido de su pequeño sistema de calefacción y los haikus que V. nos leía antes de dormir.

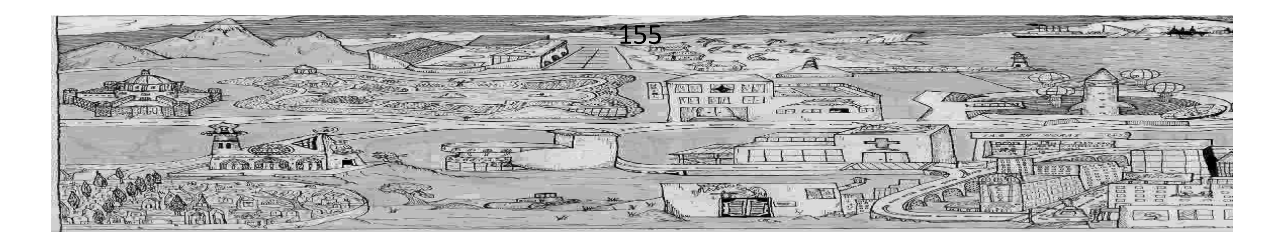
Columbus Avenue esquina Kerouac Alley y los libros y las cervezas del Vesuvio que parecían no acabar. Cantaba mientras caminaba. San Francisco was fine.

Íbamos al Zoetrope y tomábamos ese vino de Coppola que no es tan bueno como sus películas y comíamos mucho queso y muchas aceitunas y pelábamos por el camembert. Encontré un dólar en el baño y lo consideré una señal. Hablábamos del pasado y reíamos. Pensábamos en Cassady, en sus autos robados y sus mujeres jovencísimas y en Ginsberg también porque habíamos comprado nuevas copias de Howl como souvenir y concluimos que sí, que las mejores mentes de toda generación se destruyen al fin por la locura.

Las noches eran memorables. Unas de jazz, otras de rock. Todas ellas con cerveza barata en mano. En uno de esos paseos acabamos durmiendo en una estación de tren donde seis cincuentones tenían una fiesta y había un letrero sobre un asiento para bolear que decía "successfull people wear shiny shoes".

*





A los doce años me enamoré de Jack Kerouac. He seguido su rastro desde entonces. En la Roma, en Nueva York, en San Miguel de Allende. Leía sus libros en español y en inglés y, desde entonces, me pregunté cómo sería la vida on the road.

Si yo hubiera sido una beatnik, pensaba… pero el tiempo no se elige y yo llegué a otra ciudad. The old Frisco no existe más que en la parafernalia turística y yo llegué a 'Sco' tan tarde que el debate call it or dont' call it Frisco carecía ya de toda importancia.

**

A lo lejos veía Alcatraz y desde otro punto el Golden Gate. Caminamos bajo la lluvia buscando un buen lugar thai para comer noodles con leche de coco y tomamos unas cuantas fotos sin sentido.

El árbol de navidad de Macy's era inmenso como nuestros corazones rotos. Huíamos. Bebíamos o leíamos o nos ignorábamos: huíamos. No importaba lo que hiciéramos, escapábamos. No nos dejábamos atrapar.

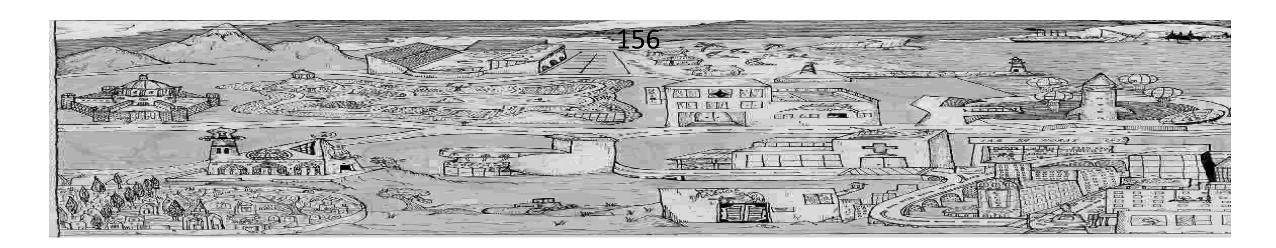
Pero con el paso de los días las calles nos iban alcanzando. Dejamos Frisco porque estábamos tejiendo historias en ese lugar. Echar raíces hiere. Al más mínimo indicio de sufrimiento se debe tomar otro avión.

¿Por qué? No lo sé. Ahí estábamos huecos, pero sin dolor. ¿A qué temíamos? Tampoco sé. Please don't ask me nothin' about nothin', because I just migh tell you the truth …y la verdad es echar raíces.

***

Dijimos adiós al MOMA y a Yerba Buena y a la fabulosa pizza de queso de cabra del Steps of Rome. A los leones marinos les echamos un vistazo y a las gaviotas unas migas. Hicimos camino a Vegas buscando refugio y estuvo bien. Confié en mi



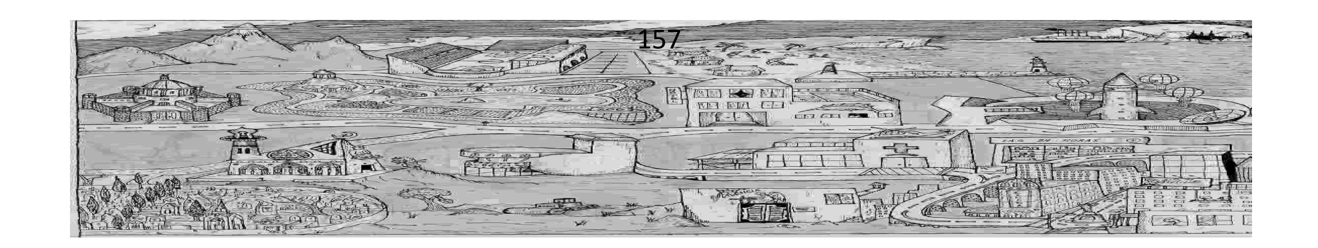


suerte. Si me esforzaba, podía ver a mis zapatos brillar. Después de todo fui yo la que encontró un dólar en el baño del Zoetrope y cuando uno llega a un lugar donde le pagan por orinar, no hay duda: ha recibido una buena señal.

La nostalgia estaba en la maletera cuando despegamos. Oh, God, San Francisco was so fine.

[california, bob dylan]





Noche Suripant

El andariego estelar se dirige hacia Aztlán

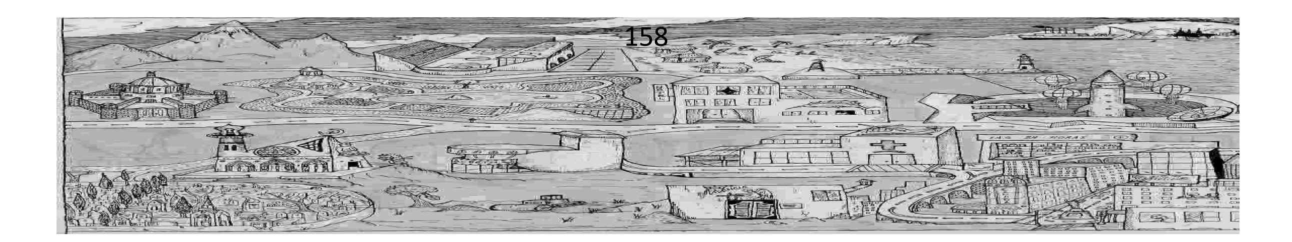
Porfirio tomó su pantalón de mezclilla. Se lo puso. Las costuras hechas a mano al final de la pernera, resaltaban patéticamente. Cuando lo consiguió tuvo que cortar un buen tramo. No quiso solamente doblarlo, pues de ser así, los botines marca flexi, no lucirían su esplendor color vino. En realidad, no existía el pantalón hecho a la medida de sus cortas piernas. Su un metro con cincuenta centímetros no lo ayudaban mucho.

Alcanzó la playera, sin estampado. Pasó brazos y cabeza, enmarañándose un poco el cabello, castaño oscuro, ondulado, sin llegar a ser ensortijado, largo hasta el hombre. Se calzó los botines, buscó su morralito de gamuza, fabricado por algún diestro artesano y revisó sus pertenencias: un cuadernito forma italiana, una pluma Bic, un pedazo generoso de papel higiénico, una botella de plástico para cargar agua. Todo estaba listo. Se pasó el asa del morral por encima de la cabeza para que éste se posara a un costado. Listo, le dio gracias a Tonatiuh, el dios del sol, líder del cielo.

Al salir a la calle, sintió en su rostro la potencia del quinto sol. Sintió una profunda felicidad, esa felicidad de haber nacido en esta era cósmica, la era de Tonatiuh. Mientras caminaba, a su paso se encontraba con jovencitos vestidos a la usanza chola o reguetonera. Su pecho se henchía por el desprecio. "Estos no saben nada. No los entiendo", pensaba y movía la cabeza con ademán negativo. "Los dioses demandan sacrificios humanos. Estos destragados amantes de lo gringo serían la fuente de sangre perfecta para curar al Cem Anáhuac". Se decía mientras miraba a un par de adolescentes bailar al ritmo de una canción de moda.

Por fin llegó a la parada del microbús. Mientras subía, Porfirio rezó por lo bajo a su





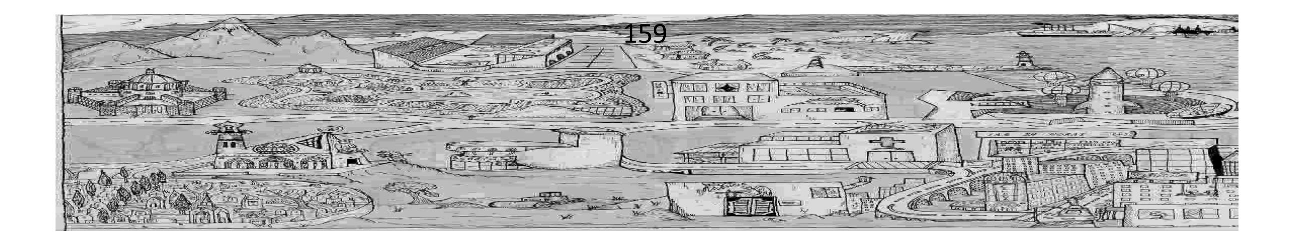
“vieja madre Tonatzin”. Quiso hacerlo en náhuatl, pero se el trabó la lengua y casi se ahoga con los propios fluidos. Se aclaró la garganta y dijo: “A Indios”. Se sentó junto a una ventanilla y se le aceleró el corazón mientras miraba a las señoritas uniformadas dispuestas para iniciar el día escolar, eran las seis con cuarenta y cinco minutos de la mañana.

Porfirio, como hijo de la tierra, sacó su libretita de forma italiana y escribió un salmo para el dios creador de los seres humano habitantes del quinto sol: “Oh, gran Quetzalcoatl,/ serpiente de mil plumas,/ haz de los infieles sombra/ y de los hijos seguidores del padre”. Ah… perdón… no lo había mencionado, Porfirio se dedicaba a la poesía. Era el poeta del maíz y el nopal, el gran relator de la grandeza perdida de los mexicanos, huasteco hasta la médula, cantor del sueño prehispánico. En sus sueños más preclaros, se relacionaba con las águilas, con la luna y con la tierra. Una maravilla, pues.

También le entraba a la danza con los guerreros águila. Despreciaba a los concheros debido a su falta de precisión histórica y cultural, “no siguen la tradición”, decía cada vez que alguien le preguntaba sobre esos otros danzantes. Cuando algún mal informado confundía a su grupo con el otro, un color escarlata tomaba por asalto su frente y mejillas y, de manera tranquila y pausada, sacaba de su error al ignorante: “nosotros no somos concheros. Nosotros sí seguimos la tradición”. Alguna vez alguien le platicó su experiencia con el ballet folklórico de Amalia García: “Oye, que bien está aquello. Me encantó la danza del venado”. Él, muy serio, poniendo gesto de intelectual (en realidad, el bueno de Porfirio apenas si acabó la primaria, su vocabulario se reducía al mínimo indispensable para lograr comunicación), interpelaba aduciendo a la manera tan cruel de prostituir las raíces mexicanas. Amalia García, decía, es una vendedora, no una artista y mucho menos una promotora de nuestras raíces culturales. Ni siquiera conoce la verdadera forma de la danza del venado. Ésta se hace con dos lobos, no con uno y es mucho más larga.

Uno o dos lobos ¿qué más da? Pero si eres un verdadero creyente de los antiguos dioses, no te queda de otra: has de ser fiel a toda costa.



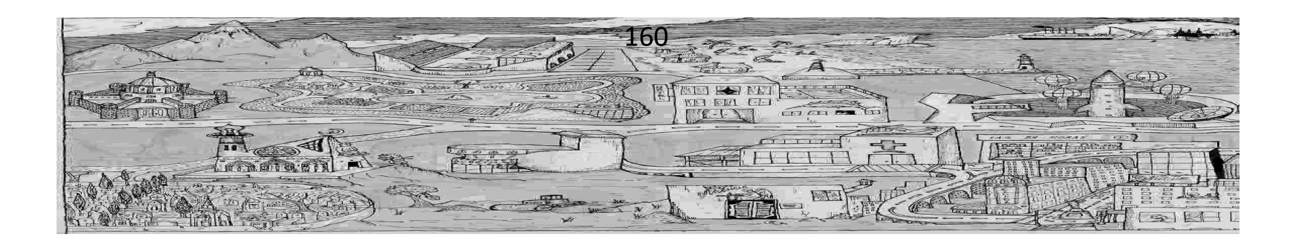


Porfirio imaginaba un nuevo canto cuando una bella chica se sentó junto a él. Todo mundo sabía de sus cualidades caninas: solo ver carne y los ojos se le iban, las manos pretendían seguirlos, pero no era tan diestro como para conseguir alguna caricia. Se dedicaba a lanzar dentelladas inofensivas. Las muchachas lo sobrellevaban porque les caía en gracia, "cómo ves al Porfirio, ahí anda sobres. Es bien chistoso, acá, entre rocker y no sé qué. Está raro ¿no?". Así que le seguían el juego, platicaban y hasta se reían de sus chistes malos, pero muy malos. Chistes blancos imitando el tono colorado, lo cual les confería un matiz rosado sumamente patético ¡Por favor! Habráse visto alguna vez un buen chiste rosado. Por supuesto que no. Pero a Porfirio sólo de dicho color le salían los chistes.

La muchacha se aburrió después de cinco minutos de plática insulsa y se dedicó el resto del viaje a ignorarlo. El bueno de Porfirio no supo distinguir el fastidio de la muchacha y continuó con la perorata. Por fin llegaron al metro Indios Verdes. La jovencita inventó algo para evitar media hora más de opiniones trasnochadas: "que si los mexicanos no conocemos nuestro origen; que si Quetzalcoatl, Tonatzin y la sopa Maruchan no se lleva, mucho menos la coca-cola y los antiguos dioses; que si no le interesaba ir a bailar las danzas prehispánicas", etc.

Porfirio siguió su camino. Subió al vagón del metro y no pudo dejar de ver las nalgas perfectas de una niña de quince años. Era imposible no verlas, quedaron frente a él. Sus instintos caninos lo motivador a olisquear el aire. Hasta su nariz llegó la fragancia de un perfume barato. Hizo una mueca de disgusto y pensó "no es posible, no entiendo, porque no trae pachulí o esencia de tunas. Ese perfume es una mala imitación de chanel. No entiendo a estos seres. Se dicen mexicanos pero son puro malinchista". Sacó del morralito artesanal la libretita y apuntó un pensamiento: "sigue las escamas de la serpiente, huye del alcohol mezclado con cocacola, come barbacoa de conejo, escapa de macdonals y burguerkin, los fríjoles y el maíz son tu fuerza, tu carne y tu sangre, rechaza los espejitos de la cajita feliz". Lo leyó y quedó satisfecho. Sonrió vanagloriándose. Levantó la mirada para observar a la gente, suspiro denotando tristeza y recriminó a su alrededor: "los chavos con tenis naik, pantalones livais y sudadera ombercroinquiénsabe. Las chavitas con zapatos a la britni y falditas como si fueran putas gringas ¿a dónde va México, a dónde va el Anáhuac, a dónde va Aztlán? Y esa de ahí, no puede ser, con



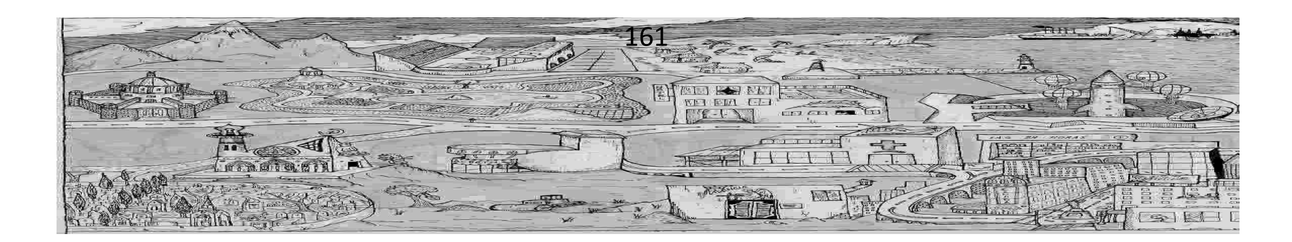


su libro de inglés… aprendiendo inglés, pobrecita, debería aprender náhuatl, como yo". Acto seguido quiso recitar un verso en náhuatl, pero no pudo. Su entrecejo se frunció con furia y, en un acceso de rabia tuvo que llevar la cabeza hacia a tras, al regresarla a la posición normal, se dio cuenta de que ya estaba en la estación Hidalgo. Pronto se levantó y como rayo se abalanzo a la salida, las puertas ya se cerraban y aunque consiguió salir, su morralito no lo logró. Quedó atrapado por una esquina. Comenzó a jalarlo para liberarlo. Unas colegialas pasaron junto a él y no hicieron nada para reprimir sus carcajadas. Se burlaron en su cara. Un grupillo de adolescentes, luciendo sus sudaderas Tommy Hilfiger, Gap, Diesel y sus pantalones Levis, Furor, Bershka y su calzado Nike, Cat, Vans y demás avíos de marcas extranjeras, lo miraron. La escena resultaba, sin duda, cómica: un tipito desesperado jalando con todas sus fuerzas una bolsa de gamuza atrapada entre las puertas del vagón. Una muchachilla del grupo dijo entre risillas "ya vieron a ese pinche naco pendejo, pobre güey, ya se le quedó el lonch de tacos de fríjoles con chile". "Ja j aja, pobre pendejo frijolero", sentenció otro de los muchachos.

Porfirio escuchó todo pero no puso atención. Estaba mucho más preocupado por liberar su pequeño morral. Sintió un sudor frío recorriendo su espina dorsal cuando el convoy empezó a moverse. Un par te obreros, desmarañados, amodorrados y sucios, se compadecieron del pobre Porfirio y, desde dentro, abrieron un poco las puertas del vagón para liberar la mochila atorada. Porfirio les miró con ojos de profundo agradecimiento, pero no dijo nada. Los otros dos sólo asintieron, como si las miradas fueran el único y verdadero lenguaje hablado entre los de su raza (¡ah!, porque Porfirio sólo consideraba "su raza" a los morenos, trabajadores y pobres, cualquier otro desclasado, simplemente, era un enemigo potencial).

Después de liberar sus pertenencias, apresuró el paso para transbordar a la línea dos, pues se dirigía al Zócalo. Pasó junto a los jóvenes burlones, los miró con desdén, no sin echar una mirada más larga a las tetas y nalgas de los especimenes femeninos (es que Porfirio es muy cachondo), debido a la largueza de aquel vistazo, no pudo evitar un traspié y fue a dar al duro suelo para sentir su frialdad con la mejilla derecha. La botella de plástico viajó a gran velocidad, compitiendo con el bolígrafo marca Bic. Las carcajadas no se hicieron esperar. Porfirio, enrojecido por



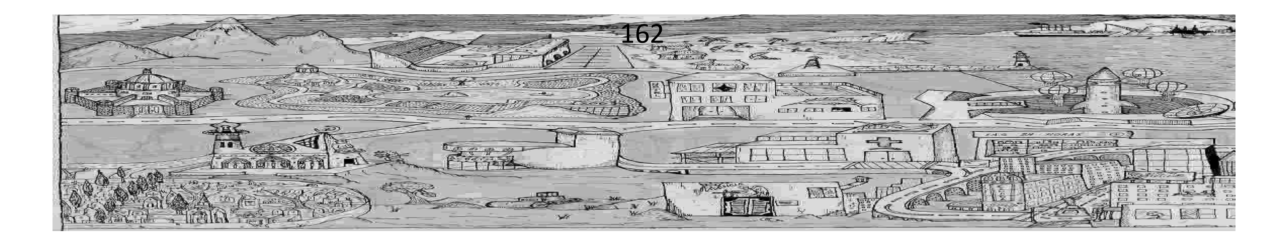


la vergüenza y el coraje, se irguió lo más rápido posible. Levantó sus pertenencia, pero no encontró la pluma. Caminó más aprisa, bajó las escaleras echando espuma por la boca. La rabia le inflamaba el pecho, se imagino asiendo una macuahuitl dentada con filosas hojas de obsidiana, hambrienta de carne juvenil y blanca, y él lanzando mandobles a los burlones. "Me cae que no los entiendo" se repetía mentalmente mientras abordaba el vagón atascado de secretarias, oficinistas, obreros y estudiantes. Tuvo mayor cuidado con su mochilita. Se cerraron las puertas y en dos patadas ya estaba en la estación Zócalo. Descendió y buscó la salida más cercana al Templo Mayor. Sintió la brisa matutina, brisa que, sin duda, habrían sentido sus antepasados mientras se preparaban para un día de trabajo y tributo a los dioses. Las sensaciones de vergüenza y rabia, la sensación, perenne en él, de estar fuera de lugar, se amilanaban mágicamente cuando, con ojos soñadores, miraba las ruinas del Templo Mayor. Se le ocurrió un poema. Sacó la libretita de forma italiana, rebuscó en el fondo de la mochila. Recordó la pérdida del adminículo de escribano, no tenía como escribirlo, entonces lo recitó con un murmullo: "tierra santa/ violada por arcabuces y cañones/ hoy te hiere al alba/ una bola de cabrones". Lo repitió con parsimonia. Lo paladeó. Se supo un verdadero hijo perdido de la Madre Aztlán. Los abuelos del tiempo perdido le enviaron a esta época a lavar los pecados de los mexicanos desdeñosos con sus raíces. ¡Ahh! Las raíces. El era tronco, árbol sagrado. Vida.

Lo sacaron de sus elucubraciones un par de niños indígenas. No identificó las palabras con que le hablaron. Él les respondió en náhuatl (al menos lo intentó), los niños lo miraron. Encogieron los hombros, el de mayor edad dijo, con un español entrecortado pero bastante claro "ámonos, quién sabe qué quiere este pendejo".

"El color de la tierra se ha mancillado", pensó Porfirio mientras veía alejarse a los chilpayates. "Hasta mi sangre me pendejea", se dijo, muy triste, el pobre Porfirio. Volteó nuevamente hacia las ruinas del Templo Mayor. En su cabeza reconstruyó la vieja grandeza del lugar. Para lograrlo tuvo que recurrir a la maqueta instalada en la estación del metro Zócalo. Con ese material logró revivir el esplendor asesinado por los codiciosos españoles. Casi soltó las de cocodrilo cuando vio a un grupo de turistas (puro güerito), recorriendo la zona arqueológica. Arrugó la nariz





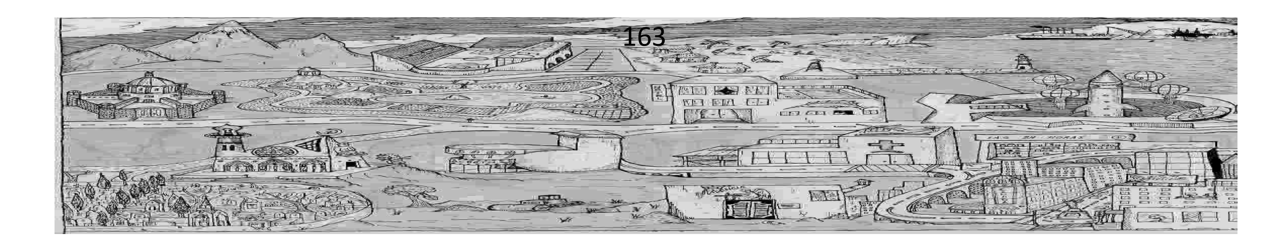
y le aventó una mirada asesina. Otra vez el macuahuitl imaginario surgió de su brazo derecho. Era un guerrero Águila dispuesto a decapitar a los intrusos.

En esas andaba cuando notó que uno de los expedicionarios se separó, a hurtadillas, del grupo. Buscó un lugar alejado del guía, echó vistazos hacia todos lados, pero no hacia arriba, se bajó el cierre y empezó a orinar. Porfirio sintió cómo el corazón le latía desenfrenado.

¡Qué afrenta tan atroz! Porfirio sintió hervir su sangre. El rostro se le endureció y una lágrima salió para recorrerlo. El gringo terminó lo suyo y, entonces, se le ocurrió girar la cabeza hacia atrás y levantar la mirada. Sus ojos toparon con los de Porfirio. El gringo, como si nada, se sacudió las últimas gotitas de orina, sonrió afablemente a Porfirio y hasta le guiñó un ojo, pactando complicidad. Subió la cremallera y se fue en busca del grupo, tan campante como si cualquier cosa.

Porfirio soltó otra lágrima. Buscó la pluma. Recordó que la había perdido. Y pensó en un poema: "No entiendo a la gente/ se dice mi gente/ se dice mi raza/ pero se vende ingente/ y me caza/ no entiendo a los vivos/ aman a sus Guadalupes y Juandiegos/ y desprecian a Tonatzin y Huitzilopochtli/ compran hamburguesas/ pero el tamal es más sabroso/ no entiendo a los vivos/ por eso prefiero a los antepasados/ por eso le canto al cenzontle/ por eso le rezo a los dioses muertos/ porque no entiendo a los vivos". La lagrimita recorrió su caminito haciendo surco en el ánimo porfiriesco. Lo niños indígenas de un momento antes regresaron y se burlaron de él señalándolo y gritándole "pinchi viejo chillón, pinchi viejo chillón". Él no aguantó el pícaro juego infantil y lanzó su morral asestándole un golpe al niño más pequeño que cayó de sentón y se puso a berrear. Una señora, seguramente la madre, se abalanzó furiosa en pos de Porfirio. Éste se recuperó de su instinto guerrero y accedió a su naturaleza cobarde para poner pies en polvorosa. Ligero como es, corrió a toda velocidad. Para su fortuna, el no fumar le otorgaba una condición física aceptable. Rápidamente llegó a la calle de Palma. Se detuvo en una esquina para espiar el camino. No vio a la mujer. Un alivio lo invadió, respiró profundamente. Se dirigió a uno de los edificios donde debía comprar algunos insumos necesarios para su trabajo artesanal, eran la ocho y media de la mañana, la calle ya se llenaba de gente.



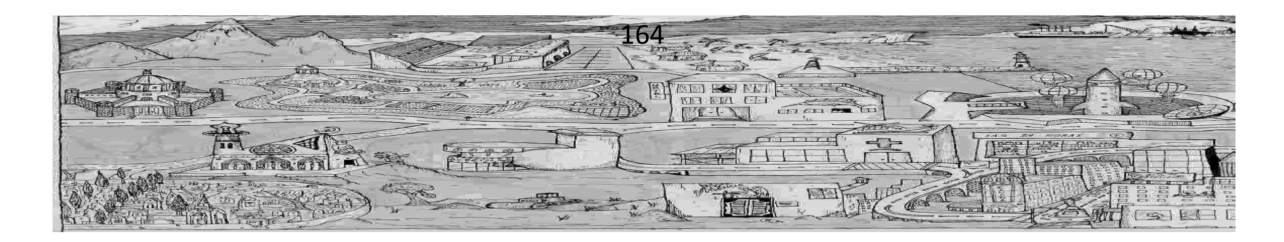


Echó a caminar rumbo al edificio donde estaba su marchante, mientras cavilaba "dicen que en México no hay cotorreo, pero sí hay, y mucho, el puro cotorreo". Los acontecimientos de la mañana, muy parecidos a los de todos los días, no le preocuparon más, aunque volteó un par de veces para asegurarse de no caer en una emboscadas organizada por la madre del pequeño. Estaba en sus dominios y se puso a cantar con murmullos una melodía llamada "los dominios del poeta" de Arturo Meza: "estos son tus dominios, pero son tus demonios". Bajo dicho influjo melódico, Porfirio llegó al local. Estaba cerrado. Aprovecho para irse a desayunar unas gorditas de chicharrón con salsa verde.

Regreso a eso de las nueve y media, desayunado y dispuesto a conseguir los insumos necesarios para su chamba. La verdad es que de poeta no se gana mucho. En realidad, no se gana nada y a Porfirio no se la había quitado la mala costumbre de comer. Por otro lado estaba su hijo, producto de un romance fugaz entre él y una fans que le prestó un ratito la bondad de sus formas, no tan buenas pero, para un taco servían y sirvieron para preparar un niño envuelto. Como buen representante de los antepasados aztecas en la tierra contaminada por la modernidad y la cristiandad, Porfirio nombró a su hijo Huitzillin, en honor al viejo dios de la guerra. El niño, la mujer y él tenían necesidades orgánicas que la lucha milenaria de su corazón no podía resolver. Por tanto, se metió a un taller de esos donde se enseña un oficio, aprendió el arte semi-artesanal de la serigrafía y se dedicó al oficio casi de llenó, pues la poesía siempre jala de los huevos, a veces con mayor fuerza que las tetas de una mujer, sobre todo cuando ésta es la madre de los hijos propios. El oficio le servía para ganar un poco de dinero sin la necesidad de convertirse en obrero o, pero, según sus ensoñaciones, en oficinista. La verdad es que sólo una fábrica hubiera podido ser su nicho natural si no fuera por la serigrafía, pues con la primaria, y eso, mal cursada, en una oficina, de cualquier tipo, un hubiera cabido. Sobre todo porque le tenía una poderosa fobia a los artilugios tecnológicos. Tocar una computadora hubiera significado escupir al rostro descarnado de la Coatlicue. Eso nunca, antes obrero que oficinista.

Ni una, ni otra. Porfirio era un poeta con oficio. Es decir, un empresario independiente que trabajaba a su propio ritmo. El ritmo aquí es un eufemismo. Mejor digamos que Porfirio procuraba no cansarse demasiado con la chamba a fin

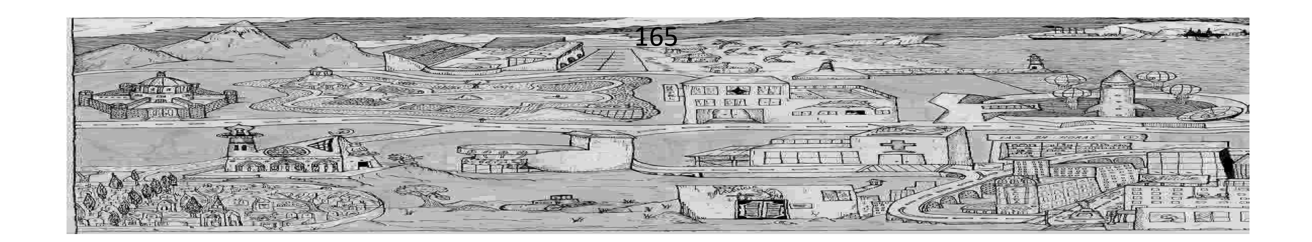




de poder dedicar más energías a la escritura de poesía. Unas tarjetas por aquí, para la otra semana unos vasos, al próximo mes unas playeras y así se la llevaba, campechano a más no poder.

Muchos, quizá, lo envidiaban. Sobre todo quienes se desmadraban la espalda todos los días. Porfirio sabía que lo envidiaban, pero se equivocaba sobre quiénes eran los verdaderos envidiosos. El imaginaba que lo envidiaban sus "colegas" (como el los llamaba), vaya, otros poetas y escritores, pintores, fotógrafos, actores y demás fauna culturaloide habitante de los bajos fondos de las bellas artes. En realidad, ellos no lo consideraba un "colega" (mucho menos poeta), solamente lo sobrellevaban como un asiduo, un visitante entusiasta a la hora de hablar, opinar y despotricar en contra de situaciones que no entendía. Nunca se le tomaba en cuenta, sobre todo cuando, de manera de por más entusiasta, juzgaba a sus "pares" de vendidos al sistema o cuando pugnaba por abordar temas milenarios como la cultura azteca o la religión ecológica de los antiguos o cualquier chapuza por el estilo. Se le dejaba hablar pues era simpatiquísimo verlo parlotear tratando de imitar a un orador de altos vuelos. El resultado era muy gracioso y servía como divertimento. Sin embargo, Porfirio se asumía como parte indispensable de cualquier proyecto cultural al que entrara. Por eso faltaba a las reuniones o llegaba horas tarde, según él, a sabiendas de que se ele esperaba con la idea de abrevar de su infinita sabiduría. Nada más fuera de la realidad. Como no importaba, nadie se tomó la molestia de sacarlo del error.

Porfirio hizo la compra del material. Lo reviso y el comerciante lo miró con una media sonrisa burlona: "Tons qué mi Porfis, pa'cuando le caes al Aztlán". El vendedor siempre hacía la misma pregunta buscando fastidiar al bueno de Porfirio. Éste la asumía como una pregunta que denotaba sapiencia en el mercachifle. Cada vez, se tomaba su tiempo. Miraba en dirección del Templo Mayor, derruyendo con su mirada los edificios coloniales, suspiraba largamente, se aclaraba la garganta. Ponía sus diminutos ojos sobre la mueca burlona del mercader y decía, como si estuviera impartiendo cátedra: "Yo siempre me dirijo a Aztlán". Esta vez no fue la excepción.



marxtuein

PRODIGIO DE MUJER (2)

La urja, la urja, menudo acertijo. Y yo en medio de una auditoría que no me dejaba pensar con claridad en lo que en verdad resultaba importante para mí. El hastío del trabajo y un presentimiento de que podría encontrar a esa mujer en algún lugar de mala muerte, porque los milagros, comprobado, solamente se dan en las capas bajas de la sociedad, me hicieron frecuentar los bares de copas, puticlubs, puteros de carretera, y adicto al brandy barato y malas compañías.

En un momento de pretendida lucidez, y luego de dar vueltas y vueltas a la palabra incógnita: urja, urja, recordé a ¡mi mujer! Urja? Maruja, coño, la maruja, ama de casa de escasa, escasísima cultura. Pero no, si bien es cierto no podría asegurar que me haya puesto los cuernos alguna vez, seguro no poseía el don de levitar, ni mucho menos.

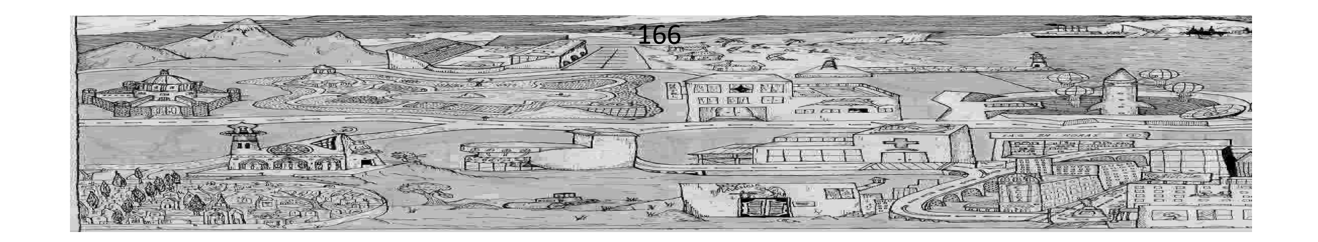
Pero, urja, urja, Maruja, hiporístico de María pues seguramente habría más de una en todos los sitios que visitaba. Y sí, conocí a media docena de Marujas, todas ellas de una vulgaridad nada volátil pero en cambio de abundantes carnes que imposibilitaban, ¿verdad señor Newton? hasta el más pequeño salto.

Cual lobo estepario caminaba en la noche explorando callejones, rincones y establecimientos de mala muerte. De pronto, y seguramente por haber dado tantas vueltas en la cabeza a la palabra urja, me encontré con esta en luces de neón rojas :

ur ja.

(continuará)





Perso

El emisario

Las manos sobre el pecho. La mirada perdida. Y sobre el pensamiento un pájaro gris que lleva atado un trozo de papel en una de sus patas. Los palos de caña brava en el techo amenazan con venirse al suelo después de medio siglo; y la dignidad incólume recibe los últimos ataques.

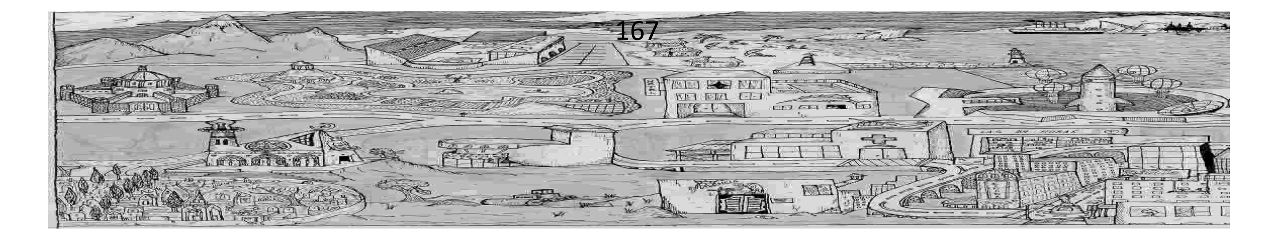
En el jardín, juegan los nietos sobre la tierra amarillenta, mientras las sombras precisan las diez. El almendrón propina la única sombra alrededor de la casa, allí los hijos aguardan la partida de mensajero gris.

El calor aumenta, y ya en el viejo cuerpo no queda liquido para sudar. Las paredes cenicientas a cada minuto se van haciendo más angostas; y el calor empieza a desaparecer y se convierte en nada.

Las mujeres en el fogón preparan el café de las tres; las sombras continúan girando en el almendrón, y envueltos en la tierra los niños descubren un nuevo juego. Avanza lentamente el tiempo, mientras el viejo recuerda las imágenes que le permite la memoria. Ya no hay fuerzas para llorar, ni siquiera las hay para cerrar los ojos. Presiente que en cualquier momento se llenará la casa de gente; llegarán primero los enemigos, luego los familiares, los curiosos, los amigos y todo el que desee tomar café. Resiste. Pero las sombras han cubierto el patio y los niños duermen sobre sus catres, y el ave que dormitaba ha comenzado a revoletear en el cuarto.

Sin poder hablar o moverse, el viejo hace gestos tratando de espantar el pájaro, pero todo intento es inútil. No puede gritar, apenas si sale de su interior un gemido triste. El pájaro se posa en la ventana y emprende el vuelo hacia el oriente; no se



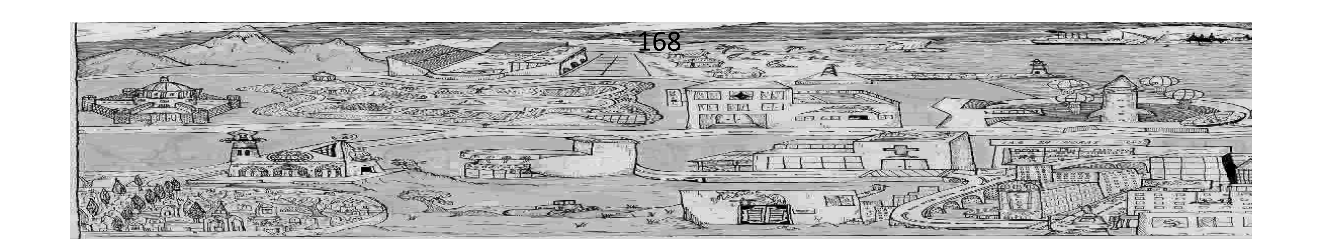


detiene. Avanza velozmente ante las miradas que escudriñan en la penumbra.

La casa queda en silencio. El viento que soplaba sobres las ramas del almendrón ha cesado; no se escucharon más las desafinadas notas de los grillos en el patio, y el perro que aullaba junto a la ventana del viejo también ha quedado mudo. No hubo tiempo para llorar en la noche más larga y silente de todas las noches.

Cuando sea la hora volverá como de costumbre el pájaro gris, a llevar consigo el llanto de los que aguardan el tiempo de las sombras. La próxima vez lo esperará otro cuerpo en el mismo cuarto y sobre la misma cama, con las manos sobre el pecho y la mirada perdida. Y seguramente habitará allí, sobre el pensamiento; y la dignidad incólume recibirá otra vez los últimos ataques.





Cayetano Miramón

A Orión

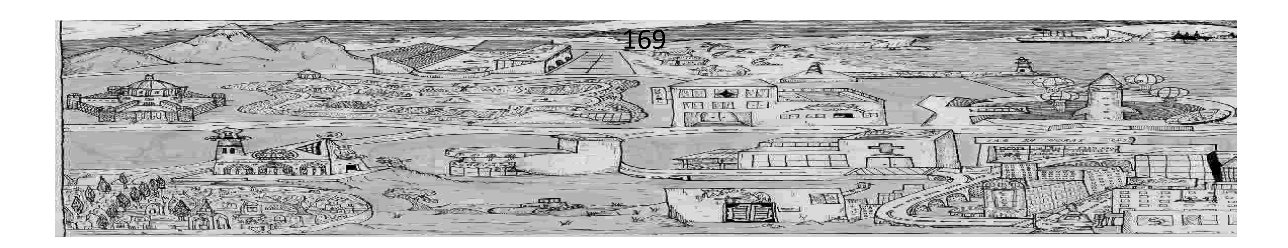
Percibí tu alegría,
compartí el entusiasmo
y pude ver que ante mis ojos la noche
se deslizaba y llegaba el día.

Y fui feliz
de tenerte,
de que fueras mi amiga
con la cual llegar a "La Catedral del cielo"
Y se hizo un nuevo día y llegó la noche
y Betelgeuse nos señaló hacia "la Capilla Sixtina
del "Cazador del cielo";
y sopló el viento entre las cañadas
verdeazules que nos llevó al mar.

Y allí se mezcló de recuerdos
mi corazón, con el negror del cielo
punteado por mil luces eternas,
entre ellas, Rigel y Bellatrix me recordaron tus ojos
y un refulgente Sirio, tu corazón me pareció.

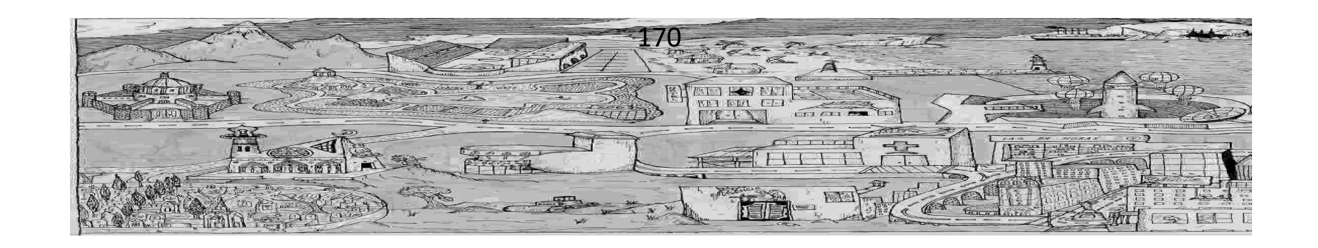
Sentí entonces la dulce caricia
de un beso que sellaba nuestro pacto
antes de iniciar el eterno viaje
a Orión…
Quiero ser testigo si escorpión logra su cometido…





En la madrugada del 17 de octubre, contemplando la Constelación de Orión
Cayetano Miramón
2008.





Molkas

EL JEFE CIEGO

Me impresiona la frase. Así llamaban a mi abuelo paterno. Por una razón semejante a la que se están imaginando: tenía la fuerza y la persuasión para mandar. Fue jefe de brigada, de obras, de organización y de la polis vallisoletana tres veces.

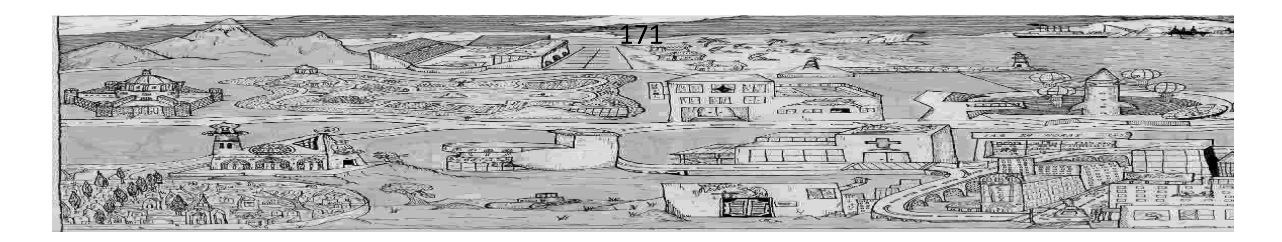
El de la evocación moderna tiene otros atributos pos supuesto. Es blanco y barbado, émulo de Agustín I y maximilianista --a la usanza del de Habsburgo y Chapultepec-- del cual tomó la facha y la vocación.

Devoto de la capilla votiva del Cerro de las Campanas, allá en la otomí queretana, convertida ahora en Santiagueña por aquello del mito de Compostela, el de la reconquista española: matamoros en su momento y, en el nuestro, de otomíes apantallados por el jinete que en flamas blande la cruzespada cegadora sobre la patria avasallada.

Vi, repito, en el estadio Corregidora, a este Jefe ciego en el fútbol: Jefe Nieves, pues las barbas blanqueaban su rostro hirsuto, adusto, con el gesto del triunfante prevaricador que se enseñorea en su proeza ante la admiración de sus fans.

La última, la de su Dulcinea, litigante como él, ante cuyos encantos cayo de hinojos, dejando de lado a su confiada consorte, con la que hizo votos de fidelidad ante el altar y, arrogante, despreció el lazo laico de la ley, para mostrar al Anáhuac cuan recias eran sus creencias en el sacramento nupcial. Ingenua de ella, dirán las malas

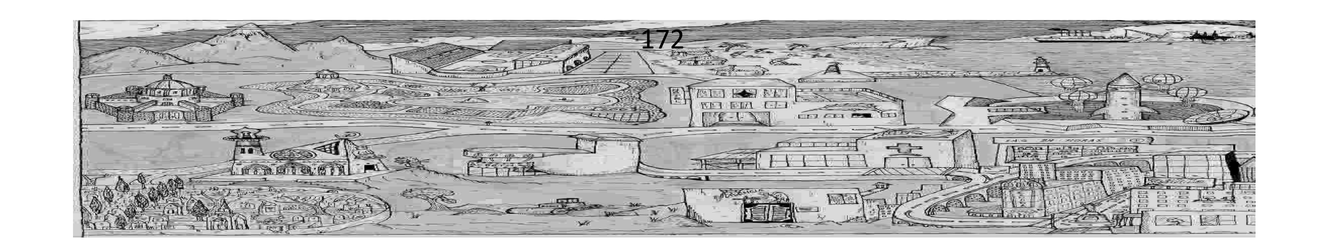




lenguas contra el prevaricador.

Me vi entonces también en medio de tal circunstancia. La ciudad de la conspiración, donde Josefa, una purépecha de origen, decidió poner en marcha la gesta libertaria en contra del "yugo matamoros" para, 200 años después, reencontrarme con el mito subyugante del criollismo implacable de la santiagueña queretana y su emblemático Jefe Ciego.

Desde la casa de la Urraca.



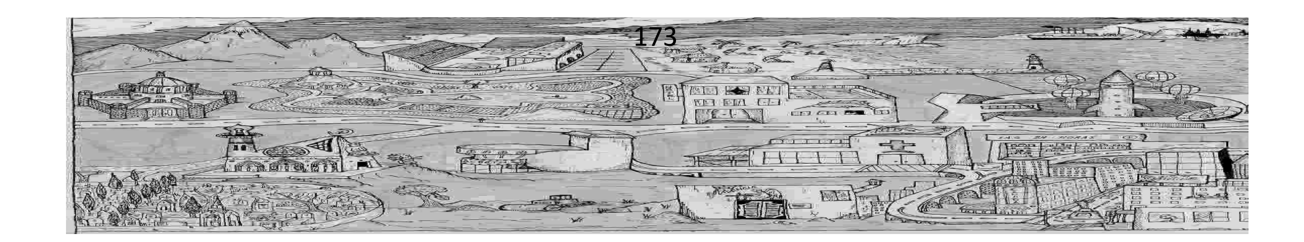
Más Dadá

Armas de destrucción pasiva

Juan abre la ventana de su habitación, un minúsculo rectángulo de madera vieja y raída con vistas a un lúgubre patio interior. Apoyado sobre el alféizar, observa un reflejo cuyo origen tiene lugar dentro de la casa de Carlos, su vecino de enfrente. Coge los prismáticos que están sobre la alacena, se los cuelga al cuello con movimientos mecánicos (Esto nos hace intuir que está acostumbrado a usarlos con frecuencia) y trata de averiguar qué es aquello que brilla tras la ventana del 4ºC Bloque 2. Sigue con los lentes el haz de luz y da con el objeto: apoyada en la mesita del salón de su vecino, nada menos que una pistola Blown modelo Mini 9MM con cacha de madera, una pequeña joya para todo aquel que sepa algo de gatillos. Inquieto, apaga el cigarrillo, carraspea un par de veces, se rasca la cabeza, carraspea por tercera vez y tras ponerse el abrigo de ante y pana y el pañuelo malva, se dirige a la calle.

Afuera hace calor, mucho calor, a pesar de que estamos en enero. Por un momento, está a punto de caer en la tentación de adentrarse en un soliloquio sobre el cambio climático, el efecto invernadero y esa clase de cosas, pero tiene la cabeza demasiado ocupada con la dichosa Blown de 9 MM apostada sobre la mesita de Carlos, su inoportuno vecino del 4º ¿Para qué querrá un arma como esa? ¿Acaso la dejó intencionadamente sobre la mesa para que él pudiera verla desde la ventana? Y en tal caso ¿Qué pretende con semejante muestra de ostentación? Por fin, dobla la esquina, cruza la calle y entra en una armería. Desde afuera, podemos ver cómo tras una breve charla, el dependiente va colocando una serie de artículos sobre el mostrador: armas, claro.

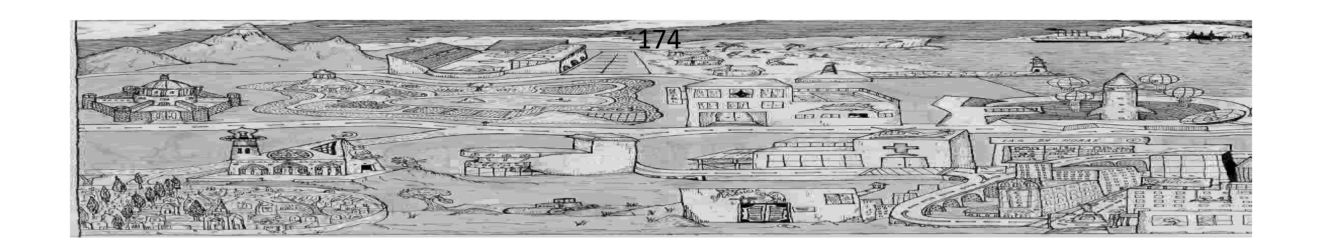




Han pasado casi veinte minutos desde que Juan entró en la armería y al fin le vemos salir con una pequeña bolsa entre las manos. Llega al portal, sube las escaleras, entra en casa, abre la bolsa y desenvuelve el paquete. Adivinamos al fin el contenido: nada menos que una pistola Tanflogio modelo P4OF 40 SW Pavonada. Se quita el abrigo, se afloja ritualmente el pañuelo malva del gaznate y enciende un Camel Filter sin filtro (¿?). Da un par de caladas seguidas al cigarrillo y coloca estratégicamente su nueva pistola encima de la mesa de la cocina, asegurándose de que cuando su vecino Carlos se asome por la ventana, pueda ver su flamante revolver en todo su esplendor. Da una tercera calada y tira el cigarrillo por la ventana. Afuera, a pesar de ser enero, sigue haciendo un calor espantoso. Coge una Heineken del frigorífico, sale de la cocina y se dirige al salón, sentándose en su sofá de orejas verde pistacho. Enciende la tele y tras un rato cambiando de canal, se detiene en un capítulo antiguo de los Simpson. A los cinco minutos, le oímos roncar...

A las cuatro de la mañana despierta sobre el sillón. En el televisor, los Simpson han dado paso al Teletienda, desde donde un tipo con sorprendente parecido a Chuck Norris trata de venderle unas mancuernas para desarrollar los bíceps. Se levanta y se dirige a la ventana de la cocina. Su Tanfoglio pavonada sigue allí. Mira a través de la ventana la casa de su vecino: para su sorpresa, la Blown de 9 MM de Carlos ha sido sustituida nada menos que por una Mind Ranger F7, que está colocada en el lugar exacto que el anterior revólver, lo cual, piensa, es una provocación en toda regla, como dándole a entender que no piensa amedrentarse por su nueva adquisición. Mientras espera a que llegue la hora de abrir las tiendas, se encamina de nuevo hacia el salón con otra Heineken en la mano. Chuck Norris —ya no tiene duda de que es el mismísimo Chuck, hay que ver lo ilimitada que puede llegar a ser la decadencia humana, piensa— trata ahora de venderle una crema que si te la untas por el pecho, dice Chuck, te salen unos asombrosos pectorales en menos de 48 horas.

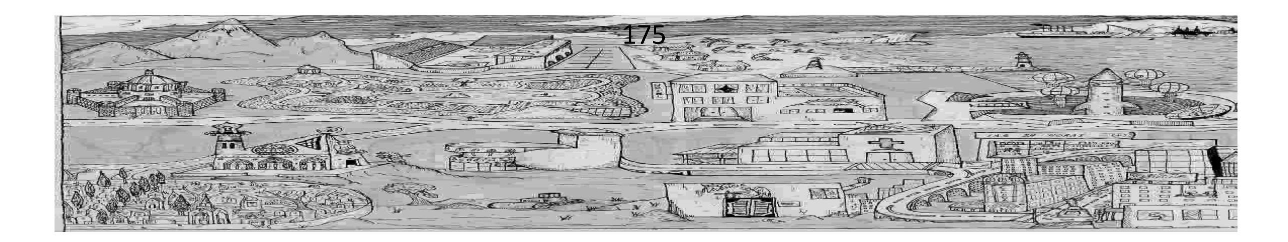




En cuanto el dueño de la armería abre las verjas de su local, Juan entra en la tienda. No le informa al dependiente de cuales son sus intenciones, pero le deja bien claro que necesita un revólver que supere todas las prestaciones de la Blown de 9 MM de Carlos. Finalmente, sale de la tienda con un paquetito, en cuyo interior hay una Finger Spirit F9, probablemente la más sofisticada de las pistolas que pueda encontrarse en una armería profesional. Entra en la cocina y sustituye la Tanflogio modelo P4OF 40 SW Pavonada por su nueva y flamante Finger Spirit F9. Coge los prismáticos y dirige los lentes hacia la ventana de su vecino. No puede creer lo que está viendo: en lugar de la Blown de 9 MM ahora tiene sobre la mesa nada menos que un subfusil Perkins Warrior XXT. Parece que el asunto va en serio, esa nueva y deslumbrante ostentación bélica es un mensaje en toda regla: la guerra ha comenzado y no hay hueco en el mundo para los dos.

Tras entrar en numerosas páginas de internet, Juan ha conseguido dar con un tipo que asegura estar dispuesto a venderle una New Pavilium Serie III, será una operación contra reembolso y con máxima discreción, asegura el vendedor. El paquete con la New Pavilium Serie III llega al día siguiente. Paga los 1700 euros estipulados, desenvuelve el bulto y se dirige a la cocina para colocar su nuevo juguete sobre la mesita. Previamente, ha procurado sacarle el máximo brillo para que cuando Carlos se asome a husmear, pueda ver el arma en todo su esplendor. Una vez colocado, mira de nuevo a través de la ventana. Lo que parecía imposible, acaba de suceder: Carlos no sólo ha sustituido la Mind Ranger F7 por un lanzamisiles Brad Pink R2, sino que el cañón apunta directamente hacia su ventana. Parece que todo va más rápido de lo esperado y no hay tiempo para especular. El desenlace final está cerca: el mundo —siempre lo pensó— es de los decididos, de los que se anticipan al enemigo. Contacta de nuevo con su proveedor de internet. Por 4000 euros, asegura el tipo, le puede conseguir un Tierra/Aire Mix LXX de fabricación soviética, siempre bajo la máxima discrecionalidad, insiste literalmente

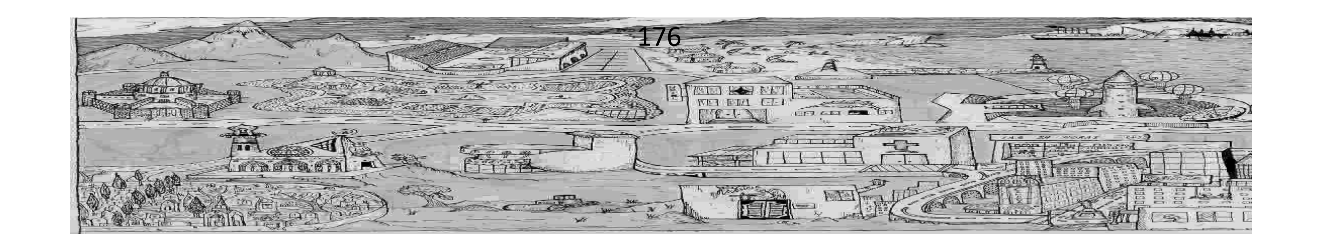




el vendedor, y finalmente cierran el negocio.

El edificio cayó como un castillito de naipes a eso del medio día: un par de deflagraciones, un par de segundos de pavoroso silencio y poco más. Un minuto después del primer estallido, el número 149 de la calle Cuevas de Almanzora quedó reducido a unas cuantas toneladas de cascotes. Un paquete de cigarrillos Camel Filter se balanceaba humeante sobre una montañita de piedras, ladrillos y restos de inodoro Fue una soleada y calurosa mañana de enero de 2008, tan soleada y calurosa para esa época del año que uno termina por pensar que, al final, eso del cambio climático va a resultar que es verdad.





LuisBermer

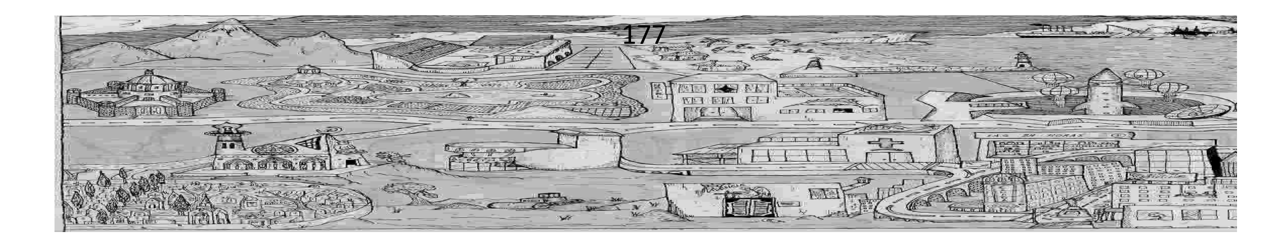
AMOR CUÁNTICO

-Un avance-

El viejo profesor Blof entró en el aula con la bolita de su antena craneal colgando lánguidamente. Arrastraba los pies sin energía, y su piel verdosa presentaba un matiz amarillento muy poco saludable. Infección meteo-vírica –pensé, o puede que un simple mareo gravedad-cero. Y es que hay flojos que no se acostumbran nunca. En cambio yo no me podía quejar. No podría haber iniciado el curso con mejor suerte. Es como si me hubiese tocado un pleno en la Billoloto, ¡Qué digo! La fortuna me había sonreído con algo más valioso que mil billolotos juntas: ¡¡Me habían asignado a Baraky como estudiompañera!! ¡Y hasta final de curso! Después de aquello ya podía morirme satisfecho, pues lo que viniese de entonces en adelante no sería sino inercia anodina. ¡Oh, Baraky!, aún hoy me cuesta creer que todo sucedió de veras.

Si la memoria no me falla, en aquel curso nuestra clase estaba constituida por 1724 alumnos; un auténtico crisol de culturas y especies, provenientes de todo el sistema solar y sus aledaños, sin olvidar a los visitantes de las dos dimensiones subatómicas principales. ¡Y de allí, precisamente de allí, del laberinto cuántico había llegado mi amor! -bueno, mi amor y el del resto de la clase, por supuesto-. Parece imposible y, sin embargo, es un hecho incuestionable: todos, absolutamente todos los especímenes masculinos consideramos a las chicas subdimensionales como el insuperable summum de la belleza física y mental; es algo que no se puede explicar con palabras, sólo su presencia explica el misterio, que lo sigue siendo,





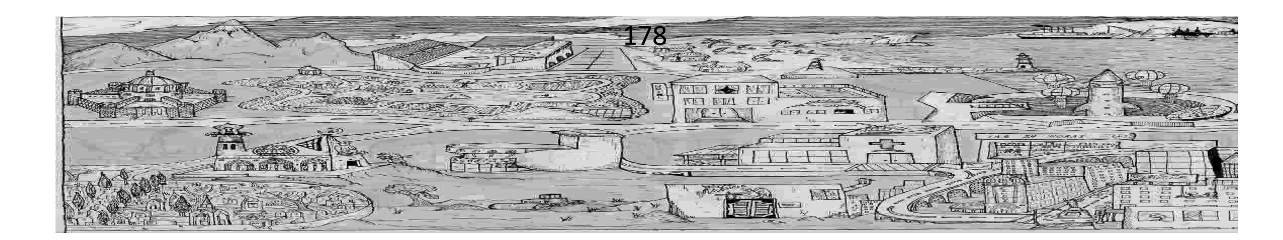
salvo que entonces a uno ya no le importa nada de nada, ni el misterio ni la ciencia; sólo estar a su lado... porque eso es la felicidad.

¡Y encima nos visitaban tan pocas! En aquella promoción solamente estuvo entre nosotros Baraky, con sus facciones simétricas y afiladas, y sus curvas entre sólidas y líquidas, y sus enigmáticas miradas capaces de despedazar el alma de un hombre y recomponerla a su antojo, como un puzzle infantil de piezas blandas. ¡Ah, y yo iba a permanecer junto a ella durante más de cuatro meses, arropado por una ponzoñosa tormenta de pensamientos envidiosos, por cientos, que me desearían la más dolorosa de las muertes, sin sospechar -salvo telépatas- que con ello lo único que conseguirían era aumentar aún más, si cabe, mi alucinógena excitación!

Tras lo que nos pareció una comprimida eternidad, el profesor Blof trepó resoplando hasta lo alto de su púlpito de metacrilato y, una vez recuperado el resuello, conectó la megapizarra a sus espaldas. Su rostro apareció en una esquina, justo como hubo de ser cuarenta años atrás.

-¡Cof, cof!, ¡Hrum! –intentó desprender el óxido de su garganta-. Bien, niños (¿Qué pensarían en ese instante los titanianos presentes, cuyas crías nacen como guerreros formados capaces de tronchar láminas de diamante con escaso esfuerzo de sus patas?), hoy comenzaré con Exploración analítica de segmentos temporales pasados. Aquellos alumnos no matriculados en esta asignatura (¡Gracias, Dios, gracias, por dirigir mi azarosa mano hacia aquel cuadrito y plantar una cruz en él!) pueden dedicarse mientras a fumar drogas, pelearse, intercambiar fluidos, hacer como que estudian o insultarme en voz baja si lo desean...¡PERO NO ME INTERRUMPAN NI POR UN SEGUNDO, COF! –aquel contraproducente intento de autoridad bronquítica provocó carcajada general, incluso entre los que no estábamos predispuestos a ella. Tras unos minutos de escarnio, su magullada dignidad se elevó desde el suelo para refundirse con él, prosiguiendo entonces con





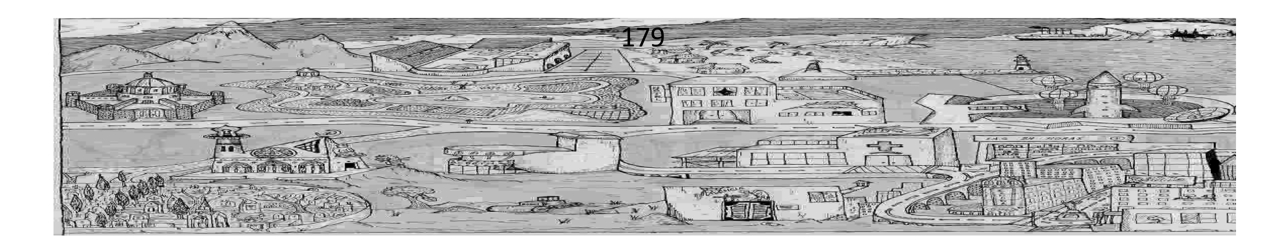
su trabajo.

Cada pareja de alumnos recibía una extensa explicación de la actividad final que debía llevarse a cabo para poder aprobar con honores la asignatura, lo cual constituía un método de evidentes raíces arcaicas, obviamente superado, tedioso y, sobre todo, soporífero. Nosotros éramos los penúltimos de la lista, así que nos pusimos cómodos. Baraky aprovecho para dormir con los ojos abiertos -o era eso o es que me estaba ignorando por completo; uno nunca puede estar seguro del todo con estas enigmáticas chicas-, mientras yo me dedicaba, con los codos firmemente apuntalados, a su divina contemplación, adorándola en mi éxtasis con lágrimas de emoción en los ojos. Apenas sentí a los enfriadisturbios con sus mangueras de nitrógeno empleándose unas filas más atrás. Las cinco horas se pasaron volando.

El profesor Blof se restregó los ojos, manteniendo su precario equilibrio entre cabezadas y amagos de desvanecimiento, antes de volver a descargar otra de sus peroratas clónicas, esta vez contra nosotros. Juro que por espacio de un segundo intenté prestarle atención, pero mis ojos, como imantadas agujas gemelas, tornaron irremisiblemente hacia su natural norte Baraky; ni las relativamente cercanas explosiones del ala éste, ni el olor a carne y madera quemada, ni los discursos de plomo, ni ninguna otra cosa sobre este mundo podría anular ésta, mi ley natural.

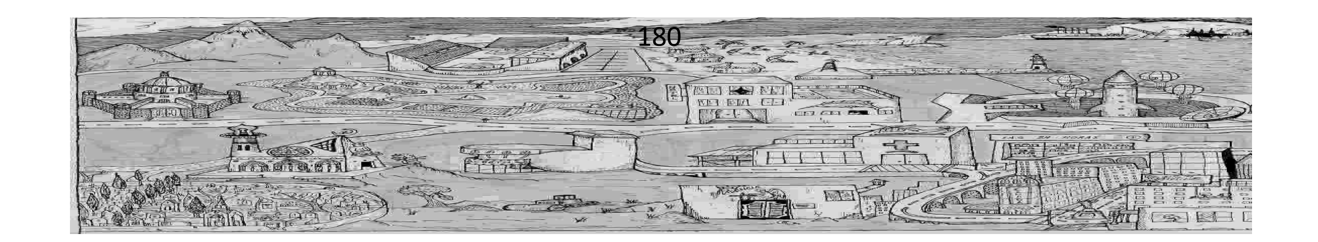
-Bla bla bla...han de comprobar los sistemas de seguridad del vehículo...bla bla bla bla ¡Cof! fijarse una identidad y ajustarse el traje de humanoflaje correspondiente bla bla...cortar el segmento espacio-temporal para no ¡Cof, cof! ser molestado por otros ¡Cof, hum! coetáneos del objetivo/s...bla bla bla pasar completamente desapercibido, sin dejar ¡guf, cof! huellas ¡brum! de disfunción cronológica bla bla bla...y mucho cuidado con lo que decimos, repasen sus apuntes de lenguajes psico-primitivos si la escogieron...bla bla bla bla...nada de souvenirs, nada de recuerdos o





implicaciones...bla bla...¡Mantengan fresco el procedimiento!... bla bla bla autoeliminación si les cogen y poco más...bla bla ¡Cuof!





Eliah Germani

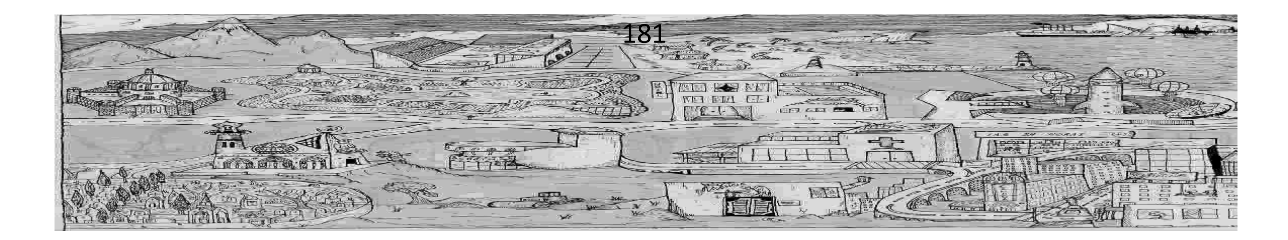
Fuego en Shabat

Nicolás ya se ha instalado en la terraza y trata ahora de encender la parrilla, la tiene colmada de carbón fresco, preparada para armar un buen fuego dónde asar sus brochetas de kebab. Salma, su mujer, ha retirado el equipaje desde el auto, y recién se ha marchado al interior de la cabaña para hacer dormir a la pequeña Sofía, la hija de ambos. Ariel y Carolina, sus compañeros de viaje, luego de descargar su propio auto, ordenan en la cocina las provisiones para la cena que compartirán más tarde, al aire libre, bajo el cielo estrellado de esa cálida noche de verano. Hace menos de una hora que arribaron a la cabaña, en aquel recóndito paraje en medio de la cordillera. Son dos matrimonios jóvenes, buenos amigos que desean prodigarse un apacible fin de semana lejos de la ciudad, sin televisor ni teléfonos que contestar.

-Me parece que olvidamos el vino y las bebidas -dice Carolina alarmada a Ariel -. Creo que al empacar se nos quedaron en Santiago.

Ariel hurga una vez más en el interior del coche y revisa de nuevo el portaequipajes, pero al final tampoco encuentra nada. Está claro que dejaron las bebidas en casa. Carolina, no se da por vencida y sin perder más tiempo decide salir a comprar algo. Sabe que existe un minimarket y una pizzería para turistas a un par de kilómetros cordillera arriba. Por el momento no hay otra posibilidad de conseguir algo para beber, tal vez en la pizzería, pues el minimarket a esa hora ya debe estar cerrado.





-Es la pizzería de Mazzini –dice Nicolás-, tiene un letrero con luces que se distingue bastante bien desde el camino. Creo que no está muy cerca: si lo deseas, yo puedo ir para allá.

-No, déjame hacerlo a mí –replica Carolina-. Yo soy la responsable de las bebidas. Además, no olvides que esta noche tú eres nuestro chef y no te puedes alejar de la parrilla.

Carolina es una rubia llamativa, muy delgada, de movimientos enérgicos, que viste jeans ajustados. Ariel, cruzado de brazos, la contempla por un segundo. Hubiese preferido salir en su lugar, pero no lo expresa en voz alta. Él bien sabe que cuando Carolina ha decidido algo, no hay quién la pueda convencer de lo contrario.

-Ten cuidado, mi amor, -advierte- el camino hacia arriba es muy empinado y tiene cuestas peligrosas. Tómate tu tiempo y maneja con precaución. No tienes para qué correr.

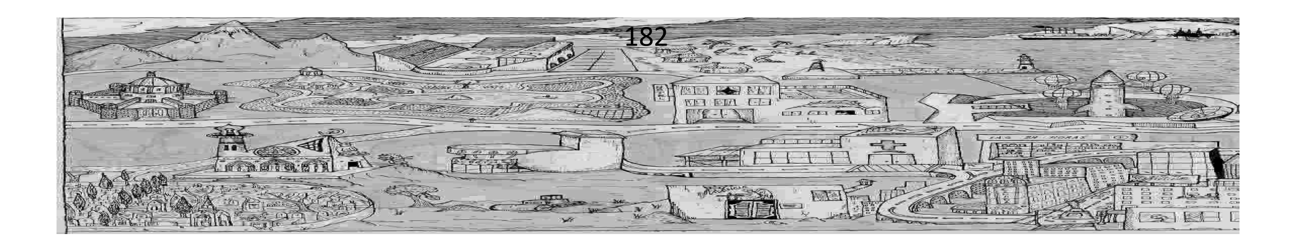
-Sí, cuídate, por favor –agrega Nicolás-. No nos hagas pasar susto.

-¡Muy bien, muy bien papá! –responde Carolina con ironía-. ¡Siempre debo escuchar a mis machos sabelotodo! ¡Por supuesto ellos lo hacen mejor que yo!

Luego sube al auto, pone en marcha el motor, enciende las luces y acelera levantando polvo por el sendero de salida. Se detiene brevemente junto al portón y señaliza que virará hacia la izquierda. Recién antes de abordar el camino se abrocha el cinturón de seguridad.

Los Glickman –Ariel y Carolina– son los mejores amigos de Nicolás y Salma Assat. Un par de veces han compartido las vacaciones y suelen viajar juntos durante los fines de semana. Ariel y Carolina son judíos. Nicolás y Salma descienden de





inmigrantes palestinos. No es raro que alguien les pregunte acerca de cómo pueden ser amigos. “¿Por qué no?”, es la respuesta de costumbre. “Somos chilenos y vivimos en Chile, un país que de por sí ya encierra suficientes diferencias. ¿Con que fin buscar más cosas que nos separen?” Lo cierto es que Carolina y Salma se conocen desde la infancia. Ambas fueron compañeras en el colegio y después en la universidad. Desde hace un par de años son socias en un reconocido estudio de abogados. Nicolás, el marido de Salma, es un ingeniero de prestigio, un tipo extrovertido y jovial. Ariel – bien parecido, de barba oscura y pelo ensortijado-, que podría incluso pasar por hermano de Nicolás, nunca terminó sus estudios de arquitectura y ahora prueba suerte en el negocio inmobiliario.

Salma luego de hacer dormir a Sofía aparece por la terraza.

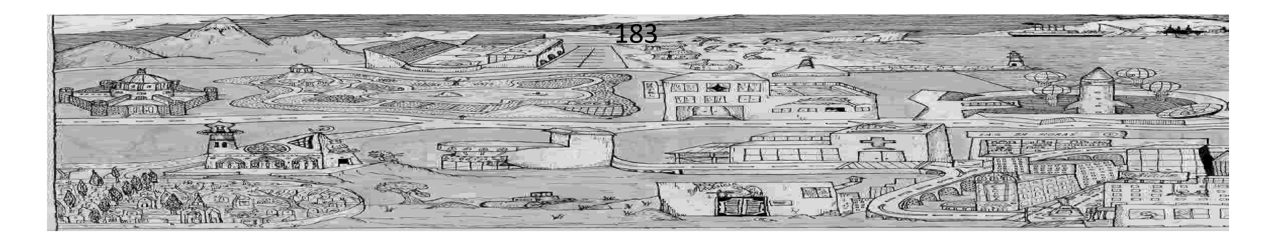
-¡Es valiente mi amiga! –comenta-. ¡Es típico de ella! A mí no me importaría un rábano quedarme sin nada para beber, con tal de no tener que conducir de noche por ese camino.

-¡Pues nos ha dejado plantados! –dice Nicolás-. En verdad no quiso liberarnos de cocinar.

Ariel y Salma colocan una mesa plegable sobre el césped, acomodan las sillas necesarias y disponen sobre un inmaculado mantel blanco los cubiertos para la cena. Luego se acercan a la terraza y comienzan a preparar las salsas y las ensaladas, mientras Nicolás, a su lado, se ocupa de armar las brochetas de kebab, pinchando con hábiles movimientos los cubitos de carne de cordero que ha aderezado desde el día anterior, alternándolos minucioso con trocitos de tomate, de berenjena, de cebolla y de pimiento morrón.

-Estas brochetas se llaman shish kebab -explica Nicolás-, shish significa seis y se





refiere a que cada brocheta debe contener seis cubitos de carne. En España les llaman pinchos morunos.
-¿Es lo mismo que el döner kebab de los turcos? –pregunta Ariel.

-No, ésa es otra variedad. El döner kebab se prepara con carne cortada en láminas, que luego se asan dispuestas en un cilindro vertical. Habitualmente se sirven con salsa y verduras en un sándwich de pan pita –responde Nicolás.

-Tampoco son exactamente los anticuchos chilenos –aclara Salma-. Los anticuchos contienen longaniza de cerdo, algo impensable en una comida que proviene de los países islámicos.

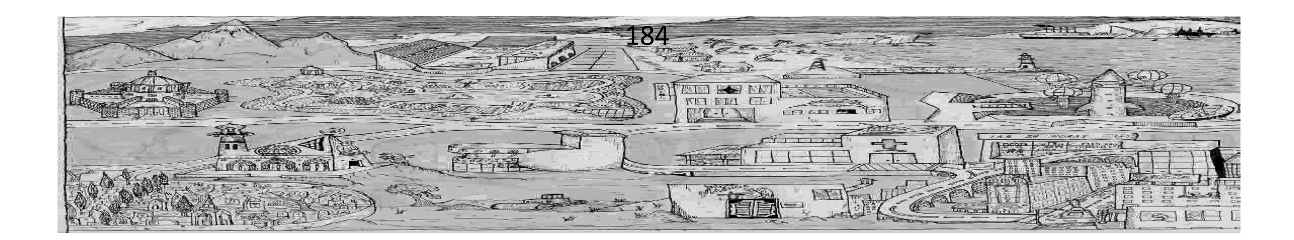
-Es un plato típico del medio oriente y para nosotros en casa pertenece a la tradición familiar –dice Nicolás-. Con Salma, cuando hace buen tiempo y las tardes son más largas, armamos nuestra parrilla de kebab y gozamos de una buena cena en el jardín.

-Eso funcionó hasta que reclamó nuestra vecina –acota Salma.

-Sí, esa es una historia verdaderamente tragicómica –agrega Nicolás-. Fue a causa de su marido. Nosotros apenas lo conocíamos, sólo lo habíamos divisado un par de veces: un gordo enorme, un tipo que debía pesar más de cien kilos, que hasta tenía dificultades para caminar.

-Sucedió que la vecina –explica Salma- ya bastante alarmada por la obesidad del marido, pensó en que, si de una vez por todas ella no hacía algo, pronto se iba a quedar viuda. El gordo podía sufrir un patatús en cualquier momento. De alguna manera logró convencerlo de que se operara para bajar de peso, para que le achicaran el estómago. Bueno, cuando la vecina vino a reclamar, ya hacía dos





semanas que el gordo se había operado y, a esas alturas, tenía todo patas arriba por las ganas de comer. Los médicos no le permitían tragar nada más que una papilla de hospital, en porciones para bebés, y cuando se le pasaba la mano con lo que comía empezaba en seguida a vomitar.

-¡Imagínense, -interrumpe Nicolás– de pura hambre les daba dinero a sus chicos para que le fuesen a comprar potes de yogurt, o flanes de chocolate, se los encargaba por docenas, en el almacén de la esquina! Y nosotros, al otro lado de la cerca, sin tener idea, le aguijoneábamos el apetito con el humito de nuestra parrilla.

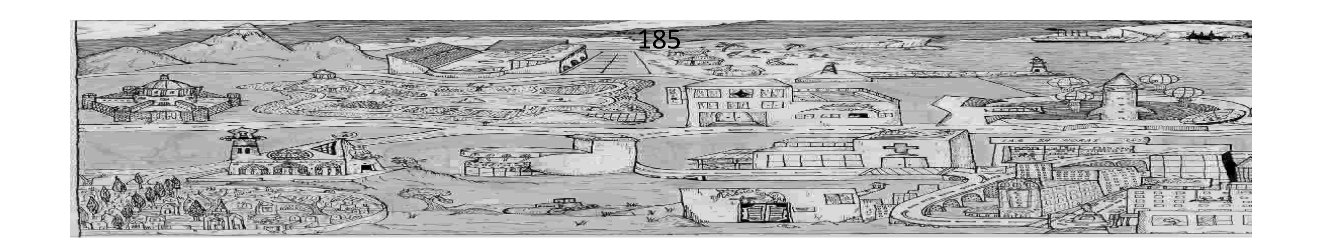
-La vecina estaba desesperada, –continúa Salma- dijo que al día siguiente se escaparía de vacaciones junto con los niños. Nos pidió por favor que no cocináramos al aire libre, que los olores estaban matando a su marido. ¡Se veía tan agotada la pobre que era imposible no atender lo que pedía!

La noche es cálida y la tibia brisa que llega a la terraza contiene el verde perfume de los bosques vecinos. Da gusto respirar en esa noche, llenar completamente el pecho y los pulmones de aire silvestre. De pronto, desde la cabaña, se escucha estridente el llanto de Sofía.

-Se ha despertado de nuevo -advierte Salma incorporándose desde su silla-. No, pero ahora no iré yo, esta vez te tocará acompañarla –dice a Nicolás-. Con el papá a su lado es seguro que se calmará muy pronto.

-Por lo visto me liberaré al fin de cocinar –responde sin mucho entusiasmo Nicolás, mientras se limpia las manos con el extremo del delantal-. Eso sí: alguien tendrá que hacerse cargo de las brochetas –señala contemplando con mirada suficiente la bandeja pletórica de carne y la fuente rebosante de verduras picadas. Luego desaparece a toda prisa en el interior de la cabaña, donde el llanto de Sofía resuena cada vez con mayor vehemencia.





Salma se incorpora y ocupa el puesto de Nicolás junto a la mesa, y no sin destreza continúa armando las brochetas. Ariel, se acerca a la parrilla y aviva otro poco el fuego. Salma le sonríe sin decir nada. Hay complicidad en su sonrisa. Salma posee cierta arrogancia, tiene una distinción que se nota y es seguro que no dirige una sonrisa así a cualquiera. ¡Qué mujer más atractiva! –piensa Ariel–. ¡Quién puede escapar a esos ojos tan bellos! ¡Una mujer para enamorarse de ella! De pronto Salma se dirige a buscar algo a la cocina. Ariel advierte su enorme trasero, ese desproporcionado relleno que le ensancha las nalgas y que en verdad debería pertenecer a otro cuerpo. Porque Salma de ninguna manera es una mujer de contextura gruesa: tiene vientre plano, erguidos pechos de adolescente y un largo y bien formado cuello. Sólo al verla por atrás queda en evidencia esa redundancia corporal que, por lo demás, ella luce con completo desenfado, vistiendo pantalones apretados y una corta blusa que no ayuda a disimular nada. Pero cuando ella mira, con esos ojos suyos que sonríen, todo se convierte en un acto de magia, en una dulce electricidad que captura y que tan sólo hace desearla.

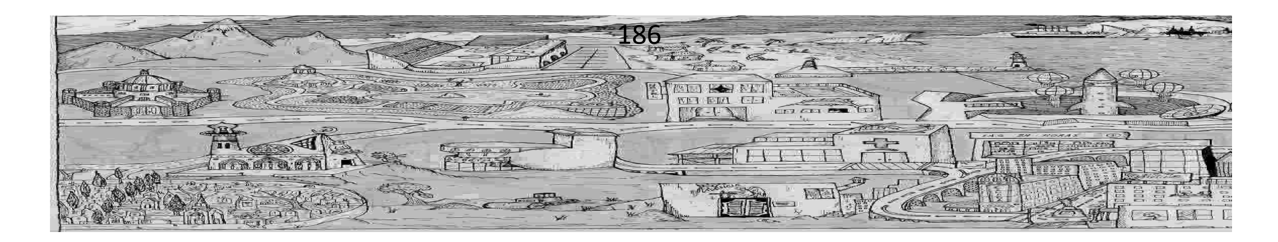
-Ya son casi las diez –dice Salma mirando su pequeño reloj de pulsera que refleja un breve destello de luna-. Tal vez deberíamos poner las brochetas en la parrilla. ¿No te parece que Carolina se está demorando demasiado?

-Sí, es cierto, pero con Carolina siempre es así. Tú sabes que nunca ha sido muy puntual –minimiza Ariel.

-No puede pasarle nada malo –añade Salma-. ¡En una noche tan bella! ¡En mi vida había visto estrellas tan luminosas como las de este cielo! ¿Ves esa luz allí, a la derecha, la que brilla más intensa? Es Venus. Esa estrella es Venus.

-De acuerdo a la tradición judía yo no debería estar atizando las brasas –dice Ariel, mientras arregla la parrilla para poner a asar las brochetas-. Hoy es noche de





viernes, es decir, ha comenzado el shabat, y en shabat no está permitido hacer fuego.

A Salma le sorprende el comentario de Ariel y permanece un momento en silencio, con el rostro iluminado por la cálida luz de las brasas.

-Cuando hablas de cosas judías me pones un poco tensa –confiesa Salma-. En seguida tengo que pensar en los míos, en los de Palestina, en los que tuvieron la mala suerte de nacer en el lado equivocado. No puedo evitarlo, pero siento rencor… Sí, esa es la palabra: rencor.

-Por lo menos aquí en Chile estamos parados en el mismo sitio -replica Ariel encogiéndose de hombros–, para nosotros no hay ningún "otro lado", y pensar distinto, o tener creencias diferentes, no nos impide ser amigos.

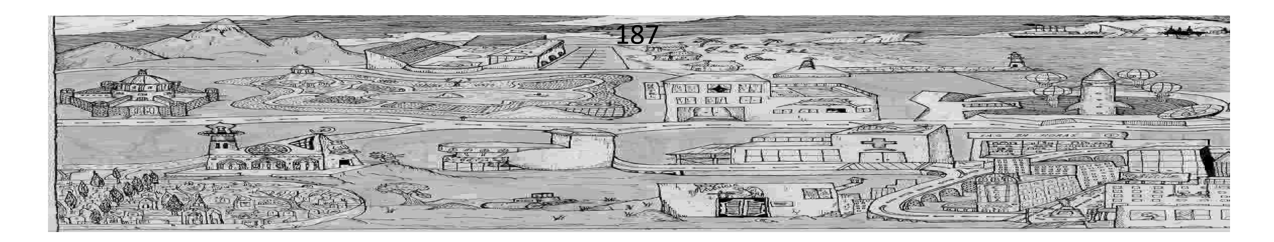
-Justamente lo inalcanzable para nuestras gentes –contesta Salma cabizbaja-. No, no es rabia: lo que siento es rencor. Pero no es hacia ti… Dame tu mano, Ariel, apriétame fuerte. Necesito un poco de energía... y perdóname. Sé bien que eres mi amigo.

De nuevo Ariel se ve iluminado por la sonrisa cautivante de Salma. Coge su mano y después sencillamente la abraza, la aprieta a su pecho, la cobija. En ese momento está dispuesto a besarla pero el súbito graznido de un pájaro nocturno le paraliza.

-Será mejor que pongamos a asar las brochetas –dice Salma en voz baja-. Creo que todos ya estamos con mucha hambre.

-Por mi parte –declara Ariel- me siento más hambriento que tu gordo, que ese vecino tuyo.





Nicolás aparece silencioso por la terraza. Se ve adormilado, como despertando de un sueño.

-Sofía está durmiendo como un angelito –informa a manera de saludo-. Por supuesto, yo me quedé dormido antes que ella.

-Ya pusimos las brochetas en la parrilla –dice Salma-. Prefiero que tú te encargues de asarlas. Yo iré a aliñar las ensaladas. Ya es tiempo de hacerlo. Pienso que Carolina no debería tardar en llegar.

-¿No ha regresado todavía? –se extraña Nicolás-. Pues se ha demorado más de la cuenta. Si no vuelve pronto, tal vez sería mejor salir a encontrarla.

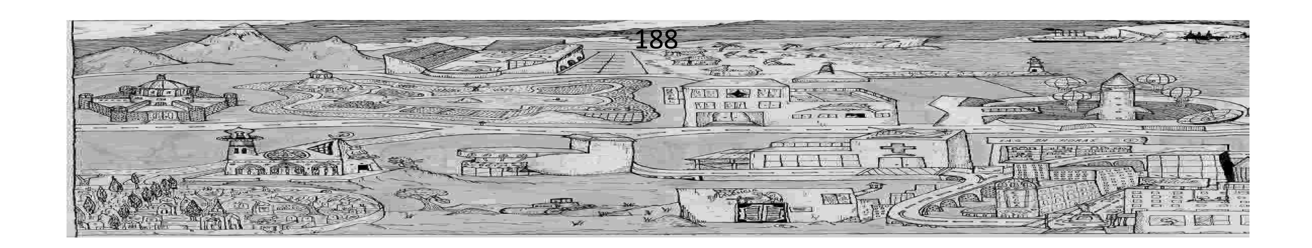
Entonces oyen desde el camino el rumor creciente de un auto que se aproxima a toda velocidad y después una frenada larga y sonora frente al portón de entrada. Súbitamente las luces del coche les encandilan en medio de una nube de polvo. Es Carolina. Al fin regresa. Sin haber detenido el motor abandona el auto a toda prisa. Parece que no ha traído nada, no se ve allí una sola botella.

- Pero, mi amor… – inquiere Ariel -. ¿Por qué te demoraste tanto? ¿Te pasó algo?

- ¡Son las noticias: las noticias en el televisor de la pizzería! -responde Carolina con voz agitada-. ¡Hay guerra en Israel! ¡Ha pasado algo terrible en Jerusalén!

Y sus palabras se escuchan graves y sobrecogedoras, como el sonido sordo de un árbol que se desploma.





Molkas

JUGAR AL OLIMPO

Del monte Olimpo, allá por Larisa en Tesaloniki, bajaron de un Mercedes platinado dos émulos de Dionisos. Visitaron a las aldeanas, a los alfareros y a los pobladores comunes de Tesalónica. Hasta que cansados de la vida tranquila y monótona de sus pacíficos y ortodoxos moradores, decidieron enfilar hacia la metrópoli helénica, específicamente al puerto de El Pireo, donde se concentra la vida de los magnates, los bon vivants del Egeo y las mercouris de "nunca en domingo".

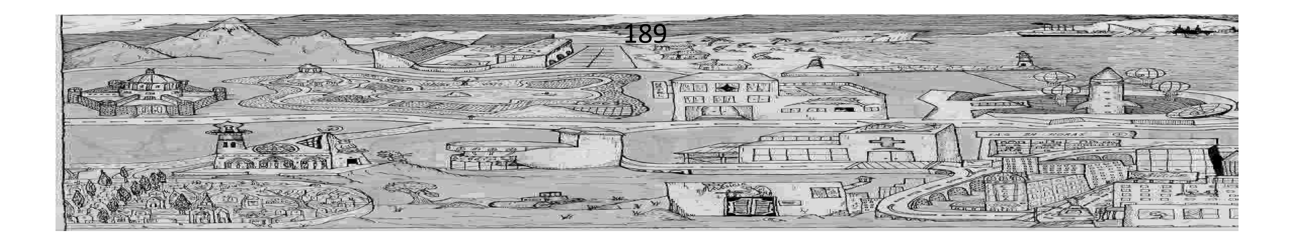
Allí rentaron un Penthouse, se bañaron en el jacuzzi de lapislázuli, embadurnaron con merjurjes y aromas de Megara sus cuerpos y se vistieron con linos álbeos cual sultanes de Samarcanda.

-¿Adonde vamos domine? -le pregunta Petrus al que parece ser el jerarca.

-Vamos al yate Christina, el que era del todopoderoso Ari. Me dicen que allí hacen ahora unas fiestas dionisiacas que ni el colega original se atrevía por aquellos tiempos.

Petrus conduce el magnífico Mercedes hacia la punta del Ática, justo enfrente del templo de Poseidón en la península del Egeo. Allí los espera una lancha y una fila de ayudantas vestidas de gasa translúcida en azul y blanco. Llegan a cubierta en el





preciso momento que se inicia el crepúsculo que incendia el cielo y refleja sus dorados rayos sobre el mármol del majestuoso templo.

Empiezan a escanciar un exquisito vino blanco, a punto de congelación, Aureus Trikos Delphi, que intensifica la percepción visual del alucinante ocaso helénico.

Una música pausada, rítmica e insinuante se desliza por la cubierta poniente marcando el paso de unas espléndidas danzantes envueltas en velos, haciendo sonar con su ritmo los címbalos de sus tobillos.

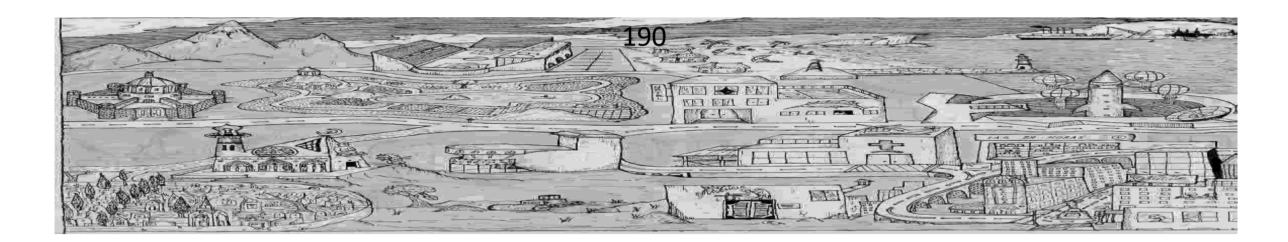
La libación se hace más intensa, ahora con un vino guinda, ligero y frío, que se transluce en la copa de cristal... y al cual le agregan unas gotas de datura y ephedra que lo vuelve rojo acerezado, tal cual los lienzos de nubes que se desgarran de luz en el tramonto egeíco.

De repente, la música hace un alto: los panderos suenan un continuo y las danzantes se repliegan haciendo una hilera doble a guisa de valla. Aparece una parvada de efebos esparciendo pétalos, vestidos con unos bombanchos de gasa atados a los tobillos, que se colocan detrás de las danzantes.

Entonces hace su aparición una odalisca exuberante vestida de gasa y tisú color mar egeo con ribetes dorados. Lleva su pelo recogido hacía arriba a la usanza griega. De su cuello penden dos crótalos aureus que se mueven en vaivén y se deslizan por sus ubérimos pechos enroscándose en su cintura. De sus brazos se desprenden también dos áspides azabaches que, con la cadencia de la música, se enroscan entre sus muslos, suben por el pubis e insinúan por detrás el surco interglúteo.

A un giro de sus manos, la música cambia y empieza un frenesí dionisiaco entre las





parejas que forman la valla. Se convierten en una coreografía sodómica y lésbica, en la que el mete-saca voluptuoso de falanges, lenguas y pitones transmite el ritmo, las sacudidas, los gemidos y las evoluciones de la música. La odalisca invita a los magnates a bailar y a envolverse con la música, pero todos la rehuyen por el temor a las mortales serpientes.

El frenesí aumenta y la Odalisca se acerca a la pareja de Larisos. Petrus se evade pero su patrón no. La toma de la mano y se deja llevar a visitar a cada una de las parejas dionsiacas que fornican al frenesí de la música, provocadas por los efluvios del vino rojo enriquecido con sicodélicos. Hacen réplica de cada una de las bacantes lujuriosas hasta que, enardecidos y entrelazados, se van a los aposentos del yate Christina que se ha convertido en la antesala de la gloria de Éros y Afrodita.

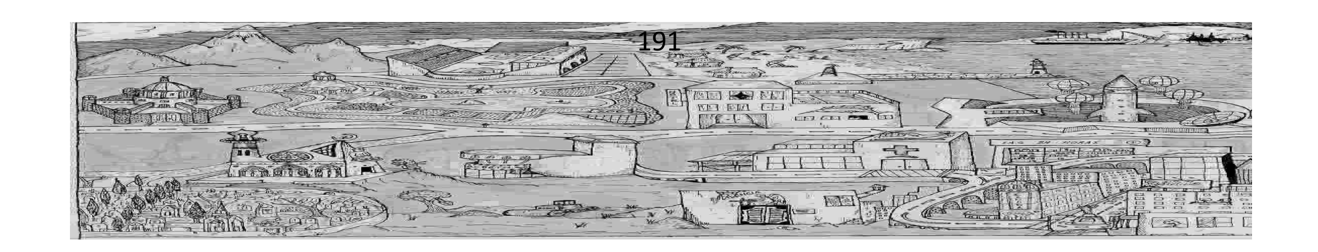
Petrus el servicial, ve el inminente amanecer tendido sobre cubierta en pleno felatio. El cielo es una media esfera celeste y acogedora. La Odalisca sale a darse un baño en el jacuzzi de lapislázuli instalado allí. Ve a Petrus y exclama:

-¡Petrus, Petrus, tu amo fornica como un verdadero Dios!

El recio domine oye la exclamación de la mesalina y le ordena a Petrus:

¡Petrus, vámonos de aquí, que ya nos descubrieron!





Luis Torregrosa

EL GENIO DE LA LÁMPARA

Después de mucho tiempo, encontró la lampara. Su alegría era desbordante. No recordaba bien la razón, pero la búsqueda había empezado hacía mucho, mucho tiempo atrás. La desenterró y comenzó a frotarla, cada vez con más energía. De golpe, la lámpara empezó a temblar, a estremecerse, con un poder insólito, sin duda mágico. Inmediatamente, y tras un par de convulsiones, la lámpara lo absorbió y fue en ese instante cuando recordó con precisión y asombro que él era el genio.

oOo

Letra

URGENTE

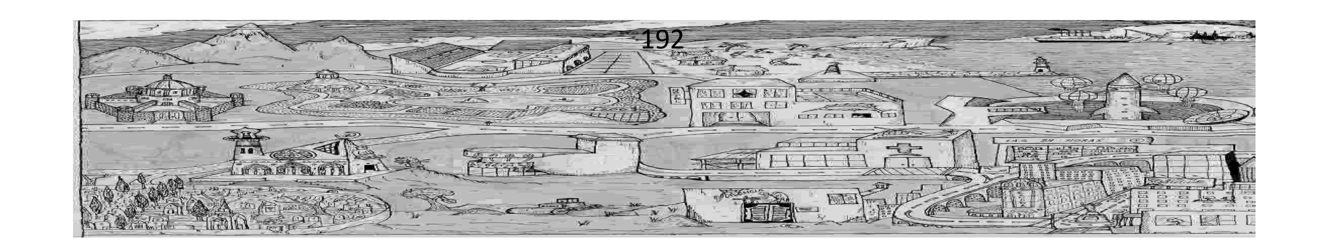
Situación límite. Stop.

Hacinamiento de almas. Stop.

Sin natalidad imposible reencarnación. Stop.

Firmado : Tu finado padre





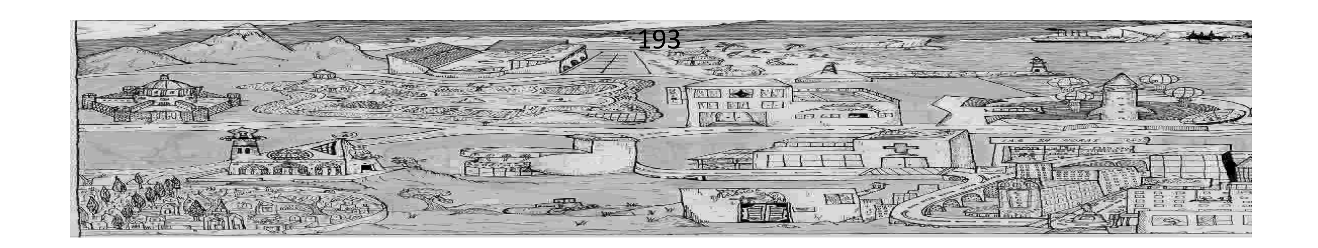
IMPAL

"Heal The World" de Yerba mala

Finalmente cedió. El precio por mantener la fama había superado su cuenta bancaria.

Ahora escribe cartas desde algún secreto lugar de África. Asegura vivir feliz, la tez se ha mimetizado con su color de origen y su afición por los niños, solapada entre tanta pobreza, le cuesta cuando mucho unas fanegas de trigo.





Noche Suripanta

Zoofilia

Lamer una piel sabor chocolate. Untar mi saliva. Lentamente, como si su calor derritiera la oscura dermis, la tibia, salvaje y espectacular negritud de una piel clandestina. Lamer su piel. Sí, lamer su piel sin reservas, con toda la rugosidad de mi lengua. Sentir los poderosos músculos, bien definido a través de la piel. Sentir esas piernas brutales con el puro sabor de su piel.

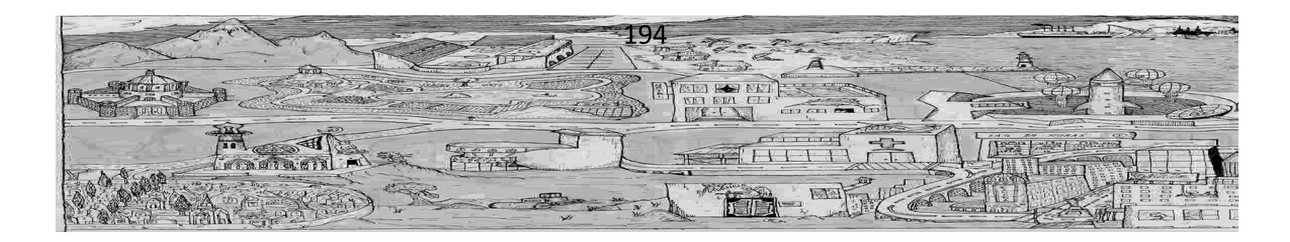
Sí, robar su sabor a cada lengüeteada y recuperar valor con un beso largo, abrasivo, compulsivo. Un torrente de humedad –su saliva haciéndome atragantar–, refrendando mi vocación sibarita.

“Vete, negro ¿cómo se te ocurre poner tu fea… tu fea presencia frente a mis ojos? ¡Qué falta de respeto, por Dios!”

No hay ilación. Simplemente no puedo. Siente los chorros recorriendo mis ingles. Siento a mis brazos pugnando por un abrazo de esos mástiles negros, enormes, fastuosos. Siento este calor consumiendo y esa humedad en la entrepierna exigiendo consumación. Pero, simplemente, no puedo. Qué diría aquel libre para expresarse. Aquel único capaz de dar opinión, el dueño de la voz, si viera esta carne blanca derritiéndose por un pedazo de carbón encendido. No puedo.

Cómo no añorar sobre las ancas de este animal el vaivén de una cabalgata placentera. Cómo no hacer del camino una teofanía imaginando las caricias de esas





manos encallecidas, rudas, viriles.

El problema es la atracción pérfida.

El problema está en la apostasía de mi piel por la afirmación de una piel inferior, por la piel cuasi-animal.

Pero ardo con la invitación a la zoofilia.

Ruego, incluso, por la sodomía.

Sentir esa penetración.

“Has visto el tamaño del miembro de uno de esos animales. Son descomunales. Te podrían partir en dos”

Vaya confesión.

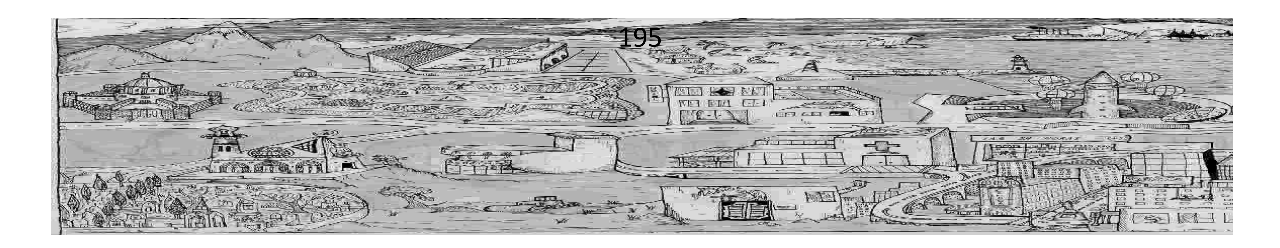
Nunca he visto… lo he adivinado a través de la escasa ropa. Pero nunca he visto.

¿Y qué si sólo es una diversión turística?

Hasta la matrona vive con su perro.

¿Por qué no habría de tener uno de esos para mí? Por pura diversión. Como cura a esta maldita enfermedad del deseo irresuelto. Estoy encendida como una tea. Y puedo quemar a quien sea, incluso oscurecer aún más esa negra piel tan fea… y tan deseable, tan brutal, tan animal… ¡Ay, mis dedos se resbalan hasta la ingle. Mi botoncito es presionado tiernamente… un poco de alivio.

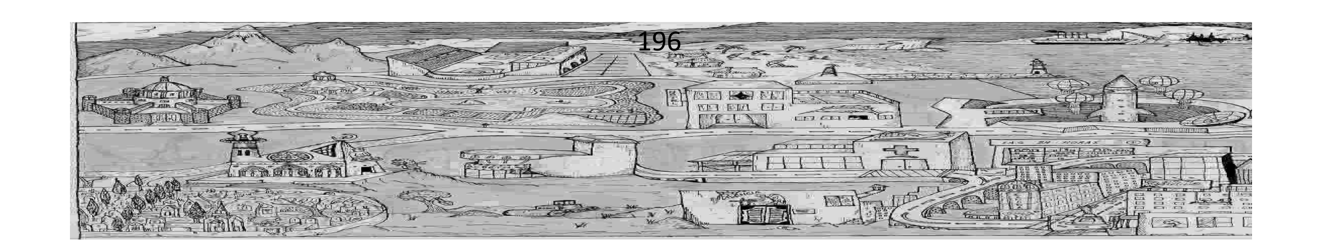




Es difícil huir del mundo. Es difícil hacer al mundo. Es difícil desprenderse de lo que soy. Es difícil hacerse pardo… hasta en la oscuridad.

No puedo ser turista de pieles ni tránsfuga de clases. Pero esa piel no dejará de quemarme hasta que me atraviese como un falo de acero al rojo vivo. Hasta que me parta en dos, hasta que me mate por exigir los besos de un vagabundo, de un animal, de un ser inferior.



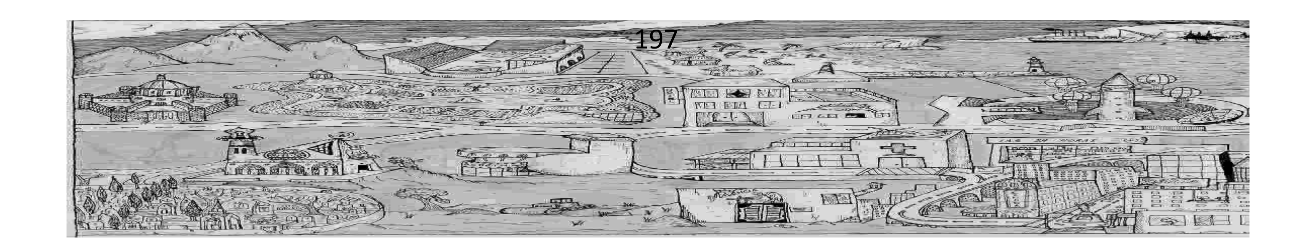


El Guardacuentos

Cuando los escritores componen un cuento o plagian alguno a medias, el guardián de los cuentos —un viejito giboso, tan esmirriado como entusiasta e inofensivo— señala con su dedo implacable los errores.

De inmediato los párrafos se desmenuzan en multitud de oraciones coordinadas y compuestas, y no pocos lugares comunes; a continuación la sintaxis desaparece y las palabras vagan como perdidas, chocando unas con otras hasta romperse en grafías que son como las cuentas de un collar reventado.

A ratos, frente al lago, el guardacuentos se entretiene con la puesta de sol, mientras arroja al agua tildes, consonantes y vocales que rebotan, salpican, dan saltitos hasta hundirse.



marxtuein

LA VERDADERA HISTORIA DE LA MUJER QUE LEVITABA CUANDO TENÍA UN ORGASMO

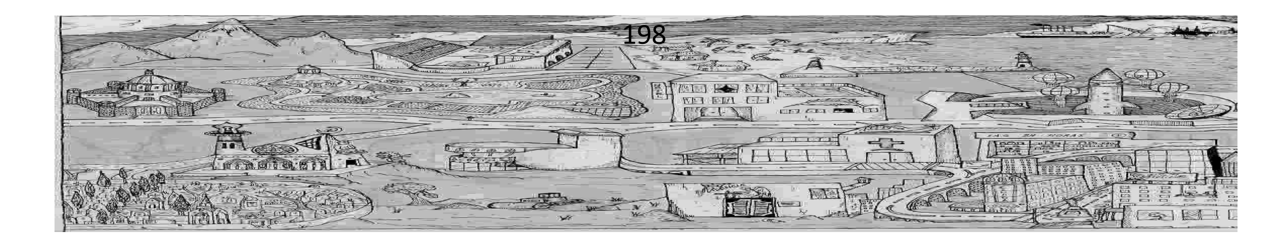
Había una mujer que levitaba cuando experimentaba un orgasmo.

La leyenda creció de los corrillos de vecindad hasta los medios de comunicación. En tanto la iglesia se ocupaba en negar, e incluso condenar la simple mención del presunto fenómeno, los políticos de izquierda y derecha extrañamente coincidieron en esta ocasión, calificando el supuesto portento como una patraña que respondía a los inconfesables intereses de alguna secta extraña, que lo único que perseguía era perturbar la buena conciencia ciudadana.

El sector empresarial, congruente con su "misión social", mostraba gran interés en acrecentar la leyenda, en especial la televisión. Y es aquí donde aparezco en escena, un reportero de nota roja al que se le ordena no escatimar esfuerzos para presentar evidencias sobre la anécdota y así multiplicar la audiencia de la emisora.

Después de realizar múltiples e infructuosas pesquisas en largas jornadas de trabajo, me encontré con que las personas mayores, en cuya experiencia había depositado mi confianza, no mostraban el menor entusiasmo sobre el asunto. Vamos, hasta parecía provocarles repugnancia. Su preocupación central estaba en cómo alargar la vida, y su vocación espiritual no se apartaba del hosco reino del dinero.





En cambio, fueron algunos jóvenes, acaso media docena, los que en medio de las jeringuillas con heroína juraban haber sido testigo del sublime fenómeno.

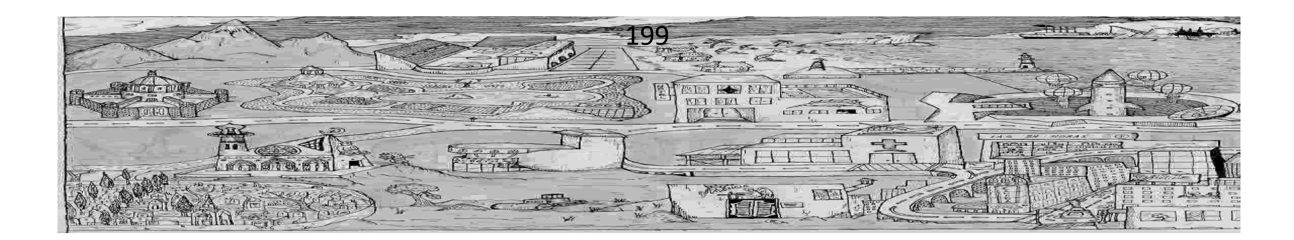
Coincidían en señalar a otro como el favorecido por las artes de esa misteriosa mujer: un hermano, un primo o un "colega", todos ellos ya desaparecidos.

Porque a su decir, la levitación, en una altura no mayor a 30 centímetros, pero pocas veces menor, también elevaba al amante. Apuntaban que la dama permanecía debajo del varón, siempre en posición misionero, explicación que a decir verdad me convenció por meras razones anatómicas, aunque quizás habría que preguntar a Newton sobre la posibilidad de tal prodigio.

Hasta aquí cuatro cosas quedaban claras: 1. No había testigos ni evidencias de que la mujer levitara por si misma, siempre lo hacia con un hombre encima, lo que permitía suponer que la dama ignoraba las artes masturbatorias, no le agradaban o bien, como es normal, no practicaba en público este suave y delicioso remedio para el deseo. 2. La posición del misionero, seguida de la levitación impedía pensar que se tratara de un fenómeno de atracción magnética a manera de los prototipos de tren alemán y japonés, suspendidos por electroimanes en el primer caso y superconductores en el segundo, y que hubiera sido el caso de que la elevación sobre la cama ocurriera en las posturas de mujer dominante, hamaca o amazona; 3. La mujer de marras frecuentaba ambientes "yonquis" o por lo menos no le eran extraños ni era ajena a estos, lo que guiaba la búsqueda a los terrenos del bajo mundo, y 4. A ciencia cierta nadie sabía si la mujer de marras experimentaba orgasmos, si estos le provocaba levitar o viceversa.

Con estas premisas fue pasando el tiempo, entusiasmo y lógicamente los recursos para costear las dosis de mis informantes, quienes como buenos profesionales sabían escatimar información para prolongar la satisfacción gratita del vicio.





No fue extraño entonces que mi existencia se transformara del febril entusiasmo inicial a un estado de frustración paralizante, del cual no pocas veces intenté escapar, ya sea acompañando de cuando en cuando a los adictos o más frecuentemente, pensando seriamente en renunciar al trabajo, máxime cuando caí de la gracia del jefe editorial quien me exigía resultados y yo le entrega disculpas.

Pero como suele suceder en las películas de detectives, en el momento en que decidí abandonar el empleo sucedió un hecho relevante. Fue un lunes en plena jornada laboral, y con el personal de la oficina en pleno, cuando un mozalbete mal vestido y bajo el influjo de alguna droga irrumpió gritando mi nombre. Más por salvar las apariencias, que por interesarme en lo que el chaval gritaba, lo intercepté a medio camino hacia mi escritorio y tomándolo fuertemente del brazo lo saque a la calle. Ahí afuera y a través de sus ojos ardientes, por lo menos así lo hacía suponer el color rojo encendido, me hizo saber que el “agujeta” estaba muy mal, que se moría y que algo murmuraba sobre una mujer que volaba.

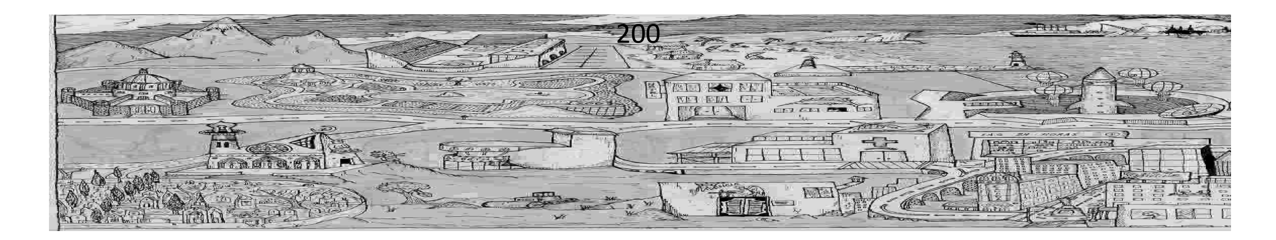
Y llegamos hasta la chabola, donde el “agujeta” en efecto se moría, se extinguía en medio de un par de colegas indiferentes y al parecer próximos a acompañarlo en el penoso trance. Al verme estiró el brazo, como para pedir algo, un gesto suplicante. Me acerqué con miedo y no poco asco, creyendo mi obligación hacer el papel de padre de confesión.

"Urja, la urja", musitó al tiempo que dirigía la mirada hacia el cielo adquiriendo una expresión de dulzura que envidiaría el rostro del mismísimo San Agustín.

A continuación cerró lentamente los ojos, no del todo, a medias y así quedó. Intuí que había muerto. No lo comprobé.

La urja, la urja, menudo acertijo. Un presentimiento de que podría tratarse del nombre de la mujer que levitaba al sentir un orgasmo, o alguna pista que me





llevara a ella.

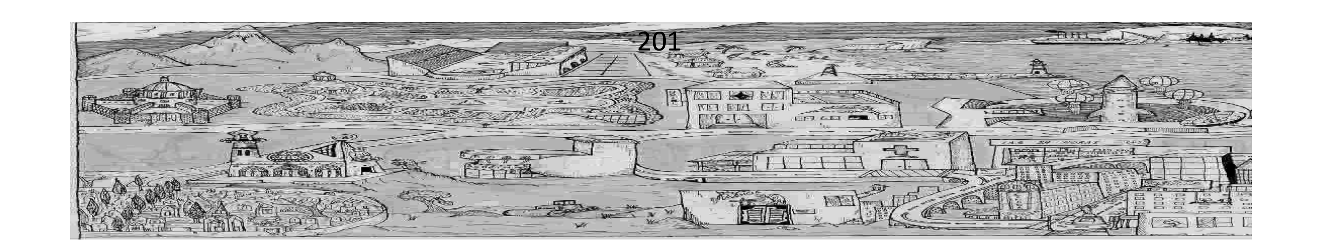
En congruencia con mis hipótesis de trabajo y cual el lobo estepario de Herman Hesse caminaba en las noches explorando callejones, rincones y establecimientos turbios. Porque además estaba convencido de que los milagros solamente se dan en las capas bajas de la sociedad.

En un momento de pretendida lucidez, y luego de dar vueltas y vueltas a la palabra incógnita: urja, urja, me vino a la mente Maruja o sea María. Pues seguramente habría más de una Maruja en los sitios que visitaba. Y sí, conocí a media docena de mujeres que así se hacían llamar, de una vulgaridad nada volátil pero en cambio de abundantes carnes que imposibilitaban hasta el más pequeño salto, ya no se diga la levitación que

Todos los esfuerzos eran en vano, hasta que una noche, de pronto y seguramente por seguir dado vueltas en la cabeza a la dichosa palabra, me encontré con ésta en luces de neón rojas : UR JA. Entiéndase, con la palabra, que no con la mujer, aunque una cosa dio paso a la otra.

(continuará)





Monique De Large

Pictures of my heart: C of Crying

Él junto al balcón esperando el timbrazo de la clase. Es el primer día en la preparatoria y tiene un suéter a rayas que le va bien a sus ojos grises. No mira a nadie en particular y yo, tímida, sola, insignificante para ese chico de cabello perfecto, me acerco y hago la pregunta más tonta: ¿eres nuevo?

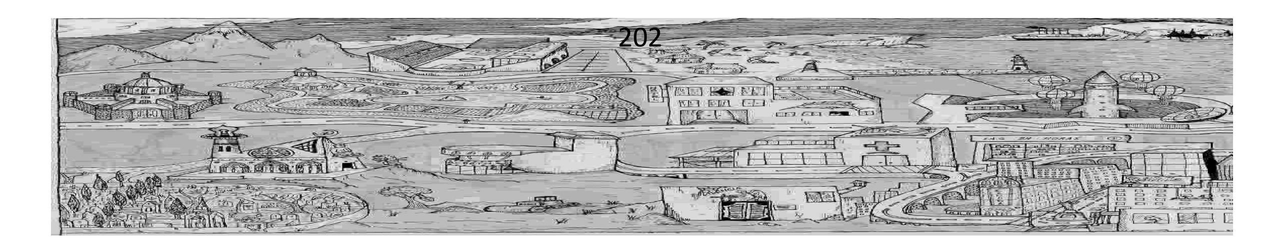
*

Él sobre mí a más de un año de la primera vez que nos vimos. Nos besamos desesperadamente porque no sabemos hacerlo de otra forma. Nos iniciamos en las caricias y dejamos el juego cuando las ganas nos empiezan a llenar de miedo. Le temo. Ha sido un gran amigo durante meses, hablamos horas por teléfono y caminamos todos los días hacia la plaza donde comemos helados de kiwi y galletas de mantequilla. A veces pretendemos ser adultos, pero pocas veces lo logramos. Sus ojos me fascinan… es una lástima que esté conmigo sin quererme. Aunque él diga lo contrario, sus besos destrozan mi corazón.

**

C. no dice nada cuando le digo por teléfono que lo sé todo. Le aseguro que no importa, que está bien. Le pido que las cosas sigan como antes —con helados y galletas y paseos inacabables— pero el silencio no para. Su voz que no llega lo dice todo y yo comprendo y me adentro, poco a poco, en el hoyo que es el desamor.





Tomo mi libreta y camino con la mirada baja entre clase y clase. Sola, humillada, insignificante para aquel chico de porte altivo que me esquiva en los pasillos. Me acerco y le digo la frase más tonta: te amo. Y no obtengo respuesta.

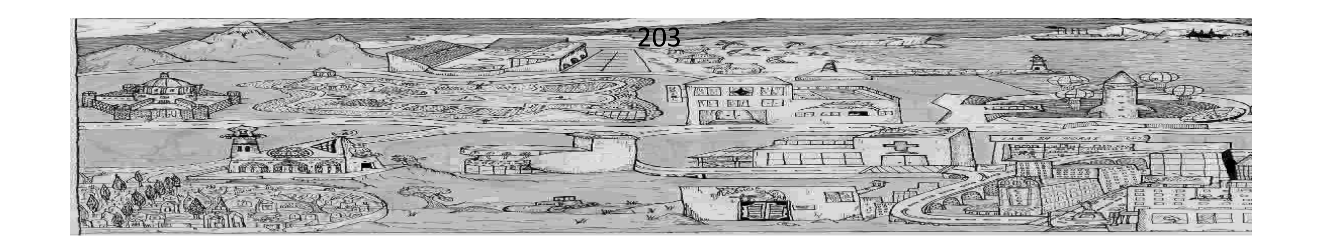
***

Él junto al balcón abrazando a su nueva novia, tan pequeña, tan rubia, tan delicada… y yo tan distante a esa descripción de ensueño. Son los noventa, la rockola toca Creep a cada momento y, como si fuera un himno al cual respetar, yo me arrastro, me desvivo y doy todo por C. que es perfecto como un ángel, un chico —ahora popular e inalcanzable—que flota como pluma en un mundo hermoso… un infierno al que yo, sencillamente, no pertenezco.

****

C. en un centro de atención telefónica a diez años de romperme el corazón. Ha dejado sus sueños para sostener a su hija y a una esposa a la que no quiere. Yo pienso en él a veces, todavía. Especialmente cuando esa canción suena en la radio y me recuerda cuán inevitable es la nostalgia del primer amor.





Molkas

FÁBULA SOCRÁTICA

En los albores de la democracia, allá en el Ágora ateniense, el poder pasaba de los ciudadanos a los tiranos y viceversa.

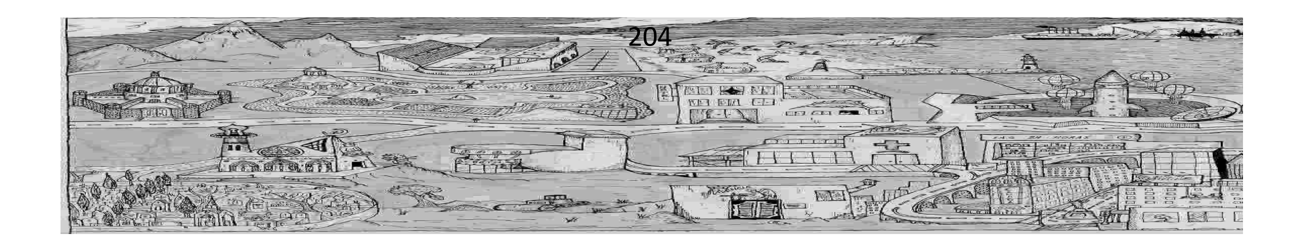
Sócrates –el héroe ético- discutía en la cárcel con uno de sus mejores amigos sobre si era posible desconocer las leyes e instituciones de la “polis” sin dejar de ser demócrata. Critón argumentaba que sí: después de todo, la condena a muerte que enfrentaba Sócrates era injusta, producto de la mezquindad de los jueces y del poder omnímodo de los plutócratas panhelénicos.

Critón había urdido un plan, aprobado a puño alzado por los seguidores del filósofo en el Zócalo ateniense: pasar la charola entre los mayeúticos para sobornar a los guardias y salir de la ciudad "entre el gentío", no sin antes declarar a Sócrates -Filósofo Legitimo Ambulatorio por la Pléyade Helénica (FLAPH)-.

El plan no era descabellado, pues en vez de inmolarse a los designios de un poder corrupto, el hombre más sabio de Atenas tendría la oportunidad de ver el mundo, llevando la "resistencia pacífica" con su rayito de esperanza a quienes quisieran recibirlo. La mayoría de los discípulos del sabio (sabios ellos mismos por contagio dialéctico) estaba de acuerdo con el plan popular -y los que no, serían unos pérfidos traidores, vendidos y amargados-, Porfirio II dixit.

Mas hete aquí que Sócrates se negó a escapar de la prisión. Lo que Critón, Helenita



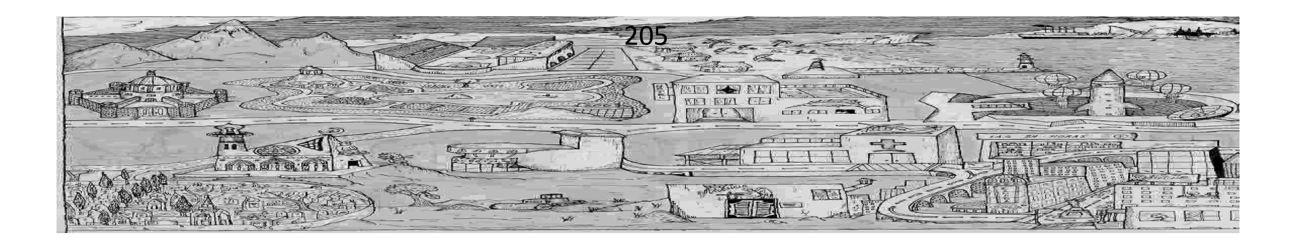


y la Pléyade pensaran, dijo, le venía guango en estos casos. La suya no era una epopeya por ganarse a las masas, ni estar con los progresivos; la suya era una lucha por la justicia. Y por la justicia no se podía luchar cometiendo nuevas injusticias. De ahí que antes de acceder al plan de sus mayeúticos y seguidores tenía que consultar las leyes de su patria. Porque más allá de la revancha contra los jueces y/o los pérfidos panelistas, el plan de Critón atentaba contra las leyes y las instituciones de la Atenas democrática.

Sócrates no imaginó siquiera toparse con la piedra que topa todo auténtico demócrata (dinástico como Cuauhtémoc o plebeyo como el Peje); ya que, como ciudadano, Sócrates se había beneficiado de las leyes e instituciones de su país; fueron ellas las que en su momento le permitieron vivir en paz y libertad, dedicarse a la filosofía, casarse y educar a sus hijos como le vino en gana. Ya como adulto, Sócrates reconocía haber tenido tiempo de examinar las leyes y modificarlas mediante la participación política institucional; amén de que la generosidad democrática de su patria (el IFE y sus prerrogativas), dijo, era tan grande como para permitir a quien no "la hiciera" en ella, dejar el país y abandonar las lides sin mengua de sus bienes.

Sí bien era cierto que el tribunal injustamente lo había condenado a beber cicuta, ello no era motivo para desconocer las leyes e instituciones de su patria, pues argumentaba: "quienes permanecimos en ella después de haber considerado detenidamente de qué manera se ejerce la justicia y qué política e instituciones nos hemos dado, estamos obligados a hacer cuanto manda la ley, y someternos a sus fallos en los tribunales o en la polémica... Pues, quien se ha complacido en vivir en una democracia, aprovechando las oportunidades que éste sistema le brinda, contrae la obligación tácita de respetar la soberanía de sus leyes, en la fortuna como en la adversidad”.





Es así que Sócrates acepta que la sentencia en su contra podrá ser injusta, pero las leyes de donde emana el poder de los jueces que lo condenan no lo son, y él, advertido de que las instituciones y los hombres son falibles, aceptó las reglas del juego democrático cuando pudo sacar provecho de ellas.

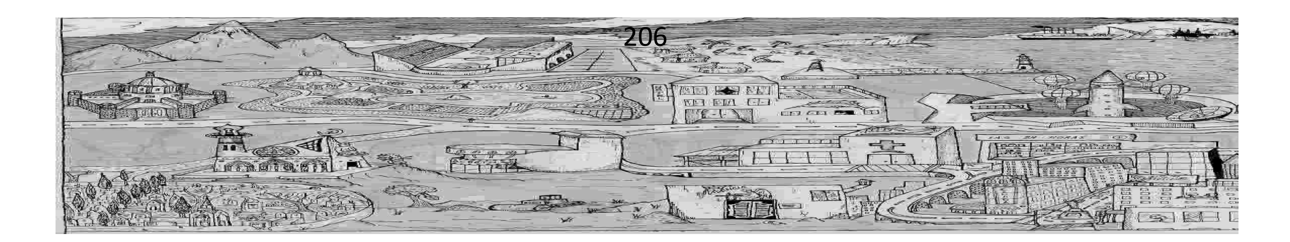
Desconocerlas ahora, convertirse en FLAPH con el consenso de la multitud y de sus mayeúticos, no sólo sería un acto injusto de lesa patria; sería negarse a sí mismo. Pues, se pregunta el filósofo, ¿con qué cara pedirá a los ciudadanos de las polis que visite que lo sigan, si él no obedece a nadie más que cuando así le conviene?, ¿qué garantía podrá dar en adelante de la validez de su palabra si él no ha sido capaz de respetar el pacto sagrado que tenía con su patria?

La conspiración de Critón, concluye Sócrates, suena seductora, pero nadie que se precie de ser demócrata puede aceptarla, pues al renegar de leyes que, como ciudadano libre, aprobó, en nada se diferenciaría del hipócrita sofista cuyas convicciones cambian convenencieramente, como lo ha mostrado a bastanza su condiscípulo Porfirio y, en sentido contrario, su archi-institucional contrincante, Diegón el prevaricador.

Y, al poner su obcecación por encima de principios e instituciones que otrora lo beneficiaron, no sólo demostraría el desprecio que siente por sus conciudadanos, sino que fomentaría en su interior y en su entorno las disposiciones propias de un tirano vil o de un cívico taimado.

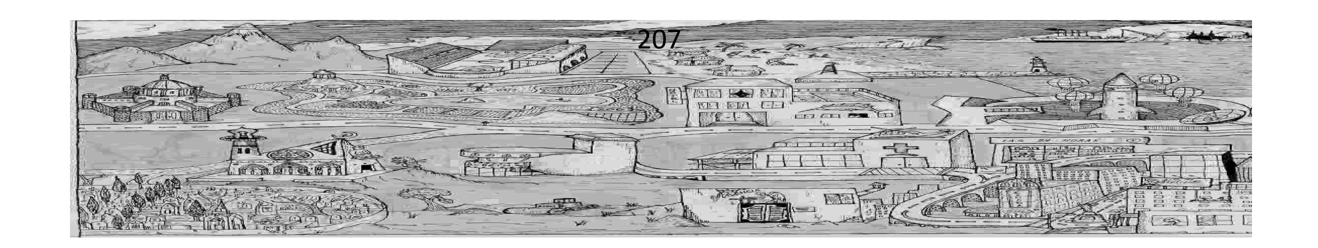
Corolario. -Solón replica desde el Hades: "Para cumplir con ese deber épico, el héroe socrático de Macuspana , deberá reconvertir sus armas para depositarlas en el Pnyx de la Patria, cual instrumentos fidedignos de lealtad, congruencia y reciedumbre ideológica. Deberá convertirse en el rayo de esperanza, en la espada flamígera de la justicia, para cuidar que millones de menesterosos, esos, sus





conciudadanos, -los de abajo-, retomen el camino de la igualdad, la productividad y el progreso en un país consolidado por la ley, el orden y el trabajo fraterno de la polis democrática”. Aún hay tiempo.





gatomuerto

Las palabras no salieron...

La enfermedad más terrible no es el cáncer es el Alzheimer.

Me compré un buen automóvil… Al diablo la modestia, un magnífico automóvil, un *Z4* deportivo de esos de origen nazi, que cuando sientes el impulso de acelerar obtienes el impulso de acelerar. Le apodé el *Murciélago* no sólo por el color sino por el sistema de radar para detectar detectores de velocidad.

En la parte interior de la puerta se puede leer la siguiente advertencia:

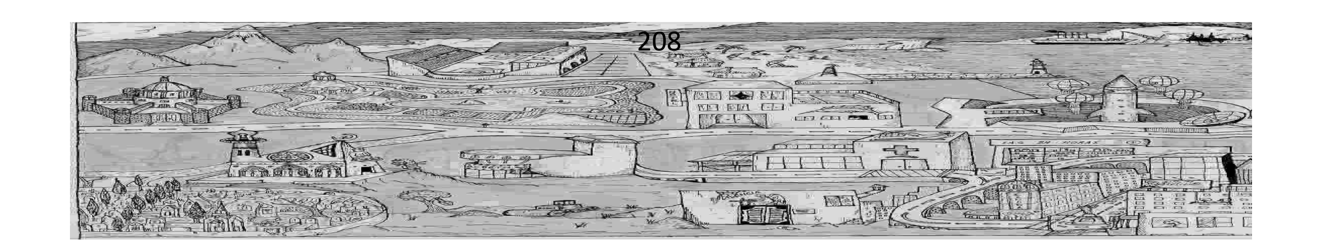
«You drive this ultimate driving machine under your own risk. To accelerate suddenly can result in lost of knowledge, information as well as valuable memories. »

Recuerdo haber pensado *the fucking F word, but also: skeptic is my middle name.*

Sin embargo, un día cuando me di cuenta que había perdido el más valioso de mis recuerdos:

El recuerdo de aquella tarde en que...





simbadellector

Sapos

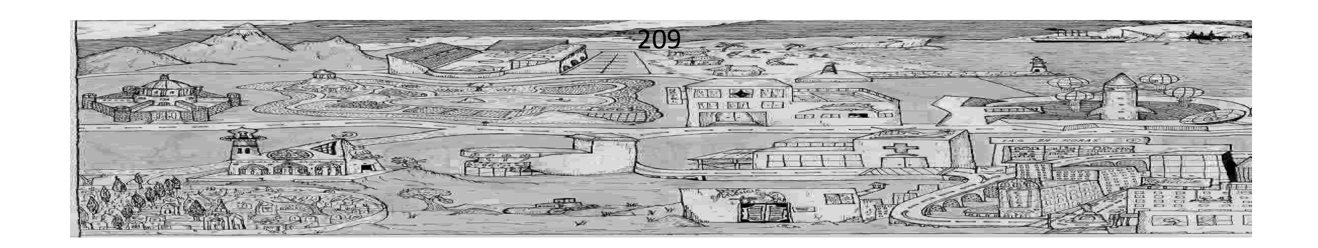
Se inflan como globos, pero no son usados para adornar, dado que en realidad son sumamente feos y los llamamos sapos, sin embargo este es solo el nombre que nosotros les hemos dado, ellos se auto-nombraron sapilindos y más específicamente se llaman Ruperto, Andrea, Roberto, Martha, etc.

Cada cuatro meses-sapo se celebran las *sapolimpiadas*, en que los más fuertes y célebres deportistas se miden en las competencias, su deporte favorito es atrapar insectos.

En cuanto a dormir, el sapo no sueña incoherencias o alguna otra monotonía, ellos se sueñan en grandes novelas e incluso hacen importantes aportes científicos, solo que no recuerdan nada al despertar.

Pese a todo lo anterior los sapos no son del todo listos, y mas bien son muy ensimismados; generalmente están comiendo moscas o bien engordando serpientes.





criptex

La cinta de capitán

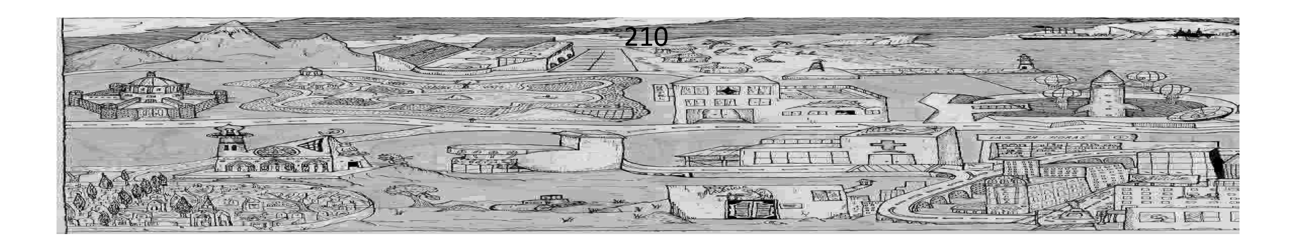
Su cantaleta no funcionó: que mañana hay que madrugar para el colegio, que le va a dar gripa con este frío, que la noche es un peligro, que si no llego a las once me deja afuera y otros qués que se perdieron en el espacio cuando cerré la puerta para salir disparado hacia el parche de la esquina. Siempre le huí a los consejos de mi mamá y aquella noche no fue la excepción. Tenía mi camisa de chalis porque no me podía ir como un zapato pecuecudo sabiendo que aquella chica había vuelto del extranjero para darle status a nuestro parche.

Media cuadra antes de llegar la ví haciéndole algún tipo de pregunta a cada uno de mis amigos. Al parecer las respuestas no se le hicieron satisfactorias dado los gestos decepción que se dibujaban en su rostro. Cuando llegué, Maxi estaba girando su cabeza de lado a lado, mirando hacia el piso como queriendo que se lo tragara la tierra, sabía que desde aquel momento perdía todo tipo de posibilidades con Gloria, sabía que su noche se acababa de echar a perder. El silencio se hizo sepulcral pero la rubía lo rompió sin compasión al percatarse de mi presencia. A todos los aniquiló con su figura, con su estampa majestuosa y con ese mortal interrogante, con esa pregunta que ahora se disponía a dispararme, la misma que no podía admitir sino una única y exclusiva respuesta dado el hecho de que nunca en mi vida había utilizado mis piernas para algo distinto a patear un balón.

- DE MARAVILLA - le respondí

Y es que no podía quedar como un zapato pecuecudo ante semejante belleza y menos en ese fúnebre instante en el que mis amigos estaban hechos una laguna





patética de vergüenza.

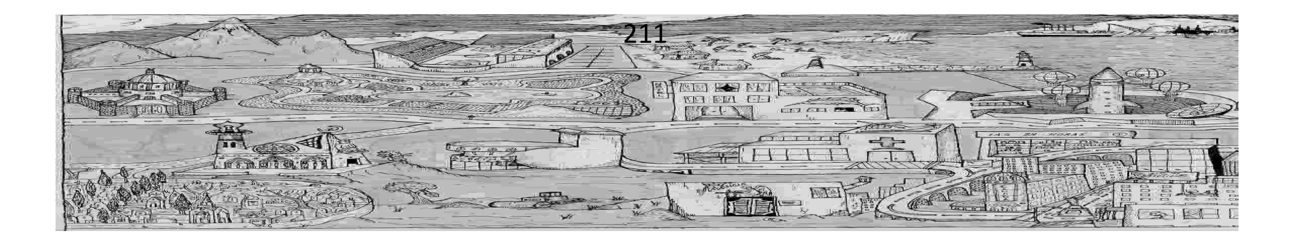
La chica pareció emocionarse con mi respuesta y yo parecí emocionarme con su reacción a juzgar por el abultamiento de la parte delantera de mi jean color azul petroleo. Los muchachos se quedaron con la boca abierta y no precisamente por la admiración que les despertaba la rubia, no, mis dos contundentes e inesperadas palabras los dejaron de una sola pieza. El único que pareció no quedar muy convencido fue Maxi, el mas inteligente del grupo, el mas listo, el *superagente 86*, *Max-well Smart*. En aquella oportunidad su sagacidad camuflada de envidia se impregnaba sobre el chalis de mi camisa pero nada pudo hacer ante el poderoso azul petroleo de mis jeans. El petroleo es cosa jodida, guerras sangrientas se deben a él.

Los cinco días siguientes fuí un superhéroe irreemplazable, mas popular que Maxwell Smart, una celebridad casi tan importante como la misma Gloria. Mis amigos me invitaban a helado de ron con pasas y a una que otra cerveza pues en esa época no había mucha plata y nos regañaban en la casa si llegábamos oliendo a licor así que no podíamos excedernos en la dosis personal de pola. Incluso destronaron a Maxi y me eligieron como capitán del equipo de fútbol, cosa del otro mundo porque todo hay que decirlo y hay que recordar que hoy en día Maxi es la estrella del Junior de Barranquilla. Las chicas me miraban con interés, especialmente Gloria, *Gloria aventura de mi mente*, *Gloria agua del desierto*, *Gloria corazón abierto*, *Gloria destino incierto*, por tí seré todo un experto.

-¿Un experto? ¿En una semana? Vos sabés que mas tieso que vos no hay nadie, yo milagros no hago.

-Si mami, necesito aprender a hacerlo DE MARAVILLA.





-Venga pues a ver mijito pero yo le recomiendo mas bien que se haga quebrar una pata en el partido de esta noche, yo no veo de otra!

Siempre le huí a los consejos de mi mamá, mucho guevón, debí haberme quebrado no una, sino las dos patas, tal vez de aquella forma no me hubieran fracturado el corazón.

A medida que se acercaba la hora cero empecé a perder el apetito, ya no me entraba el helado de ron con pasas, se me quitaron las ganas de la cerveza nocturna y hasta deseos me entraron de devolverle a Maxi la cinta de capitán.

...21,20,19,18,17,16,15,14,13,12,11,10,9,8,7,6,5,4,3,2,1,0. Cero y van quinientas veces que me digo guevón, ¿por qué no le hiciste caso a tu mamá?, ¿por qué no te quebraste una pata? ¿por qué no te quebraste la otra?, pero siempre le huyo a sus consejos, Cero y van quinientas un veces ...

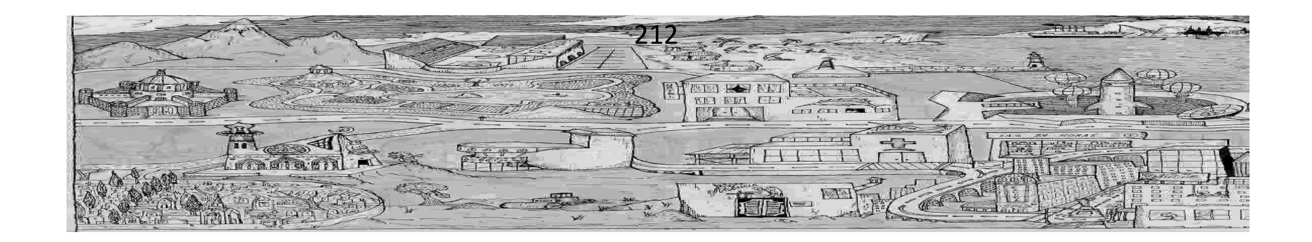
Todos estaban sentados, claro, tomando cerveza y esperando con ansias a su héroe, aquel que venía a salvar la patria y a vomitarle en la cara a todas las féminas, incluso a Gloria, que nuestra especie si sabía como moverlo, que nosotros sabíamos usar nuestras piernas para otras cosas bien diferentes a patear un balón de fútbol.

Me senté al lado de Maxi, siempre fue el mas inteligente del grupo, el mas listo, el superagente 86, Max-well Smart. Me sonrió ironicamente, aquella noche su sagacidad se había camuflado de venganza.

-Yo sé por qué te atreviste a venir, yo sé por qué no te hiciste quebrar una pata.

-¿Por qué?





-Porque sos un tipo correcto y venís a devolverme la cinta de capitán.

No le dije nada, me hice el guevón y me quedé callado mientras veía emerger desde el fondo del salón a la belleza sin par que leennnttttaaammmmeeeennnnttttteeee se acercaba, paso a paso, mirándome sensualmente, pensando para sus adentros "este chico lo hace DE MARAVILLA" y yo derritiéndome, mirando para todas partes, sintiendo como las miradas de los muchachos se clavaban dolorosamente sobre mi espalda, queriendo que me tragara la tierra con su boca podrida y maloliente. Era mas alta que yo, era un gigante con falda que me extendía su mano y acababa con mi reinado.

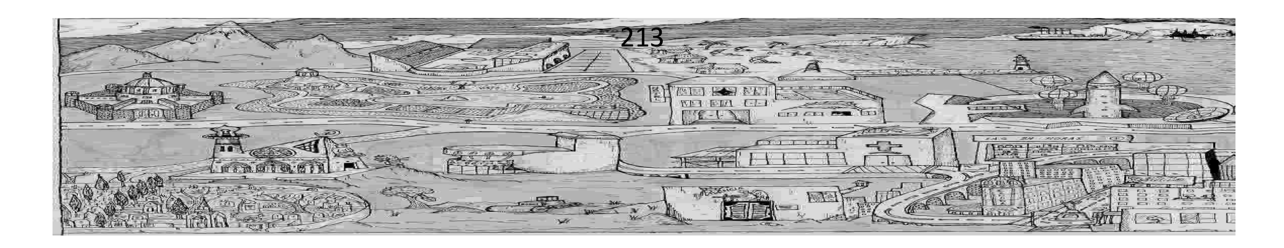
Un tipo feo que se creía locutor tomó el micrófono:

-Y nada mejor para dar inicio a la fiesta de 15 años de Gloria Triana que una pieza bien movida a ritmo del merengue mas pegado del momento!

Recuerdo como si fuera ayer aquella maldita canción, era un merengue que decía "...te vas y vuelves, te vas y vuelves, pareces una ola que se va y se pierde ...".

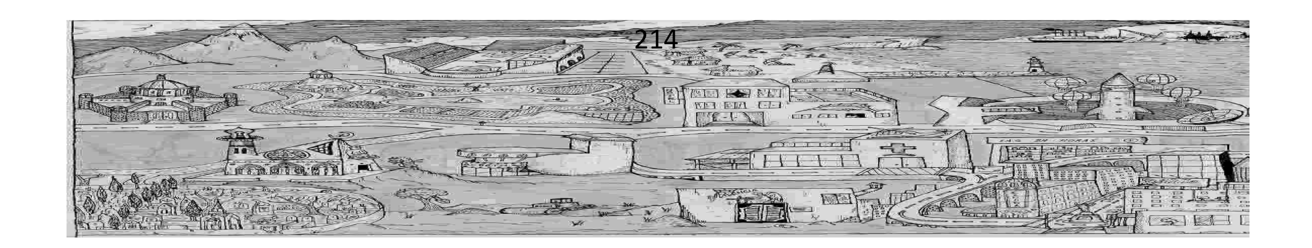
Antes de terminarse la melodía pude percibir las risas de unos, el rictus de decepción de otros, el gesto triunfante de Maxi y la mirada dolorosa y fulminante de Gloria que me convertía en una ola que se iba para no volver, que se iba convertido en un zapato pecuecudo, que se iba para perderse con el rabo dentro de las patas que sólo servían para patear un balón, que se iba respirando rabia y verguenza mientras se quemaba en el fuego de aquella chica.

Antes de salir pasé al lado de Maxi, me detuve y saqué un trapo feo de uno de los



bolsillos de mis pantalones nuevos. Le entregué la sudorosa cinta de capitán que nunca debí arrebatarle.





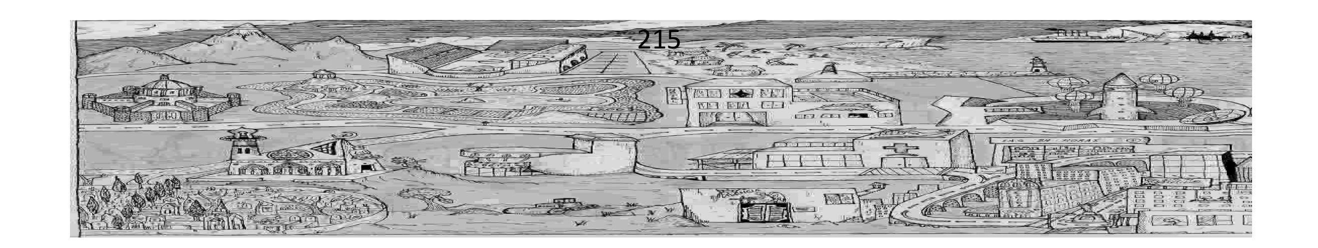
PH

Trozo de realidad

Decían que me abstuviera, que mejor me dedicara a vender tacos, conseguir un empleo de ocho horas y una mujer, hacer la familia y dejarme de mamadas… ¡Ni madres! Regresé a la licenciatura en restauración de bienes muebles; dios salve las obras que me toquen intervenir.

3 de Marzo de 2008 a las 19:47





Moholy-Nagy

Por amor

En húmedo planeta bajo dominio de la religión una reptil trabaja en sus lodosas tierras cuando el delegado del sistema recorre los territorios en una inspección.

Desde ese momento queda cautivada por la imagen de aquel ser de las estrellas.

De regreso en su hogar comienza a imaginar a aquel humano y de pronto sus escamas empiezan caer y a medida que se imagina recorriendo los campos una blancuzca piel se apodera del verdor de las escamas.

Durante el día siguiente la hembra no aparta la mirada del camino esperando ver al humano y tras cada segundo sus garras se transforman en manos.

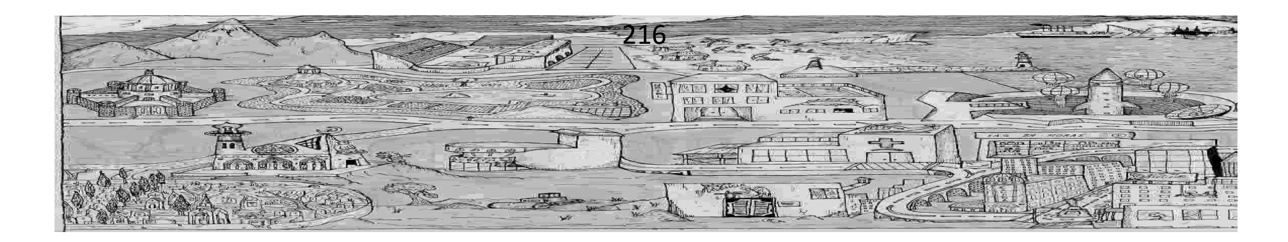
Por la noche acostada en sus juncos se aferra a su almohada imaginando a su amado y de su calva cabeza surgen rubios cabellos.

En su baño en arroyo cercano a su casa su corazón se acelera al ver a su amor entre las aguas y de su plano cuerpo emergen dos senos.

Por la tarde mientras colecta los frutos de las montaña se ve corriendo por los caminos del valle y sus negros ojos se reemplazan por dos sensuales ojos verdes.

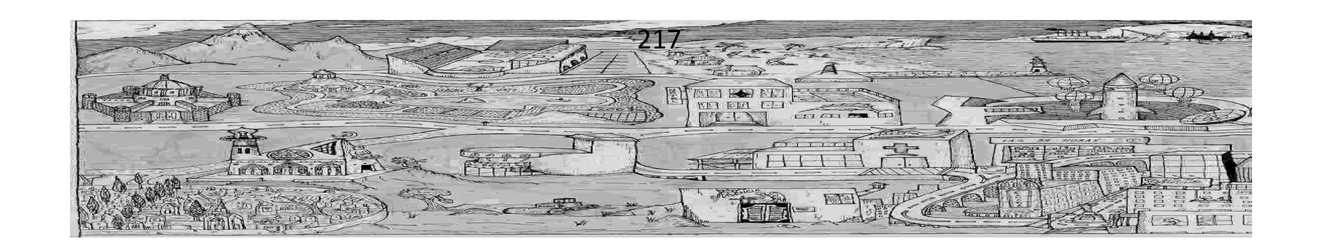
Mientras descarga los frutos de improvisto un vehiculo con el símbolo de la religión se detiene, y de el desciende el delegado quien le ofrece su ayuda y la invita a subir a su transporte.





Aferrada a la mano de su amor ve su reflejo en vidrio y nota que se ha convertido en una humana y en un arranque de deseo le da un apasionado beso a su hombre.





Leo Mendoza

PREMIOS y castigos

El escritor pasó lista a su palmarés y se dio cuenta que sólo le faltaba un premio por ganar, el de los narradores carcelarios. Lo único malo era que, para obtenerlo, tenía que estar preso. No lo dudó: fue a la casa del crítico que más odiaba y lo asesinó.

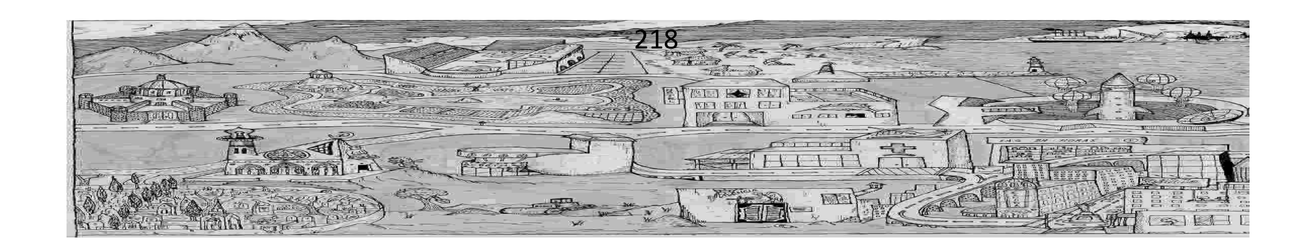
Lo que jamás imaginó, ni en sus peores pesadillas, fue que el crimen quedara impune.

oOo

Tomas Uriarte

Así es

Salió debajo de la mesa como un ratón en busca de migajas. Se metió como el rencor por todos lados de la casa, royendo paredes y rincones. Lo busqué por todos lados. Burló trampas, maldiciones y lisonjas. No le bastó la casa, más pronto que después, como un cáncer que sin piedad avanza, invadió mi sueño; robó mis noches y deseos. Los embrujos, inciensos, rezos, medicinas, nada lograron. Se alimenta del pasado, que de momento crece con los días. El recuerdo es así, morirá hasta que termine mi vida.

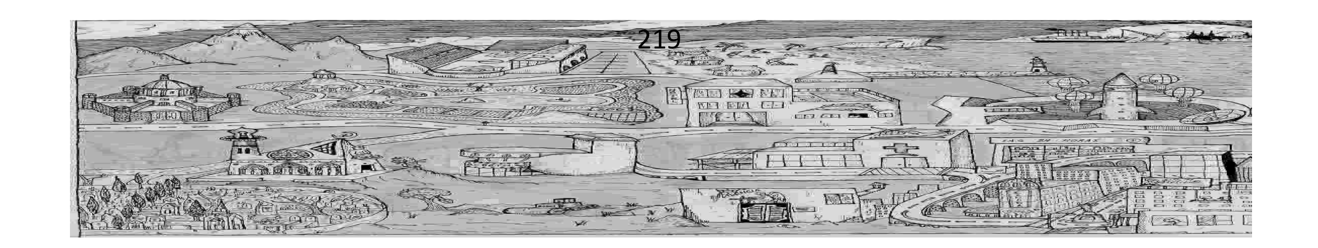


Tomas Uriarte

Nostalgia

Recuerdo sus palabras tiernas o vehementes; aún también sus manos temblorosas en mi cuerpo. Con que pasión me hacia rodar por esa superficie blanca, nuestra. Sus manos sobre mi, subían, bajaban, los labios suaves en mi cuerpo o sus dientes firmes al morderme. Su olor y la caricia de su pelo. Ya no está. Mi sangre ya no pinta, soy una vieja pluma abandonada.





Lobo

REVELACIÓN

Los tres chiquillos corrían alegres cada cual con su papalote en la mano. Diego y Eduardo, al contar con más de recursos, los elaboraron con bastoncillos pulidos, liviano papel multicolor y cordel de resistente cáñamo. Miguel, al no contar con tanto, lo elaboró con un burdo papel de empaques descubiertos en el contenedor de basura, ramas de árbol, la raída tela del saco que su papá recién había desechado -cortando tiras medianas a las que luego anudó entre sí- y un trozo de gruesa cuerda a la que deshebró para sacar de ella cordoncillos más delgados.

Llegaron al claro -entre la arboleda y el cerro gordo- cuyas dimensiones eran las idóneas para "Pista de Despegue" y casi de inmediato los papalotes de Diego y Eduardo estaban volando por todo lo alto.

¡Qué maravilla, con qué grácil belleza remontaban los aires!

Sólo Miguel no lograba que su papalote levantara el vuelo, pues resultó ser demasiado grande y pesado para la corriente de aire que había en el claro.

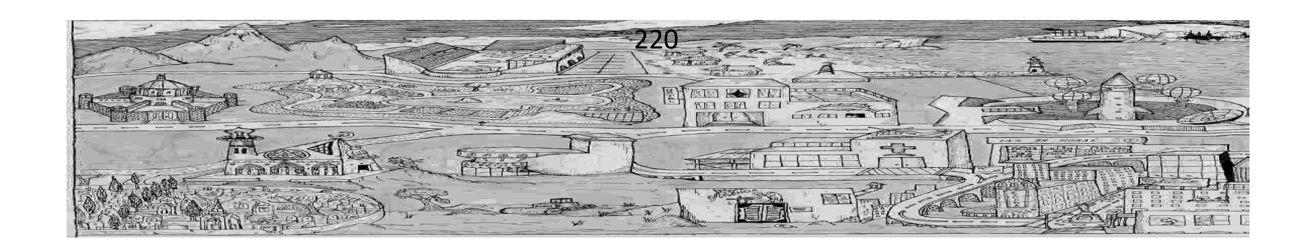
Sus amiguitos empezaron a hacer mofa de él y de su papalote.

-¡Hey Miguel, que sos un baturro!

-¡Anda che, ve a que te den con tu titanic!

Miguel no prestó oídos a sus lisonjas y con la mirada iluminada por la revelación subió a lo alto del cerro gordo, puso el papalote a sus espaldas, amarró el cordoncillo a su cintura, se sujetó con ambas manos y aprovechando las fuertes corrientes de aire, levantó el vuelo.





Home Era

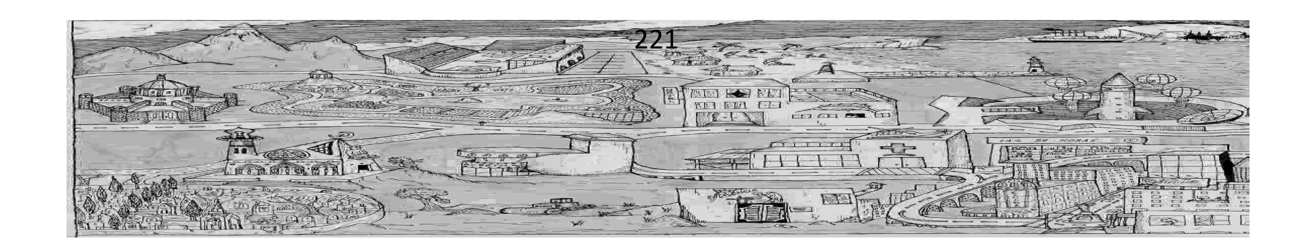
La odisea

El Ulises salió a hacerles el paro a unos compas suyos y cuando iba de regreso a su cantera se le hizo buena onda darse un rol por las lanchas de Chapultepec. Andaba en eso cuando le llegó el *pío pío* de una cotorra y que se trepa a un árbol pa´ guacharla bien. En lo que la encontraba se puso a ver qué onda con lo que le había dicho el ave, y que se nos queda ahí clavado en su rollo.

Parece que el choro le llegó a su ruca, la Penélope, por telepatía. Asustada se subió en chinga a la azotea pa´ver si lo divisaba, pero no se dio cuenta de que venía cargando con todo y las bolas de estambre y que se tropieza y se nos va de hocico pa´abajo. Se desmayó cuando caía y no supo ni qué *pex* hasta que la despertaron los lamidos de su firulais.

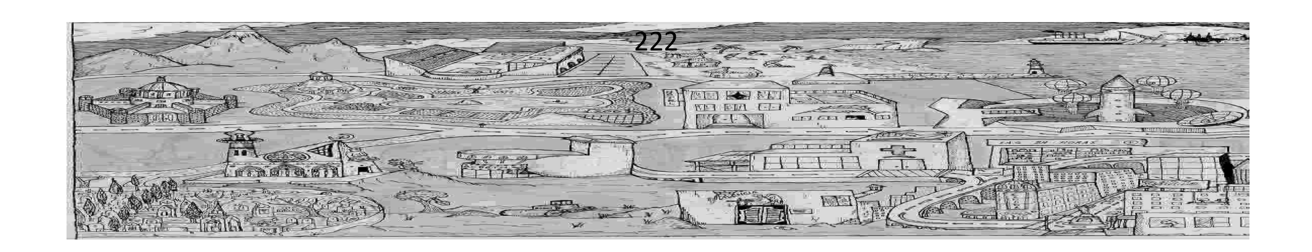
Se levantó y que se siente bien cabrona porque los cinco pisos le habían venido guangos, así que con un rollo catwoman se lanzó a buscar a su chavo. Tras un chingo de pedos y bandas a las que les partió en su madre, un día encontró al güey del Ulises bien encaramado, lo bajó de una pedrada y se lo llevó a su cantón pa´ser felices como dios manda.





N. del A. El Telemanco se quedó a cargo del changarro, porque había unos gandallas que se lo querían jambar. Pero el bato se la rifó y los putos esos ahora andan con la cola entre las patas.





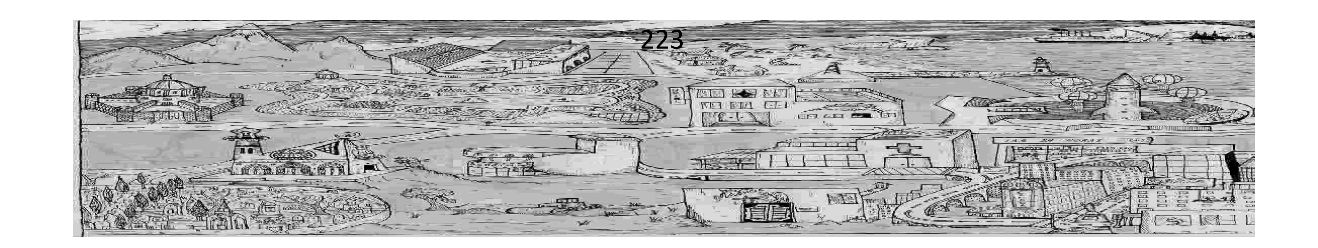
Luis Torregrosa

BARATIJAS militares

Arriaron la bandera, la plegaron, tocaron el himno, lanzaron las salvas, saludaron a la oficialidad y permanecieron en cubierta, firmes y altivos, mientras el barco se hundía, eso sí, con todos los honores.

oOo





Molkas

LOGICA EN QUINTETAS

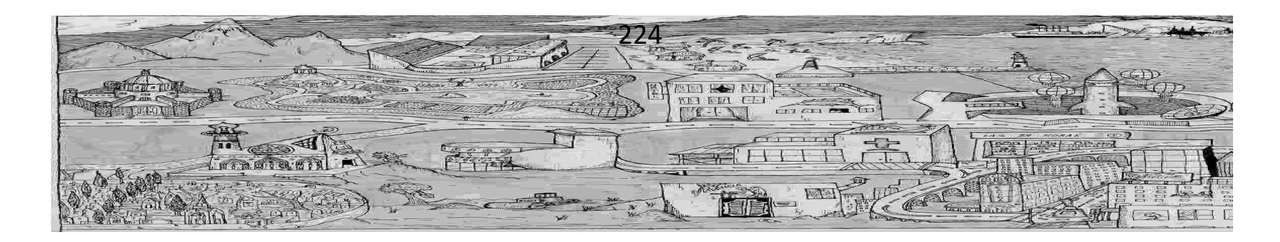
¿Qué hará que la gente se comporte tan desarticulada? ¿Será alguna especie de chips inoculados y calcinados en los lóbulos frontales o en la zona límbica-instintiva? El caso es que algunos los tenemos prendidos y transmitiendo, otros apagados, y otros nomás en "on" enchufados. Cada chip es un transistor de alguna función, habilidad, talento o freno, que se reproduce en automático con el desempeño de la persona sobre su núcleo interactivo.

Tal vez por eso nos podamos explicar que gente brillante, lúcida, preparada, tenga una noción inexistente de lo práctico y tienda a complicarlo todo, a elaborarlo de más, a desarticularlo "a-la-derriba", hasta que, a base de reflejos y retórica, aniquila cualquier iniciativa o esfuerzo. En el otro polo están los que simplemente hacen y ven a la vida como eventos que sirven o no sirven, sin apreciar la configuración potencial que los pueda optimizar del toma y daca.

Y así andamos por este atribulado suelo patrio, en donde las cosas que se construyen tienden a ser puestas en entredicho, unos con ciertas fuerzas constructivas, otros con inercias frenadoras; buscando encontrarnos a alguien que parezca entenderle a todo, y que se relacione fácilmente con las cinco lógicas de la acción concertada: como el ensamble de una orquesta sinfónica ejecutando una pieza de estructura matemática a la perfección bajo la batuta del concertador.

Las Cinco Lógicas tratan de revelar –como en una foto— las cualidades del





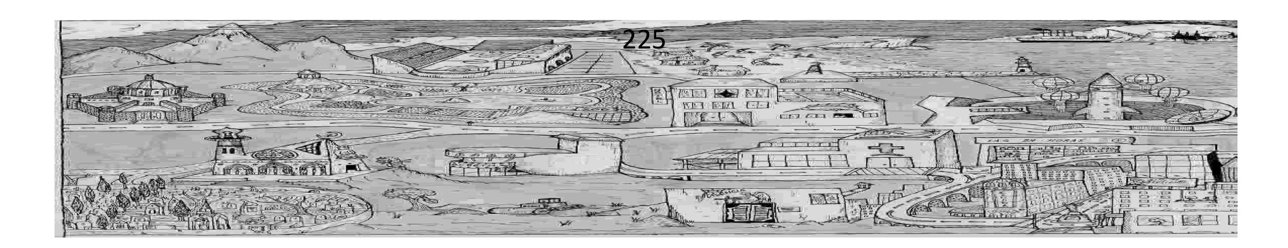
individuo que pudiese tomar la estafeta del escenario llamado “Interinato nacional".

1.- El prototipo práctico-lógico.- Este sujeto es como el comerciante tradicional: negocia bienes, servicios, ideas, iniciativas. En su mente lleva las cuentas, es incisivo, intuitivo. Su motivación es aplicar para algo las cosas. En su lado positivo le encuentra uso a todo, recicla, busca mejores opciones constantemente, regatea, consigue; es el gran implementador. Su frase es: sirve para esto. Ejemplo: Eduardo Bours... Armando Reynoso gobernadores de Sonora y Aguascalientes.

2.- El prototipo teórico-lógico.- Su personalidad es como la del académico: es investigador, estudioso, curioso. En su mente ve modelos, variables y fórmulas. Su motivación es entenderlo todo y poderlo explicar. En su lado positivo está la precisión del diagnóstico. En su lado negativo no sabe ejecutar, se involucra en discusiones sin fin antes de actuar e insiste en analizar más a la luz de los colegios. Su frase es: la teoría dice esto. Es el caso de Guillermo Soberón Acevedo, exrector de la UNAM, o de Patricia Mercado ex candidata a la presidencia por dos ocasiones.

3.- El prototipo persona-lógico.- Su caso es como el del consultor-oráculo: sabe comunicar, se interesa en las personas, es sensible a los otros. En su mente ve individuos, relaciones interpersonales y grupales. Su motivación es conectarse con otros. En su lado positivo la interacción personal es intensa y puede canalizar energías; la gente se siente bien cuando habla con él. En su lado negativo puede dejarse a un lado la tarea por razones de gente, que usualmente son volátiles y cambian las dinámicas de trabajo. Su frase es: la gente dice esto. Puede ser Cuauhtémoc Cárdenas, líder moral del PRD, o Josefina Vázquez Mota de la SEP o el mismo Calderón-Mouriño.





4.- El prototipo deciso-lógico.- Este individuo es como el líder que no cesa, que está determinado a cumplir a como dé lugar. En su mente ve logros. En su lado positivo esta persona es una promesa de cumplimiento, orientado a decisiones y resultados. En su lado negativo puede llevar al desencuentro a personas y sistemas, en ocasiones a un costo alto. Su frase es: esto sí se puede. Los queretanos Diego Fernández de Ceballos o su gobernador Francisco Garrido: "grandes obras para vivir mejor".

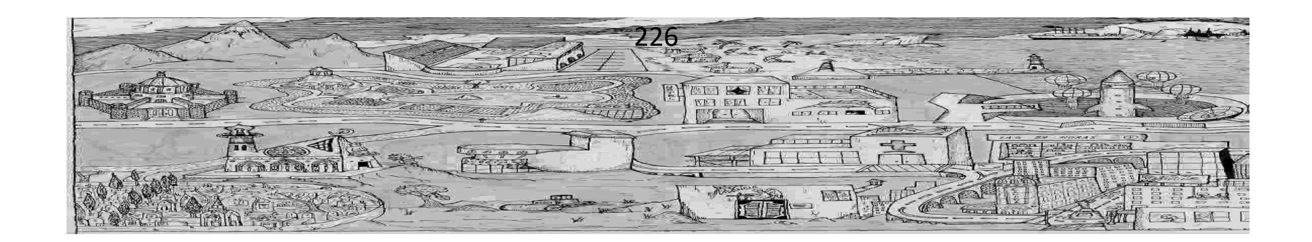
5.- El prototipo innova-lógico.- Es creativo y arquitécnico. En su mente ve moldes a romperse, historias re-escritas, planteamientos diferentes. Su motivación es la creación y lo nuevo. En su lado positivo encuentra maneras de estimular a la organización con el cambio y detecta oportunidades. En su lado negativo carece de fuerza para mantener el rumbo y abandona proyectos complicados. Su frase es: vamos a experimentar con esto. Es el caso del alquimista Manuel Camacho Solís quien, junto a Marcelo Ebrard, jefe de Gobierno del DF, pondría en conjunción núcleo y órbitas del país con una motricidad pasmosa para sacudir (poner jaque) al sistema y salvar a la reina (la Nación).

Una vez descritas las cinco lógicas, viene la parte de la clasificación de las personas en su área dominante para así relacionarlas en sus combinaciones. Va un ejemplo simple, en el que asumimos que cada variable tiene tres valores (1 es bajo, 3 es alto).

JUAN CAMANEY, su calificación en lo práctico sería 3, en lo teórico 1, en su orientación a las personas 1, en lo decisivo 3 y en lo innovativo 1; esta persona es buena para la implementación y el arranque de acciones e iniciativas.

CIRO PERALOCA, esta persona en lo práctico es 1, en lo teórico 3, en la de personas 1, en lo decisivo 1 y en lo innovativo 3; y ese sería bueno para la planeación de la empresa nacional a corto plazo.

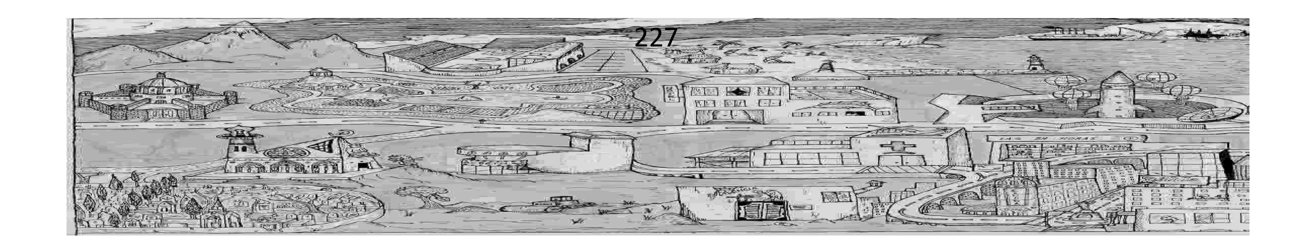




Y así ponga nombres y clasifique. Aunque debo aclarar que las clasificaciones no son un fin en sí mismas; en todo caso son perfiles de discusión para la toma de decisiones, para saber cuál prospecto sería el menos malo: aquél que llevaría el barco a puerto sobre las procelosas aguas de la confrontación actual.

La moneda está en el aire, ¿qué tal un ficticiano?





Ccasier

De cómo la catástrofe hace resurgir las deidades...

Tras el diluvio, surgió un nuevo Olimpo donde los dioses se dirigían a sí mismos por su apellido, como si las aguas hubiesen borrado sutilmente los nombres de pila, tan aguerridos...

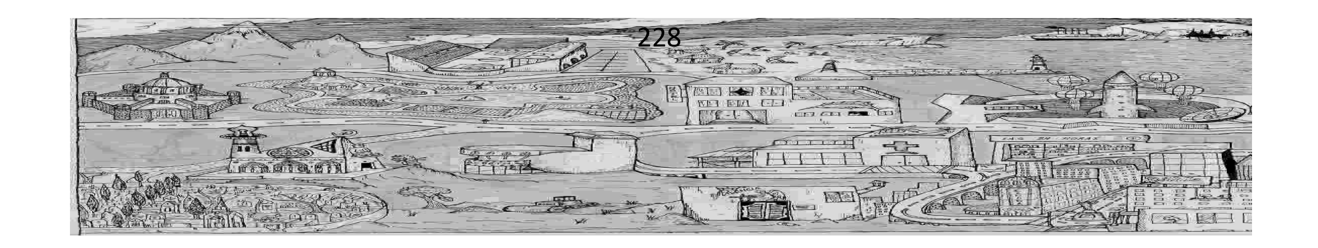
oOo

Ccasier

Copia vulgar

Quemada Troya, los Dioses emigraron al Olimpo como de vuelta de unas vacaciones donde unos vulgares tan sólo trataban de emularse.





Homless

Una casa para toda la vida

Quiero una casa fucsia que contraste con el verde de la pradera.

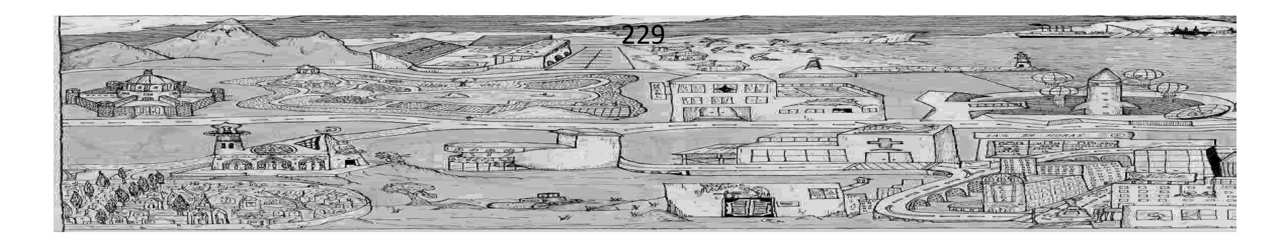
Quiero una casa que se vea desde lo alto de la colina, aunque todos sabemos ya, a estas alturas, que en lo alto de la colina nunca hay absolutamente nada, que el alto de la colina no es más que una frase hecha.

Quiero una casa con puertas no necesariamente cuadradas, con ventanas no necesariamente rectas, con chimeneas que no echen humo, necesariamente, aunque dentro esté ardiendo la leña y el sonido de la madera crepitando se mezcle con algún blues de esos que te recuerdan a no sé qué.

Quiero una casa con sirenas y sorpresas, donde salten las alarmas cada tres por dos, una casa donde quien llame a las 5 de la madrugada no tenga que ser necesariamente el cartero, ese cartero monótono y aburrido que nunca trae la carta que estás esperando, hasta el día en que la trae, cuando ya suele ser demasiado tarde para casi todo.

Quiero una casa que ataquen, que rodeen, que incendien una horda de indios Siux cuando menos me lo espere, cuando menos te lo esperes. Y quiero que los Siux me tomen de rehén y me lleven preso a lo más alto de la colina que, como ya se ha dicho, es un lugar que no existe. Y quiero enamorarme de una india Siux y tener muchos Siux pequeñitos, ponerles nombres de pájaros y de montañas y de ríos y que me llamen "Papá" mientras hago señales de humo o relleno el crucigrama de periódico dominical de la próxima semana. Y no quiero que nunca jamás —ese





“jamás” es muy importante—, no quiero, decía, que a mi casa vengan los del Séptimo de Caballería a rescatarme, con sus trajes azulitos recién planchados y su “Dios bendiga América” asomando de sus boquitas de piñón.

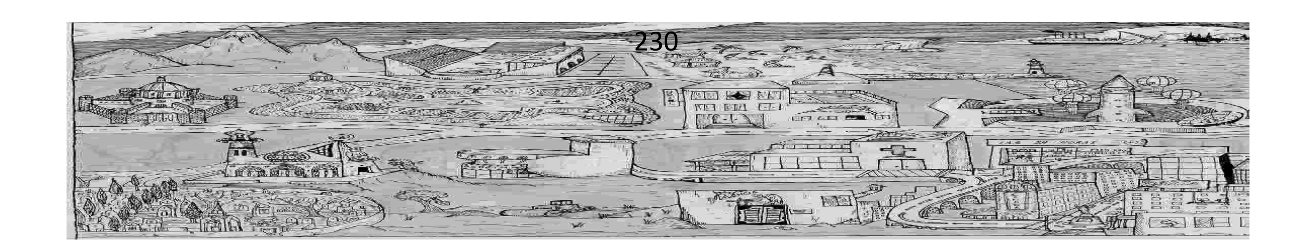
Quiero una casa como de chocolate que no se parezca a las casas de chocolate que estás pensando: quiero una casa de piedra que parezca de piedra pero que te puedas comer a dentelladas y saborear hasta el más recóndito de los rincones.

Quiero una casa que estalle por los aires cada madrugada, a eso de las siete, para celebrar que esa noche, la noche pasada, realmente ha merecido la pena.

Quiero una casa/faro que se vea desde toda la comarca, desde todo el país, desde cualquier parte del mundo, para que la veas desde donde estés, para que sepas que en esa casa tan inhóspita, tan poco de fiar, vivo yo.

Y mientras tanto, mientras consigo esa casa, te regalo la mía, la que tengo ahora, una casa con vistas a otra casa que tiene vistas a muchas casas más, la vendo barata, la regalo... Es una casa donde nunca pasa nada, donde nada estalla, nada se come, los indios no atacan y la chimenea echa humo, como todas las chimeneas del mundo. Una casa, en fin, vulgar, donde a las cinco de la tarde, por increíble que parezca, el reloj siempre marca las cinco en punto de la tarde.





Topo33

El regreso de un mito

✓ Dicen que el Olimpo es cosa de mitología, una leyenda urbana. Yo me siento allí, en el Olimpo, cada vez que bajo a la calle, cruzo la calle y contrato los servicios de Melany. Son un par de horas, tal vez tres. Luego me visto, me peino y regreso a casa. Es en ese momento, mientras cruzo la calle de regreso a mi hogar, cuando siento me siento, por primera vez en el día, un poco más cerca de los dioses.

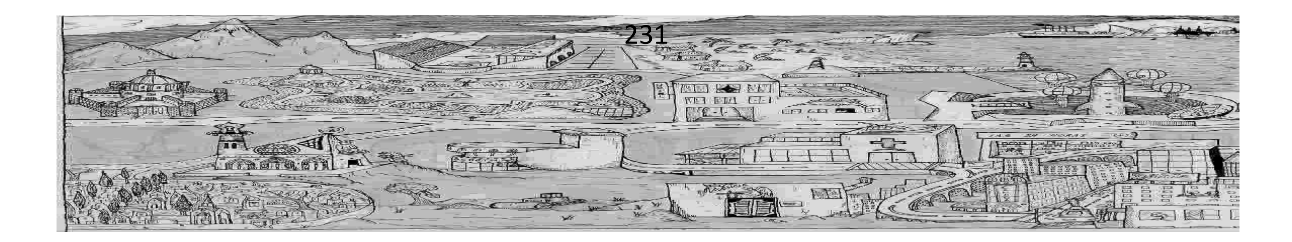
oOo

Tequila

ELLO

No trato de justificarme, pero la verdad, se esforzaba en amargarme la vida diciéndome cosas que yo no quería oír... y no digo que le faltase razón, pero no se puede ir por el mundo haciendo daño gratuitamente: que si era un fracasado, que si en realidad hacía esto o lo otro por tal o cual causa, que si no me aceptaba tal como era. Eso irrita, va minando tu aguante; llega primero a preocuparte, después, a dolerte, y el dolor, cuando alguien te lo causa así, sólo por hacer daño, se convierte en irritación, y la irritación deviene en odio; además, creo que en realidad era él el que quería reafirmarse a sí mismo, cobrar relevancia a costa de destruir mi ego.





Yo había oído decir donde se escondía, así que cogí el cuchillo que uso para desviscerar la caza, y lo hundí en mi abdomen. No pude ver la sangre de mi subconsciente muerto, porque antes, la mía lo inundó todo.

oOo

Ricardo Martínez Cantú

SIMBIOSIS

El colibrí se fue a vivir en la órbita vacía del tuerto solitario. Y el tuerto le dio la bienvenida: escribió "dulce hogar" en el parche de tela con que cubre el defecto.

oOo

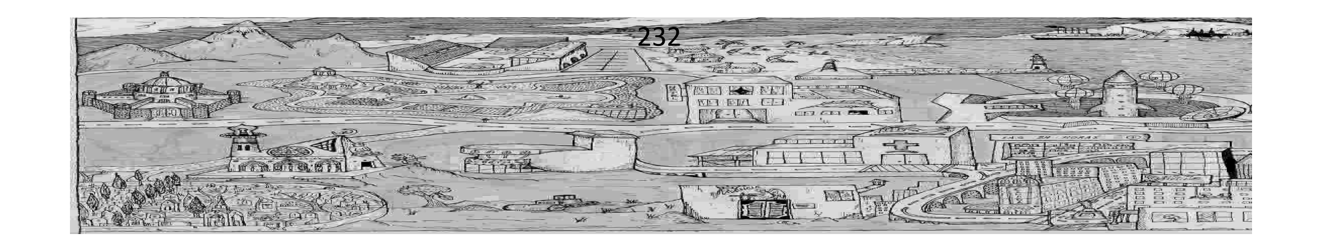
Horus

Chef Divino

Dioniso estaba harto de servir la ambrosía y el néctar, alimentos que otorgaban a los dioses la inmortalidad. No solo era un suplicio inventar todos los días nuevas formas para que los dioses no se aburrieran de los mismos ingredientes esenciales, sino que jamás recibía un reconocimiento de su esfuerzo por parte de esos arrogantes, que morirían tan pronto como dejaran de comer los divinos alimentos. Y es que el dios del vino aspiraba a más, a la gloria y la fama…

Todo el mundo comenta sobre ese nuevo chef griego (cuyo nombre parece sacado de la mitología), que no solo lleva una larga racha como invicto en el programa de TV “Iron Chef”, sino que prepara unos manjares dignos de los dioses.





Noche Suripanta

Guardar silencio

En el subsuelo me di cuenta, pero no quise decirlo. No por vergüenza ni por miedo. No por una falsa moral. Simplemente no quise molestar a mi compañero de viaje. No es placentero restregar descubrimientos gloriosos sobre un rostro somnoliento.

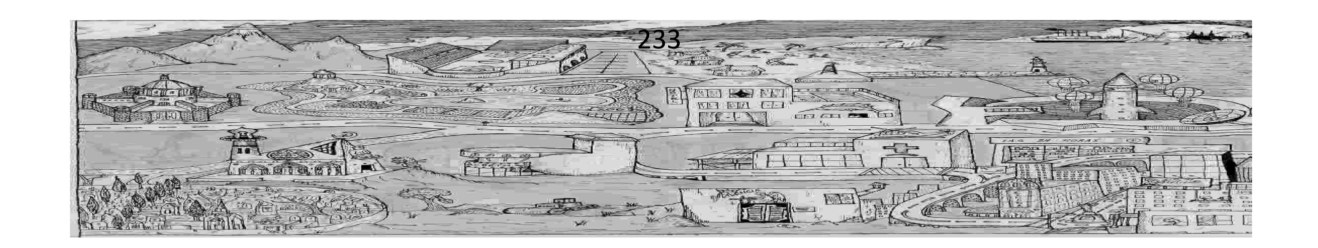
oOo

Noche Suripanta

A tiempo

Abajo y arriba, entre abrojos y desconsuelos, uno tropieza a lo pendejo con los nuevos recuerdos. Quiero decir, aún a sabiendas, tropezaremos. Así fue, predije mi futuro con una baraja española muy usada. Seguí las técnicas dictadas por el librito de la abuela. Supe absolutamente lo que no debería hacer… y lo hice, sin remedio me envolví en el transcurso de los acontecimientos. Es que uno es tan pequeño… y el destino es el Destino. "Sabia virtud de conocer el tiempo" decía Leduc.





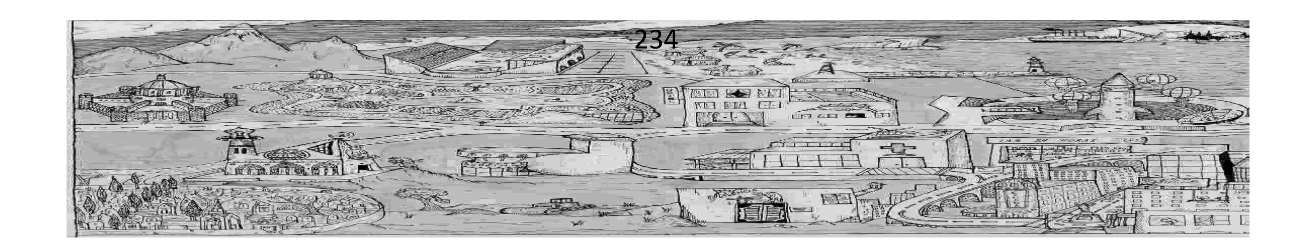
Desproporción divina

A Pantaleón el escultor del pueblo, le gustaba reproducir las antiguas estatuas de los dioses griegos; pero en los magníficos mármoles, había algo que no le convencía: nada menos que el tamaño de sus partes íntimas. No se explicaba cómo siendo tan fundamental el concepto de equilibrio y proporción en la cultura helénica, se había descuidado ese detalle tan importante. La cuestión es que el artista hizo justicia con una bella escultura de Apolo, dotándolo de soberbio y viril miembro. Terminada su obra, fue instalada en la glorieta de la plaza, dejando sorprendidos y boquiabiertos a todos los vecinos.

Tampoco pasaron inadvertidos tales atributos para Cándida Rodríguez, la solterona de la comarca quien se la veía siempre vestida con absoluto recato, rosario y misal en mano, pasar ligerito frente al dios sol, mirando de reojo sin dejar de ruborizarse.

El que no estaba nada conforme con la obra de Pantaleón era el cura, que movió cielo y tierra para llevarse el monumento a la iglesia, con la excusa que representaba muy bien la imagen de San Apolonio. Claro que le encargó a Cándida, el ataviar al nuevo santo. Ella contentísima con su nueva misión.





Ccasier

La toma de decisión

Imbuido por las reminiscencias de Apolo, mataba a sus enemigos con la subida siempre desmesurada de la hipoteca de sus tierras, fingiendo no ser consciente de que la ira de los dioses siempre ataca aquello que pudiera hacerles sombra.

oOo

Nube

Travesuras divinas

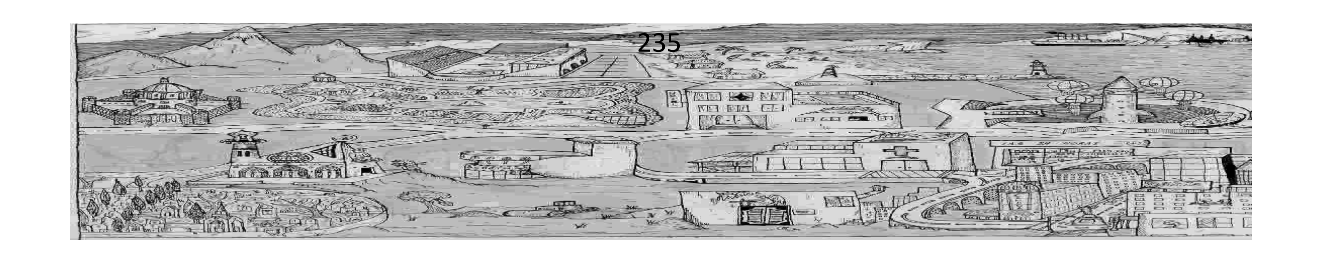
Espera ansioso cuando la luna está en fase creciente.

La luna llena florece en las alturas y él intenta resistir pero no puede soportar la tentación; agarra su cuchara y se come un cacho, lo saborea con deleite; sabe a crema de queso con fresas y nata. Luego, contrito, contempla al satélite cercenado. El astro, menguado, resulta muy deslucido en el firmamento.

Y Zeus, furioso, ha de rehacerla. La luna nueva aparece en las alturas, recién formada y rutilante.

Selene está realmente colérica con él. Mas Eros es sólo un niño, malcriado y consentido, pero un infante; decididamente, tendrá que volver a hablar con Afrodita, su madre.





oOoOo

-FINIS-

oOoOo

